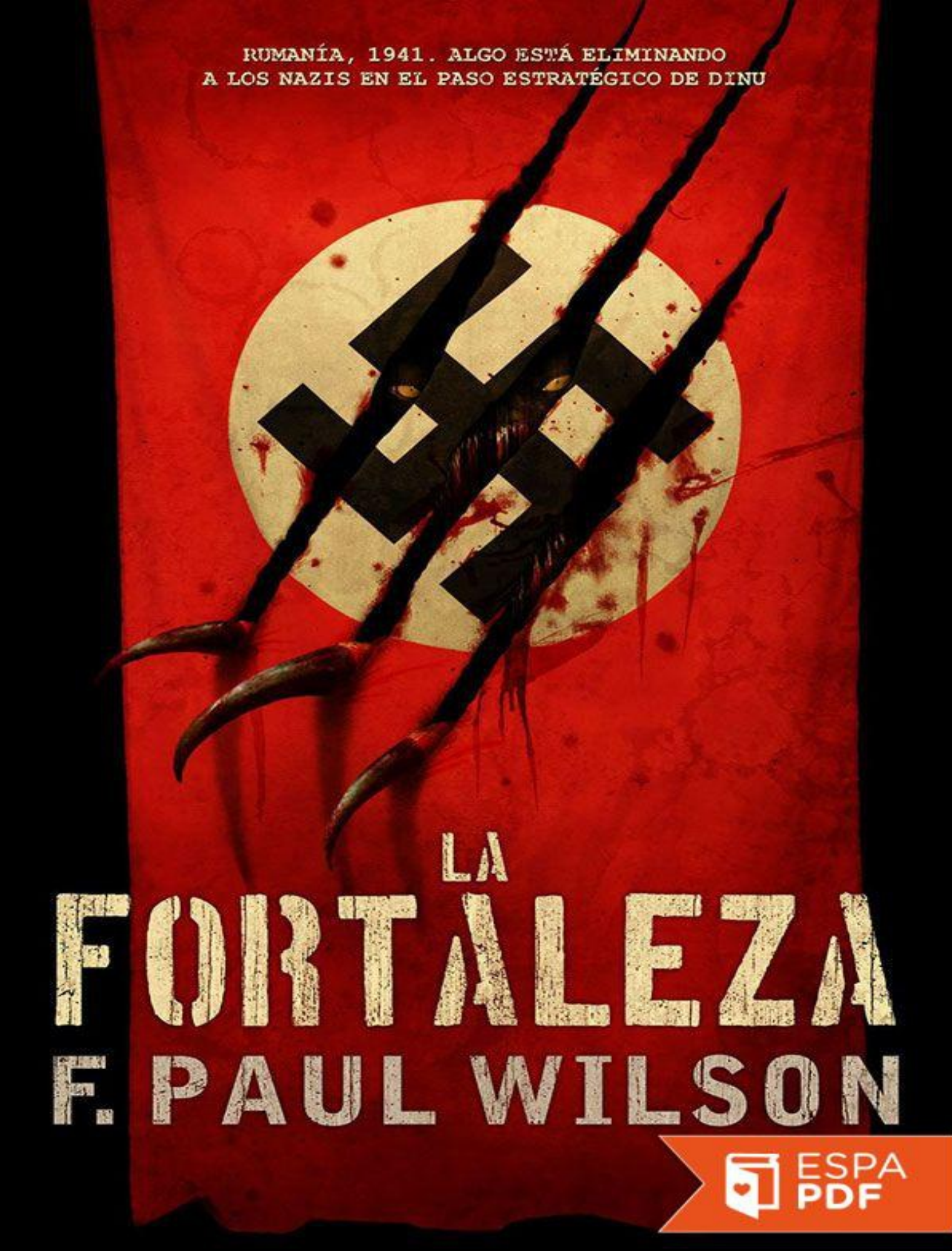
RUMANÍA, 1941. ALGO ESTÁ ELIMINANDO
A LOS NAZIS EN EL PASO ESTRATÉGICO DE DINU



LA FORTALEZA

F. PAUL WILSON

ESPA PDF

«Solicito traslado inmediato, Algo ésta asesinando a mis hombres».

Éste es el mensaje que el capitán Woermann, al frente de una pequeña guarnición de la Wehrmacht, transmite al alto mando alemán desde el paso de Dinu, en Rumania, donde ha sido enviado para ocupar una antigua fortaleza.

Una oscuridad viva ha tomado el control del lugar y los triunfantes soldados del tercer Reich están cayendo uno a uno.

Como atraídas por los malignos efluvios de la remota fortaleza, cuatro personas encaminan sus pasos hacia ella:

El mayor Kaempffer de las SS, al frente de un destacamento de Einsatzkommandos y decidido a derribar a toda costa cualquier obstáculo para su prometedora carrera en los campos de exterminio. El erudito Judío Theodor Cuza y su hija Magda, que irónicamente quizás sean los únicos con los conocimientos necesarios para comprender la amenaza y salvar a lo que queda de los

ocupantes nazis de la destrucción, y un misteriosos hombre pelirrojo anónimo y sin amigos, que tras percibir la alteración producida en la fortaleza acude a su llamada para continuar un enfrentamiento más viejo que la propia humanidad…

F. Paul Wilson

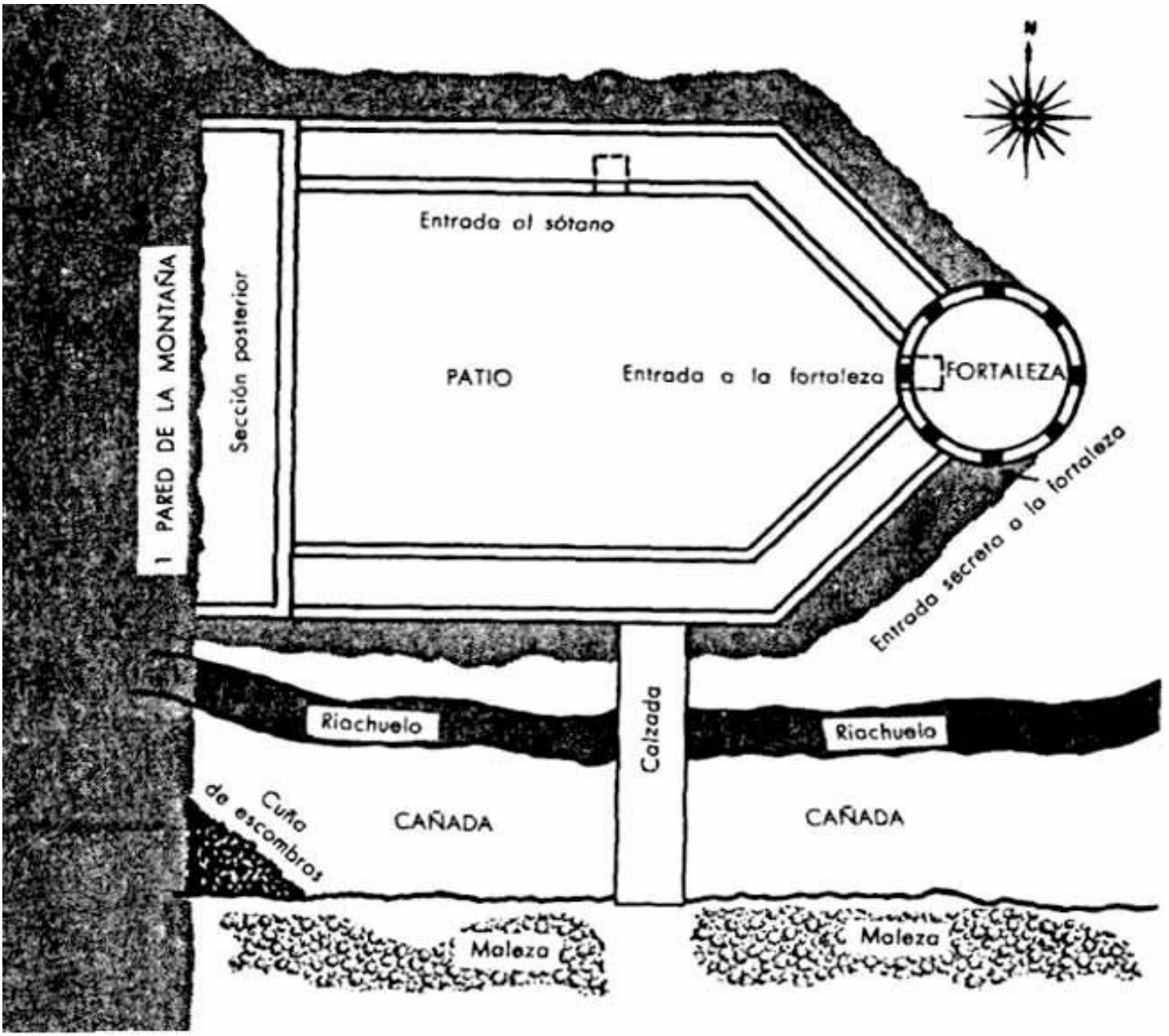
La fortaleza

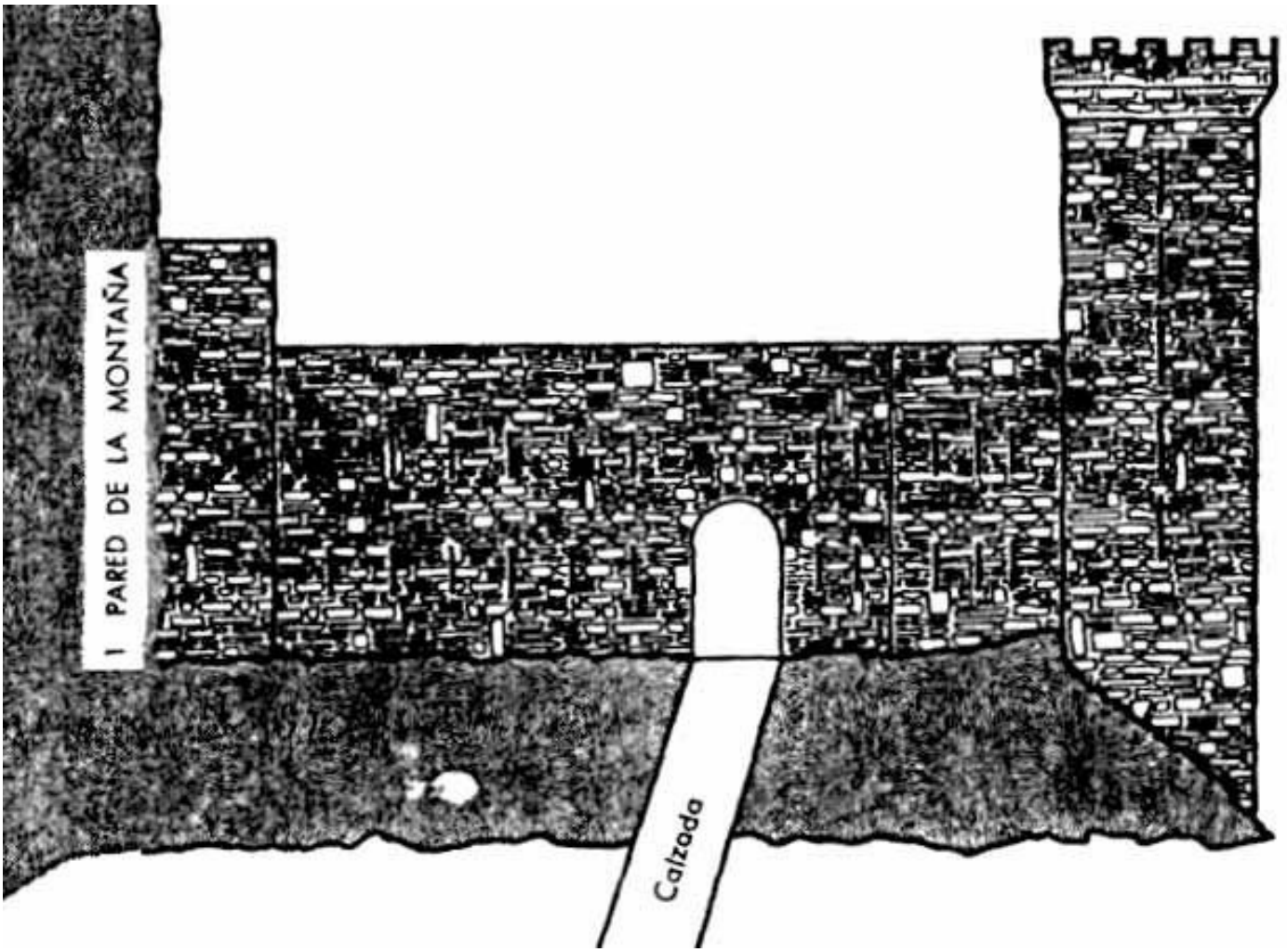
Título original: *The Keep*
F. Paul Wilson, 1981
Traducción: Mauricio José Schwarz Huerta

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

Para Al Zuckerman




N
Entrada al sótano
PARED DE LA MONTAÑA
Sección posterior
PATIO
Entrada a la fortaleza
FORTALEZA
Entrada secreta a la fortaleza
Riachuelo
Calzada
Riachuelo
Cuña de escombros
CAÑADA
CAÑADA
Maleza
Maleza


1 PARED DE LA MONTAÑA
Calzada

Prólogo

Varsovia, Polonia
Lunes, 28 de abril 1941
08:15 horas

Hacía año y medio había otro nombre en la puerta, un nombre polaco y, sin duda, el título del departamento o agencia en el gobierno polaco. Pero Polonia ya no pertenecía a los polacos y el nombre había sido bruscamente borrado con densos y pesados trazos de pintura negra. Erich Kaempffer se detuvo ante la

puerta y trató de recordar el nombre. No era que le importara. Simplemente se trataba de un ejercicio de memoria. Una placa de caoba cubría la mancha ahora, pero alrededor de las orillas se veían algunos trazos negros. Decía:

SS-Oberfuhrer W. Hossbach
RSHA-División de Raza y
Reubicación
Distrito de Varsovia

Se detuvo para recuperar la compostura. ¿Qué quería Hossbach de él? ¿Por qué la cita tan temprano en la mañana? Estaba enojado consigo mismo

por dejar que esto lo preocupara, pero nadie en la SS, sin importar cuan segura fuera su posición, ni siquiera un oficial que hubiera ascendido tan rápidamente como él, podía ser llamado para reportarse «inmediatamente» a la oficina de un superior, sin experimentar un espasmo de aprensión.

Kaempffer respiró profundamente por última vez, ocultó su ansiedad y cruzó la puerta empujándola. El cabo que actuaba como secretario del general Hossbach se puso en posición de firmes. El hombre era nuevo y Kaempffer se dio cuenta de que el soldado no lo reconoció. Era comprensible, pues él había estado en Auschwitz durante el

último año.

—Sturmbannführer Kaempffer. —Fue todo lo que dijo, permitiendo que el muchacho entendiera por sí solo. El cabo giró y se dirigió a la oficina interior. Regresó de inmediato.

—Oberführer Hossbach lo verá ahora, herr mayor.

Kaempffer pasó junto al cabo y entró a la oficina de Hossbach para encontrarlo sentado en la orilla de su escritorio.

—¡Ah, Erich! ¡Buenos días! —saludó Hossbach con una jovialidad que no era característica en él—. ¿Café?

—No, gracias, Wilhelm —respondió. Había deseado una taza hasta

ese mismo momento, pero la sonrisa de Hossbach lo puso en guardia de inmediato. Ahora existía un nudo en donde antes hubo un estómago vacío.

—Muy bien, entonces. Pero quítate el abrigo y ponte cómodo.

El calendario indicaba el mes de abril, pero todavía hacía frío en Varsovia. Kaempffer llevaba su largo abrigo de la SS. Se lo quitó lentamente y lo colgó con gran cuidado, junto con su gorra de oficial, en el perchero de la pared, forzando a Hossbach a mirarlo y, quizá, a pensar en sus diferencias físicas. Hossbach era corpulento, estaba perdiendo el cabello y tenía escasos cincuenta años. Kaempffer era una

década más joven, con una constitución musculosa y una cabeza cubierta de un rubio cabello infantil. Y Erich Kaempffer llevaba un camino ascendente.

—Por cierto, felicidades por tu ascenso y tu nueva misión. La posición de Ploiesti es algo impresionante.

—Sí —convino Kaempffer manteniendo un tono neutral—. Sólo espero responder a la confianza que me tiene Berlín.

—Estoy seguro de que lo harás.

Kaempffer sabía que los buenos deseos de Hossbach eran tan huecos como las promesas de reubicación que le hacía a los judíos polacos. Hossbach

había querido Ploiesti para sí, todos los oficiales de la SS lo querían. Las oportunidades de progreso y provecho personal al ser comandante del campo más grande en Rumania eran enormes. En la implacable búsqueda de posición dentro de la gran burocracia creada por Heinrich Himmler, en la que un ojo estaba siempre puesto en la vulnerable espalda del hombre situado frente a uno y el otro ojo siempre vigilante por encima del hombro del hombre que está junto, no hay mejor cosa que un deseo sincero de que se tenga éxito.

En el incómodo silencio que siguió, Kaempffer examinó las paredes y reprimió un gesto despectivo al notar los

cuadrados y rectángulos más claros en el sitio donde el ocupante anterior colgara los grados y las menciones. Hossbach no había vuelto a decorar. Era típico de ese hombre tratar de dar la impresión de que se hallaba demasiado ocupado con los asuntos de la SS para molestarse con pequeñeces tales como mandar pintar las paredes. Era un acto demasiado obvio. Kaempffer no necesitaba montar un espectáculo de su devoción a la SS. Cada hora de su vigilia estaba encaminada a elevar su posición dentro de la organización.

Pretendió estudiar el enorme mapa de Polonia que colgaba en la pared, con la superficie marcada con alfileres de

colores que representaban las concentraciones de indeseables. Había sido un año muy agitado para la oficina del RSHA de Hossbach, ya que a través de este sitio la población judía de Polonia era dirigida hacia el «centro de reubicación» cercano al centro ferroviario de Auschwitz. Kaempffer imaginaba su futura oficina en Ploiesti, con un mapa de Rumania en la pared, marcado con sus propios alfileres. Ploiesti… no había duda de que los alegres modales de Hossbach presagiaban algo malo. Algo había salido mal en algún lado y Hossbach iba a hacer uso total de sus últimos días como oficial superior, para restregar la

nariz de Kaempffer en eso.

—¿Hay alguna forma en la que te pueda ser útil? —preguntó Kaempffer.

—No a mí, per sé, sino al Alto Comando. En este momento hay un pequeño problema en Rumania. Es una molestia, realmente.

—¡Oh!

—Sí. Un pequeño destacamento regular estacionado en los Alpes, al norte de Ploiesti, ha estado sufriendo algunas bajas que aparentemente se deben a la actividad de los partisanos locales, y el oficial desea abandonar su posición.

—Ése es un asunto del ejército —replicó el mayor Kaempffer. No le

gustaba esto—. No tiene nada que ver con la SS.

—Sí tiene que ver —corrigió Hossbach colocándose detrás de él y tomando un pedazo de papel que estaba sobre su escritorio—. El Alto Comando turnó el asunto a la oficina del Obergruppenführer Heydrich. Creo que es más conveniente que te la pase a ti.

—¿Por qué es más conveniente?

—El oficial en cuestión es el capitán Klaus Woermann, sobre quien me llamaste la atención hace como un año porque se negaba a unirse al Partido.

—Y como estaré en Rumania, esto va a ser descargado en mi regazo —repuso Kaempffer permitiéndose un

instante de oculto alivio.

—Precisamente. Tu año de tutelaje en Auschwitz no sólo te habrá enseñado cómo manejar un campo eficiente, sino también la forma de tratar a los partisanos locales. Estoy seguro de que resolverás el asunto rápidamente.

—¿Puedo ver ese papel?

—Con mucho gusto.

Kaempffer tomó el pedazo de papel y leyó las dos líneas.

—¿Fue descifrado correctamente?

—Sí. También pensé que el fraseo era bastante extraño, así que hice que lo revisaran dos veces. Es exacto.

Kaempffer leyó de nuevo el mensaje.

Pido reubicación inmediata.

Algo está asesinando a mis hombres.

Era un mensaje perturbador. Conoció a Woermann durante la Gran Guerra y siempre lo catalogó como uno de los hombres más recios que existían. Y ahora, en una nueva guerra, como oficial de la Reichswehr, Woermann se había negado en repetidas ocasiones a unirse al Partido, a pesar de la implacable presión. No era un hombre que abandonara una posición, ya fuera estratégica o de otro tipo, una vez asumida. Algo debía estar muy mal como para que pidiera la reubicación.

Lo que molestaba aún más a

Kaempffer era la elección de palabras. Woermann era inteligente y preciso. Sabía que su mensaje pasaría por muchas manos a lo largo de su ruta de transcripción y de codificación e intentó hacerle llegar algo al Alto Comando, sin entrar en detalles.

Pero ¿qué? La palabra «asesinando» implicaba a un agente humano con un propósito determinado. ¿Por qué, entonces, lo había precedido con la palabra «algo»? Una cosa —un animal, una toxina, un desastre natural— podían matar, pero no asesinar.

—Estoy seguro de que no tengo que decirte que, debido a que Rumania es un Estado aliado más que un territorio

ocupado, se requerirá una cierta dosis de sutileza.

—Estoy bastante consciente de eso.

También se necesitaría una determinante sutileza al manejar a Woermann. Kaempffer tenía una vieja cuenta que arreglar con él.

Hossbach trató de sonreír, pero a Kaempffer el intento le pareció más un gesto lujurioso.

—Todos nosotros en la RSHA, incluso hasta el general Heydrich, estaremos muy interesados en ver cómo te va con esto… antes de que te desplaces hacia la tarea más grande en Ploiesti.

El énfasis en la palabra «antes», y la

breve pausa que la precedió, no se le escaparon a Kaempffer. Hossbach iba a convertir este pequeño viaje a los Alpes en una prueba de fuego. Se suponía que Kaempffer debía estar en Ploiesti en una semana; si no podía manejar el problema de Woermann con la suficiente prontitud, entonces tal vez se supondría que no era el hombre adecuado para dirigir el campo de reubicación de Ploiesti. No habría escasez de candidatos para ocupar su lugar.

Espoleado por una repentina sensación de urgencia, se levantó y se puso el abrigo y la gorra.

—No preveo ningún problema. Partiré de inmediato con dos

escuadrones de einsatzkommandos. Si se puede arreglar el transporte aéreo y las adecuadas conexiones por tren, podremos estar allí esta tarde.

—¡Excelente! —exclamó Hossbach devolviéndole, el saludo.

—Dos escuadrones deben ser suficientes para encargarse de unos cuantos guerrilleros. —Se volvió y caminó hacia la puerta.

—Será más que suficiente, estoy seguro.

El SS-Strumbannführer Kaempffer no oyó la frase de despedida de su superior. Otras palabras llenaban su mente: «*Algo está asesinando a mis hombres*».

Paso Dinu, Rumania
28 de abril, 1941
13:22 horas

El capitán Klaus Woermann caminó hasta la ventana sur de su cuarto en la torre de la fortaleza y escupió un líquido blanco en el aire.

Leche de cabra, *¡gah!* Estaba bien para hacer queso, pero no para bebería.

Mientras miraba disiparse el líquido en una nube de gotas blancas que caían como plomo por los treinta metros hasta las rocas situadas abajo, Woermann deseaba un rebosante tarro de buena cerveza alemana. Lo único que anhelaba más que la cerveza, era salir de esta

antesala del infierno.

Pero eso no iba a suceder. Todavía no. Enderezó los hombros en un gesto típicamente prusiano. Era más alto que el promedio y tenía una robusta constitución que alguna vez sostuvo más músculo, pero que ahora tendía a ser fláccida. Su oscuro cabello café se le estaba cayendo; tenía los ojos separados, igualmente café, y una boca capaz de mostrar una gran sonrisa cuando era apropiado. Su camisola gris la llevaba abierta hasta la cintura, permitiendo que su pequeña barriga sobresaliera. Le dio unos golpecitos. Demasiadas salchichas. Cuando se sentía frustrado o insatisfecho, tendía a

comer bocadillos entre comidas, generalmente en una salchichonería. Entre más frustrado e insatisfecho se encontraba, más comía. Se estaba poniendo gordo.

La mirada de Woermann se posó en la pequeña aldea rumana situada al otro lado de la cañada, calentándose en la tarde, iluminada por el sol, pacífica, a un mundo de distancia. Alejándose de la ventana, se volvió y caminó a través del cuarto revestido con bloques de piedra, muchos de ellos incrustados con unas peculiares cruces de latón y níquel. Para ser exacto, existían cuarenta y nueve cruces en este cuarto. Las había contado numerosas veces en los últimos tres o

cuatro días. Caminó más allá de un caballete que sostenía una pintura recién terminada, y más allá de un desordenado escritorio provisional, hasta la ventana opuesta, la que daba hacia el pequeño patio de la fortaleza.

Abajo, los hombres de su comando que no estaban en servicio formaban grupos pequeños, algunos hablaban en voz baja, la mayoría permanecían silenciosos y hoscos y todos evitaban las sombras que se extendían. Se aproximaba otra noche. Otro de ellos moriría.

Un hombre, sentado solo en una esquina, tallaba febrilmente. Woermann miró el pedazo de madera que adquiría

forma en las manos del escultor: era una burda cruz. ¡Como si no hubiera suficientes cruces alrededor!

Los hombres estaban asustados. Y él también. Se suscitó un gran giro en menos de una semana. Recordaba su marcha a través de las puertas de la fortaleza, como orgullosos soldados de la Wehrmacht, de un ejército que alguna vez conquistó Polonia, Dinamarca, Noruega, Holanda y Bélgica; y luego, después de barrer los restos de la Armada británica hacia el mar en Dunquerque, continuó hasta Francia en treinta y nueve días. Y apenas este mes, Yugoslavia había sido tomada en doce días y Grecia en sólo veintiuno,

contando desde ayer. Nada podía enfrentarse a ellos. Habían nacido vencedores.

Pero eso fue la semana pasada. Era sorprendente lo que seis muertes horribles podían hacerle a los conquistadores del mundo. Lo preocupaba. Durante la semana anterior, el mundo se había estrechado hasta que ya no existía nada para él y sus hombres que estuviera más allá de este castillo subdesarrollado, de esta tumba de piedra. Se enfrentaban a algo que desafiaba todos sus esfuerzos por detenerlo, que mataba y desaparecía, sólo para regresar a asesinar de nuevo. Estaban descorazonados…

Ellos… Woermann se dio cuenta de que no se incluyó entre ellos durante algún tiempo. La pelea se le había salido del corazón allá en Polonia, cerca del pueblo de Posnan… después de que la SS había llegado y él vio el destino de esos «indeseables» que quedaban en el velorio de la Wehrmacht victoriosa. Había protestado. Como resultado no presenció ningún combate posterior desde entonces. Daba lo mismo. Había perdido todo el orgullo ese día al pensar en sí mismo como uno de los conquistadores del mundo.

Se alejó de la ventana y regresó al escritorio. Se detuvo junto a él, absorto en las fotografías enmarcadas de su

esposa y sus dos hijos, y contempló el mensaje descifrado que estaba allí.

SS-Strumbannführer Kaempffer llega hoy con destacamento de einsatzkommandos. Mantenga actual posición.

¿Por qué un mayor de la SS? Ésta era una posición regular del ejército. Hasta donde él sabía, la SS no tenía nada que ver con él, con la fortaleza o con Rumania. Pero había tantas cosas que no podía entender sobre esta guerra… ¡Y Kaempffer, de todas las

personas! Un soldado corrupto, pero sin duda un hombre ejemplar de la SS. ¿Por qué aquí? ¿Y por qué con einsatzkommandos? Eran escuadrones de exterminio. Soldados sin cerebro. Músculos de los campos de concentración. Especialistas en matar civiles desarmados. Había sido testigo de su trabajo fuera de Posnan. ¿Por qué venían aquí?

Civiles desarmados… las palabras persistían y, mientras lo hacían, una sonrisa se deslizó lentamente por las comisuras de su boca, dejando sus ojos intactos.

Bueno, que venga la SS. Woermann se hallaba ahora convencido de que

había una especie de civil desarmado en la raíz de todas las muerte en la fortaleza. Pero no el tipo desvalido y asustado al que estaba acostumbrada la SS. Que vengan. Que prueben el miedo que tanto les gusta esparcir. Déjenlos creer en lo increíble.

Woermann creía. Una semana antes se hubiera reído ante la idea. Pero ahora, cuanto más se acercaba el sol al horizonte, más firmemente creía… y temía.

Todo en una semana. Hubo preguntas sin respuesta cuando llegaron por primera vez a la fortaleza, pero no hubo miedo. Una semana. ¿Eso era todo? Parecía que habían transcurrido eras

desde cuando puso los ojos en la fortaleza…

1

EN RESUMEN: El complejo de refinación de Ploiesti tiene una protección natural relativamente buena al norte. El paso Dinu a través de los Alpes transilvanos ofrece sólo una amenaza por tierra, aunque de pequeñas proporciones. Como se detalla en otra parte del informe, la población esparcida y las condiciones climáticas de primavera en el paso, hacen que teóricamente sea posible que una considerable fuerza armada penetre sin

ser detectada desde las estepas rusas del sudoeste, por las colinas al pie de los Cárpatos y a través del paso Dinu, para emerger de las montañas a escasos cuarenta kilómetros al noroeste de Ploiesti con sólo las planicies entre ella y los campos petroleros.

Debido a la naturaleza crucial del petróleo suministrado por Ploiesti, se recomienda que hasta que la operación Barbarroja sea completamente operativa, una pequeña fuerza de vigilancia se sitúe en el paso Dinu. Como se menciona en la parte central del informe, hay una vieja fortificación a mitad del paso, que podría servir adecuadamente como base centinela.

ANÁLISIS DE LA DEFENSA PARA PLOIESTI, RUMANIA

Remitido al Reichswehr Alto Mando, 10 de abril 1941.

Paso Dinu, Rumania
Martes, 22 de abril
12:08 horas

No hay nada como un día largo aquí, sin importar la época del año, pensó Woermann al mirar las escarpadas paredes de las montañas que fácilmente medían trescientos metros de altura a

cada lado del paso. El sol tenía que trazar un arco de treinta grados antes de poder asomarse por la pared del Este y tenía que viajar sólo noventa grados en el cielo antes de perderse de vista otra vez.

Los costados del paso Dinu eran extraordinariamente inclinados, tan verticales como puede ser la pared de una montaña sin desequilibrarse y venirse abajo; era una extensión desierta de losas duras y dentadas, con bordes angostos y pendientes escarpadas, aliviada ocasionalmente por variedades cónicas de pizarra frágil. Café y gris, barro y granito eran los colores, entremezclados con manchas de verde.

Había árboles enanos, desnudos ahora a principios de la primavera, con los troncos retorcidos y doblados por el viento, que colgaban precariamente gracias a sus tenaces raíces que de algún modo encontraron sitios débiles en la roca. Colgaban como montañeses exhaustos, demasiado cansados para subir o bajar.

Detrás de su carro de comandante, Woermann podía oír el rumor de los dos autos plataforma que transportaban a sus hombres y, atrás de ellos, el rechinido del camión de provisiones que llevaba la comida y las armas. Los cuatro vehículos se arrastraban a lo largo de la pared occidental del paso, donde una

capa natural de roca había sido usada como camino durante años. Comparado con los pasos de las montañas, el de Dinu era angosto, promediando sólo ochocientos metros de ancho a lo largo de su curso serpentino a través de los Alpes transilvanos, el área más inexplorada de Europa. Woermann miró largamente el suelo del paso que estaba setenta metros abajo a su derecha. Era suave y verde y tenía un sendero en el centro. Hubiera sido un viaje más corto y suave hasta aquí, pero sus órdenes le advertían que su destino era inaccesible para los vehículos con ruedas desde el suelo del paso. Tenían que seguir por el camino de la colina.

—¿Camino? —resopló Woermann. Éste no era un camino. Lo hubiera clasificado como un sendero o, con más propiedad, un arrecife. Aparentemente, los rumanos de estos rumbos no creían en el motor de combustión interna y no habían previsto el paso de vehículos que lo utilizaran.

El sol desapareció súbitamente; hubo un trueno, el destello de un relámpago y entonces comenzó a llover de nuevo. Woermann maldijo. Otra tormenta. El clima aquí era enloquecedor. Los chubascos se precipitaban repetidamente entre las paredes del paso, esparciendo relámpagos en todas direcciones,

amenazando con hacer caer las montañas por los truenos y vertiendo la lluvia en torrentes, como si trataran de quitarse un lastre para poder elevarse sobre las cumbres escarpadas. Y luego se irían tan abruptamente como habían llegado. Como éste.

¿Por qué querría alguien vivir aquí?, se preguntaba. Las cosechas crecían pobres, rindiendo apenas para la subsistencia y un poco más. Las cabras y las ovejas parecían estar bastante bien, creciendo en los ásperos pastos de abajo y en el agua clara que brotaba de las montañas. Pero ¿por qué escoger un lugar como éste para vivir?

Woermann vio la fortaleza por

primera vez mientras la columna atravesaba un pequeño rebaño de cabras que estaban apiñadas en una curva particularmente cerrada del sendero. De inmediato sintió que había algo extraño en ella, pero era una anomalía benigna. Estaba diseñada como castillo, aunque no se le podía clasificar así por su pequeño tamaño. De manera que era llamada fortaleza. No tenía nombre y eso era peculiar. Supuestamente contaba con siglos de antigüedad y, sin embargo, se veía como si la última piedra hubiera sido colocada en su lugar apenas ayer. De hecho, su reacción inicial fue pensar que habían dado una vuelta incorrecta en algún lugar. Ésta no podía ser la

fortificación abandonada, de quinientos años, que iban a ocupar.

Detuvo la columna y revisó el mapa confirmando que efectivamente éste iba a ser su nuevo puesto de comando. Miró de nuevo la estructura, examinándola.

Siglos antes, una enorme losa de piedra plana se había desprendido de la pared occidental del paso. A su alrededor se veía una profunda cañada a través de la cual fluía un arroyo helado que parecía brotar del interior de la montaña. La fortaleza estaba en esa losa. Sus paredes eran pulidas, tal vez de 60 metros de altura, hechas con bloques de granito que se fundían sin bordes en el costado montañoso situado tras ellas;

era el trabajo del hombre que de algún modo estaba en concordancia con el de la naturaleza. Pero el rasgo más notable de la pequeña fortaleza era la torre solitaria que formaba su extremo principal: tenía el techo plano, sobresaliendo por lo menos 220 metros de su parapeto escalonado hacia la rocosa cañada de abajo. Ésa era la fortaleza. Una prolongación de una época diferente. Una visión bienvenida que aseguraba un lugar seco para vivir durante su vigilancia en el paso.

Pero era extraña la forma en que parecía ser tan nueva.

Woermann asintió al hombre que estaba junto a él en el auto y comenzó a

doblar el mapa. Se llamaba Oster y era el único sargento en el comando de Woermann. También suplía al chofer. Oster hizo una seña con la mano izquierda y el auto se movió hacia adelante con los otros tres vehículos siguiéndolo. El camino, o más bien el sendero, se ensanchaba al dar vuelta a la curva, llegando hasta un pequeño poblado anidado contra el costado de la montaña al sur de la fortaleza, justo al otro lado de la cañada.

Mientras seguían el sendero hacia el centro de la aldea, Woermann decidió reclasificarla también. Ésta no era una aldea en el sentido alemán, sino una colección de chozas con paredes de

estuco y techos temblorosos, todas de un piso, exceptuando la situada en el extremo más al norte. Ésta estaba a la derecha y tenía un segundo piso y un letrero afuera. No leía rumano, pero tuvo la sensación de que se trataba de una especie de posada. Woermann no podía imaginar para qué necesitaban una posada. ¿Quién vendría aquí?

A unos treinta metros detrás de la aldea, el sendero terminaba en la orilla de la cañada. Desde allí, una calzada arbolada, sostenida por columnas de piedra, se extendía unos noventa metros sobre la cañada rocosa, proporcionando el único vínculo de la fortaleza con el mundo. El único otro modo de entrar era

escalar sus lisas paredes de piedra desde abajo o deslizarse con una cuerda bajando unos trescientos metros por un costado, montañoso igualmente pulido.

El ojo militarmente entenado de Woermann evaluó de inmediato los valores estratégicos de la fortaleza, ira un excelente puesto de observación. Todo el paso Dinu se vería desde la torre y las paredes de la fortaleza; cincuenta hombres podrían detener a todo un batallón ruso. No es que éstos fueran a atravesar el paso Dinu, pero ¿quién era él para cuestionar al Alto Comando?

Dentro de Woermann había otro ojo que evaluaba la fortaleza a su manera.

Era el ojo de un artista, de un amante del paisaje… ¿usar acuarelas o confiar en los pigmentos al óleo para captar ese rastro de la pensativa vigilancia? La única forma de averiguarlo sería utilizando ambos. Tendría bastante tiempo libre durante les próximos meses.

—Bueno, sargento —le preguntó a Oster mientras saltaban por la orilla de la calzada—, ¿qué piensa de su nuevo hogar?

—No mucho, señor.

—Acostúmbrese a él. Probablemente pasará el resto de la guerra aquí.

—Sí, señor.

Notando una rigidez poco característica en las respuestas de Oster, Woermann miró a su sargento, un hombre delgado y oscuro que tenía poco más de la mitad de la edad de Woermann.

—De todos modos, no queda ya mucha guerra, sargento. Llegaron noticias de que mientras partíamos, Yugoslavia se rindió.

—Señor, ¡debió decírnoslo! ¡Nos hubiera levantado el espíritu!

—¿Tanto necesitan que se les levante?

—Todos preferiríamos estar en Grecia en estos momentos, señor.

—No hay nada más que licor

pesado, carne dura y danzas extrañas. No les gustaría.

—Por la *lucha*, señor.

—Oh, eso.

Woermann había notado el gracioso giro de su mente moviéndose más y más cerca de la superficie durante el último año. No era una cualidad envidiable en ningún oficial alemán y podía ser peligrosa para alguien que nunca se hubiera convertido en nazi. Pero era su única defensa contra su creciente frustración por el curso de la guerra y de su carrera. El sargento Oster no había estado con él el tiempo suficiente para darse cuenta de esto. Aunque lo aprendería a su tiempo.

—Para cuando llegue allí, sargento, la pelea habrá terminado. Espero que se rindan en el término de una semana.

—De todos modos, sentimos que estaríamos haciendo más por el Führer allí, que en estas montañas —replicó Oster.

—No debe olvidar que es la voluntad de su Führer que nos estacionemos aquí —le recordó Woermann. Notó con satisfacción que el «su» pasó desapercibido a Oster.

—Pero ¿por qué, señor? ¿Qué propósito cumplimos? —preguntó.

Woermann comenzó su discurso:

—El Alto Comando considera que el paso Dinu es el enlace de las estepas

rusas a todos los campos petroleros por los que pasamos en Ploiesti. Si las relaciones entre Rusia y el Reich se deterioran alguna vez, los rusos podrían decidir lanzar un ataque subrepticio en Ploiesti. Y sin ese petróleo, la movilidad de la Wehrmacht se vería seriamente perjudicada.

Oster escuchó pacientemente a pesar del hecho de haber escuchado la explicación una docena de veces antes, y de que él mismo había dado una versión de la misma historia a los hombres de su destacamento. Sin embargo, Woermann sabía que no estaba convencido. No lo culpaba. Cualquier soldado razonablemente inteligente tendría

preguntas que hacer. Oster había estado en el ejército el tiempo suficiente para saber que era altamente irregular situar a un veterano oficial a la cabeza de cuatro escuadrones de infantería sin un segundo oficial y luego asignar a todo el destacamento a un paso aislado en las montañas de un Estado aliado. Era un trabajo para un teniente novato.

—Pero los rusos tienen mucho petróleo propio, señor, y tenemos un tratado con ellos —replicó el sargento.

—¡Por supuesto! ¡Qué estúpido de mí haberlo olvidado! Un tratado. Nadie rompe ya los tratados.

—No cree que Stalin se atrevería a traicionar al Führer, ¿o sí?

Woermann reprimió la respuesta que se le vino a la mente: No si su Führer lo puede traicionar primero. Oster no comprendería. Como la mayoría de los miembros de la generación de la posguerra, había llegado a igualar los mejores intereses del pueblo alemán con la voluntad de Adolfo Hitler. Estada inspirado, inflamado por el hombre. Woermann se encontró con que él ya era demasiado viejo para tal apasionamiento. Había celebrado su cumpleaños número cuarenta y uno el mes anterior. Vio a Hitler trasladarse de las cervecerías a la Cancillería, y después a la calidad de Dios. Nunca le había gustado.

Era verdad que Hitler unificó otra vez al país y lo encaminó por el sendero de la victoria y el respeto propio, y era algo por lo que ningún alemán leal podía culparlo. Pero Woermann nunca había confiado en Hitler, en un austríaco que se rodeaba de todos esos bávaros, todos sureños. Ningún prusiano confiaría en un montón de sureños como ése. Había algo censurable en ellos. Lo que Woermann presenció en Posnan le mostraba cuan reprobable era.

—Diga a los hombres que salgan y se estiren —ordenó ignorando la última pregunta de Oster. De cualquier modo, había sido retórica—. Inspeccione la calzada para ver si soportará el peso de

los vehículos mientras yo echo un vistazo al interior.

En tanto caminaba por la calzada, Woermann pensó que sus árboles se veían bastante vigorosos. Miró por encima del borde de rocas y el agua sonora que estaba en el fondo. Era un largo camino hacia abajo, por lo menos medía veinte metros. Sería mejor tener los autos plataforma y el camión de aprovisionamiento vacíos, exceptuando a los conductores, y hacerlos pasar uno por uno.

Las pesadas puertas de madera del arco de entrada a la fortaleza estaban abiertas, lo mismo que los postigos de las ventanas en las paredes y en la torre.

La fortaleza parecía estar aireándose. Woermann caminó a través de las puertas y llegó a un patio empedrado. Estaba frío y silencioso. Notó que había una sección posterior de la fortaleza que aparentemente se hallaba esculpida en la montaña y que no viera desde la calzada.

Se volvió lentamente. La torre se erguía sobre él y las paredes grises lo rodeaban por todos lados. Se sintió como si estuviera en los brazos de una bestia somnolienta a la que no se atrevía a despertar.

Entonces vio las cruces. Las paredes interiores del patio estaban cubiertas de cientos de ellas… miles. Todas de la

misma forma y tamaño y con el mismo diseño desusado: la pieza vertical era de veinticinco centímetros de altura, cuadrada en la punta y torcida en la base; la cruceta medía cerca de dieciocho centímetros y en cada extremo tenía un ligero ángulo hacia arriba. Pero lo extraño era la altura de la pieza vertical en donde estaba la cruceta; si estuviera un poco más alta, la cruz se habría convertido en una «T» mayúscula.

Woermann las encontraba vagamente perturbadoras… tenían algo malo. Caminó hacia la cruz más cercana y pasó la mano sobre su suave superficie. La pieza vertical era de latón y la

cruceta de níquel, ambas hábilmente incrustadas en la superficie del bloque de piedra.

Miró de nuevo a su alrededor. Lo molestaba algo más. Algo faltaba. Entonces cayó en la cuenta… faltaban aves. No había palomas en las paredes. Los castillos en Alemania tenían bandadas de pichones que anidaban en cada grieta y en cada rincón. Aquí no se podía ver un solo pájaro en las paredes, las ventanas o la torre.

Escuchó un sonido tras él y giró, desabrochando la cubierta de su funda y descansando la mano sobre la cacha de la Luger. El gobierno rumano podía ser un aliado del Reich, pero Woermann

estaba muy consciente de que había grupos, dentro de sus fronteras, que no lo eran. El Partido Nacional Campesino, por ejemplo, era fácilmente antigermano, y aunque ahora no tenía poder, todavía estaba activo. Podía haber grupos violentos dispersos aquí en los Alpes, escondidos, esperando la oportunidad de matar a unos cuantos alemanes.

El sonido se repitió más fuerte ahora. Pisadas sólidas, sin ningún intento de ser cautelosas. Venían de una puerta en la sección posterior de la fortaleza y, mientras Woermann miraba, un hombre como de treinta años con un *cojoc* de piel de borrego salió por la

abertura. No vio a Woermann. Llevaba en la mano una paleta llena de argamasa e, inclinándose con la espalda hacia Woermann, comenzó a reparar el estuco desmoronado alrededor del marco de la puerta.

—¿Qué está haciendo aquí? —Ladró Woermann. Sus órdenes implicaban que la fortaleza estaba desierta.

Sorprendido, el albañil saltó y dio la vuelta, el enojo en su cara murió súbitarnente al reconocer el uniforme y darse cuenta de que le habían hablado en alemán. Balbuceó algo ininteligible, sin duda en rumano. Woermann se dio cuenta con fastidio de que tendría que encontrar un intérprete o bien aprender

algo del idioma si iba a pasar algún tiempo aquí.

—¡Hable alemán! —ordenó—. ¿Qué está haciendo aquí?

El hombre sacudió la cabeza en una mezcla de miedo e indecisión. Levantó el dedo índice, lo que era una señal de espera y luego gritó algo que sonó como «¡Papá!».

Se escuchó un ruido arriba cuando un hombre más viejo, que llevaba una *caciula* de lana en la cabeza, abrió los postigos de una de las ventanas de la torre y miró hacia abajo. La mano de Woermann se tensó sobre la cacha de la Luger mientras los dos rumanos sostenían un breve intercambio de

palabras. Luego, el viejo habló en alemán:

—Bajaré ahora, señor.

Woermann asintió y se relajó. Se dirigió de nuevo a una de las cruces y la examinó. Latón y níquel… casi parecían de oro y plata.

—Hay dieciséis mil ochocientas siete cruces como esa incrustadas en las paredes de la fortaleza —informó una voz tras él. El acento era pesado y las palabras sonaban estudiadas.

—¿Las contó? —preguntó Woermann, volviéndose. Juzgó que el hombre tendría alrededor de cincuenta años. Existía un fuerte aire de familia entre él y el joven albañil al que había

sorprendido. Ambos iban vestidos con camisas de pastor y pantalones idénticos, excepto por el sombrero de lana del viejo—. ¿O es sólo algo que le dice a sus turistas?

—Soy Alexandru —se presentó obstinadamente, haciendo una leve reverencia—. Mis hijos y yo trabajamos aquí. Y no llevamos a nadie a excursiones.

—Eso cambiará en un momento —aseguró Woermann—. Pero ahora: se me hizo creer que la fortaleza estaba desocupada.

—Eso es cuando nos vamos a casa en la noche —aclaró el viejo—. Vivimos en la aldea.

—¿Dónde está el propietario?

—No tengo idea —respondió Alexandru encogiendo los hombros.

—Entonces, ¿quién le paga? —inquirió. Esto estaba volviéndose exasperante. ¿Acaso este hombre no sabía hacer otra cosa que encoger los hombros y decir que no sabía?

—El posadero. Alguien le trae dinero dos veces al año, inspecciona la fortaleza, toma notas y luego se va. El posadero nos paga mensualmente.

—¿Quién les dice qué hacer? —preguntó Woermann esperando que alzara los hombros otra vez, pero esto no sucedió.

—Nadie —afirmó Alexandru.

Estaba muy derecho y hablaba con una dignidad calmada—. Hacemos todo. Nuestras instrucciones son mantener la fortaleza como nueva. Eso es todo lo que necesitamos saber. Lo que debe hacerse, lo hacemos. Mi padre se pasó la vida haciéndolo y su padre antes que él, y así sucesivamente. Mis; hijos continuarán después de mí.

—¿Se pasan toda su vida manteniendo este lugar? ¡No puedo creerlo! —exclamó Woermann.

—Es más grande de lo que parece. Las paredes que ve a su alrededor tienen cuartos en el interior. Hay corredores con estancias debajo de nosotros, en el sótano y esculpidas en el costado de la

montaña tras de nosotros. Siempre hay algo que hacer.

La mirada de Woermann recorrió otra vez las tétricas paredes medio en penumbras, y el patio que también estaba oscuro a pesar del hecho de que la tarde comenzaba apenas. ¿Quién había construido la fortaleza? ¿Y quién estaba pagando para que se la mantuviera en tan perfectas condiciones? No tenía sentido. Contempló las sombras y se le ocurrió que si él hubiera sido el constructor de la fortaleza, la habría situado en el otro lado del paso, donde había mejor exposición a la luz y al calor del sol desde el Sur y el Oeste. Por la situación

de la fortaleza, era seguro que la noche llegaría temprano.

—Muy bien —le indicó a Alexandru—. Puede continuar con su tarea de mantenimiento después que nos instalemos. Pero usted y sus hijos deben informar a los centinelas cuando entren y cuando se vayan. —Vio que el hombre sacudía la cabeza—. ¿Qué pasa?

—No pueden quedarse aquí —afirmó el viejo.

—¿Y por qué no?

—Está prohibido —le aclaró.

—¿Quién lo prohíbe? —quiso saber Woermann.

—Siempre ha sido así. —Encogió los hombros Alexandru—. Tenemos que

mantener la fortaleza y cuidar que nadie la invada.

—Y por supuesto, siempre han tenido éxito —repuso. La gravedad del viejo lo divertía.

—No. No siempre. Hubo veces en que los viajeros se quedaron en contra de nuestros deseos. No oponemos resistencia, no hemos sido contratados para pelear. Pero nunca se quedan más de una noche. La mayoría ni siquiera tanto tiempo.

Woermann sonrió. Había estado esperando esto. Un castillo desierto, aun de tamaño bolsillo como éste, tenía que estar encantado. Si no había nada más, le daría de qué hablar a sus hombres.

—¿Qué los hace irse? ¿Gemidos? ¿Espectros que hacen sonar cadenas?

—No… No hay fantasmas aquí, señor.

—¿Muertes entonces? ¿Horribles asesinatos? ¿Suicidios? —preguntó Woermann, divirtiéndose—. Tenemos más castillos de los necesarios en Alemania y no hay uno solo que no tenga conectada a él alguna historia de terror, junto al fogón.

—Nadie ha muerto aquí nunca —negó Alexandru con la cabeza—. No que yo sepa.

—Entonces, ¿qué hace? ¿Qué hace que los invasores se queden sólo una noche?

—Los sueños, señor. Malos sueños. Y siempre el mismo, por lo que puedo deducir… algo acerca de estar atrapado en un pequeño cuarto sin puerta ni ventanas ni luces… una oscuridad total… y frío… mucho frío… y algo en la oscuridad con uno… más frío que la oscuridad… y hambriento.

Mientras escuchaba, Woermann sintió el indicio de un escalofrío a lo largo de los hombros y por su espalda. Tuvo en mente preguntarle a Alexandru si él mismo pasó una noche en la fortaleza, pero la expresión en los ojos del rumano mientras hablaba era suficiente respuesta. Sí, Alexandru había pasado una noche en la fortaleza. Sólo

una.

—Quiero que espere aquí hasta que mis hombres hayan atravesado la calzada —le pidió sacudiéndose el estremecimiento—. Entonces, podrá mostrarme el lugar.

La cara de Alexandru era de frustración impotente.

—Es mi obligación, herr capitán, informarle que no se permiten huéspedes en la fortaleza —insistió con firme dignidad.

Woermann sonrió, pero sin mofa o condescendencia. Entendía el deber y respetaba el sentido que este hombre tenía de él.

—Su advertencia ha sido

comunicada. Se enfrenta al ejército alemán, a una fuerza que está más allá de su resistencia, así que debe hacerse a un lado. Considere que su deber ha sido saldado puntualmente.

Dicho esto, Woermann se volvió y caminó hacia la puerta. Todavía no había visto aves. ¿Soñarían las aves? ¿También ellas anidarían aquí por una noche para nunca regresar?

El auto del comandante y los tres camiones descargados fueron llevados por la calzada y estacionados en el patio sin ningún incidente. Los hombres los seguían a pie, cargando sus propios

aparejos y luego regresaron al otro lado de la cañada para empezar a transportar a mano el contenido del camión de provisiones: la comida, los generadores y las armas antitanques.

Mientras el sargento Oster se encargaba de los detalles de la labor, Woermann siguió a Alexandru en un recorrido rápido por la fortaleza. El número de cruces idénticas de latón y níquel incrustadas a intervalos regulares en cada corredor, en cada cuarto, en cada pared, continuaba asombrándolo. Y los cuartos… parecían estar en todos lados: dentro de las paredes que circundaban el patio, bajo éste, en la sección posterior, en la torre de

vigilancia. La mayoría eran pequeños y estaban todos sin amueblar.

—Son cuarenta y nueve cuartos en total, contando las *suites* en la torre —explicó Alexandru.

—Es un número extraño, ¿no lo cree? ¿Por qué no redondearlo a cincuenta?

—¿Quién puede decirlo? —Eludió Alexandru encogiendo los hombros.

Woermann rechinó los dientes: Si encoge los hombros una vez más…

Caminaron a lo largo de uno de los terraplenes que corría en diagonal desde la torre y luego volvía en ángulo a la montaña. Notó que también había cruces incrustadas en el parapeto, a la altura

del pecho. Una pregunta surgió en su mente:

—No recuerdo haber visto ninguna cruz en el lado exterior de la pared.

—No hay ninguna —confirmó el viejo—. Sólo en el interior. Y mire los bloques que están aquí. Vea cuan perfectamente encajan. Y no hay vestigios de argamasa que los mantenga juntos. Todas las paredes en la fortaleza están construidas de este modo. Es un arte perdido.

A Woermann no le importaban los bloques de piedra. Señaló la rampa que estaba bajo ellos.

—¿Dijo que hay cuartos aquí, debajo de nosotros?

—Hay dos hileras de ellos en cada pared, cada uno con una ventana como ranura que da a la pared exterior, y una puerta hacia el corredor que da al patio.

—Excelente. Servirán perfectamente como barracas. Ahora vamos a la torre.

La torre de vigilancia tenía un diseño desusado. Tenía cinco niveles y cada uno consistía en una *suite* de dos cuartos que cubría todo el nivel, exceptuando el espació que se requería para la puerta en un pequeño descanso. Una escalera de piedra subía por la superficie interna de la pared norte de la torre en un escarpado zig-zag.

Respirando pesadamente después de la ascensión, Woermann se inclinó sobre

el parapeto que rodeaba el techo de la torre e inspeccionó el largo estrecho del paso Dinu comandado por la fortaleza. Ahora podía ver las mejores colocaciones para sus rifles antitanques. Tenía poca fe en la efectividad de los Panzerbuchse 38s de 7.92 milímetros que le habían dado, pero no esperaba tener que utilizarlos. Tampoco los morteros. De todos modos, los instalaría.

—Pocas cosas podrían pasar desapercibidas desde aquí —comentó hablando para sí mismo.

—Excepto durante la niebla de primavera —replicó Alexandru inesperadamente—. Todo el paso se

llena de una niebla densa cada noche durante la primavera.

Woermann tomó nota mental de eso. Aquellos que estuvieran de guardia tendrían que mantener abiertos los oídos al igual que los ojos.

—¿Dónde están todos los pájaros? —preguntó. Lo molestaba no haber visto ninguno todavía.

—No he visto un pájaro en la fortaleza —respondió Alexandru—. Nunca.

—¿No le parece extraño eso?

—La fortaleza misma es extraña, herr capitán, con sus cruces y todo. Dejé de tratar de explicármela cuando tenía diez años. Sólo está aquí.

—¿Quién la construyó? —interrogó Woermann y se volvió para no tener que ver el encogimiento de hombros que vendría.

—Pregúntele a cinco personas y obtendrá cinco respuestas, todas diferentes. Algunos dicen que fue uno de los viejos señores de Wallachia, otros, que un osado turco, e incluso hay quien cree que fue construida por uno de los papas. ¿Quién lo sabe con seguridad? La verdad puede encogerse y la fantasía crecer mucho en cinco siglos.

—¿Realmente cree que tiene todo ese tiempo? —consultó Woermann haciendo un examen final del paso antes de volverse. *Puede suceder en el*

término de unos cuantos años.

Mientras se acercaban al nivel del patio, el sonido de un martilleo atrajo la atención de Alexandru hacia el pasillo que corría por la pared interna del muro sur. Woermann lo siguió. Cuando Alexandru vio que los hombres martilleaban las paredes, se adelantó para mirar más de cerca y volvió apresuradamente de regreso con Woermann.

—¡Herr capitán, están clavando pernos entre las piedras! —gritó retorciéndose las manos mientras hablaba—. ¡Deténgalos! ¡Están arruinando las paredes!

—¡Tonterías! Esos «pernos» son

clavos comunes y están colocando uno cada tres metros. Tenemos dos generadores y los hombres están poniendo las luces. El ejército alemán no vive con luz de antorchas.

Mientras avanzaban por el corredor, se toparon con un soldado que estaba arrodillado en el piso y que golpeaba uno de los bloques de la pared con su bayoneta. Alexandru se agitó más.

—¿Y él? —preguntó el rumano con un susurro áspero—. ¿Está poniendo luces?

Woermann se movió rápida y silenciosamente hasta una posición atrás del ocupado soldado. Mientras miraba al hombre inspeccionar uno de los

bloques de la pared con la punta de su pesada navaja, Woermann sintió que temblaba y se hundía en un sudor frío.

—¿Quién le asignó esta tarea, soldado?

El soldado saltó sorprendido y dejó caer la bayoneta. Su agudo rostro palideció mientras se volvía a ver a su comandante. Se puso de pie apresuradamente.

—¡Respóndame! —gritó Woermann.

—Nadie, señor —contestó. Estaba en firmes con los ojos mirando al frente.

—¿Cuáles fueron sus órdenes?

—Ayudar a poner las luces, señor.

—¿Y por qué no lo está haciendo?

—No tengo excusa, señor.

—No soy su sargento de prácticas, soldado. Quiero saber lo que tenía en mente cuando decidió actuar como un vándalo común en lugar de actuar como un soldado alemán. ¡Respóndame!

—Oro, señor —respondió el soldado tímidamente. Sonaba torpe y era evidente que lo sabía—. Han dicho que este castillo fue construido para esconder el tesoro papal. Y todas esas cruces, señor… parecen de oro y plata. Yo sólo estaba…

—Estaba descuidando su deber, soldado. ¿Cómo se llama?

—Lutz, señor.

—Bien, soldado Lutz, ha sido un día provechoso para usted. No sólo ha

aprendido que las cruces están hechas de latón y níquel en lugar de oro y plata, sino que también se ha ganado un lugar en la primera guardia durante toda la semana. Repórtese con el sargento Oster cuando haya terminado con las luces.

Cuando Lutz envainó su bayoneta caída y se marchó, Woermann se volvió hacia Alexandru para encontrarlo pálido y tembloroso.

—¡Las cruces no deben ser tocadas nunca! —exclamó el rumano—. ¡Nunca!

—¿Y por qué no?

—Por que siempre ha sido así. Nada debe ser cambiado en la fortaleza. Por eso trabajamos. ¡Por eso es por lo que no deben quedarse aquí!

—Buenos días, Alexandru —se despidió Woermann en un tono que esperaba indicara el fin de la discusión. Simpatizaba con el predicamento del viejo, pero su propio deber era prioritario.

Cuando se alejaba escuchó la voz suplicante de Alexandru tras él:

—¡Por favor, herr capitán! ¡Dígales que no toquen las cruces! ¡Que no toquen las cruces!

Woermann decidió hacer justamente eso. No por el bien de Alexandru, sino porque no podía explicar el miedo incomprensible que lo invadió cuando vio a Lutz clavar la bayoneta en la cruz. No había sido una simple sensación de

incomodidad sino un frío y enfermizo terror que se había enroscado en su estómago y que lo oprimía. Y no podía imaginarse el porqué.

Miércoles, 23 de abril
03:20 horas

Ya era tarde cuando Woermann, agradecido, colocó su bolsa de dormir en el suelo de sus aposentos. Eligió para sí el tercer piso de la torre, que sobresalía por encima de las paredes y no era demasiado difícil de subir. El cuarto de enfrente serviría como oficina y el pequeño cuarto de atrás como

alojamiento personal. Las dos ventanas del frente, que eran aberturas rectangulares sin vidrios en la pared exterior, tenían postigos de madera a cada lado y le ofrecían una buena vista del paso y también de la aldea. A través del par de ventanas posteriores podía vigilar el patio.

Los postigos estaban abiertos a la noche. Apagó las luces y se detuvo durante unos momentos en las ventanas del frente. La cañada se veía oscurecida por una capa de niebla ondulante. Con la puesta del sol, el aire frío había comenzado a bajar de los picos de las montañas mezclándose con el aire húmedo del suelo del paso, que todavía

retenía un poco de calor del día. Un blanco río de bruma en movimiento fue el resultado. La escena estaba iluminada solamente por la luz de las estrellas, por un conjunto de estrellas tan increíble como sólo era posible ver en las montañas. Podía contemplarlas y casi entender el movimiento delirante en la *Noche Estrellada*, de Van Gogh. El silencio sólo se veía interrumpido por el zumbido grave de los generadores situados en el extremo más alejado del patio. Era una escena sin tiempo y Woermann se demoró en ella hasta que se sintió adormecido.

Sin embargo, una vez en la bolsa de dormir, encontró que el sueño lo invadía

a pesar de la fatiga y de que su mente regaba pensamientos en todas direcciones: hace frío esta noche pero no lo suficiente para hacer fogatas… de todos modos no hay madera… el calor no sería un problema con el verano que estaba por llegar… tampoco el agua, ya que habían encontrado cisternas llenas en el piso del sótano, las cuales eran alimentadas continuamente por una corriente subterránea… la sanidad siempre era un problema… de cualquier modo, ¿cuánto tiempo se quedarían aquí?… ¿debía dejar que sus hombres durmieran mañana después del largo día que acababa de terminar?… tal vez podría hacer que Alexandru y sus hijos

confeccionaran algunos catres para alejarse de estos fríos pisos de piedra… especialmente si iban a permanecer aquí durante los meses de otoño e invierno… si la guerra duraba tanto.

La guerra… parecía tan lejana ahora. La idea de renunciar a su comisión flotaba en su mente otra vez. Durante el día podía escapar de ella, pero aquí, en la oscuridad, sólo consigo mismo, se arrastraba y se agazapaba en su pecho, exigiendo atención.

No podía renunciar ahora, no mientras su país estuviera en guerra todavía. Especialmente mientras él se encontrase estacionado en estas desoladas montañas, a merced de los

soldados-políticos de Berlín. Eso equivaldría a ponerse directamente en sus manos. Sabía lo que había en sus mentes: únete al Partió o te mantendremos en la pelea; únete al Partido o te llevaremos a la desgracia con misiones como perro vigía en los Alpes transilvanos; únete al Partido o renuncia.

Tal vez renunciaría después de la guerra. La primavera marcaba sus veinticinco años en el ejército. Y como estaban sucediendo las cosas ahora, quizá un cuarto de siglo fuera suficiente. Sería bueno estar todos los días en casa con Helga, pasar algún tiempo con los muchachos y ejercitar sus habilidades de

sufrimiento en los paisajes prusianos.

Sin embargo… el ejército había sido su hogar durante tanto tiempo, que no podía evitar pensar que el ejército alemán sobreviviría de algún modo a estos nazis. Si sólo pudiera soportar el tiempo suficiente…

Abrió los ojos y miró hacia la oscuridad. Aunque la pared opuesta a él estaba perdida en las sombras, casi podía sentir las cruces incrustadas en los bloques de piedra de allí. No era un hombre religioso, pero sentía una inmensa tranquilidad al encontrarse en su presencia.

Lo cual le trajo a la mente el incidente de esa tarde en el corredor.

Aunque lo intentó, no pudo sacudirse completamente el terror que se apoderó de él mientras miraba al soldado, ¿cómo se llamaba? ¿Lutz?, arrancando aquella cruz.

Lutz… Soldado Lutz… ese hombre era un problema… sería mejor que Oster lo mantuviera vigilado.

Se durmió pensando si la pesadilla de Alexandru lo estaría esperando.

2

La Fortaleza
Miércoles, 23 de abril
03:40 horas

El soldado Hans Lutz estaba en cuclillas bajo una bombilla de escaso voltaje y resultaba una figura solitaria posada en una isla de luz a mitad de un río de oscuridad, aspirando profundamente un cigarrillo, con la espalda contra las frías paredes del sótano. Se había quitado el casco, revelando un cabello rubio y un

rostro juvenil manchado por un duro conjunto de ojos y boca. A Lutz le dolía todo. Estaba cansado. No quería más que meterse en su bolsa de dormir para tener unas cuantas horas de olvido. De hecho, si aquí en el sótano el ambiente hubiera estado un poco más tibio, habría dormitado justo donde estaba.

Pero no podía permitir que eso sucediera. Tener la primera guardia durante toda la semana ya era suficientemente malo y Dios sabe lo que pasaría si lo encontraran durmiendo en servicio. Además, no era difícil que Woermann se paseara por el corredor mismo en donde Lutz estaba sentado, sólo para vigilarlo. Tenía que

mantenerse despierto.

Había sido sólo su suerte la que hizo que el capitán lo encontrara esa tarde. Lutz estuvo mirando las cruces de graciosa figura desde que puso un pie por primera vez en el patio. Finalmente, después de una hora de estar cerca de ellas, la tentación fue demasiado grande. Parecían de oro y plata aunque aparentemente era imposible que lo fueran. Tenía que averiguarlo y ahora estaba en problemas.

Bueno, por lo menos había satisfecho su curiosidad: no eran de oro ni de plata. Sin embargo, difícilmente ese conocimiento valía la pena de hacer la primera guardia una semana completa.

Rodeó el pulsante resplandor de la punta de su cigarrillo con las manos para calentárselas. ¡Dios, hacía frío! Estaba más frío aquí abajo que en el aire libre de la muralla que patrullaban Otto y Ernst. Lutz había bajado al sótano sabiendo que era frío. Ostensiblemente esperaba que la baja temperatura pudiera refrescarlo y ayudarlo a mantenerse despierto. De hecho, quería una oportunidad para hacer un reconocimiento privado.

Porque todavía tenía que ser disuadido de la creencia de que aquí se encontraba un tesoro papal. Existían demasiados indicios que apuntaban hacia eso. Las cruces eran la primera y

más obvia pista; no se trataba de cruces maltesas buenas, fuertes y simétricas, pero a pesar de todo eran cruces. Y efectivamente, parecían ser de oro y plata. Más aún, ninguno de los cuartos estaba amueblado, lo que significaba que nadie pretendía vivir aquí. Pero lo que resultaba más atractivo era el mantenimiento constante: alguna organización había estado pagando la conservación de este lugar durante siglos ininterrumpidos. ¡*Siglos*! Sólo conocía una organización con el poder, los recursos y la continuidad para hacer eso, y ésta era, sin duda alguna, la Iglesia Católica.

En lo que se refería a él, la fortaleza

había sido conservada para cumplir con un solo propósito: salvaguardar el botín del Vaticano.

Estaba aquí, en algún lado, tal vez detrás de las paredes o bajo los pisos, y él lo encontraría.

Lutz contempló la pared de piedra del otro lado del corredor. Las cruces eran particularmente numerosas aquí en el patio y, como era usual, todas se veían iguales…

… excepto quizás por la que estaba allí a la izquierda, en la piedra de la fila de abajo, a la orilla de la luz… había algo diferente en la forma en que la pálida iluminación se reflejaba en su superficie. ¿Sería un truco de luz? ¿Un

acabado especial?

¿O un metal diferente?

Lutz retiró la Schmeisser automática que tenía en las rodillas y la recargó contra la pared. Desenfundó su bayoneta y se arrastró sobre manos y rodillas por el corredor. En el instante en que la punta tocó el metal amarillo de la pieza vertical de la cruz, supo que había hallado algo: el metal era suave… suave y amarillo como sólo podía ser el oro sólido.

Sus manos comenzaron a temblar mientras enterraba la punta de la hoja en la unión de la cruz y la piedra, clavándola más y más hondo hasta que sintió que topaba con piedra. A pesar de

la presión creciente, ya no pudo hundir la hoja. Había penetrado hasta la parte posterior de la cruz incrustada. Estaba seguro de que con un poco de trabajo podría botar el objeto completo de una sola pieza. Recargándose contra el mango de la bayoneta, aplicó una presión progresiva. Sintió que algo cedía y echó un vistazo.

¡Maldición! El acero templado de la bayoneta estaba atravesando el oro. Trató de ajustar el vector de fuerza más directamente hacia el exterior de la piedra, pero el metal continuó levantándose, estirándose…

… la piedra se movió.

Lutz sacó la bayoneta y estudió el

bloque. No había nada especial en él: tenía treinta centímetros de ancho y cerca de veinticinco de alto y probablemente treinta de profundidad. No contenía argamasa, al igual que el resto de los bloques en la pared, y ahora sobresalía seis centímetros del resto de las piedras. Se levantó y recorrió la distancia hacia la puerta que se encontraba a la izquierda. Entrando al cuarto desde allí, contó los pasos de regreso a la pared del interior. Repitió el procedimiento en el otro lado del cuarto, a la derecha de la piedra suelta. El número de pasos no coincidía.

Había un gran espacio vacío detrás de la pared.

Con una tensa emoción hormigueándole en el pecho, cayó súbitamente sobre el bloque suelto, aferrándose frenéticamente a la orilla. Sin embargo, a pesar de sus mayores esfuerzos, no pudo sacarlo más de la pared. Odiaba la idea, pero finalmente tuvo que admitir que no podría hacerlo solo. Tenía que involucrar a alguien más en esto.

La elección obvia era Otto Grunstadt que en este momento patrullaba la pared. Siempre estaba buscando la forma de ganar unos cuantos marcos fácilmente. Y aquí había más que unos cuantos. Detrás de esa piedra floja esperaban millones en oro papal. Lutz estaba seguro de ello.

Casi podía saborearlo.

Dejando atrás su Schmeisser y su bayoneta, corrió hacia las escaleras.

—¡Apresúrate, Otto!

—Todavía no sé sobre esto —manifestó Grunstadt, trotando para seguirle el paso. Era más pesado y moreno que Lutz y sudaba a pesar del frío—. Se supone que debo estar en servicio arriba. Si me descubren…

—Esto sólo nos tomará un minuto o dos. Está aquí —le aseguró Lutz.

Después de haber conseguido una lámpara de queroseno del cuarto de abastecimientos, literalmente jaló a

Grunstadt de su puesto, hablando todo el tiempo sobre el tesoro y sobre ser ricos de por vida y nunca tener que trabajar otra vez. Grunstadt lo siguió como una mariposa atraída por la luz.

—¿Ves? —preguntó Lutz. Estaba de pie sobre la piedra y la señalaba—. ¿Ves cómo está desalineada?

Grunstadt se arrodilló para examinar el doblado y lacerado borde de la cruz incrustada en la piedra. Tomó la bayoneta de Lutz y presionó la orilla cortante contra el metal amarillo de la pieza vertical. Se cortó fácilmente.

—Está bien, es oro —afirmó suavemente. Lutz quería patearlo, decirle que se apresurara, pero debía

dejar que Grunstadt se convenciera. Lo vio intentando clavar la punta de la bayoneta en las otras cruces que estaban a su alcance—. Todas las demás piezas son de latón. Ésta es la única que vale la pena.

—Y la piedra en la que está se encuentra floja —añadió Lutz rápidamente—. Y hay un espacio vacío detrás de ella de casi dos metros de ancho y no sé de qué profundidad.

Grunstadt levantó la vista y sonrió. La conclusión era ineludible.

—Comencemos —propuso.

Progresaron trabajando en conjunto, pero no lo suficientemente rápido para satisfacer a Lutz. El bloque de piedra se

inclinó infinitesimalmente hacia la izquierda, luego hacia la derecha y después de quince minutos de una labor titánica, sobresalía menos de dos centímetros y medio de la pared.

—Espera —jadeó Lutz—. Esta losa tiene treinta centímetros de espesor. Nos tomará toda la noche hacer esto. Nunca terminaremos antes de la próxima guardia. Veamos si podemos doblar un poco más el centro de la cruz. Tengo una idea.

Usando ambas bayonetas se las ingeniaron para sacar la pieza de oro de su canal en un punto que estaba justo debajo de la cruceta de plata, dejando suficiente espacio entre ellas para

deslizar el cinturón de Lutz entre el metal y la piedra.

—¡Ahora tiremos de él!

Grunstadt le devolvió la sonrisa débilmente. Parecía preocupado por haber abandonado su puesto durante tanto tiempo.

Colocaron los pies en las paredes arriba y junto al bloque, tomando cada uno el cinturón con ambas manos y luego forzaron sus cansadas espaldas, piernas y brazos para extraer la dura roca. Comenzó a moverse con un agudo roce de protesta, estremeciéndose, balanceándose, deslizándose. Al fin estuvo afuera. La hicieron a un lado y Lutz buscó a tientas un fósforo.

—¿Listo para ser rico? —preguntó encendiendo la lámpara de queroseno y acercándola a la abertura. No había más que oscuridad en el interior.

—Siempre —replicó Grunstadt—. ¿Cuándo empiezo a contar?

—Tan pronto como regrese —respondió. Ajustó la flama y comenzó a arrastrarse a través de la abertura, empujando la lámpara delante de él. Se encontró en un angosto tiro de piedra, ligeramente inclinado hacia abajo… y de sólo un metro veinte de largo. El tiro terminaba en otro bloque de piedra idéntico contra el que habían luchado tanto y durante tanto tiempo para moverlo. Lutz le acercó la lámpara. Esta

cruz también parecía ser de oro y plata.

—Dame la bayoneta —le pidió a Grunstadt extendiendo la mano.

—¿Qué pasa? —consultó Grunstadt poniendo la bayoneta en la palma de la mano que esperaba.

—Un obstáculo.

Lutz se sintió derrotado durante un momento. Con un espacio apenas suficiente para un hombre en el angosto pasadizo, sería imposible remover la piedra que tenía enfrente. Tendría que romper toda la pared y eso era más de lo que Grunstadt y él esperaban hacer por sí mismos, sin importar cuántas noches trabajaran juntos en eso. Ya no sabía qué hacer a continuación, pero tenía que

satisfacer su curiosidad acerca de los metales que formaban la cruz que se hallaba delante de él. Si la pieza vertical era de oro, por lo menos estaría seguro de que estaba en la pista correcta.

Gruñendo mientras se retorcía en el cautiverio del pasadizo, Lutz enterró la punta de la bayoneta en la cruz. Se hundió fácilmente. Pero aún más, la roca comenzó a balancearse hacia atrás como si estuviera girando sobre el lado izquierdo. Extático, la empujó con la mano libre y encontró que no era más que una fachada de no más de tres centímetros de grosor. Se movió fácilmente bajo su contacto dejando

salir una oleada de aire frío y fétido de la oscuridad que reposaba tras ella. Algo en el aire provocó que los vellos de sus brazos y de su nuca se erizaran.

Hace frío, pensó al sentir que se estremecía involuntariamente, pero no tanto.

Reprimió una ansiedad creciente y gateó hacia adelante, deslizando la lámpara por el piso del pasadizo. Mientras atravesaba la nueva abertura, la llama empezó a morir. No vaciló ni chisporroteó en su chimenea de gas, así que no podía culpar a ninguna turbulencia en el aire frío que seguía pasando junto a él. La flama simplemente comenzó a apagarse, a

debilitarse en la mecha. Pasó por su mente la posibilidad de un gas tóxico, pero no pudo oler nada ni sintió falta de aire ni irritación de los ojos o nariz.

Tal vez quedaba poco petróleo. Mientras jalaba la lámpara para revisarla, la flama recuperó su tamaño original y su brillantez. Agitó la base y sintió que el líquido chapoteaba en el interior. Había bastante. Intrigado, la empujó de nuevo hacia adelante y otra vez la flama empezó a encogerse. Cuanto más la introducía en la cámara, más chica se hacía, sin iluminar absolutamente nada. Algo estaba mal aquí.

—Otto —lo llamó por encima del

hombro—, amarra el cinturón alrededor de uno de mis tobillos y sostenlo. Voy a bajar más.

—¿Por qué no esperamos hasta mañana… cuando haya luz? —objetó Otto.

—¿Estás loco? ¡Todo el destacamento lo sabrá para entonces! ¡Todos querrán su parte y el capitán probablemente se quedará con la más grande! ¡Tenemos que hacer nosotros el trabajo o acabaremos sin nada!

—Ya no me gusta esto —titubeó Grunstadt.

—¿Pasa algo malo, Otto?

—No estoy seguro. Es sólo que ya no quiero estar más aquí.

—¡Deja de hablar como vieja! —Chasqueó Lutz. No convenía que Grunstadt se ablandara ahora. Él mismo se sentía incómodo, pero había una fortuna a sólo unos centímetros y no iba a permitir que nada lo detuviera para reclamarla—. ¡Amarra el cinturón y sostenlo! Si el pasadizo se hace más inclinado, no quiero resbalar.

—Muy bien. —Llegó la respuesta renuente desde atrás—. Pero apresúrate.

Lutz esperó hasta que sintió que el cinturón se apretaba alrededor de su tobillo izquierdo y entonces comenzó a arrastrarse por la cámara oscura, llevando la lámpara por delante. Una sensación de urgencia se apoderó de él.

Se movió tan rápido como se lo permitía el espacio cerrado. Para el momento en que su cabeza y hombros pasaron por la abertura, la flama de la lámpara había disminuido hasta ser un resplandor blanco azulado… como si la luz no fuera bienvenida. Como si la oscuridad hubiera lanzado la llama de regreso a la mecha.

Cuando Lutz empujó la lámpara unos cuantos centímetros más, la llama murió. Al morir ésta, se dio cuenta de que no estaba solo.

Algo tan oscuro y frío como la cámara en la que había entrado se hallaba despierto y hambriento, junto a él. Empezó a temblar

incontrolablemente. El terror irrumpió en sus entrañas. Trató de retroceder y jalar los hombros y la cabeza, pero estaba atrapado. Era como si el pasadizo se hubiera cerrado a su alrededor, manteniéndolo impotente en una oscuridad tan total que no existía arriba ni abajo. El frío y el miedo lo envolvieron en un abrazo combinado que amenazaba volverlo loco. Abrió la boca para decirle a Otto que lo jalara. El frío penetró en él mientras su voz se alzaba en una agonía de terror.

Afuera, el cinturón que Otto tenía en las manos comenzó a latiguear hacia atrás, mientras las piernas de Lutz se retorcían, pateaban y golpeaban en el

pasadizo. Hubo un sonido como una voz humana, pero tan lleno de horror y desesperación, y llegando desde tan lejos, que Grunstadt no podía creer que proviniera de su amigo. El sonido se convirtió en un tartamudeo gorgoteante tan abrupto, que era horrible escucharlo. Y mientras cesaba, también lo hacían los frenéticos movimientos de Lutz.

—¿Hans? —preguntó.

No hubo respuesta.

Completamente asustado, Grunstadt tiró del cinturón hasta que los pies de Lutz estuvieron a su alcance. Entonces tomó ambas botas y jaló a Lutz hasta el corredor.

Cuando Grunstadt vio lo que había

extraído del pasadizo, comenzó a gritar. El sonido rebotó de un lado a otro del corredor del sótano, reverberando y subiendo de volumen hasta que las mismas paredes comenzaron a sacudirse.

Intimidado por el sonido amplificado de su propio terror, Grunstadt se detuvo transfigurado mientras la pared por la que su amigo se arrastrara se hinchó y pequeñas grietas comenzaron a aparecer en las orillas de los bloques de granito. Una ancha hendedura surgió del espacio dejado por la piedra que habían quitado. Las pocas diminutas luces situadas a lo largo del corredor comenzaron a extinguirse y,

cuando casi estaban apagadas, la pared estalló, abriéndose con un temblor convulsivo, bañando a Grunstadt con pedazos de piedra fragmentada y liberando algo inconcebiblemente negro que saltó y lo envolvió con un solo movimiento rápido y suave.

El horror había comenzado.

3

Tavira, Portugal
Miércoles, 23 de abril
02:35 horas (Tiempo de Greenwich)

El hombre pelirrojo se encontró súbitamente despierto. El sueño se le había caído como una capa suelta y en un principio no supo por qué. Fue un día difícil, de redes sucias y mares fragosos; y después de llegar a casa a la hora usual, debió haber dormido hasta la primera luz. Sin embargo, ahora,

después de sólo unas pocas horas, estaba despierto y alerta. ¿Por qué?

Y entonces lo supo.

Con la cara ceñuda golpeó con el puño una vez, dos veces, la fría arena que rodeaba el marco de madera bajo su cama. Había enojo en sus movimientos y una cierta resignación. Esperó que este momento no llegara nunca; una y otra vez se dijo que nunca llegaría. Pero ahora que estaba aquí se dio cuenta de que siempre debió ser inevitable.

Se levantó de la cama y, vestido sólo con calzoncillos, empezó a recorrer el cuarto. Tenía facciones suaves, pero el tinte oliváceo de su piel chocaba con el rojo de su cabello; sus hombros con

cicatrices eran anchos y la cintura angosta. Se movía con gracia felina en el interior de la pequeña choza, arrancando las prendas de vestir de los ganchos colocados en las paredes, los artículos personales que tenía sobre la mesa junto a la puerta, mientras planeaba mentalmente la ruta de su viaje a Rumania. Cuando hubo reunido lo que quería, arrojó todo sobre la cama y lo enrolló en una manta roja, atándola con cuerdas en ambos extremos.

Después de ponerse una chaqueta y unos pantalones flojos, cargó la manta enrollada sobre el hombro, tomó una pala corta y salió al aire nocturno, frío, salado y sin luna. Sobre las dunas, el

Atlántico siseaba y rugía contra la playa. Caminó hacia el lado de la tierra de la duna más cercana a su cabaña y comenzó a cavar. A un poco más de un metro de profundidad, la pala chocó contra algo sólido. El hombre pelirrojo se arrodilló y comenzó a excavar con las manos. Unos cuantos movimientos rápidos y fieros lo hicieron llegar hasta un estuche largo, angosto y envuelto en piel aceitada que jaló y sacó del agujero. Medía poco más de metro y medio de largo, quizá veinticinco centímetros de ancho y sólo dos y medio de espesor. Se detuvo con los hombros caídos mientras sostenía el estuche con las manos. Casi había llegado a creer

que nunca tendría que abrirlo de nuevo. Poniéndolo a un lado, excavó más y sacó un pesado cinturón de dinero, envuelto también en piel aceitada.

El cinturón fue a dar bajo su camisa, alrededor de su cintura, y se colocó el largo y plano estuche bajo el brazo. Con la brisa playera revolviéndole el cabello, caminó hacia la duna en la que Sánchez guardaba su bote, alto en la arena y atado a un pilote como prueba contra la inverosímil probabilidad de que fuera arrastrado por una marejada fenomenal. Sánchez era un hombre cuidadoso. Un buen jefe. El pelirrojo había disfrutado el trabajar para él.

Revolviendo el compartimiento

delantero del bote, retiró las redes y las arrojó a la arena. Luego, sacó la caja de madera que guardaba las herramientas y los avíos de pesca. La caja fue a reunirse con las redes en la arena, pero antes extrajo un martillo y un clavo de su revuelto contenido. Caminó hacia el pilote de Sánchez, sacando de su cinturón cuatro monedas de oro austríacas de cien kronen. Había muchas otras monedas de oro en el cinturón, de diferentes tamaños y países: chevronets rusos de diez rublos, piezas austríacas de cien chelines, ducados checos, dobles águilas norteamericanas y más. Tendría que depender fuertemente de la aceptación universal del oro para poder

recorrer el Mediterráneo en tiempo de guerra.

Con dos rápidos y poderosos golpes del martillo, clavó las cuatro monedas en el pilote. Le comprarían un nuevo bote a Sánchez. Uno mejor.

Desató la cuerda del pilote y arrastró el bote hasta el tranquilo oleaje, saltó al interior y tomó los remos. Cuando hubo remado más allá de los rompientes e izado la única vela hasta la punta del mástil, volvió la proa al este, hacia Gibraltar, que no estaba demasiado lejos, y se permitió un último vistazo sobre la pequeña aldea de pescadores iluminada por las estrellas en el extremo sur de Portugal, que fuera

su hogar durante los últimos años. No había sido fácil ganarse su confianza. Estos aldeanos jamás lo hubieran aceptado como a uno de los suyos y nunca lo harían, pero lo aceptaron como a un buen trabajador. Respetaban eso. El trabajo había cumplido su propósito dejándolo delgado y con los músculos fuertes otra vez, después de demasiados años de vida suave de la ciudad. Había hecho amigos, pero no muy cercanos. Ninguno del que no pudiera alejarse.

La vida aquí era dura y, no obstante, él hubiera trabajado doblemente duro para poder quedarse, en lugar de ir a dónde debía y enfrentarse a lo que debía. Sus manos se abrían y se

cerraban tensamente ante la idea de la confrontación que le esperaba. Pero no había nadie más que pudiera ir. Sólo él.

No podía demorarse. Tenía que llegar a Rumania tan rápido como fuera posible y viajar la longitud total del Mar Mediterráneo, unos tres mil setecientos kilómetros, para llegar allí.

En el recientemente perturbado rincón de su mente estaba la comprensión de que podía no llegar a tiempo. De que tal vez ya fuera demasiado tarde… lo que era una posibilidad tremendamente horrible de contemplar.

4

La Fortaleza
Miércoles, 23 de abril
04:35 horas

Woermann despertó temblando y sudando en el mismo instante que todos los demás en la fortaleza. No fue el aullido prolongado y repetido de Grunstadt lo que lo provocó, ya que Woermann estaba demasiado lejos como para oír el sonido. Algo más lo había arrancado de su sueño, jadeando por el

terror… la sensación de que algo estaba terriblemente mal.

Después de un momento de confusión, encogió los hombros dentro de su camisola y calzoncillos y bajó los escalones hasta la base de la torre. Los hombres estaban comenzando a salir de sus cuartos hacia el patio mientras él llegaba, reuniéndose en grupos tensos que murmuraban y escuchaban el aullido aterrador que parecía salir de todas partes. Dirigió a tres hombres hacia el arco que llevaba a las escaleras del sótano. Acababa de llegar a la parte superior de las escaleras cuando dos de ellos reaparecieron, pálidos, con los labios tensos y temblando.

—¡Hay un nombre muerto allá abajo! —exclamó uno.

—¿Quién es? —preguntó Woermann abriéndose paso entre ellos y comenzando a bajar los escalones.

—Creo que es Lutz, pero no estoy seguro. ¡No tiene cabeza!

Un cadáver uniformado lo esperaba en el corredor central. Yacía sobre el estómago, semicubierto por fragmentos de piedra. Decapitado. Pero la cabeza no había sido cortada como con una guillotina o de un hachazo, sino arrancada, dejando muñones de arterias y una vértebra retorcida sobresaliendo por la orilla mellada de la piel del cuello. El soldado había sido raso, eso

fue todo lo que pudo deducir a primera vista. Un segundo soldado estaba sentado cerca, con los grandes, desviados y fijos ojos clavados en el agujero en la pared situada enfrente de él. Mientras Woermann miraba, el segundo soldado se estremeció y emitió un fuerte, largo y fluctuante sonido que erizó los cabellos de la nuca de Woermann.

—¿Qué pasó aquí, soldado? —preguntó Woermann, pero el soldado no reaccionó. Woermann lo tomó del hombro y lo sacudió, mas no había ningún signo en sus ojos de que supiera siquiera que su comandante estaba allí. Parecía haberse replegado en sí mismo,

dejando afuera al resto del mundo.

Los demás hombres avanzaron poco a poco por el corredor para ver qué sucedió. Endureciéndose, Woermann se inclinó sobre la figura sin cabeza y revisó sus bolsillos. La billetera tenía una credencial de identificación del soldado Hans Lutz. Había visto antes hombres muertos, víctimas de la guerra, pero esto era diferente. Esto lo enfermaba de un modo que los otros no habían podido hacerlo. Las muertes en el campo de batalla eran en su mayoría impersonales, ésta no. Ésta era una muerte horrible y mutilante por sus propios motivos. En el fondo de su mente yacía la pregunta: ¿Es esto lo que

pasa cuando estropeas una cruz aquí en la fortaleza?

Oster llegó con una lámpara. Cuando estuvo prendida, Woermann la sostuvo frente a él y cautelosamente se introdujo al gran agujero en la pared. La luz rebotaba en las paredes desnudas. Su aliento formaba volutas blancas en el aire, que se alejaban flotando detrás de él. Hacía frío, más frío del que debería hacer, con un olor a humedad y algo más… un rastro de putrefacción que lo hizo desear regresar. Pero los hombres estaban mirando.

Siguió la fría corriente de aire hasta su origen: un gran agujero desigual en el suelo. La piedra que se hallaba allí

había caído aparentemente cuando la pared se derrumbó. Abajo se veía una negrura como de tinta. Woermann sostuvo la lámpara sobre la abertura. Unos escalones de piedra, regados con fragmentos del piso derrumbado, conducía abajo. Un fragmento de piedra en particular se veía más esférico que los demás. Bajó la lámpara para ver mejor y ahogó un grito cuando vio lo que era. La cabeza del soldado Hans Lutz, con los ojos abiertos y la boca ensangrentada, lo contemplaba.

5

Bucarest, Rumania
Miércoles, 23 de abril
04:55 horas

A Magda no se le había ocurrido preguntarse sobre sus acciones hasta que escuchó la voz de su padre llamándola:

—¡Magda!

Levantó la vista y miró su cara en el espejo que descansaba sobre el vestidor. Tenía el cabello suelto, como una brillante cascada café oscuro que se

esparcía sobre sus hombros y caía por su espalda. Estaba desacostumbrada a verse así. Por lo general, su cabello lo llevaba apretadamente enrollado bajo su pañuelo, oculto en su totalidad, salvo por unas cuantas hebras reacias. Nunca se lo dejaba suelto durante el día.

Sufrió un instante de confusión: ¿Qué día era? ¿Y qué hora? Magda miró el reloj. Cinco minutos para las cinco. ¡Era imposible! Había estado despierta por quince o veinte minutos. Debió haberse detenido durante la noche. Sin embargo, cuando lo levantó pudo sentir que funcionaba normal. Era extraño…

Dos rápidos pasos la llevaron hasta la ventana que estaba al otro lado del

vestidor. Una mirada detrás de la densa sombra le reveló una oscura y callada Bucarest, dormida todavía.

Magda se miró y vio que todavía llevaba puesto el camisón. El de franela azul que era apretado en la garganta y las mangas, pero suelto hasta el suelo. Sus senos, aunque no eran grandes, se proyectaban sin recato bajo el suave y pesado tejido, libres de las prendas de ropa interior que los aprisionaban durante el día. Rápidamente dobló los brazos sobre ellos.

Magda era un misterio para la comunidad. A pesar de sus suaves y apacibles facciones, de su delicada y pálida piel y grandes ojos café,

permanecía soltera a los treinta y un años. Magda la escolar, la hija devota, la enfermera. Magda la solterona, aunque muchas mujeres casadas le envidiarían la forma y textura de esos senos: frescos, sin marcas, no amamantados, intactos por otra mano que no fuera la suya. Magda no sentía deseos de alterar eso.

La voz de su padre irrumpió en su ensueño:

—¡Magda! ¿Qué estás haciendo?

Miró la maleta a medio llenar que estaba en la cama y las palabras llegaron espontáneas a su mente:

—¡Empacando algunas ropas abrigadas, papá!

—Ven acá para no despertar al resto del edificio con mis gritos —pidió su padre después de una breve pausa.

Magda caminó rápidamente a través de la oscuridad hasta donde su padre yacía. Le tomó unos cuantos pasos. Su apartamento al nivel de la calle consistía en cuatro habitaciones; dos recámaras juntas, una pequeña cocina con estufa de leña y un cuarto ligeramente más grande, que funcionaba como recibidor, sala, comedor y estudio. Ella extrañaba penosamente su vieja casa, pero habían tenido que mudarse aquí hacía seis meses, para sacar el mayor provecho de sus ahorros, vendiendo los muebles que no se

adaptaban. Habían fijado la *mezuzah* de la familia en el interior de la puerta del apartamento, en lugar de ponerla en el exterior. Eso parecía inteligente considerando la índole de los tiempos.

Uno de los amigos gitanos de su padre esculpió un pequeño círculo *patrin* en la superficie exterior de la puerta. Significaba «amigo».

La pequeña lámpara en la mesita de noche que se hallaba a la derecha de la cama de su padre estaba encendida y una silla de ruedas de respaldo alto permanecía vacía en el lado izquierdo de la cama. Su padre yacía presionado entre los blancos cobertores de la cama como si fuera una flor marchita doblada

entre las páginas de una libreta de notas. Levantó una mano retorcida, envuelta en algodón como siempre, e hizo una seña, respingando por el dolor que le causaba ese simple movimiento. Magda le tomó la mano mientras se sentaba junto a él, dándole masaje a los dedos y escondiendo el dolor que le causaba verlo desvanecerse cada día más.

—¿Qué es esto sobre empacar? —preguntó él con los ojos brillantes en la tensa y lívida piel de su cara. Forzó la vista, mirándola. Sus anteojos estaban sobre la mesa de noche y sin ellos resultaba virtualmente ciego—. Nunca me dijiste nada sobre que te ibas.

—Ambos nos vamos —rectificó

ella, sonriendo.

—¿A dónde?

Magda sintió que su sonrisa vacilaba mientras la confusión la invadía otra vez. ¿A dónde iban? Se dio cuenta de que no tenía una idea fija, sólo una vaga impresión de picos nevados y vientos helados.

—A los Alpes, papá.

Los labios de su padre se abrieron en una sonrisa amplia que amenazaba con agrietar la piel apergaminada, estirada muy tensamente sobre sus huesos faciales.

—Debes haber estado soñando, querida. No vamos a ningún lado. Yo seguramente no viajaré lejos, nunca más.

Fue un sueño. Un bonito sueño, pero eso es todo. Olvídalo y regresa a dormir.

Magda frunció el ceño ante la abrumada resignación que observaba en la voz de su padre. Siempre había sido un luchador. Su enfermedad le estaba robando más que la fuerza. Pero ahora no era el momento de discutir con él. Le dio unos golpecitos en el dorso de la mano y buscó el cordón de la lámpara de noche.

—Creo que tienes razón. Fue un sueño —se despidió besándolo en la frente y apagó la luz, dejándolo en la oscuridad.

De regreso en su habitación, estudió la maleta parcialmente llena, que

esperaba en la cama. Claro que había sido un sueño lo que la hizo pensar que irían a algún lado. ¿Qué más podía ser? Un viaje a cualquier lugar estaba fuera de toda consideración.

Sin embargo, la sensación persistía… una certeza total de que irían a algún sitio al norte, y pronto. No se suponía que los sueños dejaran impresiones tan definidas. Le producía una sensación extraña e incómoda… como si unos dedos diminutos estuvieran corriéndole por la piel de los brazos.

No podía sacudirse la certeza. Así que cerró la maleta y la metió bajo la cama, dejando las correas desabrochadas y la ropa adentro… ropa

de abrigo, todavía hacía frío en los Alpes en esta época del año.

6

La Fortaleza
Miércoles, 23 de abril
06:22 horas

Pasaron horas antes de que Woermann pudiera sentarse con el sargento Oster para tomar una taza de café en el comedor. El soldado Grunstadt fue llevado a un cuarto y lo dejaron sólo allí. Lo colocaron en su bolsa de dormir, después de que dos de sus compañeros soldados lo desnudaron y lavaron.

Aparentemente había mojado y ensuciado su ropa antes de caer en el delirio.

—Hasta donde puedo imaginarlo, la pared se derrumbó, uno de esos grandes bloques de piedra debe haber caído en la parte de atrás de su cuello, arrancándole la cabeza —conjeturaba Oster.

Woermann percibió que Oster trataba de aparecer muy calmado y objetivo, pero en su interior estaba tan confuso e impresionado como todos los demás.

—Supongo que es tan buena explicación como cualquier otra, exceptuando un examen médico. Pero

todavía no nos dice qué es lo que estaban buscando allí y no explica la condición de Grunstadt.

—*Shock*.

—Ese hombre ha estado en batalla —negó Woermann sacudiendo la cabeza —. Sé que ha visto cosas peores. No puedo aceptar que el *shock* sea la respuesta completa. Hay algo más.

Había llegado a su propia reconstrucción de los hechos de la noche anterior. El bloque de piedra con su cruz vandalizada de oro y plata, el cinturón alrededor del tobillo de Lutz, la grieta en la pared… todo indicaba que Lutz se debió arrastrar por la grieta esperando encontrar más oro y plata al final. Pero

todo lo que había allí era un pequeño, vacío y cerrado cubículo… como una pequeña celda de prisión… o un escondite. No podía pensar en ninguna buena razón por la que debiera haber un espacio allí.

—Deben haber alterado el equilibrio de las piedras de la pared al quitar la de hasta abajo —reflexionó Oster—. Eso fue lo que causó el derrumbe.

—Lo dudo —replicó Woermann bebiendo su café para calentarse y estimularse—. El piso del sótano, sí: éste se debilitó y cayó al subsótano. Pero la pared del corredor… — Recordaba la forma en que las piedras

estaban esparcidas en el lugar, como si hubieran sido voladas por una explosión. No podía explicar eso. Bajó su taza de café. Las explicaciones tendrían que esperar—. Vamos. Hay trabajo que hacer —ordenó. Se dirigió a sus aposentos mientras Oster iba a hacer la doble llamada por radio al puesto de defensa de Ploiesti. El sargento tenía instrucciones de informar del hecho como simplemente una muerte accidental.

El cielo estaba claro cuando Woermann se detuvo frente a la ventana posterior de sus aposentos y miró hacia el patio, todavía en sombras. La fortaleza había cambiado. Ahora se

palpaba una inquietud en ella. Ayer, la fortaleza no se la consideraba más que como un viejo edificio de piedra. Ahora era más. Cada sombra parecía más profunda y oscura que antes, y siniestra de un modo insondable.

Culpaba de ello al malestar anterior al amanecer y al *shock* de la muerte que estaba tan al alcance de la mano. No obstante, cuando el sol conquistó las cimas de las montañas situadas en el extremo más alejado del paso, persiguiendo las sombras y entibiando las paredes de la fortaleza, Woermann tuvo la sensación de que la luz no podía desterrar lo que estaba mal. Sólo podía arrastrarlo bajo la superficie durante un

tiempo.

También lo sentían los hombres. Podía ver eso. Pero se hallaba decidido a mantener sus espíritus en alto. Cuando llegó Alexandru esa mañana, lo mandó inmediatamente por un cargamento de madera. Tenían que hacer catres y mesas. Pronto la fortaleza estaría llena del saludable sonido de los martillos manejados por manos fuertes que pondrían clavos buenos en la madera curada. Caminó hacia la ventana que daba a la calzada. Sí, allí estaban Alexandru y sus hijos. Todo iba a salir bien.

Levantó la mirada hacia la pequeña aldea cruzada por la luz del sol que se

vertía sobre las cimas de las montañas, cuya mitad superior estaba iluminada y la mitad inferior todavía en sombras. Sabía que tenía que pintar la aldea justo como la veía ahora. Retrocedió: la aldea, enmarcada por el monótono gris de la pared, brillaba como una joya. Eso sería… la aldea vista desde la ventana en la pared. Los contrastes lo atraían. Tenía la urgencia de colocar una tela y empezar inmediatamente. Pintaba mejor cuando estaba bajo tensión y amaba más pintar así, perdiéndose en la perspectiva y en la composición, en la luz y en la sombra, en el tinte y la textura.

El resto del día pasó rápidamente. Woermann supervisó la colocación de

Lutz en el subsótano. El cuerpo y la cabeza separada fueron bajados a través de la abertura en el piso del sótano y cubiertos con una sábana en el sucio suelo de la caverna de abajo. La temperatura allí era fría casi hasta la congelación. No había señales de sabandijas y parecía ser el mejor lugar para almacenar un cadáver hasta más tarde en la semana, cuando pudieran hacerse los arreglos para enviarlo a casa.

Bajo circunstancias normales, Woermann habría estado tentado a explorar el subsótano, pues la caverna subterránea, con sus paredes brillantes y descansos oscuros, hubiera dado lugar a

una pintura interesante. Pero no esta vez. Se dijo que hacía frío y que esperaría hasta el verano para hacer un trabajo adecuado. Pero eso no era cierto. Había algo en esta caverna que lo urgía a abandonarla tan pronto como fuera posible.

Se hizo aparente, mientras progresaba el día, que Grunstadt iba a ser un problema. No mostraba ninguna señal de mejoría. Se mantenía en cualquier posición que lo dejaran y miraba fijamente al espacio. Cada determinado tiempo se estremecía y gemía y ocasionalmente aullaba a todo pulmón. Se ensució otra vez. A este paso, sin comer y beber y sin el cuidado

experto de una enfermera, no sobreviviría la semana. Grunstadt tendría que ser enviado junto con los restos de Lutz, si no salía de su extraña condición.

Woermann vigiló muy de cerca el estado de ánimo de sus hombres durante el día y quedó satisfecho con su respuesta a las tareas físicas que les ordenó. Trabajaron bien a pesar de la falta de sueño y de la muerte de Lutz. Todos conocieron a Lutz, sabían la clase de maquinador y conspirador que era, y que raramente llevaba a término la parte del trabajo que le correspondía. Parecía haber un consenso respecto a que él había provocado el accidente que le

causó la muerte.

Woermann vio que no quedaba tiempo de lamentarse o de rumiar, aun para los pocos que tenían esas inclinaciones. Urgía organizar un sistema de letrinas, había que traer madera del poblado y construir mesas y sillas. Para cuando terminó la cena, pocos en el destacamento quisieron quedarse, aun para fumar un cigarrillo después de la comida. Todos los hombres, excepto los que estaban de guardia, se dirigieron a sus bolsas de dormir.

Woermann permitió un cambio en la guardia a fin de que los que vigilaban el patio cubrieran el corredor que llevaba

al cuarto de Grunstadt. Por sus gritos y gemidos nadie podía pasar la noche a menos de treinta metros de él; pero Otto siempre había sido apreciado por sus compañeros y sentían la obligación de procurar que no se hiciera daño.

Cerca de la medianoche, Woermann se encontró despierto todavía, pese a su desesperado deseo de dormir. Con la oscuridad le llegó una sensación de presentimiento que le impedía relajarse. Finalmente sintió la urgencia de permanecer despierto y alerta y decidió recorrer los puestos de guardia para asegurarse de que los centinelas estuvieran despiertos.

Su recorrido lo llevó al corredor de

Grunstadt y decidió verlo. Trató de imaginar qué pudo llevar al hombre a ensimismarse así. Miró a través de la puerta. En una esquina de la habitación habían dejado prendida una lámpara de queroseno con la llama baja. El soldado estaba en una de sus fases silenciosas, respirando rápidamente, sudando y lloriqueando. El sollozo era seguido regularmente por un aullido prolongado. Woermann quería estar lejos del pasillo cuando ocurriera. Era enervante oír que una voz humana emitiera un sonido así… con la voz tan cerca y la mente tan lejos.

Se hallaba al final del corredor y a punto de salir de nuevo al patio cuando llegó. Sólo que éste no era como los

otros. Éste era un chillido, como si Grunstadt súbitamente hubiera despertado para encontrarse en el fuego o apuñalado por mil cuchillos. Esta vez había en el sonido una agonía tanto física como emocional. Y luego, se interrumpió, como si un radio hubiese sido desconectado a mitad de una canción.

Woermann se congeló durante un momento, con los músculos y nervios negándose a obedecer sus órdenes. Pero con un intenso esfuerzo se obligó a volverse y regresar al corredor. Irrumpió en la habitación. Estaba fría, más fría que un minuto antes, y la lámpara, apagada. Buscó un fósforo para

encenderla de nuevo y luego se volvió hacia Grunstadt.

Muerto. Los ojos del hombre estaban abiertos, desorbitados hacia el techo; tenía la boca abierta y los labios estirados hacia atrás como si se hubieran congelado a la mitad de un grito de horror. Y su cuello… la garganta había sido desgarrada. Se veía sangre por toda la cama y salpicando las paredes.

Los reflejos de Woermann actuaron. Antes de saber siquiera lo que estaba haciendo, su mano sacó la Luger de la funda y sus ojos escudriñaron los rincones del cuarto buscando a quienquiera que hubiera hecho esto.

Pero no pudo ver a nadie. Corrió hacia la angosta ventana, asomó la cabeza y miró las paredes de arriba abajo. No vio ninguna cuerda ni señal alguna de que alguien hubiese escapado. Metió la cabeza de nuevo a la habitación y miró otra vez a su alrededor. ¡Era imposible! Nadie había llegado por el corredor ni salido por la ventana. Y sin embargo, Grunstadt había sido asesinado.

El sonido de unos pasos que corrían interrumpió cualquier pensamiento posterior; eran los guardias que escucharon el grito y llegaban a investigar. Bien… Woermann tenía que admitirse a sí mismo que estaba aterrorizado. No hubiera soportado estar

más tiempo en ese cuarto.

Jueves, 24 de abril

Después de comprobar que el cuerpo de Grunstadt fuera depositado junto al de Lutz, Woermann se aseguró de que sus hombres estuvieran ocupados durante todo el día, fabricando catres y mesas. Alimentaba la creencia de que había un grupo de partisanos antialemanes que trabajaban en el área. Pero encontró imposible convencerse, pues estuvo en el corredor cuando ocurrió el asesinato y sabía que no había forma de que el asesino hubiese pasado junto a él sin ser

visto, a menos que pudiera volar o atravesar las paredes. Entonces, ¿cuál era la respuesta?

Anunció que habría doble cantidad de centinelas esta noche, con hombres extras apostados dentro y alrededor de las barracas para proteger a aquéllos que dormían.

Con el sonido insistente de los martillazos en el patio de abajo, Woermann se tomó un tiempo en la tarde para sacar una de sus telas. Comenzó a pintar. Tenía que hacer algo para sacar de su mente la horrible expresión de la cara de Grunstadt; y mezclar sus pigmentos hasta encontrar el color aproximado de la pared de su cuarto lo

ayudaba a concentrarse. Decidió situar la ventana a la derecha del centro y luego se pasó la mayor parte de las dos horas del fin de la tarde embarrando la pintura y alisándola sobre la tela, dejando un área en blanco para la aldea que había visto a través de la ventana.

Esa noche durmió. Después de dormir con interrupciones la primera noche y no hacerlo en la segunda, de hecho su cuerpo exhausto se desplomó sobre la bolsa de dormir.

El soldado Rudy Schreck patrullaba cautelosa y diligentemente, manteniendo un ojo en Wehner, que se hallaba en el

extremo más lejano del patio. Dos hombres hubieran parecido demasiado para un área tan pequeña, temprano en la mañana, pero mientras crecía la oscuridad y consolidaba su garra sobre la fortaleza, Schreck se encontró contento de tener a alguien al alcance del oído. Él y Wehner habían elaborado una rutina: ambos recorrerían el perímetro del patio a un brazo de distancia de la pared, siguiendo la dirección de las manecillas del reloj en extremos opuestos. Siempre estaban separados, pero significaba una mejor oportunidad de supervivencia.

Rudy Schreck no temía por su vida. Sí se sentía inquieto, pero no tenía

miedo. Estaba despierto, alerta, llevaba un arma de repetición colgada al hombro y sabía cómo usarla, y cualquiera que hubiera matado anoche a Otto no tendría ninguna oportunidad contra él. No obstante, deseaba que hubiera más luz en el patio. Las bombillas esparcidas que derramaban desnudos charcos de brillantez aquí y allá, a lo largo de la periferia, no hacían nada por dispersar las tinieblas que lo cubrían todo. Las dos esquinas posteriores del patio eran pozos de negrura, especialmente oscuros.

La noche era fría. Para empeorar las cosas, la niebla se había colado a través de la puerta atrancada y colgaba en el

aire a su alrededor, resplandeciendo en la superficie metálica de su casco, con gotas de rocío. Schreck se frotó los ojos con una mano. Estaba cansado. Realmente cansado de todo lo que tuviera que ver con el ejército. La guerra no era lo que pensó que sería. Cuando se alistó hacía dos años, tenía dieciocho y la cabeza llena de sueños de ruido y rabia, de grandes batallas y nobles victorias, de enormes ejércitos chocando en los campos de honor. Ésa era la forma en la que siempre se describía en los libros de historia. Pero la guerra verdadera no había resultado así. La guerra real consistía principalmente en esperar. Y, por lo

general, la espera era sucia, fría, desagradable y húmeda. Rudy Schreck se sentía harto de la guerra. Quería estar en su casa en Treysa. Allí estaban sus padres y también una muchacha llamada Eva que no le había escrito tan frecuentemente como solía hacerlo. Quería su propia vida de vuelta otra vez, una vida en la que no hubiera uniformes ni inspecciones, ni ejercicios militares, ni sargentos y tampoco oficiales. Y en las que no tuviera que hacer guardia.

Iba llegando a la esquina posterior del patio en el lado norte. Allí, las sombras se veían más profundas que nunca… mucho más profundas que en su última vuelta. Schreck disminuyó el

paso mientras se acercaba. Esto es tonto, pensó. Es sólo un truco de la luz. No hay que temer.

Y sin embargo… no quería ir allá. Quería evadir esa esquina en particular. Iría a todas las demás esquinas pero no a ésa.

Schreck se forzó a marchar hacia adelante enderezando los hombros. Sólo se trataba de sombras.

Era ya un hombre crecido, demasiado grande como para temerle a la oscuridad. Continuó en línea recta, manteniéndose a un brazo de distancia de la pared, y se introdujo en la esquina sombría.

… y súbitamente se perdió. Una

oscuridad fría y absorbente se cerró sobre él. Giró sobre sí mismo para volver por donde había venido, pero sólo encontró más oscuridad. Era como si el resto del mundo hubiese desaparecido. Schreck se descolgó la Schmeisser del hombro y la sostuvo lista para disparar. Estaba temblando por el frío y, sin embargo, sudaba copiosamente. Quería creer que todo esto era un truco y que, de algún modo, Wehner había apagado todas las luces en el instante en que él entró a las sombras. Pero los sentidos de Schreck borraban esa esperanza. La oscuridad era demasiado completa y hacía presión contra sus ojos abriéndose paso en su

valor.

Alguien se acercaba. Schreck no podía verlo ni oírlo, pero alguien estaba allí. Acercándose.

—¿Wehner? —preguntó quedamente, esperando que el terror no se filtrara en su voz—. ¿Eres tú, Wehner?

Pero no era Wehner. Schreck se dio cuenta de eso mientras la presencia se acercaba. Era alguien, algo más. Algo como una cuerda gruesa que se enroscó súbitamente en sus tobillos. Mientras se veía derribado, el soldado Rudy Schreck comenzó a gritar y a disparar salvajemente hasta que la oscuridad terminó la guerra para él.

Woermann despertó de un salto debido a la corta descarga de una Schmeisser. Corrió hasta la ventana que daba al patio. Uno de los guardias corría hacia la parte de atrás. ¿Dónde estaba el otro? ¡Maldición! ¡Había apostado dos guardias en el patio! Estaba a punto de volverse y correr hacia las escaleras cuando vio algo en la pared. Una masa pálida… que casi se veía como…

Era un cuerpo… de cabeza… un cuerpo desnudo que colgaba de una cuerda atada a sus pies. Aun desde la ventana de la torre, Woermann podía ver la sangre que escurría desde la garganta y cubría la cara. Uno de sus soldados,

completamente armado y patrullando, acababa de ser asesinado, desnudado y colgado como un pollo en la ventana de un carnicero.

El miedo que hasta entonces sólo había estado mordisqueando a Woermann, ahora afirmaba en él una garra fría y atenazadora.

Viernes, 25 de abril

Había tres hombres muertos en el subsótano. El comando de defensa en Ploiesti fue notificado de la reciente mortandad pero no envió por radio ningún comentario como respuesta.

Durante el día había mucha actividad en el patio, pero se avanzaba poco. Woermann decidió que las guardias se hicieran por parejas esa noche. Parecía increíble que una guerrilla partisana pudiera sorprender en su puesto a un soldado alerta y curtido, pero sucedió. No ocurriría con un par de centinelas.

En la tarde regresó a su lienzo y encontró un poco de alivio de la atmósfera de destrucción que se había instalado en la fortaleza. Empezó a añadir manchas de sombras en el gris uniforme de la pared y luego trazó los detalles de la ventana. Decidió no incluir las cruces, pues distraería la

vista de la aldea que él quería que fuera el foco de atención. Trabajó como autómata, reduciendo su mundo a las pinceladas sobre la tela y dejando afuera el terror que lo rodeaba.

La noche llegó calladamente. Woermann estuvo levantándose de su bolsa de dormir y yendo hasta la ventana que daba al patio, en una rutina inútil pero compulsiva, como si pudiera conservar vivos a todos manteniendo una guardia personal de la fortaleza. En uno de sus viajes a la ventana, vio que el centinela del patio hacía su recorrido solo. En lugar de gritar y provocar un escándalo, decidió investigar personalmente.

—¿Dónde está su compañero? —le preguntó al solitario centinela cuando llegó al patio.

El soldado dio vuelta y comenzó a tartamudear.

—Estaba cansado, señor. Lo dejé reposar un poco.

—¡Di órdenes de que todos los centinelas caminaran en pares! —exclamó. Una sensación de inquietud le agarró el estómago—. ¿Dónde está?

—En la cabina del primer auto plataforma, señor.

Woermann atravesó rápidamente hasta el vehículo estacionado y abrió la puerta. El soldado que estaba adentro no se movió. Woermann lo jaló del brazo.

—Despierte —le ordenó.

El soldado comenzó a inclinarse hacia él, lentamente al principio y luego con un impulso mayor, hasta que se desplomó sobre su oficial comandante. Woermann lo detuvo y luego casi lo dejó caer. Porque mientras caía, la cabeza formó un ángulo hacia atrás revelando una garganta abierta y destrozada. Woermann dejó que el cuerpo se deslizara al suelo y caminó hacia atrás, cerrando las mandíbulas para reprimir un grito de miedo y horror.

Sábado, 26 de abril

En la mañana, Woermann ordenó que hicieran regresar a Alexandru y a sus hijos. No era que sospechara que fuesen cómplices de las muertes, pero el sargento Oster le había advertido que los hombres estaban incómodos por su incapacidad para mantener la seguridad. Woermann pensó que sería mejor evitar un incidente potencialmente desagradable.

Pronto se dio cuenta de que sus hombres se sentían perturbados por algo más que la seguridad. Ya era tarde en la mañana cuando surgió una disputa en el patio. Un cabo trató de usar su rango para que un soldado le entregara un

crucifijo especialmente bendito. El soldado se negó y la pelea entre los dos hombres creció hasta convertirse en una lucha que involucró a una docena. Al parecer, después de la primera muerte hubo rumores sobre vampiros, que fueron ridiculizados en ese entonces. Pero con cada desconcertante nueva muerte, la idea fue ganando credibilidad, hasta que los creyentes sobrepasaban en número a los incrédulos. Después de todo, esto era Rumania, en los Alpes transilvanos.

Woermann sabía que tenía que cortar esto de raíz. Reunió a los hombres en el patio y les habló durante media hora. Les dijo que su deber como soldados

alemanes era permanecer valientes al enfrentar el peligro, ser leales a su causa y no dejar que el miedo los volviera uno contra el otro pues eso los conduciría, con toda seguridad, a la derrota.

—Y finalmente —concluyó notando que su auditorio se estaba poniendo más impaciente—, todos deben hacer a un lado el miedo a lo sobrenatural. Hay un agente humano involucrado en estas muertes y lo encontraremos, a él o a ellos. Está claro que debe haber un cierto número de pasadizos secretos en la fortaleza que le permite al asesino entrar y salir sin ser visto. Invertiremos el resto del día en buscar esos pasadizos. Y voy a asignar a la mitad de

ustedes a hacer guardia esta noche. ¡Le pondremos un alto a esto, de una vez por todas!

El espíritu de los hombres pareció levantarse con sus palabras. De hecho, casi se convenció él mismo.

Recorrió la fortaleza constantemente durante el resto del día, animando a sus hombres, viéndolos medir los pisos y las paredes en busca de espacios vacíos, golpeando los muros para hallar sonidos huecos. Pero no encontraron nada. Él personalmente hizo un rápido reconocimiento de la caverna situada en el subsótano. Parecía desviarse al interior de la montaña y decidió dejarla inexplorada por el momento. No había

tiempo, ni tampoco señas en la basura del suelo de la caverna, que indicaran que alguien hubiera recorrido ese camino en años. Sin embargo, dio órdenes de poner a cuatro hombres de guardia en la abertura del subsótano, para el improbable caso de que alguien tratara de entrar a través de la caverna situada abajo.

Durante una hora en la tarde, Woermann logró escabullirse para hacer un bosquejo del contorno de la aldea. Era su único respiro de la creciente tensión que lo presionaba por todas partes. Mientras trabajaba con el carboncillo, podía sentir que la inquietud comenzaba a alejarse, casi

como si la tela la arrojara fuera de él. Tendría que tomarse algún tiempo la mañana siguiente para agregarle color, pues quería captar la aldea como se veía con la luz matutina.

Cuando el sol se puso y la agonizante luz lo obligó a dejar de trabajar, sintió que todo el miedo y los presentimientos regresaban. Con el sol en lo alto podía creer fácilmente que un agente humano estaba matando a sus hombres y reírse de todas las conversaciones sobre vampiros. Pero en la oscuridad creciente, la mordedura del miedo regresaba junto con el recuerdo del sangriento y empapado peso del soldado muerto en sus brazos la noche

anterior.

Una noche segura. Una noche sin una sola muerte y tal vez podría derrotar a esa cosa. Con la mitad de los hombres cuidando a la otra mitad, debía ser capaz de cambiar el curso y comenzar a ganar terreno al siguiente día.

Una noche. Sólo una noche sin muertes.

Domingo, 27 de abril

La mañana llegó como debían llegar las mañanas del domingo: brillante y soleada. Woermann se había quedado dormido en su silla y se encontró

despierto con las primeras luces, tenso y adolorido. Le tomó un minuto tener conciencia de que el sueño de la noche no fue interrumpido por gritos o disparos. Se puso las botas y se apresuró a bajar al patio para asegurarse de que se encontraban tantos hombres vivos esta mañana como la noche anterior. Una rápida revisión con uno de los centinelas se lo confirmó: no había sido reportada ninguna muerte.

Woermann se sintió diez años más joven. ¡Lo había logrado! ¡Después de todo, existía una forma de contrarrestar a este asesino! Pero los diez años comenzaron a retroceder cuando vio la cara preocupada de un soldado que

atravesaba el patio rápidamente dirigiéndose a él.

—¡Señor! —lo llamó el hombre mientras se acercaba—, algo malo le pasa a Franz, quiero decir, al soldado Ghent. No ha despertado.

Woermann sintió los miembros súbitamente débiles y pesados, como si toda la fuerza le hubiera sido repentinamente extraída con sifón.

—¿Lo revisó?

—No, señor. Yo… yo…

—Lléveme allá.

Siguió al soldado hasta las barracas en la parte sur. El soldado en cuestión estaba en su bolsa de dormir en un catre recién hecho, dándole la espalda a la

puerta.

—¡Franz! —lo llamó su compañero de cuarto mientras entraban—. ¡El capitán está aquí!

Ghent no se movió.

Por favor, Dios, que esté enfermo o haya muerte de un paro cardiaco, rogó Woermann mientras caminaba hacia la cama. Pero que no tenga la garganta destrozada. Cualquier cosa excepto ésa.

—¡Soldado Ghent! —lo llamó. No hubo evidencia de movimiento, ni siquiera el suave subir y bajar de las mantas de un hombre dormido. Woermann se inclinó sobre el catre temiendo lo que vería.

El doblez de la bolsa de dormir

cubría a Ghent hasta el mentón. Woermann no lo bajó. No tenía qué hacerlo. Los ojos vidriosos, la piel cetrina y la mancha roja que empapaba la tela, secándose, le dijeron lo que encontraría.

—Los hombres están al borde del pánico, señor —explicaba Oster.

Woermann embarraba color sobre la tela, con pinceladas cortas, rápidas y furiosas. La luz de la mañana se hallaba exactamente donde la quería en la aldea y tenía que hacer lo más que pudiera, en el momento. Estaba seguro de que Oster pensaba que se había vuelto loco, y tal

vez fuera cierto. La pintura se le tornó una obsesión a pesar de la carnicería a su alrededor.

—No los culpo. Supongo que quieren ir a la aldea y dispararle a unos cuantos habitantes. Pero eso no…

—Discúlpeme, señor, eso no es lo que están pensando.

—¡Oh! Entonces, ¿qué? —preguntó Woermann bajando el pincel.

—Piensan que los hombres asesinados no han sangrado tanto como deberían. También que la muerte de Lutz no fue accidental… que fue asesinado lo mismo que los otros.

—¿No sangraron…? Oh, ya veo. Rumores sobre vampiros otra vez.

—Sí, señor —asintió Oster—. Y creen que Lutz lo dejó salir cuando abrió esa grieta en el espacio abierto del sótano.

—Sucede que estoy en desacuerdo. —Rechazó Woermann escondiendo su expresión mientras se volvía hacia la pintura. Tendría que ser la influencia estabilizadora, el ancla de sus hombres. Tendría que aferrarse a lo real y a lo natural—. Sucede que pienso que Lutz fue muerto por una piedra que cayó. Y que las cuatro muertes subsecuentes no tienen nada que ver con Lutz. Y sucede que creo que sangraron bastante profusamente. ¡No hay nada aquí que beba la sangre de nadie, sargento!

—Pero las gargantas…

Woermann se detuvo. Sí, las gargantas. No habían sido cortadas… No se utilizó un cuchillo o un alambre para estrangular. Fueron desgarradas. Viciosamente. Pero ¿con qué? ¿Dientes?

—Quienquiera que sea el asesino, está tratando de asustarnos. Y teniendo éxito. Así que esto será lo que haremos: voy a poner de guardia a cada hombre de mi destacamento, incluyéndome. Todos andarán en parejas. ¡Tendremos esto tan densamente patrullado que ni una mariposa sería capaz de volar sin ser notada!

—¡Pero no podemos hacer eso todas las noches, señor!

—No, pero sí hacerlo esta noche y la noche de mañana si es necesario. Y entonces atraparemos a quien quiera que sea.

—¡Sí, señor! —se animó Oster.

—Dígame algo, sargento —le pidió Woermann a Oster mientras éste se cuadraba para retirarse.

—¿Señor?

—¿Ha tenido alguna pesadilla desde que nos establecimos en la fortaleza?

—No, señor —respondió Oster frunciendo el ceño—. No puedo decir que las haya tenido.

—¿Alguno de los hombres ha mencionado algo?

—Ninguno. ¿Ha estado usted

teniendo pesadillas, capitán?

—No —respondió sacudiendo la cabeza en una forma que le indicó a Oster que por ahora había terminado con él. No tuvieron pesadillas, pensó. Pero ciertamente los días se convirtieron en un mal sueño.

—Llamaré por radio a Ploiesti ahora mismo —informó Oster al salir.

Woermann se preguntaba si la quinta muerte lograría una reacción del comando de defensa de Ploiesti. Oster estuvo informando de una muerte cada día y, no obstante, no hubo reacción. No había ofrecimientos de ayuda ni órdenes de abandonar la fortaleza. Obviamente, no les importaba mucho lo que pasara

aquí mientras alguien estuviera vigilando el paso. Woermann tendría que tomar pronto una decisión sobre los cuerpos. Pero ansiaba desesperadamente pasar una noche sin que se produjese una muerte antes de sacarlos de allí. Sólo una.

Se volvió hacia la pintura, pero encontró que la luz había cambiado. Limpió sus pinceles. No tenía ninguna esperanza real de capturar al asesino esta noche, pero todavía podía ser el momento clave. Con todos de guardia y en parejas, tal vez sobrevivirían todos. Y eso haría maravillas para levantar la moral. Entonces, un pensamiento desagradable lo invadió cuando colocó

los tubos con pigmento en su estuche: ¿Qué tal si uno de sus hombres era el asesino?

Lunes, 28 de abril

La medianoche había llegado y se había ido y todo estaba bien. El sargento Oster colocó un puesto de inspección en el centro del patio y todavía no había desaparecido nadie. Las luces extra en el patio y sobre la torre reforzaron la confianza de los hombres, a pesar de las largas sombras que emitían. Mantener a todos ellos despiertos durante toda la noche había sido una medida drástica,

pero iba a funcionar.

Woermann se asomó por una de las ventanas que daban al patio. Podía ver a Oster en su mesa y a los hombres caminando en parejas por el perímetro del patio y los muros. Los generadores emitían su ruido por sobre los vehículos estacionados. Los reflectores extras fueron instalados en la escarpada superficie, a un costado de la montaña que formaba el muro posterior de la fortaleza, a fin de evitar que alguien se deslizara desde arriba. Los hombres en los terraplenes mantenían los ojos alertas en las paredes exteriores, para ver que nadie las escalara. Las puertas del frente estaban cerradas y había un

escuadrón haciendo guardia en la grieta del subsótano.

La fortaleza era segura.

Mientras estaba de pie allí, Woermann se dio cuenta de que era el único hombre, en toda la estructura, que se encontraba solo y sin guardia. Esto lo hizo vacilar al mirar tras él, hacia las sombrías esquinas de su cuarto. Mientras miraba, la bombilla disminuyó más y más hasta que se apagó. Su pensamiento inmediato fue que algo había roto el cable, pero tuvo que descartar esa idea cuando vio que todas las demás bombillas brillaban todavía. Entonces, debía ser una bombilla mala. Eso era todo. Pero qué extraña forma de

apagarse de una bombilla. Por lo general, primero emitían un resplandor blanco azulado y luego se apagaban. Ésta simplemente pareció desvanecerse.

Uno de los guardias asignado abajo en la pared sur, también lo notó y ya venía a investigar. Woermann estuvo tentado a llamarlo y decirle que trajera con él a su compañero, pero decidió no hacerlo. El segundo hombre estaba a la vista junto al parapeto. De todos modos, era una esquina sin salida. No existía peligro posible.

Miró mientras el soldado desaparecía en la sombra… en una sombra peculiarmente profunda. Y quizá, después de quince segundos,

Woermann miró hacia otro lado, pero fue atraído por un gorgoteo ahogado que provenía de abajo, seguido por el estruendo de la madera y el acero en la piedra; era un arma que había caído.

Saltó al escuchar el sonido, sintiendo que las palmas de las manos se le ponían resbalosas al apoyarlas en el antepecho de la ventana, mientras miraba hacia abajo.

Y aún no podía ver nada en el interior de la sombra.

El otro guardia, el compañero del primero, también debió haber oído, pues ya se acercaba a ver qué andaba mal.

Woermann vio una chispa roja y opaca que comenzaba a brillar en la

oscuridad. Mientras se hacía lentamente más brillante, se dio cuenta de que era la bombilla que volvía a alumbrar. Entonces vio al primer soldado. Yacía de espaldas, con los brazos en jarras, las piernas dobladas bajo el cuerpo y la garganta convertida en una ruina sangrienta. Sus ojos ciegos miraban hacia Woermann, acusándolo. No había nada más, nadie más en la esquina.

Mientras el otro soldado comenzaba a gritar pidiendo ayuda, Woermann regresó a la habitación y se recargó contra la pared, atragantándose con la bilis mientras ésta surgía de su estómago. No podía moverse ni hablar. *Dios mío, Dios mío*.

Se tambaleó hasta la mesa que le habían fabricado hacía sólo dos días y tomó un lápiz. Tenía que sacar de aquí a sus hombres, fuera de la fortaleza, fuera del paso Dinu si era necesario. No había defensa contra lo que acababa de atestiguar.

Y no haría contacto con Ploiesti. Este mensaje iría directo al Alto Comando.

Pero ¿qué decir? Miró las cruces burlonas para inspirarse, pero no se le ocurrió nada. ¿Cómo hacerle comprender al Alto Comando sin sonar como si fuera un loco? ¿Cómo decirles que él y sus hombres debían abandonar la fortaleza, que algo pavoroso los

amenazaba, algo que era inmune al poder militar de Alemania?

Comenzó a garabatear frases, tachando cada una mientras pensaba en otra mejor. Despreciaba la idea de entregar cualquier posición, pero pasar otra noche aquí sería invitar al desastre. Los hombres estaban casi incontrolables ahora. Y a la velocidad actual de las muertes, sería un oficial sin comando si se quedaba durante mucho tiempo más.

Comando… su boca se torció sardónicamente con esa palabra. Ya no estaba al mando de la fortaleza. Algo oscuro y horrible había tomado el control.

7

Los Dardanelos
Lunes, 28 de abril
02:44 horas

Estaban a mitad del camino a través del estrecho cuando percibió que el lanchero empezaba a hacer su jugada.

No había sido una jornada fácil. El pelirrojo navegó a través de Gibraltar en la oscuridad, yendo hasta Marbella en donde alquiló la lancha de motor de diez metros que ahora vibraba a su

alrededor. Era bruñida y baja, con dos motores excesivamente grandes. Su dueño no era un capitán de fin de semana. Él pelirrojo reconocía a un contrabandista cuando lo veía.

El propietario regateó sobre los honorarios hasta que supo que le iban a pagar en dobles águilas de oro norteamericanas: la mitad al partir y el resto cuando llegaran a salvo a la playa norte del mar de Mármara. Para atravesar la longitud del Mediterráneo, el patrón insistió en contratar tripulantes. El pelirrojo estuvo en desacuerdo, pues él sería suficiente tripulación.

Navegaron durante seis días por el

estrecho y cada hombre tomaba el timón durante ocho horas y descansaba las siguientes ocho, manteniendo el barco a una velocidad constante de veinte nudos las veinticuatro horas del día. Sólo se habían detenido en lugares aislados donde la cara del propietario parecía ser bien conocida y sólo durante el tiempo necesario para llenar los tanques de combustible. El pelirrojo pagó todos los gastos.

Y ahora, por la lentitud del barco, esperó que Carlos, el propietario, bajara y tratara de matarlo. Carlos había estado alerta buscando una oportunidad desde qué dejaron Marbella, pero no hubo ninguna. Ahora que se acercaban al final

de la travesía, Carlos sólo contaba con esta noche para conseguir el cinturón con dinero. El pelirrojo sabía lo que Carlos perseguía. Varias veces notó que lo rozaba para asegurarse de que su pasajero lo usaba todavía. Carlos sabía que allí tenía oro y por su volumen era evidente que había mucho. También parecía estar consumido por la curiosidad acerca del largo y plano estuche que el pasajero conservaba siempre a su lado.

Era una vergüenza. Carlos había sido un buen compañero durante los últimos seis días. También un buen marinero. Bebía bastante, comía en exceso y no se bañaba ni siquiera lo

necesario. El pelirrojo se encogió de hombros mentalmente. Él había olido peor en sus días. Mucho peor.

La puerta de la cubierta posterior se abrió permitiendo el paso de una corriente de aire frío; Carlos fue enmarcado brevemente por la luz de las estrellas antes de cerrar la puerta tras de sí.

Lástima, pensó el pelirrojo cuando escuchó el leve roce del acero al ser sacado de una funda de cuero. Una buena travesía estaba llegando a un final triste. Carlos los había guiado expertamente por Sardinia, atravesando rápidamente la clara y azul agua entre la punta norte de Túnez y Sicilia y luego al

norte de Creta y a través de las Cícladas, para entrar al Egeo. Actualmente cruzaban los Dardanelos, el estrecho canal que conectaba el Egeo con el mar de Mármara.

Lástima.

Vio que la luz se reflejaba en la hoja de acero mientras ésta se elevaba sobre su pecho. Su mano izquierda salió disparada y agarró la muñeca antes de que el cuchillo pudiera descender, y la derecha aferró la otra mano de Carlos.

—¿Por qué, Carlos?

—¡Deme el oro! —Chasqueó Carlos.

—Te hubiera dado más si me lo hubieses pedido. ¿Por qué tratar de

matarme?

Carlos, estimando la fuerza de las manos que lo sujetaban, intentó un plan de acción diferente.

—Sólo iba a cortar el cinturón. No iba a lastimarlo —mintió.

—El cinturón está alrededor de mi cintura; el cuchillo, sobre mi pecho.

—Está oscuro aquí —replicó Carlos.

—No tan oscuro. Pero está bien… —concedió aflojando la presión sobre las muñecas—. ¿Cuánto más quieres?

Carlos liberó la mano que tenía el cuchillo y la disparó hacia abajo, exclamando:

—¡Todo!

El pelirrojo aferró la muñeca nuevamente antes de que la hoja pudiera caer.

—Me habría gustado que no hubieras hecho eso, Carlos.

Con una deliberación constante e inexorable, el pelirrojo dobló el cuchillo del asaltante dirigiéndolo hacia su pecho. Las coyunturas y ligamentos chasquearon y crujieron en protesta cuando fueron forzadas hasta el límite. Carlos gruñó de dolor y miedo mientras sus tendones se rompían y el crujido era reemplazado por el enfermante tronar de huesos rotos. La punta del cuchillo estaba ahora directamente encima del costado izquierdo de su pecho.

—¡No! ¡Por favor… no!

—Te di una oportunidad, Carlos —recriminó el pelirrojo. Su propia voz sonó dura, monótona y extraña a sus oídos—. La desperdiciaste.

La voz de Carlos se elevó hasta convertirse en un grito que terminó abruptamente cuando el puño se estrelló contra sus costillas, clavando el cuchillo en su corazón. Su cuerpo se aflojó y el pelirrojo dejó que cayera al suelo.

Se mantuvo quieto durante un momento, escuchando los latidos de su corazón. Trató de sentir remordimiento, pero no lo hubo. Había pasado un largo tiempo desde la última vez que mató a alguien. Debía sentir algo, pero no

experimentó nada. Carlos era un asesino a sangre fría. Recibió lo que pretendía dar. No quedaba lugar para remordimiento en el pelirrojo, sólo una urgencia desesperada por llegar a Rumania.

Se puso en pie y asió el estuche largo y plano. Caminó hacia la puerta de la cubierta posterior y tomó el timón. Los motores estaban funcionando a la mínima potencia. Los puso a toda marcha.

Los Dardanelos. Había pasado por aquí antes, pero nunca durante la guerra y tampoco a toda velocidad en la oscuridad. El agua iluminada por las estrellas era una extensión gris frente a

él, y la costa era una mancha oscura a la izquierda y a la derecha. Estaba en una de las secciones más angostas del estrecho, que se convertía en un embudo de más de kilómetro y medio de largo. Aun en su parte más ancha, no llegaba a exceder nunca los siete kilómetros. Viajó guiado por la brújula y por el instinto, sin encender las luces, en un limbo de oscuridad.

No había modo de saber lo que se encontraría en estas aguas. La radio decía que Grecia había caído, y eso podía ser cierto o no. Podría haber alemanes en los Dardanelos ahora, o británicos o rusos. Él debía evitarlos a todos. Este viaje no había sido planeado

y no tenía papeles para explicar su presencia. Y el tiempo estaba en su contra. Necesitaba cada nudo de velocidad que le pudieran dar los motores.

Una vez en el amplio mar de Mármara, treinta kilómetros más adelante, tendría espacio para maniobrar y correría tan lejos como el combustible lo permitiera. Cuando éste escaseara, se dirigiría a la playa y viajaría por tierra hacia el mar Muerto. Le costaría un tiempo precioso, pero no había otro modo. Aun si tuviese suficiente combustible, no podía arriesgarse a pasar el Bósforo. Allí habría tantos rusos como moscas en un cadáver.

Empujó los aceleradores para ver si podía obtener más velocidad de los motores. No lo logró.

Deseó tener alas.

8

Bucarest, Rumania
Lunes, 28 de abril
09:50 horas

Magda sostenía la mandolina con una facilidad practicada, con la púa oscilando rápidamente en su mano derecha y los dedos de la izquierda recorriendo el mástil de arriba abajo, saltando de cuerda en cuerda y de traste a traste. Sus ojos estaban concentrados en una hoja de música manuscrita: era

una de las melodías gitanas más hermosa que había trasladado al papel.

Estaba sentada en el interior de una carreta brillantemente pintada, en las inmediaciones de Bucarest. El interior era estrecho y el espacio para vivir había sido reducido por los estantes llenos de hierbas exóticas y especias en cada pared, por los cojines radiantemente coloreados que estaban amontonados en cada esquina, por lámparas y cordeles con ajos que colgaban del bajo techo. Tenía las piernas cruzadas para sostener la mandolina pero, incluso entonces, su falda gris de lana apenas mostraba sus tobillos. Un holgado suéter gris que se

abotonaba al frente cubría una simple blusa blanca. Una pañoleta escondía su cabello café. Pero lo monótono de su ropa no podía robar el brillo de sus ojos o el color de sus mejillas.

Magda se dejó llevar por la música. La distanció durante un rato, lejos de un mundo que se estaba volviendo cada vez más hostil para ella con cada día que pasaba. Ellos estaban allí: los que odiaban a los judíos. Le robaron a su padre su puesto en la universidad y ordenaron a ambos salir de su eterno hogar. Además, quitaron a su rey. No era que el rey Carol hubiera merecido su lealtad alguna vez, pero de cualquier modo había sido el rey; y lo

reemplazaron por el general Antonescu y la Guardia de Hierro. Pero nadie le podía quitar su música.

—¿Está bien? —preguntó cuando la última nota se desvaneció dejando nuevamente en silencio el interior de la carreta.

La vieja que estaba sentada en el extremo más alejado de la pequeña mesa redonda de cedro sonrió, arrugando la oscura piel que rodeaba sus negros ojos, gitanos.

—Casi —respondió—. Pero la parte media va así.

La mujer depositó un bien barajado mazo de cartas sobre la mesa y tomó un *naiou* de madera. Parecía un Dios Pan

marchito al llevarse la flauta a los labios y comenzar a soplar. Magda tocó también hasta que escuchó que sus propias notas se agriaban y luego las cambió en el papel.

—Creo que esto es —comentó Magda reuniendo sus papeles en un montón, con una pequeña sensación de regocijo—. Muchas gracias, Josefa.

—Dame. Déjame ver —pidió la vieja extendiendo la mano.

Magda le dio la hoja y observó mientras la mirada de la vieja se paséala de arriba abajo por la página. Josefa era la *phuri dai*, la mujer sabia de esta tribu de gitanos en particular. Papá frecuentemente hablaba de lo hermosa

que fuera alguna vez; pero ahora su piel estaba curtida y su cabello negro y lustroso surcado de plateado y el cuerpo encogido. Sin embargo, su mente seguía estando perfectamente lúcida.

—Así que ésta es mi canción —exclamó Josefa, que no leía música.

—Sí. Preservada para siempre.

—Pero no la tocaré de ese modo todas las veces —aclaró la vieja devolviéndole la hoja—. Así es como me gusta tocarla ahora. Tal vez el mes próximo decida cambiarle algo. Ya la he modificado muchas veces con el paso de los años.

Magda asintió mientras colocaba la hoja, junto con las demás, en la carpeta.

Sabía, antes de empezar su colección, que la música gitana era en gran parte improvisada. Eso era de esperarse, pues la propia vida de los gitanos resultaba improvisada en gran parte, sin otra casa más que una carreta, sin lenguaje escrito ni nada que los retuviera. Tal vez eso fue lo que la llevó a tratar de capturar algo de su vitalidad y enjaularla en un pentagrama, preservándola para el futuro.

—Estará bien por ahora —replicó Magda—. Quizá el próximo año veré lo que le has agregado.

—¿No será publicado el libro para entonces?

—Me temo que no —respondió

Magda, sintiendo una punzada.

—¿Por qué no?

Magda se ocupó en guardar la mandolina, pues no deseaba responder, pero era incapaz de evitar graciosamente la pregunta. No levantó la vista mientras hablaba:

—Tengo que encontrar otro editor.

—¿Qué pasó con el actual?

Magda mantuvo la mirada baja. Estaba apenada. Fue uno de los momentos más penosos de su vida cuando supo que el editor renegaba de su acuerdo. Todavía le dolía.

—Cambió de opinión. Dijo que éste no era el momento adecuado para un compendio de música gitana de

Rumania.

—Especialmente para una judía —añadió Josefa.

Magda levantó la vista penetrante y luego la bajó de nuevo. *Cuán cierto*.

—Quizá —aceptó. Sintió que se le formaba un nudo en la garganta. No quería hablar sobre esto—. ¿Cómo va el negocio?

—Terrible —contestó Josefa alzando los hombros mientras ponía a un lado el *naiou* y tomaba de nuevo el mazo de cartas. Estaba vestida con las desiguales ropas comunes a todos los gitanos: blusa floreada, falda rayada y pañoleta de calicó. Era un conjunto aturdidor de colores y diseños. Sus

dedos, como si tuvieran voluntad propia, comenzaron a barajar el mazo—. En estos días sólo veo a unos cuantos clientes regulares. Nada de trabajo nuevo desde que me obligaron quitar el letrero.

Magda se percató de ello esa mañana cuando se acercaba a la carreta. Ya no estaba el letrero en la puerta trasera, que decía: «Doña Josefa: Se lee el porvenir», y tampoco el diagrama de la palma ni el símbolo cabalístico en el lado derecho. Había oído que la Guardia de Hierro ordenó a todas las tribus gitanas quedarse en donde estaban y «no defraudar» a los ciudadanos.

—¿Así que los gitanos también están

fuera de gracia?

—Los rumanos siempre estamos fuera de gracia, sin importar el tiempo o el lugar. Ya nos hemos acostumbrado. Pero ustedes los judíos… —se rió y sacudió la cabeza—. Hemos escuchado cosas… cosas terribles de Polonia.

—También nosotros —repuso Magda conteniendo un estremecimiento —. Pero, asimismo, estamos acostumbrados a estar fuera de gracia. *Al menos algunos de nosotros*. —No ella. Nunca se acostumbraría a eso.

—Me temo que se va a poner peor —afirmó Josefa.

—Los rumanos no pueden hallarse mejor —repuso Magda. Se daba cuenta

de que estaba siendo hostil, pero no podía evitarlo. El mundo se había convertido en un lugar atemorizante y su única defensa últimamente era negarlo. Las cosas que había oído no podían ser ciertas, no sobre los judíos o sobre lo que les estaba pasando a los gitanos en las regiones rurales: historias sobre redadas hechas por la Guardia de Hierro, esterilizaciones forzadas y trabajo de esclavos. Tenía que ser un rumor demente, relatos de miedo. Y no obstante, con todas las cosas terribles que ciertamente habían estado pasando…

—Yo no me preocupo —aseguró Josefa—. Corta a un gitano en diez

pedazos y no lo habrás matado; solamente habrás hecho diez gitanos.

Magda estaba bastante segura de que bajo circunstancias similares, sólo se quedaría con un judío muerto. Otra vez trató de cambiar el tema.

—¿Es ésa una baraja de tarot? —preguntó, aunque sabía bien que lo era.

—¿Quieres que te lea la suerte? —preguntó Josefa.

—No. Realmente no creo nada de eso.

—A decir verdad, muchas veces yo tampoco. En su mayor parte, las cartas no dicen nada, porque realmente no hay nada que decir. Así que improvisamos, justo como lo hacemos con la música.

¿Y qué daño hay en eso? No hago *hoklane baro*; sólo le digo a las muchachas *gadjé* que pronto encontrarán a un hombre maravilloso, y a los hombres *gadjé*, que sus aventuras de negocios pronto rendirán frutos. No hago daño.

—Ni dices la fortuna.

—A veces el tarot revela —replicó alzando sus angostos hombros—. ¿Quieres probar?

—No. Gracias —se negó. No quería saber lo que le deparaba el futuro. Tenía la sensación de que sólo podía ser malo.

—Por favor. Como un regalo mío.

Magda vaciló. No quería ofender a Josefa. Y después de todo, ¿acaso no le

acababa de decir la mujer que generalmente la baraja no decía nada? Tal vez le fabricaría una hermosa fantasía.

—Oh, está bien.

Josefa extendió la baraja sobre la mesa.

—Corta.

Magda separó la mitad superior y la levantó. Josefa la deslizó bajo lo que sobraba de la baraja y comenzó a repartir las cartas hablando mientras sus manos trabajaban.

—¿Cómo está tu padre?

—Me temo que no muy bien. Apenas puede sostenerse en pie.

—Es una pena. No es frecuente

encontrar un *gadjé* que sepa cómo *rokker*. ¿El oso de Yoska no lo ayudó con su reumatismo?

—No. —Sacudió la cabeza Magda —. Y no sólo tiene reumatismo. Es mucho peor. —Su padre había intentado cualquier cosa, todo, para detener el retorcimiento y deformación progresivos de sus miembros, incluso llegando tan lejos como para permitir que el oso entrenado del nieto de Josefa caminara sobre su espalda, una venerable terapia gitana que probó ser tan inútil como los más recientes «milagros» de la medicina moderna.

—Es un buen hombre —afirmó Josefa, cloqueando—. Es malo que un

hombre que sabe tanto sobre esta tierra deba… ser privado… de verla… más. —Frunció el ceño mientras arrastraba la voz.

—¿Qué pasa? —preguntó Magda. La expresión preocupada de Josefa mientras miraba las cartas esparcidas sobre la mesa la hizo sentir incómoda—. ¿Estás bien?

—¿Hmmm? Oh, sí. Estoy bien. Es sólo que estas cartas…

—¿Hay algo mal? —inquirió Magda negándose a creer que las cartas pudieran decir el futuro más de lo que podían hacerlo las entrañas de un pájaro muerto y, sin embargo, sentía una bolsa de tensa anticipación bajo el esternón.

—Es la forma en la que están divididas —explicó la anciana—. Nunca he visto nada como esto. Las cartas neutrales están separadas, pero las que se pueden interpretar como buenas están todas aquí a la derecha. —Movió la mano sobre el área en cuestión —. Y las malas, todas a la izquierda. Es extraño.

—¿Qué significa?

—No lo sé. Déjame preguntarle a Yoska —le pidió. Gritó el nombre de su nieto por encima de su hombro y luego se volvió de nuevo hacia Magda—. Yoska es muy bueno con el tarot. Me ha visto desde que era un niño.

Un joven moreno y atractivo, de

poco más de veinte años, con una sonrisa de porcelana y una constitución musculosa, llegó de la parte delantera de la carreta y saludó a Magda con los ojos negros clavados en ella. Magda miró hacia otro lado, sintiéndose desnuda a pesar de sus gruesas ropas. Era más joven que ella, pero eso nunca lo había intimidado. En el pasado le dio a conocer sus deseos en muchas ocasiones, y ella siempre lo rechazó.

Miró hacia la mesa a dónde señalaba su abuela. Unos profundos surcos se formaron en su semblante suave mientras estudiaba las cartas. Estuvo callado mucho tiempo y luego pareció llegar a una decisión.

—Baraja, corta y reparte de nuevo —le indicó a su abuela.

Josefa asintió y repitió la rutina. Esta vez sin hablar. A pesar de su escepticismo, Magda se encontró inclinándose hacia adelante y mirando las cartas mientras eran depositadas una por una sobre la mesa. No sabía nada sobre el tarot y tenía que confiar únicamente en la interpretación de su anfitriona y de su nieto. Cuando miró sus rostros, supo que algo no estaba bien.

—¿Qué piensas, Yoska? —preguntó la vieja en voz baja.

—No lo sé… tal concentración de bien y mal… y una división tan clara entre ellos…

Magda tragó. Tenía la boca seca.

—¿Quieren decir que salió lo mismo? ¿Dos veces seguidas?

—Sí —respondió Josefa—. Excepto que los lados fueron diferentes. El bien está ahora a la izquierda y el mal a la derecha. —Levantó la vista—. Eso indicaría una elección. Una grave elección.

Súbitamente, el enojo desplazó la creciente incomodidad de Magda. Estaban jugando algún tipo de juego con ella. Se negaba a ser la tonta de nadie.

—Creo que mejor me voy —avisó tomando la carpeta y el estuche de la mandolina. Se puso de pie—. No soy una ingenua chica *gadjé* con la que

puedan ustedes divertirse.

—¡No! ¡Por favor, una vez más! —le pidió la vieja buscando su mano.

—Lo siento, pero realmente debo irme.

9

Notó que Kaempffer había envejecido un poco desde su fortuito encuentro en Berlín hacía dos años. Pero no tanto como yo, pensó Woermann torvamente. Aunque el mayor de la SS era dos años más viejo que él, estaba más delgado y en consecuencia se veía más joven. El cabello rubio de Kaempffer se hallaba completo y liso y todavía no había sido manchado por el gris. Era la estampa de la perfección aria.

—Vi que sólo trajiste contigo un

escuadrón —empezó a decir Woermann —. El mensaje decía que dos. Personalmente pensé que traerías un regimiento.

—No, Klaus —desechó Kaempffer con un tono condescendiente, mientras daba vueltas por el cuarto. Un solo escuadrón será más que suficiente para manejar este supuesto problema tuyo. Mis einsatzkommandos son bastante hábiles para encargarse de ese tipo de asuntos. Traje dos escuadrones porque ésta es simplemente una parada en mi camino.

—¿Dónde está el otro escuadrón? ¿Recogiendo margaritas?

—De algún modo, sí —sonrió

Kaempffer en una forma que no era agradable ver.

—¿Qué se supone que significa eso?

Kaempffer se quitó la gorra y la arrojó sobre el escritorio de Woermann; luego, fue a la ventana que daba a la aldea.

—Lo verás en un minuto.

De mala gana, Woermann se unió en la ventana al hombre de la SS. Kaempffer había llegado hacía sólo veinte minutos y ya estaba usurpando el mando. Remolcando su escuadrón de exterminio, manejó a través de la calzada, sin pensarlo dos veces. Woermann se encontró deseando que los soportes se hubieran debilitado la

semana anterior. No tuvo tanta suerte. El *jeep* del mayor y el camión que venía detrás atravesaron la calzada con toda seguridad. Después de apearse y ordenarle al sargento Oster, el sargento de Woermann, que vigilara que sus einsatzkommandos fueran alojados adecuadamente, de inmediato desfiló en la *suite* de Woermann con el brazo derecho levantado en un «Heil Hitler» y la actitud de un mesías.

—Parece que has recorrido un gran camino desde la Gran Guerra —comentó Woermann mientras miraban juntos el callado y oscuro poblado—. Parece que la SS te acomoda.

—Prefiero la SS al ejército regular,

si eso es lo que estás implicando. Es bastante más eficiente.

—Eso he oído.

—Te mostraré cómo la eficiencia resuelve los problemas, Klaus. Y, a la larga, resolviendo los problemas se ganan las guerras. —Señaló por la ventana—. Mira.

Al principio, Woermann no vio nada y luego notó algunos movimientos en la orilla de la aldea. Era un grupo de gente. Mientras se acercaban a la calzada, el grupo se convirtió en un desfile: diez aldeanos locales tropezaban ante los aguijones del segundo escuadrón de einsatzkommandos.

Woermann se encontró impresionado

y desanimado, aun cuando debió haber esperado algo como esto.

—¿Estás loco? ¡Ésos son ciudadanos rumanos! ¡Estamos en un Estado aliado!

—Uno o más ciudadanos rumanos han matado a soldados alemanes. Es bastante improbable que el general Antonescu haga mucho escándalo ante el Reich por las muertes de unos cuantos aldeanos.

—¡Matarlos no servirá de nada! —desairó Woermann.

—Oh, no tengo intención de matarlos de inmediato. Pero serán excelentes rehenes. Se ha extendido por la aldea el rumor de que si muere un soldado

alemán, esos diez aldeanos serán fusilados de inmediato. Y diez más morirán cada vez que otro soldado alemán sea asesinado. Esto continuará hasta que terminen los atentados o ya no queden más lugareños.

Woermann se retiró de la ventana. Así que éste era el Nuevo Orden, la Nueva Alemania, la ética de la raza superior. Así es como se iba a ganar esta guerra.

—No funcionará —sentenció.

—Claro que sí —aseguró Kaempffer. Su presunción era intolerable—. Siempre lo ha hecho y siempre lo hará. Estos partisanos se alimentan de las palmadas en la espalda

que obtienen de sus compañeros de bebida. Juegan al héroe y sacan todo lo posible de su papel; hasta que sus amigos empiezan a morir o hasta que sus esposas e hijos son llevados lejos. Entonces se convierten en buenos pastores otra vez.

Woermann buscó una forma de salvar a esos aldeanos. Sabía que no tenían nada que ver con los asesinatos.

—Esta vez es diferente —afirmó.

—No lo pienso así. Creo, Klaus, que he tenido bastante más experiencia en este tipo de cosas que tú.

—Sí… Auschwitz, ¿no es cierto?

—Aprendí mucho del comandante Hoess.

—¿Te gusta aprender? —preguntó Woermann y tomó la gorra del mayor, arrojándosela—. ¡Te mostraré algo nuevo! ¡Ven conmigo!

Se movió rápidamente, sin darle tiempo a Kaempffer de hacer preguntas, y lo condujo por las escaleras de la torre hasta el patio y a través de otra escalera que llevaba al sótano. Se detuvo en la grieta de la pared y encendió una lámpara; luego, guió a Kaempffer por una escalera mohosa, hacia el cavernoso y sombrío subsótano.

—Hace frío aquí —comentó Kaempffer, su aliento formando vaho a la luz de la lámpara, mientras se frotaba las manos.

—Es donde conservamos los cuerpos. Los seis.

—¿No has mandado ninguno de regreso?

—No creo que sea inteligente enviar uno por uno… podría provocar comentarios entre los rumanos en el camino… y eso no es bueno para el prestigio alemán. Planeo llevármelos todos cuando me vaya hoy. Pero, como sabes, la petición para que me reubicaran fue negada.

Se detuvo ante las seis figuras cubiertas con sábanas, colocadas sobre la tierra dura, notando con disgusto que las sábanas sobre los cuerpos estaban desordenadas. Era un detalle menor,

pero sentía que lo menos que podía hacerse por estos hombres, antes de su entierro final, era tratar sus restos con respeto. Si tenían que esperar antes de ser devueltos a su patria, debían esperar con los uniformes limpios y en una mortaja escrupulosamente ataviada.

Se dirigió primero al hombre asesinado más recientemente y retiró la sábana para exponer la cabeza y los hombros.

—Éste es el soldado Remer. Mira su garganta.

Kaempffer lo hizo con el rostro impasible.

Woermann colocó la sábana de nuevo y levantó la siguiente, sosteniendo

la lámpara para que Kaempffer pudiera ver bien la carne destrozada de otra garganta. Luego, continuó con la fila, guardando los más horrendos para lo último.

—Y ahora… el soldado Lutz.

Al fin, Kaempffer reaccionó: jadeó ligeramente. Pero Woermann jadeó también. La cara de Lutz los contemplaba al revés. La parte superior de la cabeza había sido colocada en el espacio vacío entre sus hombros y su mentón y el destrozado muñón de su cuello miraba lejos a su cuerpo, hacia la oscuridad opresora y sin fondo.

Rápida y escrupulosamente, Woermann giró la cabeza hasta que

estuvo colocada en el lugar correcto, jurando encontrar al hombre que fue tan descuidado con los restos de un camarada caído y hacer que se arrepintiera. Arregló con cuidado todas las sábanas y se volvió hacia Kaempffer.

—¿Comprendes ahora por qué te digo que los rehenes no cambiarán en nada las cosas?

El mayor no contestó inmediatamente. En lugar de eso, se volvió y se dirigió a las escaleras buscando aire más tibio. Woermann percibió que Kaempffer se había impresionado más de lo que demostraba.

—Esos hombres no sólo fueron asesinados —exclamó Kaempffer

finalmente—. ¡Fueron mutilados!

—¡Exactamente! ¡Quienes sea o lo que sea que hizo eso, está totalmente loco! Las vidas de diez aldeanos no significarán nada.

—¿Por qué dices «lo que sea»?

Woermann sostuvo la mirada de Kaempffer.

—No estoy seguro. Todo lo que sé es que el asesino viene y va a voluntad. Nada de lo que hacemos, ninguna medida de seguridad que hemos intentado parece importar.

—La seguridad no funciona. —Criticó Kaempffer recobrando su bravuconería inicial mientras entraba nuevamente a la luz y al calor de las

habitaciones de Woermann—, porque la seguridad no es la respuesta. El miedo es la respuesta. Hacer que el asesino tenga miedo de matar. Hacer que tema el precio que los demás tendrán que pagar por sus acciones. El miedo es la mejor seguridad, siempre.

—¿Y qué tai si el asesino es alguien como tú? ¿Qué tal si no le importan nada los aldeanos?

Kaempffer no respondió.

Woermann decidió presionar sobre el tema.

—Tu tipo de miedo no funciona cuando te enfrentas a alguien de tu especie. Llévate eso de regreso a Auschwitz cuando te vayas.

—No regresaré a Polonia, Klaus. Cuando termine aquí, lo que me tomará un día o dos, iré al sur, a Ploiesti.

—No veo para qué servirás allí, no hay sinagogas que quemar, sólo refinerías de petróleo.

—Continúa haciendo tus pequeños comentarios venenosos, Klaus —repuso Kaempffer, asintiendo con la cabeza ligeramente mientras hablaba a través de sus apretados labios—. Gózalos ahora. Porque una vez que tenga el proyecto de Ploiesti bajo mis órdenes, no te atreverás a hablarme así.

Woermann se sentó tras de su destartalado escritorio. Se estaba cansando de Kaempffer. La fotografía de

su hijo más joven, Fritz, de quince años, atrajo su mirada.

—Todavía no veo qué atractivo puede tener Ploiesti para tus gustos.

—Te aseguro que no son las refinerías, esa preocupación se la dejo al Alto Comando.

—Es muy generoso de tu parte —comentó sarcásticamente Woermann.

Kaempffer pareció no escucharlo.

—No, mi interés está en las vías ferroviarias.

Woermann continuaba mirando la fotografía de su hijo y repitió las palabras de Kaempffer:

—Las vías ferroviarias…

—¡Sí! —exclamó Kaempffer—. El

nexo ferroviario más grande en Rumania se encuentra en Ploiesti y esto lo convierte en un lugar perfecto para un campo de reubicación.

Woermann salió de su trance y levantó la cabeza.

—¿Quieres decir, como Auschwitz?

—¡Exactamente! Es por eso que Auschwitz está donde está. Una buena red ferroviaria es crucial para la transportación eficiente de las razas inferiores a los campos. El petróleo sale por tren de Ploiesti hacia todas partes de Rumania. —Había extendido los brazos y ahora los cerraba de nuevo—. Y de cada rincón de Rumania, los trenes regresarán con cargamentos de judíos,

gitanos y demás basura humana que circula en esta tierra.

—¡Pero éste no es un territorio ocupado! —protestó Woermann—. No puedes…

—El Führer no quiere que se descuide a los indeseables de Rumania. Es cierto que Antonescu y su Guardia de Hierro están retirando a los judíos de las posiciones influyentes, pero el Führer tiene un plan más vigoroso. En la SS se le conoce como «La Solución Rumana». Para implementarla, el Reichführer Himmler acordó con el general Antonescu que la SS le muestre a los rumanos cómo se hace. Yo he sido elegido para llevar a cabo esa misión.

Seré el comandante del campo Ploiesti.

Aterrado, Woermann se encontró incapaz de responder mientras Kaempffer se engolosinaba con el tema.

—¿Sabes cuántos judíos hay en Rumania, Klaus? Setecientos cincuenta mil según el último recuento. ¡Tal vez un millón! Nadie lo sabe con seguridad, pero una vez que yo establezca un sistema eficiente de registro, lo sabremos con exactitud. Pero eso no es lo peor. El país está totalmente infestado de gitanos y francmasones. Y algo todavía peor: ¡musulmanes! ¡En total son dos millones de indeseables!

—¡Si sólo lo hubiese sabido — exclamó Woermann elevando los ojos y

apretándose la cara con las manos—, nunca hubiera puesto un pie en esta alcantarilla, de país!

Kaempffer lo escuchó esta vez.

—Ríete si quieres, Klaus, pero Ploiesti será muy importante. Atiera estamos transfiriendo a los judíos desde Hungría a Auschwitz, con una gran pérdida de tiempo, mano de obra y combustible. Una vez que el campo Ploiesti esté funcionando, preveo que muchos de ellos serán enviados a Rumania. Y como comandante, me convertiré en uno de los hombres más importantes de la SS… ¡del Tercer Reich! Entonces será mi turno para reír.

Woermann permaneció en silencio.

No se había reído… encontraba enfermante la sola idea.

La gracia era su única defensa contra un mundo que estaba cayendo bajo el control de los locos, contra la aceptación de que él era un oficial del ejército que les permitía obtener ese control. Vio que Kaempffer comenzaba de nuevo a dar paseos de un lado a otro del cuarto.

—No sabía que eras pintor —comentó el mayor, deteniéndose frente al caballete, romo si lo viera por primera vez. Lo estudió en silencio durante un momento—. Tal vez si hubieras invertido el mismo tiempo en deshacerte del asesino, como obviamente lo has

invertido en esta mórbida pinturita, algunos de tus hombres pudieran…

—¿Mórbida? —exclamó—. ¡No hay absolutamente nada mórbido en esa pintura!

—La sombra de un cadáver colgando de una soga… ¿es eso alegre?

—¿De qué estás hablando? —preguntó Woermann poniéndose en pie y acercándose a la tela.

—Aquí… en la pared —señaló Kaempffer.

Woermann la contempló. Al principio no vio nada. Las sombras en la pared eran del mismo gris moteado que pintara unos días antes. No había nada que remotamente se pareciera a… no,

espera. Contuvo el aliento. A la izquierda de la ventana, por la que se veía la aldea brillando bajo el sol… una delgada línea vertical se unía a una forma más oscura situada bajo ella. Podía verse algo así como un cuerpo doblado colgando de una cuerda. Recordaba vagamente haber pintado la línea y la forma, pero de ninguna manera intentó añadir ese horrible toque a su trabajo. Sin embargo, no podía soportar darle a Kaempffer la satisfacción de oírlo decir que él también admitía verla.

—La morbidez, como la belleza, está en los ojos del observador.

Pero ya la mente de Kaempffer se movía hacia otro lado.

—Es una suerte para ti que la pintura esté terminada, Klaus. Después de que me cambie aquí, estaré demasiado ocupado para permitir que subas y juegues con ella. Pero puedes reasumirla cuando esté en camino a Ploiesti.

Woermann había esperado esto y estaba listo para ello.

—No te mudarás a mis habitaciones.

—Corrección: mis habitaciones. Pareces olvidar que soy tu superior, capitán.

—¡El rango de la SS! —se burló Woermann—. ¡Inútil! ¡Menos que insignificante! ¡Mi sargento es cuatro veces más soldado que tú! ¡Y también cuatro veces más hombre!

—¡Ten cuidado, capitán! ¡Esa Cruz de Hierro que recibiste en la última guerra sólo te permitirá llegar hasta aquí!

Woermann sintió que algo estallaba en su interior. Se quitó de la camisola la cruz maltesa de esmalte negro con bordes plateados y se la mostró a Kaempffer.

—¡Tú no tienes una! Y nunca la tendrás: Por lo menos no una verdadera, una como ésta que no tiene una sucia y pequeña esvástica en el centro.

—¡Es suficiente!

—¡No, no es suficiente! ¡Tus SS matan civiles indefensos, mujeres y niños! Me gané esta medalla luchando

contra hombres que eran capaces de defenderse. ¡Y ambos sabemos cuánto te disgusta un enemigo que se defienda! —espetó Woermann bajando la voz hasta convertirla en un fiero susurro.

Kaempffer se inclinó hasta que su nariz casi estaba a dos centímetros de la de Woermann. Sus ojos azules brillaban con la blanca furia de su cara.

—La Gran Guerra… todo eso es el pasado. Ésta es la Gran Guerra, mi guerra. ¡La tuya fue la vieja guerra y está muerta, terminada y olvidada!

Woermann sonrió, deleitándose al ver que finalmente había penetrado la piel asquerosa de Kaempffer.

—No está olvidada. Nunca será

olvidada. ¡Especialmente tu valor en Verdún!

—Te lo advierto… —amenazó Kaempffer—. Haré que te… —Y luego cerró la boca con un chasquido audible.

Porque Woermann estaba caminando hacia él. Había soportado todo lo posible de este pavoneado maleante que discutía la «liquidación» de millones de vidas indefensas tan casualmente como podría indicar qué iba a comer. Woermann no hizo ningún gesto abiertamente amenazador y, no obstante, Kaempffer dio un paso involuntario hacia atrás cuando se le acercó. Woermann simplemente pasó junto a él y abrió la puerta.

—Sal de aquí —ordenó.

—¡No puedes hacer esto!

—¡Fuera!

Se miraron durante largo tiempo. Pensó durante un momento que Kaempffer ciertamente lo iba a retar. Woermann sabía que el mayor estaba en mejores condiciones y que físicamente era más fuerte, pero sólo físicamente. La mirada de Kaempffer divagó y luego se alejó. Ambos sabían la verdad sobre el SS-Strumbannführer Kaempffer. Sin decir una palabra, tomó su abrigo negro y salió violentamente del cuarto. Woermann cerró la puerta silenciosamente tras él.

Permaneció quieto durante un

momento. Había permitido que Kaempffer se le acercara. Su control solía ser mejor. Caminó hasta el caballete y contempló la tela. Cuanto más veía la sombra que había pintado en la pared, más le parecía un cadáver colgado. Le produjo una sensación nauseabunda y también lo aterró. Su intención fue que la aldea iluminada por el sol fuera el foco de la pintura, pero lo único que podía ver ahora era la maldita sombra.

Se alejó violentamente y regresó al escritorio, mirando de nuevo la fotografía de Fritz. Entre más veía a hombres como Kaempffer, más se preocupaba por Fritz. No se había

preocupado tanto cuando Kurt, su hijo mayor, estuvo en combate en Francia el año anterior. Kurt tenía diecinueve años y ya era cabo. Era un hombre ahora.

Pero Fritz… esos nazis le estaban haciendo cosas a Fritz. De algún modo, el chico fue inducido a unirse al *Jugendführer* local, a las Juventudes Hitlerianas. Cuando Woermann estuvo en casa durante su última licencia, se sintió lastimado y desanimado al escuchar que la boca de su hijo de catorce años regurgitaba esa basura de la raza aria superior y hablaba de «Der Führer» con una reverencia temerosa que alguna vez le reservara sólo a Dios. Los nazis le estaban robando a su hijo en

sus narices y convirtiendo al chico en una serpiente como Kaempffer. Y no parecía haber nada que él pudiera hacer al respecto.

Tampoco parecía haber nada que pudiera hacer respecto a Kaempffer. No tenía control sobre el oficial de la SS. Si Kaempffer decidía matar a los aldeanos rumanos, no había otra forma de detenerlo más que arrestarlo. Y no podía hacer eso. Kaempffer estaba aquí por órdenes del Alto Comando. Arrestarlo sería un acto de insubordinación, de desafío descarado. Su herencia prusiana se rebelaba ante la idea. El ejército era su carrera, su hogar… había sido bueno para él durante un cuarto de siglo.

Retarlo ahora…

Impotente. Así es como se sentía. Esto le hizo recordar un claro en las afueras de Posnan, Polonia, hacía año y medio, poco después de que la pelea había terminado. Los hombres se hallaban instalando el vivaque cuando el sonido de las metralletas llegó desde la siguiente colina situada a kilómetro y medio de allí. Fue a investigar. Los einsatzkommandos estaban formando a los judíos; a hombres y mujeres de todas las edades, a los niños, y sistemáticamente los asesinaban con descargas cerradas. Después de que los cuerpos fueron arrojados a la zanja que estaba tras ellos, formaron a más y les

dispararon. La tierra se tornó lodosa con la sangre y el aire se llenó del olor de la cordita y los gritos de aquellos que todavía estaban vivos y agonizantes, a quienes nadie se molestaría en administrarles el tiro de gracia.

Había sido impotente entonces, y ahora también lo era. Impotente para convertir esta guerra en una de soldado contra soldado, impotente para detener a la cosa que estaba matando a sus hombres, impotente para contener a Kaempffer y evitar que asesinara a esos aldeanos rumanos.

Se dejó caer en una silla. ¿Qué caso tenía? ¿Por qué intentarlo siquiera? Todo estaba cambiando para empeorar.

Había nacido con el siglo, un siglo de promesas y esperanza. Y aun así, se encontraba luchando en su segunda guerra, en una guerra que no podía comprender.

Y, sin embargo, deseó esta guerra. Había anhelado la oportunidad de responderle a los buitres que se instalaron en la tierra natal después de la última guerra, cargándola con compensaciones imposibles, embarrando su cara en la porquería año tras año. Su oportunidad había llegado y participó en algunas de las grandes victorias alemanas. La Wehrmacht era incontenible.

¿Por qué, entonces, sentía tal

malestar? Le parecía mal querer salir de todo eso y regresar a Rathenow, con Helga. Le parecía mal alegrarse de que su padre, quien también fuera un oficial de carrera, hubiese muerto en la Gran Guerra y no pudiera ver las atrocidades que se estaban cometiendo hoy en nombre de la tierra natal.

Y aun así, con todo mal, se aferraba a su puesto. ¿Por qué? La respuesta a eso, se dijo por centésima o posiblemente por milésima vez, era que en su corazón creía que el ejército alemán podía sobrevivir a los nazis. Los políticos iban y venían, pero el ejército siempre sería el ejército. Si sólo pudiera sostenerse, el ejército alemán

saldría victorioso y Hitler y sus gángsters se desvanecerían del poder. Creía en eso. Tenía que hacerlo.

Contra todo razonamiento, rezaba porque la amenaza de Kaempffer contra los aldeanos tuviera el efecto deseado, y que no hubiera más muertes. Pero si no funcionaba… si otro alemán moría esta noche, Woermann sabía quién quería que fuese.

10

La Fortaleza
Martes, 29 de abril
01:18 horas

El mayor Kaempffer yacía despierto en su bolsa de dormir y todavía estaba enfurecido por la despectiva insubordinación de Woermann. Por lo menos, el sargento Oster había sido servicial. Como la mayoría de los hombres regulares del ejército, respondía con temerosa obediencia al

uniforme negro y la insignia de la calavera, algo a lo que parecía bastante inmune el oficial comandante de Oster. Y, sin embargo, Kaempffer y Woermann se conocían desde mucho antes de que hubiera SS.

El sargento encontró rápidamente acomodo para los dos escuadrones de einsatzkommandos y sugirió el corredor sin salida, ubicado en la parte posterior de la fortaleza, como un recinto cercado para los prisioneros de la aldea. Era una elección excelente: el corredor había sido esculpido en la piedra de la montaña misma y daba cabida a cuatro grandes cuartos. El único acceso al área de retención era a través de otro largo

corredor que hacía ángulo directo con respecto al patio. Kaempffer supuso que, originalmente, la sección fue diseñada como área de almacenamiento, ya que la ventilación era pobre y no existían chimeneas en los cuartos. El sargento se encargó de que toda la extensión de los dos corredores, desde el patio hasta la pared lisa al extremo final, estuviera iluminada por un cordón de bombillas, lo cual impediría que alguien sorprendiera a los einsatzkommandos que harían guardia en pareja todo el tiempo.

Para el mayor Kaempffer, el sargento encontró un gran cuarto doble en el segundo nivel de la sección

posterior de la fortaleza. Sugirió la torre, mas Kaempffer se negó, pues haberse cambiado al primero o segundo piso hubiera sido conveniente, pero estaría debajo de Woermann. El cuarto piso de la torre significaba subir y bajar muchos escalones demasiadas veces al día. La sección posterior de la fortaleza era mejor. Tenía una ventana que daba al patio, una cama decomisada a uno de los hombres reclutados por Woermann, y una puerta de cedro desusadamente pesada, con un cerrojo seguro. Su bolsa de dormir estaba sostenida ahora por un marco recién hecho y el mayor yacía en él con una lámpara de batería junto a sí, en el suelo.

Sus ojos descansaron en las cruces de las paredes. Parecían estar en todos lados. Era curioso. Quiso preguntarle al sargento sobre ellas, pero no quería menguar su imagen de saberlo todo. Ésta era una parte importante de la mística de la SS y tenía que mantenerla. Tal vez le preguntaría a Woermann, cuando pudiera obligarse a si mismo a hablarle de nuevo.

Woermann… No podía sacarse al hombre de la mente. La ironía de todo es que Woermann era la última persona en el mundo con quien Kaempffer hubiera deseado ser alojado. Con Woermann alrededor, no podía ser el tipo de oficial de la SS que quería ser. Woermann

podía fijar su mirada en él y observarlo a través de su uniforme de la SS, a través de su venero de poder, y ver a un aterrorizado joven de dieciocho años. Ese día en Verdún fue un momento decisivo en las vidas de ambos…

… La irrupción británica en la línea alemana en un contraataque sorpresivo, el fuego directo sobre Kaempffer y Woermann y toda su compañía, los hombres muriendo por todos lados, el operador de la ametralladora herido e inútil, los británicos a la carga… retroceder y reagruparse era lo único sensato que se podía hacer, pero no hubo ninguna palabra del comandante de la compañía… probablemente estaba

muerto… el soldado Kaempffer, al no ver a nadie vivo en todo su escuadrón, con excepción de un nuevo recluta, de un voluntario novato llamado Woermann, de dieciséis años, demasiado joven para pelear… hizo una seña al chico para empezar a retroceder con él… Woermann, sacudiendo la cabeza y arrastrándose hasta el emplazamiento de la ametralladora… disparando a todos lados, al principio erráticamente y luego con más confianza… Kaempffer arrastrándose en retirada, sabiendo que los británicos enterrarían al chico más tarde ese día.

Pero Woermann no fue enterrado ese día. Mantuvo a raya al enemigo el

tiempo suficiente para que la línea fuera reforzada. Fue ascendido y condecorado con la Cruz de Hierro. Y cuando terminó la Gran Guerra, era *Fahnenjunker*, un candidato oficial, que logró mantenerse con los minúsculos restos del ejército que quedaron después de la derrota en Versalles.

Por otro lado, Kaempffer, el hijo de un contador de Augsburg, se encontró en la calle después de la guerra. Tuvo miedo y estaba sin un centavo, como uno más de los miles de veteranos de una guerra perdida y un ejército derrotado. No eran héroes, sino una molestia. Terminó uniéndose a los *Freikorps Oberland* nihilistas y de allí no estaba

lejos del Partido Nazi de 1927; y después de probar su *volkisch*, su pedigrí alemán puro, se unió a las SS en 1931. Las SS se convirtieron en el hogar de Kaempffer. Perdió el suyo después de la Primera Guerra Mundial y juró que nunca volvería a estar sin hogar.

En la SS aprendió las técnicas de terror y dolor, así como las de la supervivencia: cómo mantener un ojo alerta a las debilidades de sus superiores y cómo esconder su propia debilidad de los hombres agresivos que estaban bajo él. Con el tiempo llegó a la posición de primer asistente de Rudolf Hoess, el más eficiente de todos los destructores de la judería.

Otra vez aprendió tan bien, que fue elevado al rango de Sturmbannführer y se le asignó la misión de establecer el campo de reubicación en Ploiesti.

Ansiaba llegar a Ploiesti y comenzar. Sólo los asesinos invisibles de los hombres de Woermann se interponían en su camino. Tenían que ser eliminados primero. No era un problema. Era simplemente una molestia. Quería encargarse, de ello rápidamente, no sólo para permitirse continuar, sino para hacer que Woermann quedara como el imbécil que era. Una rápida solución y estaría en el camino del triunfo, dejando atrás a Klaus Woermann, un anticuado soldado

y un odioso rival.

Una rápida solución también borraría cualquier cosa que Woermann pudiera decir sobre el incidente en Verdún. Si alguna vez Woermann se atrevía a acusarlo de cobardía frente al enemigo, sólo necesitaría señalar que el acusador era un hombre amargado y frustrado, que golpeaba perversamente a alguien que había tenido éxito donde él fracasara.

Apagó la lámpara situada en el piso. Sí… necesitaba una solución rápida. Había tanto que hacer, tantos asuntos importantes que requerían su atención…

Lo único que lo molestaba de todo esto era el inquietante e ineludible hecho

de que Woermann tenía miedo. Realmente tenía miedo. Y Woermann no se asustaba con facilidad.

Cerró los ojos y trató de dormitar. Después de un rato sintió que el sueño comenzaba a cubrirlo como una manta caliente y suave. Casi estaba del todo cubierto cuando se sintió brutalmente arrebatado. Se encontró de pronto despierto, con la piel súbitamente pegajosa y erizada por el miedo. Algo se encontraba afuera de la puerta de su cuarto. No oía nada ni veía nada. No obstante, sabía, que estaba allí. Era algo con un aura tan poderosa de maldad, de odio frío, de malevolencia total, que podía percibir su presencia a través de

la madera y la piedra que lo separaban de él. Estaba allí afuera, moviéndose por el corredor, pasando junto a la puerta y alejándose. Alejándose…

Su corazón disminuyó el ritmo y la piel se le empezó a secar. Le tomó unos cuantos minutos, pero a la larga fue capaz de convencerse de que había sido una pesadilla, una particularmente vívida, de aquéllas que sacuden las primeras fases del sueño.

El mayor Kaempffer se levantó de la bolsa de dormir y comenzó a quitarse escrupulosamente la larga ropa interior. Su vejiga se había vaciado involuntariamente durante la pesadilla.

Los soldados Friedrich Waltz y Karl Flick, miembros de la primera unidad calavera al mando del mayor Kaempffer, llevaban puestos sus uniformes negros, sus brillantes cascos negros y tiritaban. Tenían frío, se sentían aburridos y cansados. Éste no era el tipo de deber nocturno al que estaban acostumbrados. Allá en Auschwitz tenían cálidos y confortables puestos de guardia y torres de vigilancia donde podían sentarse y beber café y jugar cartas mientras los prisioneros se acurrucaban en sus chozas agujereadas. Sólo ocasionalmente se les pedía que hicieran trabajo de patrulla y marcharan por el

perímetro al aire libre.

Era cierto que aquí se encontraban en el interior, pero sus condiciones eran tan frías y húmedas como las de los prisioneros. Eso no estaba bien.

El soldado Flick se colocó su Schmeisser en la espalda y se frotó las manos. Tenía entumidas las puntas de los dedos, a pesar de los guantes. Se hallaba de pie junto a Waltz, quien se recargaba contra la pared en el ángulo de los dos corredores. Desde su ventajoso punto podían ver toda la longitud del corredor de entrada a su izquierda, hasta el negro cuadrado de noche que era el patio y, al mismo tiempo, mantener vigilado el bloque de prisioneros a su derecha.

—Me estoy volviendo loco, Karl —manifestó Waltz—. Hagamos algo.

—¿Como qué?

—¿Qué tal hacerlos caer con un poco de *Sachsengruss*?

—No son judíos.

—Tampoco son alemanes.

Flick consideró esto. El *Sachsengruss*, o bienvenida sajona, había sido su método favorito de romper la resistencia de los recién llegados a Auschwitz. Durante horas interminables los hacían realizar el ejercicio: sentadillas con los brazos levantados y las manos detrás de la cabeza. Incluso un hombre en su mejor condición estaría en agonía en media hora. Flick siempre

encontró divertido ver las expresiones en las caras de los prisioneros cuando sentían que sus cuerpos empezaban a traicionarlos y sus articulaciones y músculos gritaban angustiados. Y también el miedo en sus caras. Porque a aquéllos que caían exhaustos les disparaban o bien los pateaban hasta que continuaban el ejercicio. Él y Waltz no podrían dispararle a ninguno de los rumanos esta noche, pero por lo menos podían divertirse un poco con ellos. No obstante, quizá fuese arriesgado.

—Mejor olvídalo —aconsejó Flick —. Sólo somos dos. ¿Qué tal si uno de ellos trata de ser un héroe?

—Solamente sacaremos del cuarto a

dos cada vez. ¡Vamos, Karl! ¡Será divertido!

No sería tan emocionante como el juego que solían practicar en Auschwitz, donde él y Waltz hacían concursos para ver cuántos huesos le podían romper a un prisionero y mantenerlo trabajando todavía. Pero por lo menos un poco de *Sachsengruss* sería divertido.

Flick comenzó tomando la llave de la cerradura que transformó el último cuarto del corredor en la celda de una prisión. Había cuatro cuartos disponibles y podían haber dividido a los aldeanos, en vez de eso hacinaron a los diez en una sola habitación. Estaba anticipando la expresión de sus caras

cuando abriera la puerta, el miedo de contracciones y temblor de labios cuando vieran su sonrisa y se dieran cuenta de que no tendría piedad de ellos. Le produjo una cierta sensación interna, algo indescriptible, maravilloso, algo que causaba tanta adicción que ansiaba más y más de ello.

Estaba a la mitad del camino hacia la puerta cuando lo detuvo la voz de Waltz.

—Espera un momento, Karl.

Se volvió. Waltz miraba por el corredor hacia el patio, con una expresión de intriga en la cara.

—¿Qué pasa? —preguntó Flick.

—Algo anda mal en una de las

bombillas que están allá. La primera… se está apagando.

—¿Y?

—Se está apagando —repitió, miró a Flick y luego al corredor—. ¡Ahora se está apagando la segunda! —Su voz subió media octava mientras levantaba el Schmeisser y lo amartillaba—. ¡Ven acá!

Flick dejó caer la llave, descolgó su propia arma alistándola y corrió a reunirse con su compañero. Para el momento en que llegó a la unión de los dos corredores, la tercera luz se había extinguido. Trató, pero no pudo distinguir ningún detalle del corredor detrás de las bombillas apagadas. Era

como si el área hubiera sido tragada por una oscuridad impenetrable.

—No me gusta esto —comentó Waltz.

—Tampoco a mí —convino Flick—. Pero no veo un alma. Tal vez es el generador. O un cable que está mal. —Flick sabía que no creía en esto más que Waltz. Pero tenía que decir algo para esconder su miedo creciente. Los einsatzkommandos debían despertar el miedo, no sentirlo.

La cuarta bombilla comenzó a debilitarse. La oscuridad estaba sólo a tres metros de allí.

—Entremos aquí —sugirió Flick regresando al bien iluminado descanso

del corredor posterior. Podía escuchar a los prisioneros murmurando en el último cuarto, detrás de ellos. Aunque no podían ver las bombillas agonizantes, percibían que algo andaba mal.

Agazapado detrás de Waltz, Flick tiritaba en el frío creciente, mientras veía que la iluminación del corredor exterior continuaba desapareciendo. Quería dispararle a algo, pero sólo veía negrura.

Y, entonces, la negrura estuvo sobre él, congelando sus articulaciones y disminuyendo su visión. Durante un instante que pareció durar toda una vida, el soldado Karl Flick se convirtió en una víctima del terror desalmado que

tanto gozaba inspirarle a otros y sintió el hondo y desgarrador dolor que tanto gustaba infligir a los demás. Luego, no sintió nada.

Lentamente, la iluminación volvió a los corredores, primero al posterior y luego al pasaje de acceso. Los únicos sonidos provenían de los aldeanos atrapados en sus celdas: lloriqueos de las mujeres y sollozos aliviados de los hombres cuando todos se sintieron liberados del pánico que los había apresado. Uno de los hombres se acercó tentativamente a la puerta para mirar a través del pequeño espacio entre dos de las tablas.

Su campo de visión se limitaba a una sección del piso y parte de la pared posterior del corredor.

No pudo ver ningún movimiento. El piso estaba desnudo, excepto por una mancha de sangre, todavía roja, todavía húmeda, que aún brillaba en el frío. Y en la pared posterior había más sangre, pero embarrada en lugar de salpicada. Las manchas parecían formar un patrón, como las letras de un alfabeto, formando palabras que lindaban en el filo de su reconocimiento. Palabras como perros aullando en la noche, inquietantemente presentes pero siempre fuera del alcance.

El hombre se retiró de la puerta y se

reunió con sus compañeros aldeanos que estaban agazapados en la esquina más alejada del cuarto.

Había alguien en la puerta.

Kaempffer abrió los ojos temiendo que la pesadilla de la noche anterior fuera a repetirse. Pero no. Esta vez no podía sentir ninguna oscura y malévola presencia al otro lado de la pared. El agente aquí parecía humano. Y torpe. Si la cautela era el objetivo del intruso, estaba fracasando miserablemente. Pero para estar en el lado seguro, Kaempffer sacó la Luger de la funda que llevaba enroscada en el codo.

—¿Quién está ahí?

No hubo respuesta.

El chasquido de una mano que trabajaba a tientas en la cerradura continuó. Kaempffer podía ver cortes en la línea de luz bajo la puerta, pero no le dieron ninguna pista de quién pudiera estar afuera. Consideró prender la lámpara, pero lo pensó mejor. El cuarto oscuro le daba una ventaja; podría ver la silueta del intruso contra la luz del pasillo.

—¡Identifíquese!

El ruido en la cerradura cesó para ser reemplazado por un ligero rechinido y crujir, como si un enorme peso estuviera apoyándose contra la puerta y

tratara de atravesarla. Kaempffer no podía estar seguro en la oscuridad, pero pensó que la puerta se combaba hacia adentro. ¡Era cedro de cinco centímetros! ¡Se necesitaría un peso enorme para hacer eso! Mientras crecía el rechinido de la madera, se encontró temblando y sudando. No había a dónde ir. Y ahora se oía otro sonido, como si algo estuviera arañando la puerta para entrar. Los ruidos lo asaltaban, cada vez más fuertes, paralizándolo. La madera estaba cediendo y parecía que se iba a romper en mil fragmentos, y los goznes gritaban como si sus tiras de metal estuvieran siendo torturadas en la piedra. ¡Algo tendría que ceder! Sabía

que ya en ese momento debería estar introduciendo un cargador en su Luger, pero no podía moverse.

La cerradura chirrió, cedió súbitamente y la puerta se abrió de golpe, chocando contra la pared. Dos figuras se delineaban en la luz que provenía del corredor. Kaempffer supo, por los cascos, que eran soldados alemanes, y por sus botas, que pertenecían a los einsatzkommandos que trajo con él. Debió relajarse al verlos, mas por alguna razón no lo hizo. ¿Qué estaban haciendo al irrumpir así en su cuarto?

—¿Quién es? —exigió saber.

No respondieron. En lugar de eso, se

adelantaron al unísono hacia donde él yacía congelado en su bolsa de dormir. Había algo anormal en su paso: no era un problema grave sino algo sutilmente grotesco. Durante un momento desconcertante, el mayor Kaempffer pensó que los dos soldados marcharían directamente sobre él. Pero se detuvieron a la orilla de la cama, simultáneamente, como si obedecieran una orden. Ninguno dijo una palabra. Tampoco saludaron.

—¿Qué quieren? —preguntó él.

Debería estar furioso, pero el enojo no llegó. Sólo el miedo. Contra sus deseos, su cuerpo estaba encogiéndose en la bolsa de dormir, tratando de

esconderse.

—¡Háblenme! —suplicó.

No hubo respuesta. Buscó con su mano izquierda y encontró la lámpara dejada en el suelo junto a su cama y todo el tiempo mantuvo la Luger en su mano derecha, apuntándole al silencioso par que se elevaba sobre él. Cuando sus dedos agitados encontraron el botón interruptor, vaciló, escuchando su propia respiración rasposa. Tenía que ver quiénes eran y qué querían; sin embargo, una parte muy, profunda en él le advertía en contra de encender la luz.

Finalmente no pudo soportarlo más. Con un gruñido, pulsó el interruptor de presión y levantó la lámpara.

Los soldados Flick y Waltz estaban de pie sobre él, con las caras blancas y contorsionadas y los ojos vidriosos. Una media luna desgarrada de carne destrozada y sangrante le sonreía desde el lugar en donde estuviera la garganta de cada hombre. Nadie se movió… los dos soldados muertos no lo harían y Kaempffer no podía. Durante un largo momento, que le detuvo el corazón, Kaempffer yació paralizado con la lámpara sostenida en lo alto y la boca moviéndose espasmódicamente para formar un grito de terror que no fue capaz de atravesar su seca y bloqueada garganta.

Entonces hubo un movimiento.

Silenciosa y casi graciosamente, los dos soldados se inclinaron y cayeron sobre su oficial comandante, clavándolo en la cama bajo un montón de kilos de fláccida carne muerta.

Mientras Kaempffer luchaba frenéticamente por salir de abajo de los dos cadáveres, escuchó una lejana voz que empezaba a gemir con pánico mortal.

Una parte aislada de su cerebro se enfocó en el sonido hasta que lo identificó.

La voz era la suya.

—¿*Ahora* sí lo crees?

—¿Creer qué? —preguntó Kaempffer, negándose a mirar a Woermann. En lugar de eso, se concentró en el vaso de kummel que sostenía entre ambas manos. Se había tomado la primera mitad de un solo trago y ahora bebía constantemente el resto. Comenzaba a sentir, gradual y dolorosamente, que otra vez estaba bajo control. Le ayudó estar en las habitaciones de Woermann y no en las suyas.

—Los métodos de la SS no resolverán el problema —aseguró Woermann.

—Los métodos de la SS *siempre* funcionan.

—No esta vez —interpuso Woermann.

—¡Apenas he empezado! ¡Ningún aldeano ha muerto todavía!

Incluso mientras hablaba, Kaempffer admitía que se enfrentaba a una situación que se hallaba totalmente más allá de la experiencia de cualquier miembro de la SS. No existían precedentes ni nadie a quién acudir para pedir consejo. En la fortaleza había algo que estaba más allá del miedo y más allá de la coerción. Algo magníficamente apto para usar el miedo como su propia arma. No era un grupo guerrillero ni un brazo fanático del Partido Nacional Campesino. Esto era algo que estaba más allá de la

guerra, de la nacionalidad y de la raza.

Y, sin embargo, los aldeanos prisioneros tendrían que morir al amanecer. No podía dejarlos ir, pues hacerlo sería admitir la derrota y él y la SS quedarían mal. Nunca debía permitir que eso pasara. No importaba que sus muertes no hicieran efecto en la… *cosa* que estaba matando a los hombres. Tenían que morir.

—No morirán —afirmó Woermann.

—¿Qué? —masculló Kaempffer, levantando al fin la vista del vaso de kummel.

—Los aldeanos —explicó—. Los dejé ir.

—¡Cómo te atreviste! —exclamó

encolerizado. Empezaba a sentirse vivo otra vez. Se levantó de la silla.

—Me lo agradecerás más tarde, cuando no tengas que explicar el asesinato sistemático de toda una aldea rumana. Y eso es lo que sucedería. Conozco a los de tu clase. Una vez que toman un curso, no importa cuan fútil y no importa a cuántos hieran, continúan en lugar de admitir que han cometido un error. Así que estoy evitando que empieces. Ahora puedes culparme de tu fracaso. Aceptaré la culpa y todos podremos encontrar un lugar más seguro para alojarnos.

Kaempffer se sentó de nuevo, concediendo mentalmente que la

decisión de Woermann le había proporcionado una salida. Pero estaba atrapado. No podía informar de un fracaso a la SS. Eso significaría el fin de su carrera.

—No voy a rendirme —amenazó a Woermann tratando de parecer tenazmente valiente.

—¿Qué más puedes hacer? ¡No puedes combatir esto!

—¡Lo combatiré!

—¿Cómo? —Acicateó Woermann inclinándose hacia atrás y doblando las manos sobre su pequeña barriga—. Ni siquiera sabes contra qué estás peleando, así que, ¿cómo puedes combatirlo?

—¡Con armas! ¡Con fuego! Con… —Kaempffer se encogió cuando Woermann se inclinó hacia él, maldiciéndose por rebajarse, pero impotente contra el reflejo.

—Escúchame, herr Sturmbannführer: esos hombres estaban muertos cuando entraron a tu cuarto esta noche. ¡Muertos! Encontramos su sangre en el corredor posterior. Murieron en tu prisión improvisada. Y, sin embargo, caminaron por el corredor, subieron a tu cuarto, rompieron la puerta, marcharon hasta tu cama y cayeron sobre ti. ¿Cómo vas a luchar contra algo como eso?

Kaempffer se estremeció ante el recuerdo.

—¡No murieron hasta que llegaron a mi cuarto! ¡Por lealtad vinieron a informarme a pesar de sus heridas mortales! —refutó. No creía una sola palabra de eso. La explicación salió automáticamente.

—Estaban muertos, amigo —reafirmó Woermann sin el menor rastro de amistad en su tono—. No examinaste sus cuerpos, estabas demasiado ocupado limpiando la suciedad en tus pantalones. Pero yo lo hice. Los examiné de la misma forma en que he examinado a cada hombre que ha muerto en esta fortaleza olvidada por Dios. Y créeme, esos dos murieron en el sitio. Todas las venas principales del cuello fueron

arrancadas. Lo mismo que sus tráqueas. Aun cuando fueras Himmler mismo, no podrían haberse reportado contigo.

—¡Entonces fueron llevados! —gritó. A pesar de lo que había visto con sus propios ojos, presionaba buscando otra explicación—. Los muertos no caminaron. ¡No pueden!

Wcermann se recargó y lo contempló con tal desdén, que Kaempffer se sintió pequeño y desnudo.

—¿También te enseñan a mentirte en la SS?

Kaempffer no respondió. No necesitaba ningún examen físico de los cadáveres para saber que estaban muertos cuando entraron a su cuarto.

Supo eso en el instante en que la luz de su lámpara les iluminó la cara.

Woermann se levantó y se dirigió a grandes pasos hacia la puerta.

—Le diré a los hombres que nos iremos con la primera luz.

—¡NO! —gritó Kaempffer. La palabra atravesó sus labios más fuerte y más aguda de lo que él deseaba.

—No tienes realmente intenciones de quedarte aquí, ¿o sí? —sondeó Woermann con expresión incrédula.

—¡Debo terminar esta misión!

—¡Pero no puedes! ¡Perderás! ¡Seguramente entiendes eso ahora!

—Sólo entiendo que tendré que cambiar mis métodos.

—¡Solamente un loco se quedaría!

¡No quiero quedarme!, pensó Kaempffer. ¡Quiero irme tanto como cualquier otro! Bajo otras circunstancias, él mismo estaría dando la orden de partir. Pero ésa no era una de sus opciones aquí. Tenía que aclarar el asunto de la fortaleza, concluirlo de una vez por todas antes de poder partir hacia Ploiesti. Si claudicaba en este trabajo, había docenas de compañeros de la SS que codiciaban el proyecto Ploiesti y que aguardaban para saltar al primer signo de debilidad y arrebatarle el premio. Tenía que triunfar aquí. Si no lo lograba, sería dejado atrás, sería olvidado en alguna modesta oficina,

mientras otros en la SS tomarían el control del mundo.

Y necesitaba la ayuda de Woermann. Tenía que ganárselo por unos cuantos días solamente, hasta que pudieran encontrar una solución. Entonces lo llevaría a una corte marcial por liberar a los aldeanos.

—¿Qué crees que es, Klaus? —inquirió suavemente.

—¿Qué creo que es? —repitió Woermann con tono aterrorizado, frustrados con las brutales palabras escupidas y cortas.

—La matanza; ¿quién o qué crees que la está haciendo?

Woermann se sentó de nuevo, con la

cara preocupada.

—No lo sé —aceptó—. Y en este momento, no me interesa saberlo. Ahora hay ocho cadáveres en el subsótano y debemos ocuparnos de que no haya ninguno más.

—Vamos, Klaus, has estado aquí una semana… debes haberte formado una idea. —Sigue hablando, se dijo. Entre más hables, más tardarás en regresar a ese cuarto.

—Los hombres creen que es un vampiro —explicó Woermann. ¡Un vampiro! Éste no era el tipo de conversación que necesitaba, pero luchó por mantener la voz baja y la expresión amistosa.

—¿Estás de acuerdo?

—La semana pasada, incluso hace tres días, hubiera dicho que no. Ahora no estoy seguro de nada. Si es un vampiro, no es como los que se describen en las historias de horror. O los que se ven en las películas. De lo único que estoy seguro es de que el asesino no es humano.

Kaempffer trató de recordar lo que sabía sobre vampiros. ¿La cosa que seguía matando a los hombres bebía su sangre? ¿Quién podía decirlo? Sus gargantas estaban tan arruinadas y había tanta sangre derramada en sus ropas, que se necesitaría un laboratorio médico para determinar si faltaba algo de

sangre. Una vez vio una copia pirata de la película muda *Nosferatu* y después la versión americana de Drácula, con subtítulos en alemán. Eso sucedió muchos años atrás, y en ese tiempo la idea de un vampiro era tan risible como lo merecía. Pero ahora… no había ningún eslavo de nariz aquilina vestido formalmente y rondando la fortaleza. Pero sí era cierto que se hallaban ocho cadáveres en el subsótano. No obstante, no podía imaginarse armando a sus hombres con estacas de madera y martillos.

—Creo que tendremos que llegar al origen —comunicó cuando sus pensamientos llegaron a un callejón sin

salida.

—¿Y dónde es eso?

—No dónde… sino quién. Quiero encontrar al dueño de la fortaleza. Esta estructura se construyó por un motivo y se ha mantenido en perfecto estado. Tiene que haber una razón para eso.

—Alexandru y sus hijos no saben quién es el propietario —explicó Woermann.

—Eso dicen.

—¿Por qué mentirían?

—Todos mienten —replicó Kaempffer—. Alguien tiene que pagarles.

—El dinero se lo dan al posadero y éste le paga a Alexandru y a sus

muchachos.

—Entonces interrogaremos al posadero —propuso Kaempffer.

—También puedes pedirle que traduzca las palabras que hay en la pared.

—¿Qué palabras? —preguntó sorprendido—. ¿Qué pared?

—Abajo, donde murieron tus dos hombres. Hay algo escrito con su sangre, en la pared.

—¿En rumano?

—No lo sé —respondió Woermann encogiendo los hombros—. Ni siquiera puedo reconocer las letras, mucho menos el idioma.

Kaempffer se puso en pie de un

salto. Aquí había algo que podía manejar.

—¡Quiero a ese posadero!

El nombre del hombre era Iuliu.

Bastante pasado de peso, de más de cincuenta y cinco años, estaba perdiendo el cabello y usaba bigote sobre el labio superior. Sus amplios carrillos, sin afeitar por lo menos durante tres días, temblaban mientras permanecía de pie en su camisa de dormir y tiritaba en el corredor posterior en donde estuvieran prisioneros sus camaradas de la aldea.

Es casi como en los viejos días, pensó Kaempffer mirando desde las

sombras de uno de los cuartos. Comenzaba a sentirse más como él mismo otra vez. El aspecto confuso y asustado del hombre lo llevó de regreso a los viejos días con la SS en Munich, cuando sacaban a los tenderos judíos de sus tibias camas en la madrugada, los golpeaban frente a sus familias y los veían sudar por el terror en el frío del amanecer.

Pero el posadero no era judío.

No importaba realmente. Judío, francmasón, posadero rumano; lo que realmente le importaba a Kaempffer era el sentimiento de satisfacción, de autoconfianza, de seguridad de la víctima; la sensación de la víctima de

que tenía un lugar en el mundo y de que estaba segura; eso era lo que Kaempffer sentía que debía hacer pedazos. Tenían que aprender que no había ningún lugar seguro cuando él se encontraba cerca.

Dejó que el posadero temblara y parpadeara bajo la bombilla desnuda, durante tanto tiempo como su propia paciencia lo permitiera. Iuliu fue traído al sitio en donde fueron asesinados los dos einsatzkommandos. Cualquier cosa que remotamente tuviera semejanza con un libro mayor o de registro, fue sacado de la posada y amontonado en una pila tras él. Sus ojos pasaban de las manchas de sangre en el suelo al garabato sangriento en la pared posterior y a las

caras implacables de los cuatro soldados que lo sacaron a rastras de la cama, y luego regresaban a las manchas de sangre en el piso. A Kaempffer le costaba trabajo mirar esas manchas. Seguía recordando las dos horribles gargantas desgarradas que proporcionaron la sangre y a los dos inconcebibles hombres muertos, de pie junto a su cama.

Cuando el mayor Kaempffer empezó a sentir que sus propios dedos hormigueaban por el frío a pesar de los guantes negros de cuero, salió a la luz del corredor y se encaró con Iuliu. Al ver al oficial de la SS con uniforme completo, Iuliu dio un paso atrás y casi

tropezó con los libros.

—¿De quién es la fortaleza? —preguntó Kaempffer en voz baja y sin preámbulos.

—No lo sé, herr oficial.

El alemán del hombre era atroz, pero resultaba mejor que trabajar a través de un intérprete. Golpeó a Iuliu en la cara con el dorso de su mano enguantada. No sintió ninguna malicia, pues éste era un procedimiento generalizado.

—¿De quién es la fortaleza? —repitió.

—¡No lo sé!

Lo golpeó de nuevo.

—¿De quién?

El posadero escupió sangre y

empezó a lloriquear. Bien… estaba cediendo.

—¡No lo sé! —gritó Iuliu.

—¿Quién te da el dinero para pagarle a los cuidadores?

—Un mensajero.

—¿De quién?

—No lo sé. Nunca lo dice. Creo que de un banco. Viene dos veces al año.

—Debes firmar un recibo o cambiar un cheque. ¿De quién proviene?

—Firmo una letra. En la parte superior dice: Banco del Mediterráneo, de Suiza. En Zurich.

—¿Cómo viene el dinero?

—En oro. En piezas de oro de veinte lei. Le pago a Alexandru y él a sus hijos.

Siempre ha sido así.

Kaempffer vio que Iuliu se limpiaba los ojos y recuperaba la compostura. Él tenía el siguiente eslabón de la cadena. Haría que la oficina central de la SS investigara el Banco del Mediterráneo en Zurich, para saber quién estaba mandando monedas de oro a un posadero en los Alpes transilvanos. Y de allí hasta el dueño de la cuenta, y de allí al dueño de la fortaleza.

¿Y luego qué?

No lo sabía, pero ésta parecía la única forma de proceder por el momento. Se volvió y miró las palabras garabateadas en la pared detrás de él. La sangre de Flick y Waltz con la que

fueran escritas se había secado y era café rojiza. O bien muchas de las letras estaban escritas burdamente o no eran como ninguna otra que hubiera visto antes. Unas eran reconocibles. Pero, en conjunto, eran incomprensibles. Sin embargo, tenían que significar algo.



Hizo un gesto hacia las palabras y preguntó:

—¿Qué dice eso?

—No lo sé, herr oficial —contestó Iuliu. Tembló ante el azul brillante de los ojos de Kaempffer—. Por favor…

¡De verdad no lo sé!

Por la expresión y el sonido de la voz de Iuliu, Kaempffer supo que el hombre estaba diciendo la verdad. Pero ésa no era una consideración real, nunca lo había sido y nunca lo sería. El rumano tendría que ser presionado hasta el límite, golpeado, quebrado y enviado cojeando de vuelta a los aldeanos, con historias del trato inmisericorde que había recibido de manos del oficial de uniforme negro. Y entonces lo sabrían: debían cooperar, debían arrastrarse uno sobre otro en su impaciencia por servir a la SS.

—¡Mientes! —gritó y azotó otra vez el dorso de su mano en la cara de Iuliu

—. ¡Esas palabras son rumanas! ¡Quiero saber qué dicen!

—*Parecen* rumanas, herr oficial —aclaró Iuliu, agachándose por el frío y el dolor—. Pero no lo son. ¡No sé lo que dicen!

Esto concordaba con la información que Kaempffer recopilara de su propio diccionario de traducción. Había estudiado rumano y sus dialectos desde el primer día en que se enteró del proyecto Ploiesti. Para este momento sabía un poco del dialecto dacio-rumano y esperaba que pronto lo hablaría con aceptable fluidez. No quería que ninguno de los rumanos con los que estuviera trabajando pensara que podría ocultarle

algo hablando en su propia lengua.

Pero había otros tres dialectos importantes que se diferenciaban significativamente uno de otro. Y las palabras en la pared, aunque similares al rumano, no parecían pertenecer a ninguno de ellos.

Iuliu, el posadero, quien probablemente era el único hombre en la aldea que sabía leer, no las reconocía. De todos modos, tenía que sufrir.

—Enséñale el arte de la traducción —le ordenó a uno de sus hombres.

Hubo un compás de espera y luego un golpe sordo seguido por un sofocado gruñido de agonía. No tenía que mirar. Podía imaginarse lo que estaba pasando:

uno de los guardias había clavado el cañón de su rifle en la parte baja de la espalda de Iuliu, con un golpe salvaje y penetrante, mandando al rumano de rodillas al suelo. Ahora estarían reuniéndose a su alrededor, preparándose para clavar las puntas y los talones de sus lustrosas botas de montar en cada área sensible de su cuerpo. Y las conocían todas.

—¡Eso será suficiente! —exclamó una voz que instantáneamente reconoció como la de Woermann.

Kaempffer giró para enfrentársele, enfurecido por la intrusión. ¡Esto era insubordinación! ¡Un desafío directo a su autoridad! Pero cuando abrió la boca

para reprender a Wcermann, notó que la mano del capitán descansaba sobre la cacha de su pistola. Seguramente no la usaría. Y sin embargo…

Los einsatzkommandos miraban a su mayor con expectación, sin estar muy seguros de qué hacer. Kaempffer deseaba decirles que procedieran como se les había ordenado, pero se encontró con que no podía. La mirada maligna de Woermann y su posición desafiante lo hicieron dudar.

—Este lugareño se ha negado a cooperar —explicó débilmente.

—¿Y entonces crees que golpeándolo hasta la inconsciencia, o quizá hasta la muerte, obtendrás lo que

quieres? ¡Qué inteligente! —se burló Woermann adelantándose hasta quedar junto al costado de Iuliu y haciendo a un lado suavemente a los einsatzkommandos como si fueran objetos inanimados. Observó al quejumbroso posadero y luego inmovilizó a cada uno de los guardias con la mirada—. ¿Es así como las tropas alemanas actúan para dar mayor gloria a la patria? Apuesto a que a sus madres y padres les encantaría venir y ver cómo patean hasta matarlo a un hombre gordo, viejo y desarmado. ¡Qué valientes! ¿Por qué no los invitan algún día? ¿O es que los mataron a patadas la última vez que estuvieron en casa con

licencia?

—Debo advertirle, capitán… —comenzó a decir Kaempffer, pero Woermann había concentrado su atención en el posadero.

—¿Qué puede decirnos sobre la fortaleza que no sepamos ya? —le preguntó.

—Nada —respondió Iuliu desde el suelo.

—¿Algún chisme de comadres o historias de miedo o leyendas? —insistió.

—He vivido aquí toda la vida y nunca he oído ninguna.

—¿No hubo muertes en la fortaleza? ¿Jamás?

—Nunca.

Mientras Kaempffer miraba, vio que la cara del posadero se iluminaba con una especie de esperanza, como si hubiera pensado en una forma de sobrevivir intacto a la noche.

—Pero tal vez haya alguien que pueda ayudarlos —sugirió—. Si sólo pudiera tener mi libro de registro… —Señaló los libros revueltos que se encontraban desparramados en el suelo.

Cuando Woermann asintió, se arrastró sobre el piso y tomó de entre los demás un gastado volumen manchado y forrado con tela. Febrilmente buscó las páginas hasta encontrar la anotación que quería.

—¡Aquí está! Ha estado aquí tres veces en los últimos diez años, cada vez más enfermo que la última, y cada vez acompañado de su hija. Es un gran maestro en la universidad de Bucarest. Es un experto en la historia de esta región.

—¿Cuándo fue la última vez? —preguntó Kaempffer, que ya estaba interesado.

—Hace cinco años —contestó alejándose de Kaempffer.

—¿Qué quiere decir con que estaba enfermo? —consultó Woermann.

—La última vez no podía caminar sin dos bastones.

Woermann le quitó el libro al

posadero.

—¿Quién es él?

—El profesor Theodor Cuza.

—Esperemos que esté vivo todavía —comentó Woermann, dándole el libro a Kaempffer—. Estoy seguro de que la SS tiene contactos en Bucarest que pueden encontrarlo si vive. Sugiero que no pierdas tiempo.

—Nunca pierdo tiempo, capitán —replicó Kaempffer, tratando de recuperar algo de la dignidad que sabía había perdido con sus hombres. Nunca le perdonaría eso a Woermann—. Cuando entres al patio notarás que mis hombres ya están ocupados registrando las paredes y aflojando las piedras.

Espero ver a tus hombres ayudándoles tan pronto como sea posible. Mientras se investiga el Banco del Mediterráneo en Zurich, y encuentran a este profesor, todos estaremos ocupados desmantelando esta estructura, piedra por piedra. Porque si no obtenemos ninguna información útil del banco o del profesor, ya habremos comenzado a destruir cualquier posible escondite dentro de la fortaleza.

—Supongo que es mejor que estar sentados esperando ser asesinados —convino Woermann encogiendo los hombros—. Haré que el sargento Oster se reporte contigo y él podrá coordinar los detalles del trabajo. —Se volvió,

tiró de Iuliu poniéndolo en pie y lo empujó hacia el corredor, diciendo—: Estaré ron usted para que el centinela lo deje salir.

Pero el posadero se demoró un instante y le dijo algo en voz baja al capitán. Woermann comenzó a reír.

Kaempffer sintió que la cara se le calentaba mientras la ira crecía en su interior. Estaban hablando sobre él, despreciándolo. Siempre podía darse cuenta.

—¿Cuál es la broma, capitán?

—Este profesor Cuza —aclaró Woermann dejando de reír, pero conservando en los labios la sonrisa burlona—. El hombre que posiblemente

sepa algo que pueda mantener vivos a unos cuantos de nosotros… ¡es judío!

Una renovada risa del capitán hizo eco mientras se alejaba.

11

BUCAREST
Martes, 29 de abril
10:20 horas

El duro e insistente golpear del exterior hacía temblar en sus goznes la puerta del apartamento.

—¡Abran! —ordenó una voz.

La voz de Magda falló durante un instante y luego dejó salir la respuesta temblorosa para la que ya conocía la respuesta.

—¿Quién es?

—¡Abra inmediatamente!

Magda, vestida sólo con un suéter holgado y una falda larga, con el lustroso cabello desarreglado, estaba de pie junto a la puerta. Miró a su padre, sentado en su silla de ruedas, ante su escritorio.

—Será mejor que los dejes entrar —aconsejó con una calma que ella sabía era forzada. La piel tensa de su rostro le permitía pocas expresiones, pero sus ojos se veían temerosos.

Magda se volvió hacia la puerta. Quitó el seguro con un solo movimiento y retrocedió como si temiera que la fueran a morder. Fue afortunado que lo

hiciera, pues la puerta se abrió de golpe y dos miembros de la Guardia de Hierro, el equivalente rumano de los comandos de tormenta alemanes, irrumpieron tambaleantes, con cascos y armados con rifles levantados.

—Ésta es la residencia Cuza —exclamó el que estaba atrás. Era una pregunta, pero fue expresada como una afirmación, como retando a cualquiera que escuchara, a estar en desacuerdo.

—Sí —replicó Magda, acercándose junto a su padre—. ¿Qué quieren?

—Buscamos al doctor Theodor Cuza. ¿Dónde está? —Sus ojos se mantuvieron en el rostro de Magda.

—Yo soy —respondió el anciano.

Magda se encontraba a su lado, con la mano reposando protectoramente sobre el alto respaldo de madera de la silla de ruedas. Estaba temblando. Había temido este día, esperando que nunca llegara. Pero ahora parecía como si fueran a ser arrastrados a un campo de reubicación en donde su padre no sobreviviría la noche. Durante mucho tiempo temieron que el antisemitismo de este régimen se convirtiera en un horror institucionalizado, similar al de Alemania.

Los dos guardias miraron al hombre. El que permanecía atrás, y que parecía estar al mando, se adelantó y sacó un pedazo de papel del cinturón. Lo miró y

levantó la vista de nuevo.

—Usted no puede ser Cuza. Él tiene cincuenta y seis años. ¡Usted es demasiado viejo!

Los intrusos miraron a Magda.

—A pesar de eso, yo soy.

—¿Es verdad? ¿Éste es el profesor Theodor Cuza, que antiguamente trabajaba en la universidad de Bucarest?

Magda se encontraba mortalmente asustada, sin aliento, incapaz de hablar, de modo que asintió con la cabeza.

Los dos Guardias de Hierro vacilaron, obviamente perdidos al no saber qué hacer.

—¿Qué quieren de mí? —preguntó Theodor.

—Debemos llevarlo a la estación de trenes y acompañarlo a la conexión en Campiña, en donde se encontrará con representantes del Tercer Reich. De allí…

—¿Alemanes? Pero ¿por qué?

—¡No deben preguntar! De allí…

—Lo que quiere decir que tampoco ellos lo saben. —Oyó Magda que musitó su padre.

—… serán escoltados al paso Dinu.

La cara de su padre reflejó la sorpresa de Magda ante su destino, pero se recobró rápidamente.

—Me encantaría complacerlos, caballeros —repuso papá extendiendo sus dedos retorcidos, encerrados como

siempre en guantes de algodón—, porque hay pocos lugares en el mundo más fascinantes que el paso Dinu. Pero como evidentemente pueden ver, estoy un poco enfermizo en estos momentos.

Los dos Guardias de Hierro se mantuvieron silenciosos, indecisos, mirando al viejo en la silla. Magda podía percibir sus reacciones. Papá se veía como un esqueleto animado, con su piel delgada, lustrosa y mortecina, su cabeza enmarcada en mechones de cabello blanco, sus dedos tiesos, que se veían gruesos, torcidos y crispados aun a través de los guantes, y les brazos y cuello tan delgados que parecían no tener carne encima. Se veía endeble,

frágil, quebradizo. Parecía de ochenta años. Y, no obstante, sus papeles les ordenaban encontrar a un hombre de cincuenta y seis.

—De todos modos, debe venir —ordenó el líder.

—¡No puede! —gritó Magda—. ¡Moriría en un viaje como ése!

Los dos intrusos se miraron. Sus pensamientos eran fáciles de leer: les dijeron que encontraran al profesor Cuza y se encargaran de que llegara al paso Dinu lo antes posible. Y vivo, obviamente. Sin embargo, no parecía que el hombre que estaba ante ellos pudiera llegar a la estación.

—Si tengo los cuidados expertos de

mi hija conmigo, tal vez estaré bien. —Escuchó Magda que decía su padre.

—¡No, papá! ¡No puedes! —gritó. ¿Qué estaba diciendo él?

—Magda… estos hombres pretenden llevarme. Si voy a sobrevivir, debes venir conmigo. —La miró, con los ojos ordenándole—: Debes venir conmigo.

—Sí, papá —aceptó ella. No podía imaginar lo que él tenía en mente, pero debía obedecer. Era su padre.

—¿Te das cuenta de la dirección en la que estaremos viajando, querida? —le preguntó él, estudiando su cara.

Estaba tratando de decirle algo, de despertar algo en su mente. Entonces, ella recordó el sueño de la semana

anterior y la maleta a medio hacer que todavía se hallaba bajo su cama.

—¡Al norte! —exclamó.

Los dos Guardias de Hierro que los escoltaban iban sentados al otro lado del pasillo del vagón de pasajeros, distraídos en una conversación en voz baja cuando no trataban de traspasar visualmente la pesada ropa de Magda. Papá ocupaba el asiento de la ventanilla y sus manos con dobles guantes reposaban sobre su regazo. Bucarest se alejaba deslizándose tras ellos. Les esperaba un viaje de más de ochenta y cinco kilómetros por tren; cincuenta y

seis hasta Ploiesti y treinta al norte de allí, hasta Campiña. Después de eso, el recorrido sería difícil. Ella rezaba que no fuera demasiado para él.

—¿Sabes por qué hice que te trajeran? —le preguntó con voz seca.

—No, papá —respondió—. No veo el propósito de que vaya ninguno de los dos. Pudiste zafarte de eso. Todo lo que necesitan hacer es que sus superiores te vean y sabrán que no estás en condiciones de hacer el viaje.

—No les importaría. Estoy mejor de lo que aparento, no estoy bien, de ningún modo, pero ciertamente no soy el cadáver ambulante que parezco.

—¡No hables así! —le suplicó ella.

—Dejé de mentirme hace años, Magda. Cuando me dijeron que tenía artritis reumática, afirmé que estaban equivocados. Y lo estaban: tenía algo peor. Pero he aceptado lo que me está sucediendo. No hay esperanza y no queda mucho tiempo más. Así que creo que tengo que sacarle el mayor provecho.

—¡No debes precipitarlo permitiendo que te arrastren al paso Dinu! —Opuso Magda.

—¿Por qué no? Siempre he amado el paso Dinu. Es un lugar tan bueno para morir como cualquier otro. Y, de todos modos, me iban a llevar sin importar nada. Me quieren allí por alguna razón y

van a llevarme aunque sea en un ataúd. —La miró muy de cerca—. Pero ¿sabes por qué les dije que tenías que acompañarme?

Magda consideró la pregunta. Su padre era siempre el maestro, siempre jugando a Sócrates, haciendo una pregunta tras otra, conduciendo a su oyente a una conclusión. Frecuentemente, ella encontraba tedioso esto y trataba de llegar a una conclusión tan rápido como fuera posible. Pero en ese momento estaba demasiado tensa para hacer siquiera un intento poco entusiasta de seguirle el juego.

—Para ser tu enfermera, como siempre. —Chasqueó—. ¿Para qué más?

—Se arrepintió de sus palabras tan pronto como las pronunció, pero su padre pareció no darse cuenta. Estaba demasiado concentrado en lo que quería decirle, como para ofenderse.

—¡Sí! —aceptó bajando la voz—. Eso es lo que quiero que piensen. ¡Pero realmente es tu oportunidad para salir del país! Quiero que vengas conmigo al paso Dinu y cuando tengas la oportunidad, la primera oportunidad, quiero que corras y te escondas en las colinas.

—¡Papá, no!

—¡Escúchame! —le ordenó, inclinando la cara hacia su oído—. Esta oportunidad nunca se repetirá. Hemos

estado muchas veces en los Alpes. Conoces bien el paso Dinu. Ya viene el verano. Puedes esconderte durante un tiempo y luego irte al sur.

—¿A dónde?

—¡No lo sé… a cualquier parte! Sólo sal del país. ¡Vete fuera de Europa! ¡Ve a América! ¡A Turquía! ¡A Asia! A cualquier parte del mundo, pero vete. ¡Y que sea pronto!

—Una mujer viajando sola en tiempo de guerra —refutó Magda, mirando a su padre y tratando de evitar que su voz sonara desdeñosa. Él no estaba pensando con claridad—, ¿qué tan lejos crees que llegaría?

—¡Debes intentarlo! —suplicó él

con los labios temblándole.

—Papá, ¿qué está mal?

Él miró por la ventana durante largo tiempo y cuando al fin habló, su voz era apenas audible:

—Todo terminó para nosotros. Nos van a borrar de la faz del continente.

—¿Quiénes? ¿Por qué?

—¡A nosotros! ¡A los judíos! No queda esperanza para nosotros en Europa. Tal vez en algún otro lado.

—No seas tan…

—¡Es verdad! ¡Grecia acaba de rendirse! ¿Te das cuenta de que desde que atacaron Polonia hace año y medio no han perdido una batalla? ¡Nadie ha sido capaz de resistirlos por más de seis

semanas! ¡Nada puede detenerlos! ¡Y ese loco que los encabeza pretende erradicar a los nuestros de la faz de la tierra! Has oído las historias de Polonia, y pronto estará sucediendo aquí. El fin de la judería rumana se ha demorado sólo porque ese traidor Antonescu y la Guardia de Hierro han estado luchando entre ellos. Pero parece que han arreglado sus diferencias durante los últimos meses, así que ahora no tardará.

—Estás equivocado, papá —replicó Magda rápidamente. Esta clase de conversación la aterrorizaba—. El pueblo rumano no lo permitirá.

Él se volvió con los ojos humeantes.

—¿Que no lo permitirá? ¡Míranos!

¡Mira lo que nos ha pasado hasta ahora! ¿Protestó alguien cuando él gobierno empezó la «romanización» de todas las propiedades e industrias en manos de judíos? Recuerdo a mis colegas de la universidad; ¡amigos en los que confié por décadas! ¿Acaso alguno cuestionó siquiera mi renuncia? ¡Ni uno! ¡*Ni uno*! ¿Y alguno de ellos ha ido a ver cómo estoy? —Su voz empezaba a quebrarse —. ¡Ninguno!

Volvió la cara de nuevo hacia la ventana y calló.

Magda deseó poder decir algo para que las cosas fueran más fáciles para él, pero las palabras no acudieron. Sabía que ahora habría lágrimas en sus

mejillas si su enfermedad no hubiera provocado que sus ojos fueran incapaces de producirlas. Cuando habló de nuevo, ya estaba bajo control, pero mantenía la mirada dirigida hacia los verdes prados que pasaban.

—Y ahora estamos en este tren, custodiados por fascistas rumanos y en camino a ser puestos en manos de los fascistas alemanes. ¡Estamos acabados!

Ella miró la nuca de su padre. ¡Cuán amargo y cínico se había vuelto! Pero ¿por qué no? Tenía una enfermedad que lentamente convertía su cuerpo en nudos, distorsionando sus dedos, convirtiendo su piel en papel encerado, secándole los ojos y la boca y haciéndole cada vez

más difícil el tragar. Y en cuanto a su carrera, a pesar de los años en la universidad como una autoridad sin par en el folclor rumano, a pesar del hecho de que era el siguiente en la fila como cabeza del Departamento de Historia, fue despedido sin ceremonia. Oh, dijeron que la debilidad que avanzaba sobre él lo hizo necesario, pero papá sabía que era por ser judío. Fue descartado como una basura más.

Y su salud estaba fallando, fue apartado del ejercicio de la historia rumana, lo que más amaba, y ahora era arrancado de su hogar. Y por encima de todo estaba el conocimiento de que las máquinas diseñadas para la destrucción

de su raza habían sido construidas y ya operaban con una eficiencia inflexible en otros países. Pronto sería el turno de Rumania.

¡Por supuesto que está amargado!, pensó ella. ¡Tiene todo el derecho a estarlo!

Y también yo. Es mi raza, mi herencia también, lo que quieren destruir. Y pronto, sin duda, mi vida.

No, su vida no. Eso no podía suceder. Ella no podía aceptar eso. Pero era cierto que habían destruido cualquier esperanza que tuviera de ser algo más que secretaria y enfermera de su padre. La cara de su editor musical, volteándose de pronto, era suficiente

prueba de eso.

Magda sintió una pesadez en el pecho. Había aprendido por el camino difícil desde la muerte de su madre, hacía once años, que no era fácil ser mujer en este mundo. Resultaba difícil si estabas casada y más difícil si todavía no lo estabas, pues no había nadie a quién aferrarse, nadie que se pusiera de tu parte. Era casi imposible ser tomada en serio para cualquier mujer con una ambición fuera del hogar. Si estabas casada, deberías regresar a casa; y si no lo estabas, entonces había algo doblemente malo en ti. Y si eras judía…

Miró rápidamente donde se hallaban sentados los dos guardias de Hierro.

¿Por qué no se me permite dejar mi huella en este mundo? No una gran huella… un raspón serviría. Mi libro de canciones… nunca sería famoso o popular, pero quizá algún día, dentro de cien años, alguien encontraría una copia y tocaría una de las canciones. Y cuando la terminara, el ejecutante cerraría la cubierta y vería mi nombre… y yo estaría viva todavía, de algún modo. El ejecutante sabría que Magda Cuza pasó por aquí.

Suspiró. No se rendiría. Todavía no. Las cosas estaban mal y probablemente se pondrían peor. Pero no había terminado. Nunca terminaría mientras uno tuviera esperanza.

Sabía que la esperanza no era suficiente. Tenía que haber algo más; pero ignoraba qué podía ser ese algo. Sin embargo, la esperanza era el principio.

El tren pasó junto a un campamento de coloridas carretas que rodeaban un agonizante fuego central. La práctica de su padre en el folclor rumano lo llevó a ser amigo de los gitanos, permitiéndole conocer su fuente principal de tradición oral.

—¡Mira! —exclamó ella, esperando que el espectáculo le levantara el espíritu. ¡Amaba tanto a esta gente!—. Son gitanos.

—Ya veo —respondió él sin

entusiasmo—. Diles adiós, pues están tan condenados como nosotros.

—¡Ya basta, papá! —le pidió.

—Es cierto. Los rom son la pesadilla de cualquier ser autoritario y por eso serán eliminados también. Son espíritus libres, amantes de las multitudes, de la risa y el ocio. La mentalidad fascista no puede tolerar a su especie; su lugar de origen es el cuadro de suciedad que estuviera bajo la carreta de sus padres en el día de su nacimiento; no tenían una residencia permanente ni un lugar de trabajo estable. Ni siquiera usaban un nombre con una frecuencia confiable, ya que tenían tres: un nombre público para los

gadjé, otro para usarlo entre los miembros de su tribu y uno secreto susurrado por su madre, en sus oídos, al nacer, para confundir al diablo en caso de que viniese por ellos. Eran una abominación para la mente fascista.

—Quizá —aceptó Magda—. Pero ¿qué hay con nosotros? ¿Por qué somos nosotros una abominación?

Él se retiró por fin de la ventanilla.

—No lo sé. No creo que nadie lo sepa realmente. Somos buenos ciudadanos a donde quiera que vayamos. Somos industriosos, promovemos el comercio, pagamos nuestros impuestos. Quizá es nuestro destino. Es sólo que no lo sé. —Sacudió la cabeza—. He

tratado de explicarlo, pero no puedo. Del mismo modo que no puedo explicar este viaje forzado al paso Dinu. Lo único de interés que hay allí es la fortaleza, pero sólo le interesa a alguien con nuestros gustos. No a los alemanes.

Se recargó y cerró los ojos. Pronto se quedó dormido y resoplando suavemente. Durmió todo el trayecto, pasando por las torres humeantes y los tanques de Ploiesti, despertando brevemente cuando pasaron al este de Floresti y luego durmiéndose otra vez. Magda se pasó el tiempo preocupándose por lo que les esperaba más adelante, y pensando en qué querrían de su padre los alemanes, en el paso Dinu.

Mientras las planicies pasaban flotando fuera de la ventanilla, Magda se mecía en una fantasía familiar en la que estaba casada con un hombre guapo, amoroso e inteligente. Tendrían gran riqueza, pero no la gastarían en cosas como joyería o ropas finas, ésos eran juguetes para Magda y no podía ver ninguna utilidad o significado en poseerlos; tendrían, en cambio, libros y objetos raros. Vivirían en una casa que parecería un museo, llena de artefactos con valor sólo para ellos. Y esa casa estaría en una tierra lejana en donde nadie sabría ni le importaría que fueran judíos. Su esposo sería un brillante hombre de letras y ella sería

ampliamente conocida y respetada por sus arreglos musicales. Habría también un lugar para papá y dinero suficiente para conseguirle los mejores doctores y enfermeras, dándole tiempo a ella de trabajar en su música. ¡Qué absorbente y maravilloso ensueño!

Una pequeña y amarga sonrisa curvó los labios de Magda. Era una fantasía elaborada y siempre sería sólo eso. Era demasiado tarde para ella. Tenía treinta y un años y ya había rebasado la edad en que cualquier hombre elegible la consideraría adecuada para esposa y futura madre de sus hijos. Para lo único que podía ser buena ahora era para amante de alguien. Y, por supuesto, eso

no lo aceptaría nunca.

Una vez, hacía doce años, hubo alguien… Mihail… un estudiante de papá. Ambos se habían sentido atraídos. Algo podía resultar de eso. Pero entonces murió mamá y Magda se quedó cerca de papá, tan cerca que Mihail fue dejado afuera. Ella no tuvo alternativa; papá había sido horriblemente sacudido por la muerte de mamá y fue Magda quien lo mantuvo en pie.

Magda tocó la delgada argolla de oro que llevaba en la mano derecha. Había sido de su madre. Qué diferentes habrían sido las cosas si ella no hubiese muerto.

De vez en cuando pensaba en

Mihail. Se casó con alguien… y tenían tres hijos ahora. Magda sólo tenía a su padre.

Todo cambió con la muerte de mamá. Magda no podía explicar cómo sucedió, pero papá se convirtió en el centro de su vida. Aunque en esos días estuvo rodeada de hombres, no los tomó en cuenta. Sus atenciones y avances fueron como gotas de agua vertidas en una figurilla de vidrio, sin ser apreciadas, sin absorber, dejando sólo un anillo nebuloso cuando se evaporaban.

Pasó los años intermedios suspendida entre el deseo de ser extraordinaria de algún modo, y

anhelando las cosas ordinarias que la mayoría de las demás mujeres daban por hechas. Y ahora era demasiado tarde. Delante de ella no había realmente nada… veía eso con mayor claridad cada día.

Y no obstante, ¡pudo haber sido tan diferente! ¡Mucho mejor! Si sólo mamá no hubiera muerto. Si sólo no hubiese caído enfermo papá. Si sólo ella no hubiera nacido judía. Nunca podría admitir lo último con papá.

Se enfurecería y se destruiría al saber que ella sentía eso. Pero era verdad. Si no fueran judíos, no estarían en este tren y papá todavía trabajaría en la universidad y el futuro no sería un

enorme abismo lleno de oscuridad, de miedo y sin salida.

Gradualmente, las planicies se convirtieron en colinas y los senderos empezaron a hacerse cuesta arriba. El sol se ponía sobre los Alpes mientras el tren subía la última pendiente hacia Campiña. Mientras pasaban por las torres de las refinerías más pequeñas de Steaua, Magda ayudó a su padre a ponerse el suéter. Cuando lo hubo hecho, se ajustó la pañoleta sobre el cabello y fue a traer la silla de ruedas del compartimiento situado en la parte posterior del vagón. El más joven de los dos guardias la siguió. Había sentido sus ojos sobre ella durante todo el camino,

explorando los pliegues de sus ropas y tratando de descubrir la verdadera silueta de su cuerpo. Y entre más se alejaba el tren de Bucarest, sus miradas se tornaban más ardientes.

Cuando Magda se inclinó sobre la silla para enderezar el cojín del asiento, sintió que las manos del hombre agarraban sus nalgas a través del grueso tejido de la falda. Los dedos de la mano derecha de él comenzaron a tratar de abrirse camino entre sus piernas. El estómago de Magda se revolvió con náuseas, se enderezó y caminó hacia él, reprimiendo sus manos al arañarlo.

—Pensé que te gustaría eso —sugirió él y se acercó más, abrazándola

—. No eres fea para ser judía y podría decir que estás buscando un hombre de verdad, como yo.

Magda lo miró. Era todo menos un «hombre de verdad». Tenía cuando mucho veinte años, probablemente dieciocho, y su labio superior estaba cubierto con un velludo intento de bigote que más parecía suciedad que pelo. Se apretó contra ella empujándola de vuelta hacia la puerta.

—El siguiente carro es de equipaje. Vamos —la invitó.

—No —respondió Magda manteniendo la cara totalmente impasible.

—¡Muévete! —le ordenó él dándole

un empujón.

Mientras ella trataba de decidir qué hacer, su mente trabajaba furiosamente contra el miedo y la repulsión que la llenaban ante su contacto. Tenía que decir algo, pero no quería retarlo o hacerlo sentir que tenía que probarse.

—¿Acaso no puede encontrar una chica que lo quiera? —le preguntó, manteniendo la mirada directamente sobre sus ojos.

—Claro que puedo. —Parpadeó él.

—Entonces, ¿por qué siente que debe robar a alguien que no lo quiere?

—Me lo agradecerás cuando termine —refutó él, mirándola lascivamente.

—¿Debe hacerlo?

Él sostuvo su mirada durante un momento y luego bajó los ojos. Magda no sabía lo que vendría después. Se preparó para hacer una exhibición inolvidable de gritos y patadas si él continuaba tratando de forzarla a entrar al otro carro.

El tren se sacudió y rechinó cuando el maquinista aplicó los frenos. Estaban llegando a la conexión con Campiña.

—No hay tiempo ahora —manifestó él, agachándose para mirar por la ventanilla mientras la rampa de la estación pasaba junto a ellos—. ¡Lástima!

Salvada. Magda no dijo nada. Quería dejarse caer por el alivio, pero

no lo hizo.

El joven guardia se enderezó y señaló por la ventana:

—Creo que me habrías considerado un amante gentil en comparación con ellos.

Magda se inclinó y miró a través del vidrio. Vio a cuatro hombres en uniforme militar negro, de pie en la plataforma de la estación, y se sintió débil. Había oído suficiente de la SS alemana para reconocer a sus miembros cuando los veía.

12

Karaburun, Turquía
Martes, 29 de abril
18:02 horas

El pelirrojo se hallaba de pie en el malecón, sintiendo que la luz agonizante del sol le entibiaba el costado mientras se extendía la sombra del pilote junto a él, alejándose sobre el agua. El mar Negro. Un nombre tonto. Era azul y se veía como un océano. A su alrededor, las casas de estuco de dos pisos se

amontonaban a la orilla del agua, con sus techos de tejas rojas que casi hacían juego con el cada vez más profundo color del sol.

Había sido fácil encontrar un bote. Aquí la pesca generalmente era buena, pero los pescadores seguían siendo demasiado pobres, sin importar lo pródiga que fuera la captura. Se pasaban la vida luchando por salir a mano.

Esta vez no era una delgada y rápida lancha de contrabandista, sino una pesada lancha para pescar sardinas, incrustada de sal. No era exactamente lo que necesitaba, pero sí lo mejor que pudo encontrar.

El bote del contrabandista lo llevó

cerca de Silivri, al oeste de Constantinopla; no, ahora la llamaban Estambul, ¿no es cierto? Recordaba que el régimen actual le había cambiado el nombre hacía cerca de una década. Tendría que acostumbrarse al nuevo nombre, pero era difícil romper con los viejos hábitos.

Arrastró el bote hasta la playa y saltó a tierra con su largo y plano estuche bajo el brazo. Luego, empujó el bote de regreso al mar de Mármara, en donde flotaría con el cadáver de su propietario hasta ser encontrado por un pescador o por algún barco de cualquier gobierno que reclamara esa zona específica de agua, en ese momento en

particular.

Desde allí fue un viaje de treinta y dos kilómetros sobre la suavemente ondulante tierra de moros de la Turquía europea. Resultó tan fácil comprar un caballo en la costa sur, como rentar el bote aquí en el norte. Con los gobiernos cayendo a izquierda y a derecha, y sin ninguna seguridad sobre si el dinero de hoy sería mañana papel sin valor, la vista y sensación del oro servía para abrir muchas puertas.

Y así, estaba ahora de pie en la orilla del mar Negro, golpeando con los pies y tamborileando con los dedos sobre el estuche plano, esperando a que su arruinado velero terminara de

cargarse de combustible. Resistió la urgencia de avanzar velozmente y darle al propietario unas cuantas patadas rápidas para apresurarlo. Eso sería infructuoso. Sabía que no podía acelerar a esta gente, pues vivían conforme su propia velocidad, que era mucho más lenta que la suya.

Serían unos cuatrocientos kilómetros hacia el norte hasta el delta del Danubio y casi trescientos más por tierra, desde allí hacia el oeste, para llegar al paso Dinu. Si no fuera por esta guerra, idiota habría alquilado un avión y llegado mucho antes.

¿Qué había pasado? ¿Hubo una batalla en el paso? La radio de onda

corta no decía nada de luchas en Rumania. No importaba. Algo debió salir mal. Y él había pensado que todo estaba permanentemente resuelto.

Sus labios se torcieron. ¿Permanentemente? Él, de todas las personas, debió saber lo raro que era en verdad que algo fuese permanente.

De todos modos, existía una oportunidad de que los sucesos no hubieran progresado más allá del punto sin retorno.

13

La Fortaleza
Martes, 29 de abril
17:52 horas

—¿No puede ver que está exhausto? —gritó Magda, sin miedo ya pues éste fue reemplazado por el enojo y su fiero instinto de protección.

—No me importa si está a punto de lanzar su último aliento —replicó el oficial de la SS, el que se llamaba mayor Kaempffer—. Quiero que me diga

todo lo que sepa sobre la fortaleza.

El viaje desde Campiña hasta la fortaleza resultó una pesadilla. Fueron arrojados a la parte trasera de un auto plataforma y vigilados por un rudo par de soldados rasos, mientras que otra pareja conducía. Papá los reconoció como einsatzkommandos y rápidamente le explicó a Magda en qué áreas eran expertos. Aun sin la explicación, los habría encontrado repulsivos, pues los trataron, a ella y a su padre, como si fueran equipaje. No hablaban rumano y en lugar de eso utilizaban un lenguaje de empujones y azuzamientos con los cañones de sus rifles. Sin embargo, Magda pronto percibió que había algo

debajo de su brutalidad indiferente; era preocupación. Parecían contentos de estar fuera del paso Dinu por un rato y renuentes a regresar.

El viaje fue especialmente difícil para su padre, quien encontró casi imposible sentarse en la banca fijada a lo largo de cada lado del área de carga del carro. El vehículo se inclinaba y balanceaba violentamente mientras corría por el camino, sin importarle su pasaje. Cada salto era una agonía para papá, con Magda mirando impotente mientras él respingaba y rechinaba los dientes a causa del dolor que lo atravesaba. Finalmente, cuando el auto tuvo que detenerse en un puente para

esperar que una carreta de cabras se hiciera a un lado, Magda lo ayudó a dejar la banca y regresar a su silla de ruedas. Se movió con presteza, incapaz de ver lo que sucedía fuera del vehículo, pero sabiendo que, mientras el conductor siguiera tocando la bocina impacientemente, se podía arriesgar a mover a papá. Después fue cuestión de sostener la silla de ruedas para evitar que rodase por la parte posterior, mientras luchaba por no deslizarse de la banca una vez que el auto plataforma comenzó a moverse de nuevo. Sus escoltas se mofaban de la situación y no hicieron el menor intento de ayudarla. Cuando finalmente llegaron a la

fortaleza, Magda se sentía tan tremendamente extenuada como se encontraba su enfermo y anciano padre.

La fortaleza… había cambiado. Se veía tan bien conservada como siempre, cuando avanzaron por la calzada; pero tan pronto atravesaron la puerta, lo sintió: un aura de amenaza, un cambio en el mismo aire que pesaba sobre el espíritu y provocaba escalofríos en el cuello y los hombros.

Papá lo notó también, pues lo vio levantar la cabeza y mirar alrededor, como si tratara de clasificar la sensación.

Los alemanes parecían estar apurados y aparentemente había dos

clases de soldados, unos de gris y otros con el uniforme negro de la SS. Dos de los que vestían de gris abrieron la puerta del auto plataforma tan pronto como se detuvo y comenzaron a hacerles señas para que salieran.

—¡Schnell! ¡Schnell! —gritaban.

Magda se dirigió a ellos en alemán, idioma que entendía y hablaba razonablemente bien.

—¡No puede caminar! —advirtió. Esto era verdad en ese momento, pues su padre se encentraba al borde del colapso físico.

Los dos de gris no vacilaron en saltar a la parte trasera del camión y sacar cargando a su padre, con todo y

silla de ruedas, pero le dejaron a ella empujarlo a través del patio. Sintió las sombras agolpándose contra ella mientras seguía a los soldados.

—¡Algo está mal aquí, papá! —le susurró al oído—. ¿Puedes sentirlo?

Un lento movimiento de cabeza fue su única respuesta.

Lo empujó hasta el primer nivel de la torre. Allí los esperaban dos oficiales alemanes, uno de gris y el otro de negro, de pie junto a una destartalada mesa, bajo una sola bombilla con pantalla que colgaba del techo.

La tarde apenas comenzaba.

Papá respondió en un impecable alemán a la demanda de información del

mayor Kaempffer.

—Primero, esta estructura no es una fortaleza. Una fortaleza o calabozo, como se le llamaba en estos lugares, era la última fortificación interna de un castillo, la última plaza fuerte en donde el señor del castillo se quedaba con su familia y su personal. Este edificio es único. —Hizo un pequeño gesto con las manos—. No sé cómo debe llamársele. Es demasiado elaborado y bien construido para ser un simple puesto de vigilancia y, sin embargo, muy pequeño para haber sido construido por cualquier señor feudal que se respetara. Siempre ha sido llamado «la fortaleza», probablemente por la falta de un nombre

mejor. Servirá, supongo.

—¡No me importa lo que suponga! —Chasqueó el mayor—. ¡Quiero lo que sabe! ¡La historia de la fortaleza, las leyendas relacionadas con ella… todo!

—¿No puede esperar hasta mañana? —preguntó Magda—. Mi padre ni siquiera puede pensar bien ahora. Tal vez para entonces…

—¡No! ¡Debemos saberlo *esta noche*!

Magda miró desde el mayor de cabello rubio, hasta el otro oficial, el más oscuro y pesado capitán llamado Woermann, quien aún no había hablado. Miró en los ojos de ambos y vio lo mismo que viera en todos los soldados

alemanes que encontraron desde que dejaron el tren; el común denominador que la había evadido era claro ahora. Estos hombres estaban atemorizados. Los oficiales y los soldados rasos, todos estaban aterrorizados.

—Específicamente, ¿con referencia a qué? —preguntó su padre.

—Profesor Cuza, durante la semana que hemos estado aquí, ocho hombres han sido asesinados —explicó finalmente el capitán Woermann. El mayor miró al capitán, pero éste siguió hablando, ya fuera por no darse cuenta del disgusto del otro o ignorándolo—. Una muerte cada noche, excepto la última, en la que dos gargantas fueron

destrozadas.

Pareció que se formaba una respuesta en los labios de papá. Magda rezaba porque no dijera nada que pudiera irritar a los alemanes. Él pareció pensarlo mejor.

—No tengo conexiones políticas y no sé de ningún grupo activo en esta área. No puedo ayudarles —murmuró.

—Ya no creemos que haya un motivo político aquí —aseguró el capitán.

—Entonces, ¿qué? ¿Quién?

La respuesta pareció casi físicamente dolorosa para el capitán Woermann:

—Ni siquiera estamos seguros de que sea alguien.

Las palabras colgaron en el aire durante un momento interminable y entonces Magda vio que la boca de su padre formaba una mueca pequeña, un óvalo de dientes que últimamente pasaba por sonrisa. Una forzada sonrisa que hacía que su cara pareciera muerta.

—¿Creen que lo sobrenatural actúa aquí, caballeros? Unos cuantos de sus hombres han sido muertos y porque no pueden encontrar al asesino no quieren creer que un partisano rumano pueda ser más listo que ustedes, y entonces se vuelven hacia lo sobrenatural. Si realmente quieren mi…

—¡*Silencio, judío*! —ordenó el mayor de la SS con la furia desnuda en

su cara mientras se acercaba—. La única razón por la que está aquí y la única razón por la que no hago que les disparen a usted y a su hija en este momento, es el hecho de que ha recorrido esta región extensamente y es un experto en su folclor. El tiempo que permanezcan vivos depende de qué tan útil resulte ser. ¡Hasta ahora no ha dicho nada que me convenza que no he perdido mi tiempo trayéndolo aquí!

Magda vio que la sonrisa de su padre se evaporaba al mirarla y luego se dirigía de vuelta hacia el mayor. La amenaza a ella había surtido efecto.

—Haré lo que pueda —aceptó gravemente—. Pero primero deben

decirme todo lo que ha sucedido aquí. Quizá logre formular una explicación más realista.

—Espero que sí, por su bien.

El capitán Woermann contó la historia de los dos soldados que penetraron la pared del sótano en donde encontraron la cruz de oro y plata en lugar de una de latón y níquel; habló de esa angosta grieta que llevaba a lo que parecía ser una celda cerrada, de la ruptura en la pared del corredor, de la caída de parte del piso hacia el subsótano, del destino del soldado Lutz y de aquéllos que lo siguieron. El capitán también se refirió a la envolvente oscuridad que había visto en

la rampa hacía dos noches y de los dos hombres de la SS que de algún modo llegaron al cuarto del mayor Kaempffer después de que sus gargantas fueron desgarradas.

La historia aterrorizó a Magda. Bajo otras circunstancias se hubiera reído de eso. Pero la atmósfera de la fortaleza esa noche y las caras ceñudas de los dos oficiales alemanes le daba credibilidad. Y mientras el capitán hablaba, se dio cuenta con sorpresa de que su sueño de viajar al norte pudo haber ocurrido casi al mismo tiempo que muriera el primer hombre.

Pero no podía preocuparse por eso ahora. Tenía que ver por su padre. Había

visto su cara mientras escuchaba y observó que su fatiga mortal se disipaba mientras era relatada cada nueva muerte y cada extraño evento. Para cuando el capitán Woermann terminó, su padre se había transformado de un viejo enfermo hundido en su silla de ruedas, en el profesor Theodor Cuza, un experto que estaba siendo desafiado en el campo que había elegido. Hizo una larga pausa antes de responder.

—La suposición obvia aquí es que algo fue liberado de ese pequeño cuarto en la pared, cuando el primer soldado irrumpió allí —manifestó por fin—. Por lo que sé, nunca hubo una sola muerte en la fortaleza, antes de ésa. Hubiera

pensado que las muertes eran obra de patriotas —enfatizó esta palabra— rumanos, excepto por los sucesos de las dos últimas noches. Que yo sepa, no hay una explicación natural para la forma en que la luz se extinguió en la pared, ni para la animación de los cadáveres desangrados. Así que quizá debamos buscar la explicación fuera de la naturaleza.

—Es por eso que está aquí, judío —afirmó el mayor.

—La solución más simple es irse.

—¡Está fuera de toda discusión! —Rechazó el mayor.

El profesor caviló y agregó:

—No creo en vampiros, caballeros.

—Magda captó una rápida mirada de advertencia de él, pues sabía que no era completamente cierto—. Por lo menos, ya no creo. Ni en hombres lobo o fantasmas. Pero siempre he supuesto que hay algo especial en la fortaleza. Desde hace mucho ha sido un enigma. Su diseño es único y, sin embargo, no hay ningún registro de quién la construyó. Se mantiene en perfectas condiciones y, no obstante, nadie reclama su propiedad. No hay registro de propiedad en ningún lado; lo sé porque he dedicado años a saber quién la construyó y quién la mantiene.

—Estamos trabajando ahora en eso —le informó Kaempffer.

—¿Quiere decir que se han puesto en contacto con el Banco del Mediterráneo en Zurich? No pierdan su tiempo, ya estuve allí. El dinero viene de una cuenta en fideicomiso establecida en el siglo pasado, cuando el banco fue fundado. Los gastos de mantenimiento de la fortaleza son pagados con los intereses del dinero en la cuenta. Y creo que antes de eso, fue pagada a través de una cuenta similar en un banco diferente, posiblemente en un país distinto… los registros del posadero sobre las generaciones dejan mucho que desear. Pero el hecho es que en ningún lado existe eslabón alguno con la persona o personas que abrieron la cuenta; el

dinero debe ser guardado y el interés pagado *in perpetuum*.

El mayor Kaempffer estrelló el puño contra la mesa.

—¡Maldición! ¡Para qué nos sirves, viejo!

—Soy todo lo que tiene, herr mayor. Pero déjeme seguir adelante con esto: Hace tres años llegué tan lejos como para pedirle al gobierno rumano, entonces bajo el rey Carol, que declarara a la fortaleza tesoro nacional y la expropiara. Era mi esperanza que tal nacionalización *de facto* revelara a los propietarios, si es que aún viven. Pero la petición fue rechazada. El paso Dinu fue considerado demasiado remoto e

inaccesible. Además, como no hay una historia relacionada específicamente con la fortaleza, no podría ser considerada de manera oficial como un tesoro nacional. Y por último, lo más importante: la nacionalización requeriría el uso de fondos del gobierno para el mantenimiento de la fortaleza. ¿Por qué habría de desperdiciarse eso cuando el dinero privado realiza una labor tan excelente?

»No tuve defensa contra esos argumentos. Y así, caballeros, me di por vencido. Mi mala salud me confinó a Bucarest. Tuve que quedar satisfecho con haber agotado todos los recursos de investigación, con ser la más grande

autoridad viviente sobre la fortaleza, sabiendo más sobre ella que cualquier otro. Lo que significa absolutamente nada.

Magda se encolerizó por el uso constante de su padre de la palabra «yo». Ella realizó la mayor parte del trabajo para él. Sabía tanto sobre la fortaleza como él. Pero no dijo nada. No era propio contradecir a su padre, no en presencia de otros.

—¿Qué hay con éstos? —preguntó Woermann señalando a una variada colección de pergaminos y libros forrados de cuero que estaban en un rincón del cuarto.

—¿Libros? —preguntó el profesor

levantando las cejas.

—Hemos comenzado a desmantelar la fortaleza —explicó el mayor Kaempffer—. Pronto esto que perseguimos no tendrá ningún sitio dónde esconderse. A la larga, expondremos a la luz del día cada piedra que hay en el lugar. ¿A dónde irá entonces?

—Es un buen plan… mientras no liberen algo peor —comentó papá encogiendo los hombros. Magda lo vio volver la cabeza casualmente hacia la pila de libros, pero no antes de tomar nota de la expresión sorprendida de Kaempffer, ya que esa posibilidad nunca se le había ocurrido al mayor—. Pero

¿dónde encontraron los libros? Nunca hubo una biblioteca en la fortaleza y los aldeanos apenas saben leer sus nombres.

—En el hueco de una de las paredes desmanteladas —informó el capitán.

—Ve a ver qué son —le pidió papá a Magda.

Magda llegó al rincón y se arrodilló junto a los libros, agradecida por la oportunidad de no estar de pie durante unos minutos. La silla de ruedas era el único asiento en el cuarto y nadie se ofreció a conseguirle una silla a ella. Miró la pila. Aspiró el familiar aroma de almizcle del papel viejo; amaba los libros y ese olor. Tal vez eran una docena más o menos, algunos

parcialmente podridos, y uno en forma de rollo. Magda se abrió paso entre ellos lentamente, permitiendo que los músculos de su espalda se estiraran durante el mayor tiempo posible antes de levantarse de nuevo. Tomó un volumen al azar. Su título estaba en inglés: *The Book of Eibon*. La sorprendió. No podía ser… ¡era una broma! Miró los demás, traduciendo los títulos de los varios idiomas en que estaban escritos, y el asombro y la inquietud la invadieron rotundamente. Eran genuinos sin el menor asomo de duda. Se puso en pie y retrocedió, casi tropezando, en su precipitación, con sus propios pies.

—¿Qué pasa? —preguntó papá cuando vio su cara.

—¡Esos libros! —respondió ella, incapaz de esconder su impresión y repulsión—. ¡Ni siquiera se suponía que existieran!

—¡Tráelos acá! —ordenó su padre acercando más su silla a la mesa.

Magda se inclinó y levantó cautelosamente dos de ellos. Uno era *De Vermis Mysteriis*, por Ludwig Prinn; el otro, *Cultes de Goules*, por Comte d'Erlette. Ambos era extremadamente pesados y la piel le hormigueó con sólo tocarlos. La curiosidad de los dos oficiales fue despertada a tal grado, que ellos también se agacharon hasta el

montón y llevaron a la mesa los volúmenes que quedaban.

Temblando con una excitación que crecía con cada nuevo libro que depositaban en la mesa, el profesor murmuraba bajo el aliento nombrando el título cuando lo veía.

—¡*The Pnakotic Manuscripts* en pergamino! ¡La traducción de duNord del *Libro de Eibon*! ¡Los *Siete Libros Crípticos de Hsan*! ¡Y aquí, *Unaussprechlichen Kulten*, por von Juntz! ¡Estos libros eran invaluables! Fueron universalmente suprimidos y prohibidos a través de los siglos, y tantas copias fueron quemadas que sólo quedaron los murmullos de sus títulos.

En algunos casos, se dudaba si realmente habían existido alguna vez. ¡Pero aquí están, tal vez sean los uniros que se salvaron de ser destruidos!

—Quizá fueron prohibidos por una buena razón, papá —comentó Magda, sin gustarle la luz que había comenzado a brillar en sus ojos. Encontrar estos libros la sacudió. Tenían el propósito de describir ritos impuros y contactos con fuerzas más allá de la sanidad y la razón. Saber que eran reales, que ellos y sus autores eran más que rumores siniestros, resultaba profundamente perturbador. Torcía la textura de todo.

—Tal vez lo fueron —opinó su padre sin levantar la vista. Se quitó con

los dientes los guantes de cuero exteriores y estaba poniéndose un casquillo de hule en la punta del índice que todavía tenía guantes de algodón. Ajustándose los bifocales, comenzó a hojear las páginas—. Pero eso fue en otra época. Éste es el siglo veinte. No puedo imaginar que haya nada en estos libros a lo que no podamos enfrentarnos ahora.

—¿Qué puede ser tan horrible? —indagó Woermann sacando el ejemplar encuadernado en piel con bisagras de hierro de *Unaussprechlichen Kulten*—. Mire. Éste está en alemán. —Abrió la cubierta y pasó las páginas, deteniéndose finalmente cerca de la

mitad y leyendo.

Magda estuvo tentada de advertirle, pero decidió no hacerlo. No le debía nada a estos alemanes. Vio que la cara del capitán palidecía y que su garganta sufría espasmos mientras cerraba el libro de golpe.

—¿Qué clase de mente enferma es responsable de este tipo de cosa? Es… es… —comenzó a decir, pero no pudo encontrar las palabras que expresaran lo que sentía.

—¿Qué tiene allí? —preguntó papá, levantando la vista de un libro cuyo título todavía no había anunciado—. Oh, el libro de von Juntz. Éste fue publicado privadamente en Dusseldorf en 1839. Es

una edición extremadamente pequeña, tal vez sólo una docena de copias… —Su voz se perdió.

—¿Pasa algo malo? —quiso saber Kaempffer. Se había mantenido apartado de los otros, mostrando poca curiosidad.

—Sí. La fortaleza fue construida en el siglo quince… eso lo sé con seguridad. Todos estos libros fueron escritos antes, todos excepto el libro de von Juntz. Lo que significa que a mitad del siglo pasado, posiblemente más tarde, alguien visitó la fortaleza y depositó este libro con los otros.

—No veo en qué nos ayuda eso ahora —desairó Kaempffer—. No hace nada para prevenir que otro de nuestros

hombres… —sonrió mientras lo alcanzaba una idea—… o quizá incluso usted y su hija, sean asesinados esta noche.

—Sin embargo, arroja una nueva luz sobre el problema —refutó papá—. Estos libros que ve ante usted han sido condenados, a través del tiempo, como malditos. Yo niego eso. Digo que no son malos, sino que tratan *acerca* del mal. Éste es especialmente temido, es el *Al Azif* en el original árabe.

—¡Oh, no! —jadeó Magda. Ése era el peor de todos.

—¡Sí! No sé mucho árabe, pero sé lo suficiente para traducir el título y el nombre del poeta responsable de él. —

Miró a Magda y de regreso a Kaempffer —. La respuesta a su problema bien podría residir en las páginas de esos libros. Empezaré con ellos esta noche. Pero primero quiero ver los cadáveres.

—¿Por qué? —habló ahora el capitán Woermann. Había recuperado la compostura después de mirar el libro de von Juntz.

—Quiero observar sus heridas, para ver si se presenta algún aspecto ritual en sus muertes.

—Lo llevaremos allí inmediatamente —aceptó el mayor llamando a dos de sus einsatzkommandos, como escolta.

Magda no quería ir, no quería ver a

los soldados muertos, pero temía esperar sola el regreso de todos, así que tomó las manijas de la silla de su padre y lo empujó hacia las escaleras del sótano. En la cima la hicieron a un lado mientras los dos soldados de la SS seguían las órdenes del mayor y cargaban a su padre con todo y silla, por los escalones. Hacía frío allá abajo. Deseó no haber ido.

—¿Qué hay acerca de estas cruces, profesor? —consultó el capitán Woermann mientras caminaban por el corredor, con Magda empujando otra vez la silla—. ¿Qué significan?

—No lo sé. No hay siquiera una sola historia folclórica en la región que hable

sobre ellas, excepto en relación con las especulaciones de que la fortaleza fue construida por uno de los papas. Pero el siglo quince fue una época de crisis del Sacro Imperio Romano y la fortaleza está situada en un área que estaba bajo la amenaza constante de los turcos otomanos. Así que la teoría papal es ridícula.

—¿Pudieron construirla los turcos?

Papá negó con la cabeza.

—Es imposible. No es su estilo arquitectónico y las cruces no son realmente un motivo turco.

—¿Y qué hay con el *tipo* de cruces que son?

El capitán parecía profundamente

interesado en la fortaleza, así que Magda le respondió antes de que papá pudiera hacerlo, pues el misterio de las cruces fue una incógnita personal suya durante años.

—Nadie lo sabe. Mi padre y yo hemos investigado en incontables volúmenes de historia cristiana, historia romana, historia eslava y en ningún lado hallamos cruces que se asemejen a éstas. Si hubiéramos encontrado un precedente histórico de este tipo de cruz, posiblemente hubiésemos podido relacionar al diseñador con la fortaleza. Pero no encontramos nada. Son tan únicas como la estructura que las alberga.

Habría continuado, ya que le evitaba pensar en los que tendría que ver en el subsótano, pero el capitán no parecía estar poniéndole mucha atención. Podía ser porque habían llegado a la grieta en la pared, mas ella percibió que era por la fuente de información, pues, después de todo, ella era sólo una mujer. Magda suspiró y permaneció en silencio. Había encontrado antes esa actitud y conocía bien las señales. Aparentemente, los hombres alemanes tenían mucho en común con los rumanos. Se preguntó si todos los hombres serían iguales.

—Una pregunta más. —Se dirigió el capitán a papá—. ¿Por qué cree que nunca haya habido ningún tipo de ave en

la fortaleza?

—A decir verdad, nunca noté su ausencia —repuso el viejo.

Magda tuvo conciencia de que nunca había visto un pájaro en todos sus viajes y no se le ocurrió que su ausencia significara algo… hasta ahora.

Los escombros fuera de la pared rota habían sido limpiamente amontonados. Mientras Magda guiaba la silla de ruedas de papá entre las pilas ordenadas, sintió que una corriente de aire frío brotaba de la abertura en el piso, más allá de la pared. Buscó en la bolsa colocada en el respaldo alto de la silla de ruedas y sacó los guantes de cuero de papá.

—Ponte esto otra vez —le pidió, deteniéndose y manteniendo abierto el guante izquierdo para que él pudiera deslizar la mano.

—¡Pero ya *tiene* guantes puestos! —exclamó Kaempffer impaciente por el retraso.

—Sus manos son muy sensibles al frío —explicó Magda abriendo ahora el guante derecho—. Es parte de su enfermedad.

—¿Y cuál es exactamente su enfermedad? —consultó Woermann.

—Se le llama esclerodermа —respondió Magda mirando la expresión en blanco de sus caras.

Papá habló mientras se ajustaba los

guantes en las manos:

—Nunca oí de ella hasta que me diagnosticaron que la tenía. Por cierto, los dos primeros médicos que me examinaron fallaron el diagnóstico. No entraré en detalles más allá de decir que afecta más que las manos.

—Pero *¿cómo* afecta sus manos? —quiso saber Woermann.

—Cualquier descenso en la temperatura altera drásticamente la circulación en mis dedos; para todo propósito práctico, pierden temporalmente la irrigación sanguínea. Se me ha dicho que si no los cuido bien podría padecer gangrena y perderlos. Así que uso guantes día y noche todo el

año, excepto en los meses más cálidos del verano. Incluso uso un par en la cama. —Miró a su alrededor—. Estoy listo cuando lo ordenen.

Magda se estremeció por la corriente que venía de abajo.

—Creo que está demasiado frío para ti allá abajo, papá.

—Ciertamente no vamos a traer los cadáveres aquí arriba para su inspección. —Respingó Kaempffer. Le hizo un gesto a los dos hombres de la SS, quienes levantaron de nuevo la silla y la llevaron junto con su frágil ocupante a través del agujero en la pared. El capitán Woermann tomó una lámpara de queroseno del suelo y la encendió. Los

guió. El mayor Kaempffer iba detrás con otra. De mala gana. Magda siguió la fila, manteniéndose cerca de su padre y aterrada de que uno de los soldados que lo llevaba pudiera resbalar en los escalones viscosos y dejarlo caer. Sólo sé relajó cuando las ruedas de la silla estuvieron seguras sobre el sucio suelo del subsótano.

Uno de los soldados comenzó a empujar la silla de papá siguiendo a los dos oficiales que se dirigían hacia ocho objetos cubiertos con sábanas que estaban extendidos en el suelo a diez metros de distancia. Magda retrocedió, esperando en el charco de luz junto a los escalones. No tenía estómago para, esto.

Notó que el capitán Woermann parecía perturbado mientras caminaba alrededor de los cuerpos. Se arrodilló y arregló las sábanas, ajustándolas más tensamente sobre las formas yertas. Un subsótano… ella y papá visitaron una y otra vez la fortaleza a través de los años y ni siquiera adivinaron nunca la existencia de un subsótano. Se frotó las manos de arriba hacia abajo de los brazos cubiertos por el suéter, tratando de generar algún calor. Hacía frío.

Miró aprensivamente a su alrededor, buscando señales de ratas en la oscuridad. En el nuevo vecindario al que se vieron forzados a mudarse en Bucarest había ratas en todos los

sótanos; era muy diferente del confortable hogar que tenían cerca de la universidad. Magda sabía que su reacción hacia las ratas tal vez fuese algo exagerado, pero no podía evitarlo. La llenaban de repugnancia… la forma en que se movían, sus colas desnudas arrastrándose tras ellas… la hacían enfermarse.

Pero no vio ningunas formas escurridizas. Se volvió y miró que el capitán comenzaba a levantar las sábanas una por una, descubriendo la cabeza y los hombros de cada hombre muerto. Estaba perdiéndose de lo que se decía allí, pero no le importaba. Se sentía contenta de no ver lo que papá

estaba viendo.

Finalmente, los hombres regresaron hacia Magda y las escaleras. La voz de su padre se volvió inteligible mientras se acercaban.

—… y realmente no puedo decir que haya nada ritual en las heridas. Excepto por el hombre decapitado, todas las muertes parecen haber sido causadas con el simple corte de las principales venas del cuello. No hay señales de marcas de dientes, animales o humanos, y sin embargo esas heridas no son causadas por un instrumento afilado. Esas gargantas fueron desgarradas, salvajemente destruidas de un modo que no me es posible definir.

¿Cómo podía sonar papá tan clínico acerca de cosas como ésas?

La voz del mayor Kaempffer fue áspera y amenazante:

—¡Una vez más se las ha arreglado para hablar mucho y no decir nada!

—Me han dado poco con qué trabajar. ¿No tienen nada más?

El mayor se alejó sin molestarse en responder. Sin embargo, el capitán Woermann chasqueó los dedos.

—¡Las palabras en la pared! Escritas con sangre en un lenguaje que nadie conoce.

—¡Debo verlas! —exclamó papá, con los ojos iluminándosele.

Una vez más fue alzada la silla y

Magda caminó de nuevo tras ella hacia el patio. Ya allí, retomó la tarea de empujarlo siguiendo a los alemanes que se dirigían a la parte posterior de la fortaleza. Pronto se encontraron al final del corredor sin salida, mirando las letras café rojizo garabateadas en la pared.

Magda notó que los trazos variaban en espesor, pero todos eran de un ancho aproximado al de un dedo humano. Se estremeció ante la idea y estudió las palabras. Reconoció el lenguaje y supo que podía hacer la traducción si sólo su mente se lograse concentrar en las palabras y no en lo que su autor había usado como tinta.

—¿Tiene idea de lo que significa? —inquirió Woermann.

—Sí —asintió papá e hizo una pausa, mesmerizado por el despliegue ante él.

—¿Bien? —Apuró Kaempffer, impaciente.

Magda sabía que odiaba depender de un judío para cualquier cosa y que era peor que uno lo mantuviese esperando. Deseó que su padre fuera más cuidadoso para no provocarlo.

—Dice: «¡Desconocidos, váyanse de mi hogar!». Está en forma imperativa.

—Su voz tenía una calidad casi mecánica mientras hablaba. Algo en las palabras lo molestaba.

—¡Ah! ¡Así que los asesinatos tienen motivaciones políticas!

—Quizá. Pero esta advertencia, o exigencia, o como quiera llamarla, está perfectamente redactada en eslavo antiguo, que es una lengua muerta. Tan muerta como él latín. Y esas letras han sido formadas exactamente de la misma manera en que se escribían entonces. Lo sé. He visto suficientes manuscritos antiguos.

Ahora que papá había identificado el lenguaje, la mente de Magda pudo concentrarse en las palabras. Pensó que

sabía lo que era tan perturbador.

—Su asesino, caballeros —continuó papá—, es un hombre de letras erudito, o bien ha estado congelado durante medio milenio.

14

—Parece que hemos perdido el tiempo —comentó el mayor Kaempffer, aspirando un cigarrillo mientras se paseaba pavoneándose. Los cuatro estaban otra vez en el nivel más bajo de la torre de vigilancia.

En el centro de la habitación, Magda se apoyaba exhausta contra el respaldo de la silla de ruedas. Percibía que había algún tipo de forcejeo entre Woermann y Kaempffer, poro no podía entender ni las reglas ni las motivaciones de los jugadores. Sin embargo, sólo estaba

segura de una cosa: la vida de papá y la suya dependían del desenlace.

—Estoy en desacuerdo —refutó el capitán Woermann. Se apoyó en la pared junto a la puerta, con los brazos cruzados sobre el pecho—. Como yo lo veo, sabemos más de lo que sabíamos esta mañana. No mucho, pero por lo menos es un progreso… Y no estábamos haciendo ninguno por nosotros mismos.

—¡No es suficiente! —Chasqueó Kaempffer—. ¡Ni lejanamente suficiente!

—Muy bien. Entonces, como no tenemos ninguna otra fuente de información abierta, creo que debemos abandonar la fortaleza inmediatamente.

Kaempffer no respondió nada; continuó aspirando su cigarrillo y paseándose de atrás hacia adelante por el extremo más alejado del cuarto.

Papá se aclaró la garganta pidiendo atención.

—¡Mantente fuera de esto, judío!

—Escuchemos lo que tiene que decir —insistió Woermann—. Para eso lo arrastramos hasta aquí, ¿no es cierto?

Gradualmente se le hacía más claro a Magda que existía una profunda hostilidad entre los dos oficiales. Sabía que papá la había advertido también y que seguramente estaba tratando de utilizarla para su ventaja.

—Es posible que pueda ayudar —

comenzó a decir papá haciendo un gesto hacia el montón de libros en la mesa—. Como lo mencioné antes, la respuesta a sus problemas puede radicar en esos libros. Si contienen la respuesta, yo soy la única persona que, con la ayuda de mi hija, puede averiguarla. Puedo intentarlo, si lo desean.

Kaempffer dejó de caminar y miró a Woermann.

—Vale la pena intentarlo —aseguró Woermann—. Yo no tengo ninguna idea mejor. ¿Tú sí?

Kaempffer dejó caer al suelo la colilla del cigarrillo y la aplastó lentamente con la punta del pié.

—Tres días, judío. Tienes tres días

para salir con algo útil. —Caminó a grandes pasos junto a ellos y salió, dejando abierta la puerta tras de sí.

El capitán Woermann se retiró de la pared y se volvió hacia la puerta, con las manos unidas en la espalda.

—Haré que mi sargento arregle un par de bolsas de dormir para ustedes dos —les informó. Miró el cuerpo frágil de papá—. No tenemos camas mejores.

—Me las arreglaré, capitán — concedió papá—. Gracias.

—Madera —pidió Magda—. Necesitaremos un poco de madera para prender fuego.

—No hace tanto frío de noche — objetó el capitán sacudiendo la cabeza.

—Es por las manos de mi padre; si le fallan, ni siquiera será capaz de volver las páginas.

Woermann suspiró.

—Le preguntaré al sargento qué puede hacer, tal vez consiga algunos restos de leña —aceptó. Se volvió para irse y luego regresó—. Déjenme decirles algo. El mayor los liquidará a ambos sin más consideración de la que le dio al cigarrillo que acaba de aplastar. Tiene sus propias razones para desear una rápida solución a este problema y yo tengo las mías: no quiero que muera otro de mis hombres. Encuentren el modo de que pasemos una sola noche sin una muerte y habrán

probado su valía. Encuentren una forma de derrotar a esta cosa y tal vez pueda regresarlos a Bucarest y mantenerlos a salvo allí.

—Y también, quizá no pueda —replicó Magda. Miró su rostro con atención. ¿Realmente estaba ofreciéndoles esperanza?

La expresión del capitán Woermann era ceñuda cuando repitió sus palabras:

—Y también, quizá no pueda.

Woermann se detuvo y pensó durante un momento, después de ordenar que se llevara madera a las habitaciones del primer piso. Al principio consideró que

la pareja de Bucarest era digna de compasión, la muchacha atada a su padre y el padre atado a la silla de ruedas. Pero conforme los miraba y los oía hablar, percibió que había fuerzas sutiles entre ellos. Eso era bueno porque ambos necesitarían corazas de acero para sobrevivir en este lugar… Si los hombres no podían defenderse aquí, ¿qué esperanza había para una mujer indefensa y un inválido?

Súbitamente se dio cuenta de que estaba siendo observado. No podría decir cómo lo supo, pero definitivamente la sensación estaba allí. Era un sentimiento que encontraría incómodo en los más agradables

parajes; pero aquí, sabiendo lo sucedido durante la última semana, era enervante.

Woermann miró por los escalones que se alejaban dando vuelta a su derecha. No había nadie allí. Fue al arco que se abría hacia el patio. Todas las luces se encontraban encendidas y las parejas de centinelas estaban concentradas en sus patrullas.

De todos modos, persistía la sensación de ser observado.

Se volvió hacia los escalones, tratando de sacudírsela y esperando que al irse de ese sitio la sensación desaparecería. Y lo hizo. La sensación se evaporó mientras subía a sus habitaciones.

Pero el miedo subyacente permaneció en él, el miedo con el que vivía cada noche en la fortaleza, la certidumbre de que antes del amanecer alguien iba a morir horriblemente.

El mayor Kaempffer sé detuvo en la oscura entrada que daba a la sección posterior de la fortaleza. Vio que Woermann hacía una pausa en el arco de entrada de la torre y luego se volvía para empezar a subir los escalones. Kaempffer sintió una urgencia impulsiva de seguirlo, de cruzar rápidamente el patio y subir corriendo hasta el tercer piso de la torre para tocar a la puerta de Woermann.

No quería estar sólo esta noche.

Detrás de él estaba la escalera que daba a sus propias habitaciones, al lugar en donde apenas la noche anterior dos hombres muertos habían entrado y caído sobre él. Le temía a la sola idea de volver allá.

Woermann era el único que le podía ser de alguna utilidad esta noche. Kaempffer, como oficial, no podía buscar la compañía de los soldados rasos y tampoco ir a sentarse con los judíos.

Woermann era la respuesta. Se trataba de un compañero oficial y estaba perfectamente bien que se acompañaran uno al otro. Kaempffer salió a la entrada y buscó rápidamente la respuesta. Pero

después de unos cuantos pasos se detuvo vacilante. Woermann nunca le permitiría pasar por la puerta, sentarse y compartir con él un vaso de *schnapps*. Woermann despreciaba a la SS, al Partido y a cualquiera asociado con alguna de las dos. ¿Por qué? Kaempffer encontró que la actitud resultaba incomprensible. Woermann era ario puro. No tenía nada que temer de la SS. Entonces, ¿por qué la odiaba tanto?

Se volvió y entró de nuevo a la estructura posterior de la fortaleza. No podía haber ningún acercamiento con Woermann. El hombre era simplemente demasiado necio y de mente obtusa para aceptar las realidades del Nuevo Orden.

Estaba condenado. Y entre más lejos se mantuviera de él, sería mejor.

No obstante… necesitaba un amigo esta noche. Y no había nadie.

De mala gana, temerosamente, comenzó la lenta ascensión hasta sus habitaciones, preguntándose si lo aguardaría un nuevo horror.

El fuego le añadía a la habitación más que calor. Le proporcionaba luz y un cálido resplandor que la única bombilla bajo su pantalla cónica no podía superar. Magda extendió para su padre una de las bolsas de dormir, junto a la chimenea, pero él no estaba interesado.

Nunca lo vio en los últimos años tan encendido, tan animado. La enfermedad le había absorbido la fuerza mes a mes, hundiéndolo en una fatiga más y más pesada, hasta que sus horas de vigilia se tornaron pocas y sus horas de sueño muchas.

Pero ahora parecía un hombre nuevo, febrilmente sumido en los textos que tenía frente a sí. Magda sabía que no podía durar. Su carne enferma pronto le demandaría descanso. Estaba funcionando con energía robada. No tenía reservas.

Sin embargo, Magda vacilaba en insistirle que descansara. Últimamente había perdido el interés en todo y se

pasaba los días sentado junto a la ventana del frente, contemplando las calles sin ver nada. Cuando podía conseguir que lo viera un médico, le decía que era melancolía, común en su condición. No podía hacerse nada. Sólo darle aspirina para el sufrimiento constante y codeína, cuando se podía conseguir, para los horribles dolores en cada articulación.

Fue un ambulante hombre muerto. Ahora mostraba señales de vida. Magda no podía obligarse a apagarlas. Mientras ella miraba, él se detuvo en *De Vermis Mysteriis*, se quitó los lentes y se frotó los ojos con una mano enguantada en algodón. Quizá ahora era tiempo de

alejarlo de esos horribles libros y persuadirlo de que descansara.

—¿Por qué no les comunicas tu teoría? —le aconsejó.

—¿Eh? —preguntó él a su vez, levantando la vista—. ¿Cuál?

—Les dijiste que en realidad no crees en vampiros, pero eso no es completamente cierto, ¿o sí? A menos que al fin hayas renunciado a tu teoría favorita.

—No, todavía creo que pudo haber existido un vampiro verdadero, sólo uno, del cual se originaron todas las leyendas rumanas. Hay claves históricas sólidas, pero ninguna prueba. Y sin una prueba consistente, nunca podría

publicar un trabajo. Por la misma razón elegí no decirle nada sobre eso a los alemanes.

—¿Por qué? No son estudiosos —desdeñó ella.

—Es cierto —aceptó su padre—. Pero ahora piensan en mí como en un viejo erudito que puede serles de utilidad. Si les digo mi teoría podrían pensar que sólo soy un judío loco e inútil. Y no puedo pensar en nadie que tenga una expectativa de vida menor que un judío inútil en compañía de los nazis. ¿Tú sí?

Magda sacudió la cabeza rápidamente. No quería que la conversación se desarrollara así.

—Pero ¿qué hay acerca de la teoría? —insistió—. ¿Crees que la fortaleza pueda haber albergado…?

—¿A un vampiro? —completó su padre haciendo un pequeño gesto con los hombros inmóviles—. ¿Quién puede decir lo que realmente es un vampiro? Hay tanto folclor sobre ellos… ¿Quién puede decir dónde termina la realidad, suponiendo que hubiera *alguna* realidad involucrada, y dónde comienza el mito? Pero hay tantas leyendas de vampiros en Transilvania y Moldavia, que algo que hay por aquí debe haberlas engendrado. Y cada leyenda tiene en su centro un núcleo de verdad.

Sus ojos brillaban en la máscara sin

expresión de su rostro, cuando se detuvo pensativamente.

—Estoy seguro de que no tengo que decirte que algo misterioso está pasando aquí. Estos libros son prueba suficiente de que esta estructura ha estado relacionada con el culto del demonio. Y ese escrito en la pared… o fue el trabajo de un loco humano o una señal de que nos enfrentamos con uno de los *moroi*, los no-muertos; eso está por verse todavía.

—¿Qué piensas tú? —insistió ella, presionándolo para obtener algún tipo de seguridad. Su piel se erizó al pensar que los no-muertos existieran realmente. Nunca le prestó el mínimo de

credibilidad a esas historias y frecuentemente se preguntaba si su padre había estado jugando alguna clase de juego intelectual al hablar sobre ellas. Pero ahora…

—Ahora no pienso nada —contestó su padre—. Pero siento que podemos estar en el umbral de una respuesta. Todavía no es racional… no es algo que yo pueda, explicar. Mas la sensación está allí. Tú también lo sientes. Puedo adivinarlo.

Magda asintió silenciosamente. Lo sentía. Oh, sí, lo sentía.

—Ya no puedo leer más, Magda —manifestó papá frotándose los ojos.

—Entonces, ven —lo llamó ella

sacudiéndose la inquietud y acercándose a él—. Te ayudaré a ir a la cama.

—Todavía no. Estoy demasiado tenso para dormir. Toca algo para mí.

—Papá…

—Trajiste la mandolina. Sé que lo hiciste.

—Papá, sabes lo que te provoca.

—Por favor —suplicó.

Ella sonrió. Nunca podía negarse *por demasiado tiempo* a hacer algo.

—Está bien —aceptó.

Antes de irse escondió la mandolina en un rincón de la maleta más grande. Realmente fue un reflejo. La mandolina iba dondequiera que Magda fuera. La música siempre había sido fundamental

en su vida y desde que papá perdió su puesto en la universidad, constituyó una parte fundamental de su subsistencia. Se convirtió en maestra de música después de mudarse a su pequeño apartamento y llevaba ahí a jóvenes estudiantes para que tomaran lecciones de mandolina o iba a sus hogares a enseñarles piano. Ella y papá se vieron forzados a vender su propio piano antes de mudarse.

Se sentó en la silla que le trajeran junto con la leña y las bolsas de dormir y revisó la afinación rápidamente, ajustando el primer juego de cuerdas dobles que se habían aflojado durante el viaje. Cuando estuvo satisfecha comenzó una mezcla complicada de jugueteo con

la púa y los dedos desnudos, que había aprendido de los gitanos, dándole a ambos ritmo y melodía. La tonada también era de los gitanos y se trataba de una típica melodía trágica de amor no correspondido, seguido por la muerte de un corazón roto. Cuando terminó el segundo verso y entró al primer puente, miró a su padre.

Estaba recargado en la silla, con los ojos cerrados, los dedos encogidos de su mano izquierda presionando las cuerdas de un violín irreal, a través de la tela de sus guantes, y la mano derecha y el antebrazo arrastrando un arco imaginario a lo largo de esas mismas cuerdas, pero sólo en los minúsculos

movimientos que le permitían sus articulaciones. Había sido un buen violinista en su época y frecuentemente los dos formaron dueto en esta canción, ella llevando el contrapunto a las notas elevadas, lastimeras y *molto rubato* que él podía extraer de su violín.

Y aunque sus mejillas se veían secas, él estaba llorando.

—Oh, papá. Debí saber… que era la canción equivocada —se disculpó. Estaba furiosa consigo misma por no pensar. Conocía tantas canciones, y aun así eligió una que le recordaba que su padre ya no podía tocar.

Intentó levantarse para acercársele y se detuvo. La habitación no parecía estar

tan iluminada como lo estuviera un momento antes.

—Está bien, Magda —la tranquilizó —. Por lo menos puedo recordar todas las veces que toqué junto contigo… y es mejor que no haber tocado nunca. Todavía puedo escuchar en mi cabeza cómo sonaba el violín. —Mantenía los ojos cerrados detrás de los lentes—. Por favor, sigue tocando.

Pero Magda no se movió. Sintió que el frío descendía sobre el cuarto y miró a su alrededor buscando una corriente. ¿Era su imaginación o la luz estaba apagándose?

—¿Magda? —preguntó su padre abriendo los ojos y mirando su

expresión.

—¡El fuego está apagándose! —exclamó ella.

Las llamas no estaban muriendo entre el humo y las chispas; simplemente se iban acabando, retirándose de la madera quemada. Y mientras se desvanecían, también lo hacía la bombilla que colgaba del techo. El cuarto se oscureció uniformemente, pero con una oscuridad que parecía más que la simple ausencia de luz. Con la oscuridad llegó el frío penetrante y un olor, un aroma acre y picante de maldad, que conjuraba imágenes de putrefacción y tumbas abiertas.

—¿Qué está pasando? —Impetró

ella alterada.

—¡Viene para acá, Magda! ¡Colócate junto a mí!

Se movió instintivamente hacia papá, buscando protegerlo aunque ella misma buscaba refugio a su lado. Temblando, se inclinó haciéndose un ovillo junto a la silla, apretando sus manos retorcidas entre las suyas.

—¿Qué vamos a hacer? —consultó sin saber por qué estaba susurrando.

—No sé —contestó papá temblando también.

Las sombras se hicieron más profundas mientras la bombilla de luz se apagaba y el fuego moría palideciendo, hasta convertirse en rescoldos

incandescentes. Las paredes desaparecieron, nubladas por una oscuridad impenetrable. Sólo el resplandor de las brasas, un faro agonizante de calor y sanidad les permitía conservar las fuerzas.

No estaban solos. Algo se movía en esa oscuridad. Acechando. Algo inmundo y hambriento.

En sólo unos segundos, el viento comenzó a soplar desde una brisa hasta la fuerza total de un ventarrón, aullando a través de la habitación aunque la puerta y las ventanas habían sido cerradas.

Magda luchó por liberarse del terror que hacía presa en ella. Soltó las manos

de su padre. No podía ver la puerta, pero recordaba que estaba directamente en el lado opuesto a la chimenea. Con el helado ventarrón azotándola, rodeó la silla de ruedas de papá y comenzó a empujarla hacia atrás, hacia donde debía estar la puerta. Si sólo pudiera llegar al patio, tal vez estarían a salvo. ¿Por qué? No podía decirlo, pero quedarse en este cuarto era como estar en una fila esperando que la muerte pronunciara sus nombres.

La silla de ruedas comenzó a rodar. Magda la empujó metro y medio hacia el lugar en donde había visto la puerta la última vez y luego ya no pudo empujar más adelante. El pánico la invadió.

¡Algo les impedía pasar! No era una pared invisible, dura e inflexible, sino como si alguien o algo en la oscuridad estuviera deteniendo el respaldo de la silla y burlándose de sus mayores esfuerzos.

Y durante un instante, en la oscuridad arriba y detrás del respaldo de la silla, tuvo la impresión de un rostro pálido que la miraba. Luego, desapareció.

El corazón de Magda latía fuertemente y tenía las palmas de las manos tan húmedas que se resbalaban en los brazos de cedro de la silla de ruedas. ¡Esto no estaba sucediendo realmente! ¡Todo era una alucinación!

Nada de esto era real… eso le decía su mente. ¡Pero su cuerpo creía! Miró la cara de su padre, muy cerca de la suya, y supo que su terror reflejaba el de ella misma.

—¡No te detengas aquí! —gritó él.

—¡No puedo moverla más adelante!

Él trató de volver el cuello para ver qué los bloqueaba, pero sus articulaciones se lo impidieron. Se volvió de nuevo hacia ella.

—¡Rápido! ¡Junto al fuego!

Magda cambió la dirección de sus esfuerzos, inclinándose hacia atrás y jalando. Mientras la silla empezaba a rodar hacia ella, sintió que algo la agarraba del brazo con una garra de

hielo.

Un grito se ahogó en su garganta. Sólo se le escapó un gemido alto y agudo. El frío en su brazo era doloroso y se disparaba hasta su hombro, dirigiendo lancetazos hacia su corazón. Miró hacia abajo y vio una mano que la agarraba justo sobre el codo. Los dedos eran largos y gruesos y unos vellos cortos y rizados corrían a lo largo del dorso de la mano y por la extensión de los dedos hasta las oscuras y crecidas uñas. La muñeca parecía fundirse en la oscuridad.

Las sensaciones que se esparcían a través de ella por el contacto, aun a través de la tela de su suéter y de la

blusa bajo éste, eran innombrablemente viles y la llenaban de desagrado y de repulsión. Buscó una cara en el aire, sobre su hombro. Al no encontrar ninguna, soltó la silla de papá y luchó por liberarse, sollozando con el miedo desnudo. Sus zapatos rozaron y se deslizaron sobre el piso cuando se retorció y se alejó, pero no pudo liberarse. Y no pudo obligarse a tocar esa mano con la suya.

Entonces, la oscuridad comenzó a cambiar, a iluminarse. Una forma pálida y oval se movió hacia ella, deteniéndose sólo a unos centímetros de distancia. Era una cara. Una cara de pesadilla.

Tenía la frente amplia. Y un largo y

lacio cabello en gruesos mechones a ambos lados de la cara, mechones como serpientes muertas aferradas a su cráneo con los dientes. La piel pálida, las mejillas hundidas y la nariz ganchuda. Los delgados labios estaban plegados para revelar unos dientes amarillentos, largos y de condición casi canina. Pero eran los ojos los que detenían a Magda más fieramente que la mano helada sobre su brazo, ahogando su gimiente grito y calmando su frenética lucha.

Los ojos. Largos y redondos, fríos y cristalinos, con las pupilas como agujeros oscuros en un caos que estaba más allá de la razón, más allá de la realidad misma, oscuros y negros como

el cielo nocturno que nunca había sido iluminado por el sol o nublado por la luz de la luna y las estrellas. Los irises que los rodeaban eran casi igualmente oscuros, dilatándose mientras ella miraba, ensanchando las puertas gemelas y arrastrándola a una locura más allá…

… locura. La locura era tan atractiva… Era segura, era serena, era aislada. Sería tan bueno atravesar allá y sumergirse en esas lagunas oscuras… sería tan bueno…

—¡No!

Magda peleó contra el sentimiento, luchando por retraerse. Pero… ¿por qué pelear? La vida no es sino enfermedad y

miseria, una lucha en la que a la larga todos pierden. ¿Qué caso tiene? Nada de lo que hiciste realmente importa en la larga carrera. ¿Por qué molestarse?

Sintió un rápido tirón hacia abajo, casi irresistible, que la arrastraba a esos ojos. Allí había lujuria hacia ella, pero una lujuria que iba más allá de lo meramente sexual, una lujuria por todo lo que ella era. Sintió cómo se volvía y se inclinaba hacia esas pequeñas puertas de negrura. Sería tan fácil dejarse ir…

… se sostuvo, pues algo dentro de ella se negaba a rendirse y la urgía a luchar contra la corriente. Pero era tan fuerte y ella se sentía tan cansada… y de cualquier modo, ¿qué importaba todo?

Un sonido… música… y sin embargo no era exactamente música. Un sonido en su mente, todo lo que la música no era… sin melodía… sin armonía, una cacofonía delirante de discordancias que sé agitaba y se sacudía y formaba pequeñas grietas a través de los restos febriles de su voluntad. El mundo a su alrededor. Todo comenzó a esfumarse dejando sólo los ojos… solamente los ojos…

… se tambaleó, vacilando en la orilla de la eternidad…

… entonces oyó la voz de papá.

Magda se aferró al sonido, se colgó de él como de una cuerda y se elevó mano sobre mano por su extensión. Papá

no estaba llamándola, ni siquiera hablando en rumano, pero era su voz, la única cosa familiar en el caos que la rodeaba por completo.

Los ojos se alejaron. Magda estaba libre. La mano la soltó.

Se quedó jadeante, sudando, débil, confundida, con el ventarrón en la habitación tirando de sus ropas, de la pañoleta que ataba su cabello, robándole la respiración. Y su terror creció, pues los ojos ahora se volvían hacia su padre. ¡Él estaba demasiado débil!

Pero papá no se acobardó ante la mirada. Habló de nuevo como lo hizo antes, con palabras escogidas e

incomprensibles para ella. Vio que la sonrisa se desvanecía en el rostro pálido y que los labios se convertían en una línea angosta. Los ojos se cerraron hasta ser simplemente unas ranuras, como si la mente detrás de ellos estuviera considerando las palabras de papá, sopesándolas.

Magda miraba el rostro, incapaz de hacer nada más. Vio que la línea de sus labios se doblaba infinitesimalmente en las comisuras. Luego, asintió con un mínimo movimiento. Una decisión.

El viento murió como si nunca hubiera existido. La cara se retrajo a la oscuridad.

Todo estaba calmado.

Magda y su padre, inmóviles, se encararon uno al otro en el centro de la habitación, mientras el frío y la oscuridad se disipaban lentamente. En la chimenea, un leño se partió a lo largo con un crujido, como el disparo de un rifle, y Magda sintió que las rodillas se le derretían con el sonido. Cayó hacia adelante y sólo por suerte y desesperación fue capaz de aferrarse al brazo de la silla de ruedas, buscando apoyo.

—¿Estás bien? —preguntó papá. Pero no estaba mirándola. Sólo sintiéndose los dedos a través de los guantes.

—Lo estaré en un minuto —

respondió ella. Su mente retrocedía ante lo que acababa de experimentar—. ¿Qué fue eso? Dios mío, ¿qué fue eso?

—Se ha ido —musitó papá. No estaba escuchándola—. No puedo sentir nada en ellos. —Comenzó a sacarse los guantes de los dedos.

El estado de él la galvanizaba. Se enderezó y comenzó a empujar la silla hacia el fuego que otra vez florecía a la vida. Estaba débil por la reacción, la fatiga y la impresión, pero eso parecía de importancia secundaria. ¿Y qué hay de mí? ¿Por qué estoy siempre en segundo lugar? ¿Por qué tengo que ser fuerte siempre? Le gustaría que por una vez… sólo una… pudiera dejarse caer y

que alguien la atendiera. Sumergió esos pensamientos con fuerza. Ése no debía ser el modo de pensar de una hija cuando su padre la necesitaba.

—¡Mantenlos afuera, papá! —pidió Magda—. ¡No hay agua, caliente, así que tendremos que depender del fuego para calentarlos!

A través de la vacilante luz de las llamas, vio que las manos se le habían puesto mortalmente blancas, tan blancas como las de esa… cosa. Los dedos de papá eran hirsutos, con una piel áspera y gruesa; curvados y mellados. En cada extremo había pequeños puntos hundidos, cicatrices dejadas por las diminutas áreas de gangrena curada.

Eran las manos de un desconocido, pues Magda podía recordar cuando sus manos eran agraciadas, animadas, con largos dedos móviles y ahusados. Las manos de un erudito. De un músico. Habían sido cosas vivientes. Ahora eran caricaturas momificadas de la vida.

Debía calentárselas, pero no demasiado rápido. En su casa en Bucarest, durante los meses de invierno, tenía siempre una olla con agua tibia en la estufa, para estos episodios. Los doctores lo llamaban el fenómeno de Raynaud, en el que cualquier descenso súbito de la temperatura provocaba espasmos constrictivos en las venas de sus manos. La nicotina tenía un efecto

similar, de modo que le prohibieron sus queridos cigarros. Si sus tejidos eran privados de oxígeno durante demasiado tiempo o con demasiada frecuencia, la gangrena se arraigaría. Hasta entonces había tenido suerte. Cuando la gangrena lo invadió, fue en áreas sumamente reducidas y pudo ser capaz de sobreponerse a ella. Pero no siempre sería ése el caso.

Ella miró mientras él mantenía las manos sobre el fuego, rodándolas de adelante hacia atrás contra el calor, tanto como se lo permitían sus tensas articulaciones. Sabía que ahora él no podía sentir nada en ellas, pues estaban demasiado frías y entumidas. Pero una

vez que la circulación se restableciera, estaría en agonía mientras los dedos le hormigueaban, le palpitaban y le quemaban como si estuvieran en el fuego.

—¡Mira lo que te han hecho! —gimió enojada mientras los dedos cambiaban de blanco a azul.

—He estado peor —repuso papá levantando la vista inquisitivamente.

—Lo sé. ¡Pero no debió haber sucedido! ¿Qué están tratando de hacernos ellos?

—¿Ellos?

—¡Los nazis! —estalló Magda—. ¡Están jugando con nosotros! ¡Experimentando con nosotros! ¡No sé lo

que acaba de suceder aquí… fue muy realista, pero no fue real! ¡No pudo haber sido! Nos hipnotizaron, usaron drogas, apagaron las luces…

—Fue real, Magda —interpuso papá con la voz suave por el asombro, confirmándole lo que ella sabía en el alma y lo que tanto quería que él negara —. Así como esos libros prohibidos son reales. Lo sé…

El aliento silbó súbitamente entre sus dientes mientras la sangre comenzaba a fluir de nuevo a sus dedos, volviéndolos rojo oscuro. Los tejidos hambrientos lo castigaban mientras dejaban salir las toxinas acumuladas. Magda había pasado por esto tantas

veces, que casi podía sentir el dolor ella misma.

Cuando el latir cedió hasta un nivel soportable, papá continuó con las palabras saliendo en jadeos:

—Hablé con él en eslavo antiguo… le dije que no éramos sus enemigos… le dije que nos dejara solos… y se fue.

Se retorció por el dolor un momento y luego miró a Magda con ojos brillantes y chispeantes. Su voz era baja y áspera:

—Es él, Magda. ¡Lo sé! ¡Es él!

Magda no dijo nada. Pero ella también lo sabía.

15

La Fortaleza
Miércoles, 30 de abril
06:22 horas

El capitán Woermann trató de permanecer despierto toda la noche, pero falló. Se sentó frente a la ventana que daba al patio, con la Luger desenfundada en su regazo, aunque dudaba que una pistola de 9 mm pudiera ayudar contra lo que fuera que rondaba la fortaleza. Demasiadas noches sin

dormir y muy pocas siestas incómodas durante el día lo habían afectado de nuevo.

Despertó sobresaltado, desorientado. Durante un momento pensó que estaba de regreso en Rathenow, con Helga abajo en la cocina preparando huevos y salchichas, y los muchachos, despiertos ya, ordeñando las vacas allá afuera. Pero había estado soñando.

Cuando vio que el cielo estaba claro, saltó de la silla. La noche transcurrió y todavía estaba vivo. Había sobrevivido a otra noche. Su júbilo duró poco, pues sabía que alguien más no habría sobrevivido. Sabía que en algún

lugar de la fortaleza yacía un cadáver quieto y ensangrentado, esperando ser descubierto.

Enfundó la Luger, atravesó el cuarto y salió al descansillo. Todo estaba en calma. Bajó las escaleras trotando, frotándose los ojos y masajeándose las mejillas sin rasurar, hasta estar completamente despierto. Cuando llegó al nivel más bajo, se abrió la puerta del cuarto de los judíos y salió la hija.

No lo vio. Llevaba una olla de metal en la mano y tenía una expresión afligida en el rostro. Sumida en sus pensamientos, pasó por la entrada que daba al patio y dio vuelta a la derecha hacia las escaleras del sótano que él

había olvidado por completo. Parecía saber exactamente a dónde iba y eso lo preocupó hasta, que recordó que ella estuvo muchas veces antes en la fortaleza. Era indudable que debía conocer perfectamente dónde buscar las cisternas del sótano y sabía que allí encontraría agua fresca.

Woermann salió al patio y la miró moverse. Había una cualidad etérea en la escena: una mujer caminando por el empedrado a la luz del amanecer, rodeada por paredes de piedra gris incrustadas con cruces de metal, y las corrientes de niebla en el suelo del patio alejándose a su paso. Era como un sueño. Parecía ser una mujer muy bella

bajo todas esas capas de ropa. Sus caderas se balanceaban naturalmente cuando caminaba con una gracia no practicada, que apelaba innatamente a su masculinidad. Tenía también una cara hermosa, especialmente con esos enormes ojos café. Si sólo dejara salir su cabello de esa pañoleta, sería una belleza.

En otro tiempo, en otro lugar, hubiera estado en serio peligro con una compañía similar; cinco escuadrones de soldados hambrientos de mujeres. Pero estos soldados tenían otra cosa en la mente; estos soldados le temían a la oscuridad y a la muerte que la acompañaba infaliblemente.

Estaba a punto de seguirla hasta el sótano para asegurarse de que no buscara más que agua fresca en el recipiente que llevaba en la mano, cuando vio que el sargento Oster corría hacia él.

—¡Capitán! ¡Capitán!

Woermann suspiró y se fortaleció para recibir las noticias.

—¿A quién perdimos?

—¡A nadie! —respondió el sargento levantando una tablilla. Revisé a todos. ¡Todos están vivos y bien!

Woermann no se permitió regocijarse, pues había sido engañado con tal recuento la semana pasada, pero se permitió tener esperanza.

—¿Está seguro? ¿Absolutamente seguro?

—Sí, señor. Esto es, todos excepto el mayor. Y los dos judíos.

Woermann miró hacia la parte posterior de la fortaleza, hacia la ventana de Kaempffer. ¿Podría ser…?

—Dejé a los oficiales para el final —explicó Oster, casi disculpándose.

Woermann asintió, escuchando a medias solamente. ¿Podría ser? ¿Podría ser Erich Kaempffer la víctima de la noche anterior? Era esperar demasiado. Woermann nunca se imaginó que odiaría a otro ser humano tanto como había llegado a odiar a Kaempffer en el último día y medio.

Comenzó a caminar hacia la parte posterior de la fortaleza, con mal disimulada esperanza. Si Kaempffer estaba muerto, el mundo no sólo resultaría un lugar más brillante, sino que él sería otra vez el oficial en jefe y sacaría a sus hombres de la fortaleza al mediodía. Los einsatzkommandos podían ir o quedarse hasta que llegara otro oficial de la SS. No tenía duda de que lo seguirían tan pronto como se fuera.

Sin embargo, si Kaempffer vivía todavía, sería una decepción, pero con un lado brillante: por primera vez desde que llegaron, habría pasado una noche sin que muriera un soldado alemán. Y

eso era bueno. Elevaría inconmensurablemente la moral. Significaría que tal vez tenían una leve esperanza de sobrevivir al manto de muerte que los cubría como una mortaja.

—¿Cree que los judíos sean los responsables? —preguntó Oster mientras Woermann atravesaba el patio con el sargento apresurándose tras él.

—¿De qué?

—De que nadie muriera anoche.

Woermann se detuvo y miró entre Oster y la ventana de Kaempffer, situada casi directamente sobre ellos. Aparentemente, Oster no tenía ninguna duda de que Kaempffer se encontraba vivo todavía.

—¿Por qué dice eso, sargento? ¿Qué podrían haber hecho?

—No lo sé —contestó arrugando el entrecejo—. Los hombres lo creen… por lo menos mis hombres, quiero decir, *nuestros* hombres lo creen. Después de todo, perdimos a alguien cada noche, excepto anoche. Y los judíos llegaron anoche. Tal vez encontraron algo en esos libros que sacamos.

—Quizá —aceptó Woermann. Tomó la delantera hacia la sección posterior de la fortaleza y subió corriendo los escalones hasta el segundo piso.

Era intrigante pero improbable. El viejo judío y su hija no podían haber llegado a algo tan pronto. Viejo judío…

¡estaba empezando a sonar como Kaempffer! Era horrible.

Woermann jadeaba cuando llegó al cuarto de Kaempffer. Demasiadas salchichas, se dijo de nuevo. Demasiadas horas de estar sentado y cavilando en lugar de moverse y quemar esa barriga. Estaba por tocar la manija de la puerta de Kaempffer cuando ésta se abrió y apareció el mayor.

—¡Ah, Klaus! —prorrumpió rudamente—. Creí escuchar a alguien aquí afuera. —Se ajustó la tira de cuero negro de su cinturón de oficial y la funda cruzando su pecho. Cuando quedó satisfecho de que estaba segura, salió al corredor.

—Qué gusto verte tan bien —comentó Woermann.

Kaempffer lo miró penetrantemente, sacudido por la obvia insinceridad, y luego miró a Oster.

—Bien, sargento, ¿quién fue esta vez?

—¿Señor?

—¡Muerto! ¿Quién murió anoche? ¿Uno de los míos o de los suyos? Quiero que traigan al judío y a su hija hasta donde esté el cadáver y quiero que ellos lo…

—Perdón, señor —lo interrumpió Oster—, pero nadie murió anoche.

Las cejas de Kaempffer se levantaron rápidamente y se volvió

hacia Woermann.

—¿Nadie? ¿Es cierto?

—Si el sargento lo dice, es suficientemente bueno para mí —repuso Woermann.

—¡Entonces lo logramos! —exclamó. Estrelló el puño en su palma y se irguió, ganando más de dos centímetros de estatura en el proceso—. ¡Lo logramos!

—¿Nosotros? Por Dios, dime, querido mayor, ¿qué fue exactamente lo que hicimos «nosotros»?

—¿Qué? ¡Pasamos una noche sin una muerte! ¡Te dije que si nos sosteníamos derrotaríamos a esa cosa!

—Lo hiciste —aceptó Woermann

eligiendo las palabras cuidadosamente. Estaba disfrutando esto—. Pero sólo dime: ¿Qué logró el efecto deseado? ¿Qué fue exactamente lo que nos protegió anoche? Quiero estar seguro de que tengo esto claro, para ver que se repita el proceso esta noche.

El júbilo de autocongratulación de Kaempffer se desvaneció tan rápido como floreció.

—Vayamos a ver a ese judío —sugirió pasando junto a Oster y Woermann y comenzando a bajar los escalones.

—Pensé que se te ocurriría antes de mucho tiempo —comentó Woermann siguiéndolo con pasos más lentos.

Mientras llegaban al patio, Woermann creyó escuchar el sonido débil de una voz de mujer que llegaba desde el sótano. No podía entender las palabras, pero su disgusto era evidente. Los sonidos se volvieron más fuertes y agudos. La mujer estaba gritando de enojo y miedo.

Corrió hacia la entrada del sótano. La hija del profesor estaba allí —ahora recordaba que su nombre era Magda— y permanecía atrapada en el ángulo formado por los escalones y la pared. Su suéter había sido desgarrado, lo mismo que la blusa y las demás prendas que llevaba debajo, y todo fue deslizado por su hombro, exponiendo el blanco globo

de un seno. Un einsatzkommando tenía enterrada su cara contra el seno, mientras ella pateaba, bramaba y lo golpeaba con los puños, sin conseguir apartarlo.

Woermann respingó por un instante ante la visión y luego bajó corriendo los escalones. El soldado estaba tan concentrado en el seno de Magda que no pareció oír el acercamiento de Woermann. Éste, apretando los dientes, pateó al soldado en el costado derecho con toda la fuerza que pudo reunir. Se sentía bien lastimar a uno de estos bastardos. Resistió con dificultad la urgencia de seguir pateándolo.

El soldado de caballería de la SS

gruñó por el dolor y se enderezó retrocediendo, listo para arremeter contra quien fuese que le hubiera propinado el golpe. Cuando vio que se enfrentaba a un oficial, todavía se veía en sus ojos que se debatía entre arremeter contra él o no.

Durante unos cuantos latidos cardiacos, Woermann casi deseó que el soldado hiciera justamente eso. Esperó por la señal más leve de una arremetida hacia adelante, con la mano lista para sacar la Luger. Nunca se hubiera creído a sí mismo capaz de dispararle a otro soldado alemán, pero algo en su interior se sentía hambriento de matar a este hombre, de golpear a través de él todo

lo que estaba mal en la patria, en el ejército y en su carrera.

El soldado retrocedió. Woermann sintió que él mismo se relajaba.

¿Qué estaba pasándole? Nunca antes había odiado. Mató en batalla, a distancia y cara a cara, pero nunca con odio. Era una sensación incómoda y desorientadora, como si un extraño se hubiese alojado en su hogar sin ser invitado y no pudiera encontrar la forma de lograr que se fuese.

Mientras el soldado se ponía en pie y se arreglaba el uniforme negro, Woermann miró a Magda. Se había cerrado y arreglado la ropa nuevamente, y se enderezaba después de haberse

agazapado en los escalones. Sin una señal de advertencia giró y azotó la palma de la mano contra la cara de su atormentador, con una fuerza hiriente, haciendo que su cabeza se meciera hacia atrás y que resbalara del escalón inferior, por la sorpresa. Sólo una mano extendida contra la pared de piedra evitó que cayera de espaldas.

Ella espetó algo en rumano, con el tono y la expresión facial emitiendo el significado de lo que sus palabras no transmitían, y pasó junto a Woermann recuperando el recipiente con agua a medio derramar, mientras se movía.

Woermann requirió de toda su reserva prusiana para evitar aplaudirle.

En lugar de eso, se volvió hacia el soldado que estaba notablemente desgarrado por la duda entre ponerse en posición de firmes, en presencia de un oficial, o tomar represalias contra la chica.

Chica… ¿por qué pensaba en ella como una chica? Quizá era una docena de años más joven que él, pero fácilmente una década más vieja que su hijo Kurt, y él consideraba que Kurt era un hombre. Tal vez fuera por una cierta frescura inmaculada de ella, por una cierta inocencia. Allí había algo precioso que debía ser preservado y protegido.

—¿Cómo se llama, soldado?

—Soldado Leeb, señor. Einsatzkommandos.

—¿Es costumbre en usted cometer violaciones mientras está en servicio?

No hubo respuesta.

—¿Lo que acabo de ver es parte de las labores que se le asignaron aquí en el sótano?

El tono del hombre implicaba que este hecho en particular era explicación suficiente para cualquier cosa que le hubiera hecho.

—¡No contestó mi pregunta, soldado! —explotó Woermann. Su ecuanimidad estaba a punto de estallar —. ¿Intentar una violación es parte de su deber aquí?

—No, señor —replicó tan renuente como desafiantemente.

Woermann bajó y le quitó la Schmeisser del hombro.

—Está confinado a sus habitaciones, soldado —le informó.

—¡Pero señor!

Woermann notó que la súplica no iba dirigida a él sino a alguien que estaba arriba y detrás de él. No tuvo que volverse y mirar para saber quién era, así que continuó sin fallar un compás:

—… por desertar de su puesto. El sargento Oster decidirá una acción disciplinaria adecuada para usted… —Hizo una pausa y levantó la vista hacia la parte superior de las escaleras,

directamente a los ojos de Kaempffer— … A menos, claro, que el mayor tenga en mente un castigo en particular.

Técnicamente estaba dentro de los derechos de Kaempffer interferir en este punto, ya que sus comandos estaban separados y respondían a una autoridad diferente, y Kaempffer se encontraba allí a petición del Alto Comando, a quien debían responder todas las fuerzas en última instancia. También era el oficial de más alto rango. Pero Kaempffer no podía hacer nada aquí. Dejar ir al soldado Leeb sería perdonarlo por abandonar el puesto que se le había asignado. Ningún oficial podía permitir eso. Kaempffer estaba atrapado.

Woermann lo sabía y pretendía tomar ventaja total.

—Lléveselo, sargento —ordenó el mayor tensamente—. Me las arreglaré con él más tarde.

Woermann le pasó la Schmeisser a Oster, quien llevó al insatzkommando marchando cabizbajo por las escaleras.

—En el futuro… —comenzó a decir Kaempffer acremente cuando el sargento y el soldado estuvieron lejos del alcance del oído—… no disciplinarás o le darás órdenes a mis hombres. ¡No están bajo tu mando, sino bajo el mío!

Woermann comenzó a subir la escalera. Cuando llegó frente a Kaempffer, se lanzó contra él.

—¡Entonces mantenlos en sus correas!

El mayor palideció, asombrado por el inesperado estallido.

—Escucha, herr oficial de la SS —continuó Woermann dejando que subiera a la superficie todo su enojo y su disgusto—. Escucha bien. No sé qué puedo decir para que entiendas esto. Traté de razonar, pero creo que eres inmune a eso. Así que trataré de apelar a tu instinto de autoconservación y ambos sabemos lo bien desarrollado que está. Piensa: nadie murió anoche. Y lo único diferente que hubo la noche anterior en comparación a todas las demás, fue la presencia de los dos judíos de Bucarest.

Tiene que haber una relación. Por tanto, si no hay otra razón más que la oportunidad de que ellos puedan ser capaces de obtener una respuesta a los asesinatos y una forma de detenerlos, ¡debes mantener a tus animales alejados de ellos!

No esperó una respuesta, pues temía estrangular a Kaempffer si no se alejaba inmediatamente. Se volvió y caminó hacia la torre. Después de unos cuantos pasos, oyó que Kaempffer empezaba a seguirlo. Fue hacia la puerta de la habitación del primer nivel, tocó mas no esperó una respuesta antes de entrar. La cortesía era una cosa, pero pretendía mantener una posición de autoridad

irrefutable a los ojos de estos dos civiles.

El profesor simplemente miró a los dos alemanes cuando entraron. Estaba solo en el cuarto del frente, bebiendo agua en una taza pequeña, sentado todavía en la silla de ruedas frente a la mesa cubierta de libros, justo como lo habían dejado la noche anterior. Woermann se preguntó si se habría movido en lo absoluto durante la noche. Su mirada se desvió hacia los libros y luego voló hacia otro lado. Recordó el extracto que vio en uno de ellos anoche… acerca de preparar sacrificios para una deidad cuyo nombre era una fila impronunciable de consonantes. Se

estremeció aún ahora con el recuerdo de lo que iba a ser sacrificado y de cómo iba a ser preparado. ¿Cómo podía alguien sentarse a leer eso y no enfermar?

Inspeccionó el resto de la habitación. La muchacha no se encontraba aquí, probablemente estaba atrás. Este cuarto parecía más pequeño que el suyo, ubicado dos pisos más arriba… pero quizá era sólo la impresión creada por el hacinamiento de los libros y el equipaje.

—¿Esta mañana es un ejemplo de lo que debemos encarar para beber agua? —preguntó el viejo de máscara de cera a través de su pequeña boca, con la voz

seca y herrumbrosa—. ¿Va a ser asaltada mi hija cada vez que deje la habitación?

—Nos hemos hecho cargo de eso ya —le informó Woermann—. El hombre será castigado. —Miró a Kaempffer, quien se paseaba en el otro lado de la habitación—. Puedo asegurarle que no sucederá de nuevo.

—Espero que no —replicó Cuza—. Ya es suficientemente difícil tratar de encontrar alguna información útil en estos textos, bajo las mejores condiciones. Pero trabajar bajo la amenaza del abuso físico en cualquier momento… la mente se rebela.

—¡Será mejor que no se rebele,

judío! —amenazó Kaempffer—. ¡Mejor haz lo que se te ha dicho!

—Es sólo que me resulta imposible concentrarme en estos textos cuando estoy preocupado por la seguridad de mi hija. Eso no debe ser difícil de comprender.

Woermann percibió que el profesor le dirigía una súplica, pero no estaba seguro de qué era.

—Me temo que es inevitable —le manifestó al viejo—. Es la única mujer en lo que esencialmente es una base armada. No me gusta más que a usted. Una mujer no pertenece aquí. A menos… —Se le ocurrió una idea. Miró a Kaempffer—. La alojaremos en la

posada. Podría llevarse un par de libros para estudiarlos y regresar a conferenciar con su padre.

—¡Está fuera de toda consideración! —refutó Kaempffer—. Ella se queda aquí en donde podamos vigilarla. —Se acercó a Cuza que estaba en la mesa—. ¡Ahora estoy interesado en lo que aprendió anoche y qué nos mantuvo vivos a todos!

—No entiendo…

—No murió nadie anoche —explicó Woermann. Buscó una reacción en la cara del viejo; era difícil, tal vez imposible distinguir un cambio de expresión en esa piel tensa e inmóvil. Pero pensó que sus ojos se agrandaron

casi imperceptiblemente, por la sorpresa.

—¡Magda! —llamó—. ¡Ven acá!

Se abrió la puerta de la habitación posterior y apareció la muchacha. Se veía firme después del incidente en la escalera del sótano, pero vio que su mano temblaba mientras reposaba sobre el marco de la puerta.

—¿Sí, papá?

—¡No hubo muertes anoche! —le anunció Cuza—. ¡Debe haber sido uno de esos encantamientos que estuve leyendo!

—¿Anoche? —repitió la muchacha. Su expresión traicionó un instante de confusión y algo más: un horror fugaz

ante la mención de la noche anterior. Miró a su padre y pareció que se transmitían una señal, tal vez el leve asentimiento del viejo, y luego la cara de ella se iluminó—. ¡Maravilloso! Me pregunto, ¿cuál encantamiento sería?

¿*Encantamiento*?, pensó Woermann. El lunes anterior se habría reído de esta conversación.

Olía a creencias en hechizos y magia negra. Pero ahora… aceptaría cualquier cosa que les permitiera a todos sobrevivir a la noche. Cualquier cosa.

—Déjame ver ese encantamiento —pidió Kaempffer con el interés brillando en sus ojos.

—Por supuesto —aceptó Cuza

tomando un pesado volumen—. Éste es el *De Vermis Mysteriis*, de Ludwig Prinn. Está en latín. —Levantó la vista —. ¿Lee latín, mayor?

La única respuesta de Kaempffer fue tensar los labios.

—Es una pena —repuso el profesor —. Entonces se lo traduciré para que…

—Estás mintiéndome, ¿no es así, judío? —acusó Kaempffer, suavemente.

Pero Cuza no podía ser intimidado y Woermann tuvo que admirarlo por su valor.

—¡La respuesta está aquí! —gritó señalando la pila de libros colocada ante él. Lo de anoche lo demuestra. Todavía no sé qué es lo que tiene

hechizada la fortaleza, pero con un poco de tiempo, un poco de paz y menos interrupciones, estoy seguro de que podré encontrarlo. ¡Ahora, buenos días, caballeros!

Se ajustó los gruesos anteojos y acercó más el libro. Woermann escondió una sonrisa al ver la furia impotente de Kaempffer y habló antes de que el mayor pudiera hacer cualquier cosa imprudente.

—Creo que redundará en nuestros mejores intereses dejar al profesor con la tarea para la que fue traído aquí, ¿no crees, mayor?

Kaempffer cruzó las manos tras él y salió a grandes pasos por la puerta.

Woermann dirigió una última mirada al profesor y a su hija antes de seguirlo. Estos dos estaban escondiendo algo. Ya fuera sobre la fortaleza misma o sobre la entidad asesina que acechaba en sus corredores en la noche, eso no podía decirlo. Y en este momento no importaba realmente. Mientras no murieran más hombres suyos en la noche, era bienvenido su secreto. No estaba seguro de que quisiera saberlo alguna vez. Pero si las muertes comenzaban de nuevo, exigiría una explicación completa.

El profesor Cuza alejó el libro tan

pronto como la puerta se cerró detrás del capitán. Se frotó los dedos de las manos uno a uno.

Las mañanas eran lo peor. Entonces era cuando todo le dolía, especialmente las manos. Cada nudillo parecía un gozne herrumbroso en una puerta que daba a una leñera abandonada, protestando con dolor y ruido ante la más pequeña provocación y resistiendo fieramente cualquier cambio de posición. Pero no sólo eran sus manos. Le dolían todas las articulaciones. Despertar, levantarse y llegar a la silla de ruedas que circunscribía su vida, era un coro de agonía en las caderas, las rodillas, las muñecas, los codos y los

hombros. Sólo a media mañana, después de dos dosis separadas de aspirina y quizá de un poco de codeína, cuando la tenía, el dolor de sus inflamados tejidos conectivos cedía hasta un nivel tolerable. Ya no pensaba en su cuerpo como de carne y sangre; lo veía como la pieza de un mecanismo de reloj que hubiera sido dejada a la intemperie, bajo la lluvia, y ahora estuviera dañada irreparablemente.

También tenía la boca seca, que nunca cedía. Los médicos le habían dicho que no era «raro que los pacientes de esclerodermа experimentaran un marcado descenso en el volumen de secreciones salivales». Lo dijeron

restándole importancia, pero no existía nada poco importante en el hecho de vivir con una lengua que sabía siempre a yeso. Trataba de tener siempre un poco de agua a la mano, ya que si no bebía ocasionalmente, su voz comenzaba a sonar como zapatos viejos arrastrándose sobre un piso arenoso.

Asimismo, tragar representaba un problema. Hasta el agua tenía dificultades para bajar. Y la comida debía masticarla toda hasta que los músculos de las mandíbulas se le acalambraban y entonces esperar que no se le atorara a mitad del camino al estómago.

No era forma de vivir y ya había

considerado más de una vez ponerle fin a toda la charada. Pero nunca hizo el intento. Posiblemente porque le faltaba el valor, o porque todavía poseía el valor suficiente para enfrentarse a la vida en cualesquiera que fueran los términos que se le ofrecieran. No estaba seguro de cuál era el motivo.

—¿Estás bien, papá?

Levantó la vista hacia Magda. Estaba de pie cerca de la chimenea, con los brazos cruzados fuertemente sobre el pecho, temblando. No era de frío. Él sabía que su visitante de la noche anterior la había afectado tremendamente y apenas pudo dormir. Él tampoco durmió. Pero después, ser

atacada a menos de diez metros de sus habitaciones…

¡Salvajes! ¡Lo que no daría él por verlos muertos a todos, no sólo a los de aquí, sino a cada apestoso nazi que pusiera un pie fuera de su frontera! Y también a los que aún estaban dentro de las fronteras alemanas. Deseó tener un modo para exterminarlos antes de que pudieran exterminarlo a él. Pero ¿qué podría hacer? Era un estudioso inválido que parecía tener su edad más la mitad, que no podía siquiera defender a su propia hija… ¿qué podía él hacer?

Nada. Deseaba gritar, romper algo, derribar las paredes como lo hiciera Sansón. Quería llorar. Lloraba con

mucha facilidad últimamente, pese a su falta de lágrimas. Eso no era masculino, pero debía tenerse en cuenta que él ya no era en realidad mucho hombre.

—Estoy bien, Magda —la tranquilizó—. Ni mejor ni peor que de costumbre. Tú eres la que me preocupa. Éste no es un lugar apropiado para ti… ni para ninguna mujer.

—Lo sé —suspiró ella—. Pero no hay modo de abandonar este lugar hasta que nos lo permitan.

—Siempre la hija abnegada —comentó él, sintiendo un estallido de tibieza hacia ella. Magda era cariñosa y leal, de voluntad fuerte pero respetuosa. Él se preguntaba qué había hecho para

merecerla—. No estaba hablando sobre *nosotros*, sino sobre *ti*. Quiero que abandones la fortaleza en cuanto oscurezca.

—No soy buena escalando muros, papá —replicó ella con una sonrisa triste—. Y no tengo intenciones de seducir al guardia de la puerta. No sabría cómo.

—La ruta de escape está exactamente bajo nuestros pies, ¿recuerdas?

—Oh, sí —recordó mientras sus ojos se abrían—. La había olvidado.

—¿Cómo podrías olvidarla? Tú la hallaste.

Ocurrió en su último viaje al paso.

Él todavía podía moverse por sí mismo entonces, pero necesitaba dos bastones para reforzar la menguante fuerza de sus piernas. Incapaz de ir él mismo, envió a Magda al desfiladero en busca de una piedra angular en la base de la fortaleza, o quizá una roca con alguna inscripción… cualquier cosa que pudiera darle un pista sobre los constructores de la fortaleza. No hubo inscripción. Pero Magda se encontró con una gran piedra plana en el muro situado en la base de la torre, y que se movió cuando se apoyó en ella. Tenía bisagras a la izquierda y estaba perfectamente equilibrada. La luz del sol cayendo por la abertura reveló una escalinata que se

dirigía hacia arriba.

Pese a sus protestas, ella insistió en explorar la base de la torre con la esperanza de que hubiesen quedado algunos registros en su interior. Todo lo que halló fue un largo, escarpado y curvo tramo de escaleras que terminaba en un nicho, aparentemente sin salida, en el techo de la base. Pero no era un camino sin salida, el nicho estaba en la pared misma que separaba las dos habitaciones que ahora ocupaban. Dentro de él, Magda descubrió otra roca perfectamente balanceada, que se abría girando hacia el mayor de los dos cuartos, permitiendo la salida o entrada secreta a la habitación inferior de la

torre.

Él no le dio importancia a la escalinata, entonces. Un castillo o fortaleza siempre tenía una ruta de escape oculta. Ahora la veía como la escalera hacia la libertad de Magda.

—Quiero que tomes la escalera hacia abajo en cuanto oscurezca, que salgas por el desfiladero y empieces a caminar hacia el este. Cuando llegues al Danubio, síguelo hasta el mar Negro y de ahí hacia Turquía o…

—¿Sin ti?

—¡Por supuesto que sin mí!

—¡Olvídalo, papá! Donde tú estés, yo estoy.

—¡Magda, como tu padre te estoy

ordenando que me obedezcas!

—¡No lo hagas! No te abandonaré. ¡No podría soportarme a mí misma si lo hiciese!

Pese a lo mucho que él apreciaba ese sentimiento, no le ayudó a disminuir su frustración. Era claro que el uso de las órdenes no iba a funcionar esta vez. Decidió suplicar. A lo largo de los años se había vuelto hábil para lograr lo que deseaba de ella. Por un método u otro, a través de la intimidación o haciéndola retorcerse de culpa, generalmente podía hacerla acceder a cualquier cosa que quisiera. A veces no se apreciaba a sí mismo por el modo en que dominaba su vida, pero era su hija y él su padre. Y la

había necesitado. Sin embargo, ahora que era el momento de dejarla libre para que pudiera salvarse, se negaba a irse.

—Por favor, Magda. Como un último favor a un viejo agonizante que irá sonriente a la tumba sabiéndote a salvo de los nazis.

—¡Y yo sabiendo que te dejé entre ellos! ¡Nunca!

—¡Por favor, escúchame! Puedes llevarte el *Al Azif*. Es voluminoso, lo sé, pero es quizá el único ejemplar que existe en cualquier idioma. No hay un país en el mundo donde no pudieras venderlo por suficiente dinero para mantenerte cómoda el resto de tu vida.

—No, papá —cortó con una

determinación en la voz que él no recordaba haber oído jamás.

Ella se volvió y se dirigió a la habitación posterior, cerrando la puerta tras ella.

La he educado demasiado bien, pensó él. La he atado tan fuertemente a mí, que no puedo alejarla aún por su propio bien. ¿Es por eso que ella nunca se casó? ¿Por mí?

Se frotó los ardientes ojos con los dedos enguantados en algodón, recorriendo los años pasados. Desde la pubertad, Magda fue constante objeto de la atención masculina. Algo en ella atraía a diferentes tipos de hombre en diversas formas. Difícilmente había

alguno que no fuese afectado. Probablemente estaría casada y sería madre varias veces, y él abuelo, si su madre no hubiese muerto tan repentinamente once años atrás. Magda, de sólo veinte años en aquel entonces, había cambiado, asumiendo los papeles de su compañera, secretaria, socia y, ahora, enfermera. Los hombres a su derredor, de pronto la hallaron distante. Rápidamente, Magda construyó a su alrededor un caparazón de autoabsorción. Él conocía todos los puntos débiles de ese caparazón y podía perforarlo a voluntad. Ella era inmune a todos los demás.

Pero, de momento, había

preocupaciones más urgentes. Magda se enfrentaba a un futuro muy corto si no escapaba de la fortaleza. Más allá se hallaba la aparición que habían encontrado la noche anterior. El viejo estaba seguro de que volvería al terminar el día, y no deseaba que Magda estuviese presente cuando ocurriera. Hubo algo en sus ojos que hizo que el miedo se apoderara de su corazón como un puño helado. Había un hambre tan innombrable allí… deseaba que Magda estuviera lejos esa noche.

Pero por encima de todo deseaba quedarse aquí solo, esperando el regreso del ser. ¡Éste era el momento culminante de una vida, de una docena

de vidas! El estar cara a cara realmente con un mito, con una criatura usada durante siglos para asustar a los niños. Y a los adultos también. ¡Documentar su existencia! Tenía que hablar de nuevo con esa cosa… convencerla de que respondiese a sus preguntas. Tenía que saber cuáles de todos los mitos que la rodeaban eran reales y cuáles eran falsos.

La sola idea de este encuentro hizo acelerar con excitación su corazón. De manera extraña, no se sentía terriblemente amenazado por ese ser. Conocía su idioma e incluso se comunicó con él la noche anterior. Había entendido y los dejó a salvo.

Sintió la posibilidad de hallar un terreno común entre ellos, un lugar para un encuentro de mentes. En verdad, no pensaba detenerlo o herirlo. Theodor Cuza no era enemigo de nada que redujese el número de integrantes del ejército alemán.

Bajó los ojos hacia la desordenada mesa situada ante él. Sabía que no hallaría nada amenazante para la criatura, en esos despreciables libros viejos. Ahora comprendía por qué fueron suprimidos: eran abominaciones. Pero servían como utilería en la pequeña comedia que estaba representando para esos dos confrontados oficiales alemanes. Debía

permanecer en la fortaleza hasta que aprendiera todo lo posible del ser que en ella habitaba. Después, los alemanes podían hacer con él lo que quisieran.

Pero Magda… Magda debería estar en camino a un lugar seguro antes que él pudiera concentrar su atención en cualquier otra cosa. Ella no partiría por su voluntad… ¿qué tal si se viese obligada a irse? El capitán Woermann podría ser la clave en eso. No parecía demasiado feliz por el hecho de tener a una mujer alojada en la fortaleza. Sí, si Woermann pudiese ser provocado…

Se despreció por lo que estaba a punto de hacer.

—¡Magda! —llamó—. ¡Magda!

Ella abrió la puerta y miró hacia afuera.

—Espero que no se trate de mi salida de la fortaleza porque… —comenzó a decir.

—No de la fortaleza, sólo de la habitación. Tengo hambre y los alemanes dijeron que nos alimentarían de su cocina.

—¿Nos trajeron algo de comer?

—No, y estoy seguro que no lo harán. Tendrás que ir a conseguir algo.

—¿A través del patio? —desaprobó Magda, tensándose—. ¿Quieres que vuelva allí después de lo que pasó?

—Estoy seguro que no volverá a ocurrir —la tranquilizó. Odiaba

mentirle, pero era el único modo—. Los hombres han sido advertidos por sus oficiales. Y, además, no estarás en las escaleras de un oscuro sótano. Estarás al aire libre.

—Pero el modo en que me miran…

—Tenemos que comer.

Hubo una larga pausa mientras su hija lo miraba.

—Supongo que sí —asintió al fin.

Magda se abotonó el suéter hasta el cuello mientras cruzaba la habitación y partió sin decir nada.

Él sintió que se le contraía la garganta cuando la puerta se cerró tras ella. Era valerosa y tenía confianza en él… una confianza que él estaba

traicionando. Y conservando a la vez. Sabía lo que ella enfrentaría afuera y, sabiéndolo, la había enviado a ello. Supuestamente por comida.

No estaba hambriento en lo más mínimo.

16

El delta del Danubio, Rumania oriental
Miércoles, 30 de abril
10:35 horas

Nuevamente había tierra a la vista.

Dieciséis horas enervantemente frustrantes, cada una como un día interminable, concluyeron al fin. El pelirrojo estaba de pie en la curtida proa, mirando hacia la playa. El sardinero recorrió la plácida extensión del mar Negro a un paso sostenido. Un

buen paso, pero enloquecedoramente lento para la implacable sensación de urgencia de su único pasajero. Al menos no fueron detenidos por ninguno de los dos botes de patrulla militares junto a los que habían pasado, uno ruso y el otro rumano. Eso podría haber sido desastroso.

Directamente al frente estaba el delta de múltiples canales por el cual el Danubio se vaciaba en el mar Negro. La costa era verde y pantanosa, salpicada por incontables ensenadas. Llegar a la playa sería fácil, pero viajar a través de los pantanos hasta las tierras secas y altas tomaría tiempo. ¡Y no había tiempo!

Tenía que hallar otro camino.

El pelirrojo miró por sobre su hombro al viejo turco que estaba al timón y luego de nuevo al delta. El sardinero no era de gran calado, podía moverse fácilmente en poco más de un metro de agua. Era una posibilidad: tomar uno de los pequeños tributarios del delta hasta el Danubio mismo y después moverse hacia el oeste por el río hasta un punto, digamos apenas al este de Galati. Estarían viajando contra la corriente, pero debía ser más rápido que trasladarse a pie por kilómetros de lodo absorbente.

Buscó en su cinturón y sacó dos doradas monedas mexicanas de

cincuenta pesos. Juntas pesaban cerca de dos onzas y media de oro. Volviéndose de nuevo se las mostró al turco, hablándole en su lengua nativa.

—Kiamil —llamó—, dos monedas más si me llevas corriente arriba.

El pescador miró las monedas sin decir nada, mordisqueándose el labio inferior. Ya había suficiente oro en su bolsillo para hacerlo el hombre más rico de su aldea. Al menos durante algún tiempo. Pero nada es eterno y pronto estaría de nuevo en el agua, recogiendo sus redes. Las dos monedas extra podrían posponer eso. ¿Quién podía saber cuántos días en el agua, cuántas cortadas en las manos, cuántos dolores

en la envejecida espalda, cuántas cargas de peces depositadas en la enlatadora se requerirían para obtener una cantidad equivalente?

El pelirrojo miró la cara de Kiamil mientras los cálculos de riesgo contra ganancia pasaban por ella. Y en tanto miraba, él también calculaba los peligros. Estarían viajando de día, nunca lejos de la costa debido a la estrechez del río en la mayor parte de la ruta, en aguas rumanas y en un bote con registro turco.

Era demente. Aun si por un milagro del azar llegaban a la orilla de Galati sin ser detenidos, Kiamil no podría esperar otro milagro semejante a su

regreso río abajo. Sería atrapado, su bote confiscado y él encarcelado. Por otra parte, había poco riesgo para el pelirrojo. Si eran detenidos y llevados a puerto, estaba seguro de poder hallar un modo de huir y continuar su odisea. Pero cuando menos, Kiamil perdería su bote. Y posiblemente la vida.

—No hagas caso, Kiamil —se retractó—. Creo mejor que mantengamos nuestro trato original. Déjame en la playa en cualquier lugar por aquí.

El anciano asintió, su curtida cara mostrando más alivio que decepción al ser retirada la oferta. La visión de las dos monedas extendidas hacia él, casi lo

convirtió en un tonto.

En tanto el bote se dirigía a la playa, el pelirrojo se pasó por el hombro el cordón que ataba la manta enrollada que contenía todas sus posesiones y levantó la larga y plana caja bajo su brazo. Kiamil puso los motores en reversa a medio metro de la gris mezcla de arena y suciedad cubierta de exuberantes pastos largos y duros que eran el banco. El pelirrojo dio un paso sobre la borda y saltó a tierra.

Se volvió a ver a Kiamil. El turco agitó un brazo y empezó a alejar el bote de la playa.

—¡Kiamil! —gritó—. ¡Toma! — Lanzó las dos monedas de cincuenta

pesos oro hacia el bote, una a la vez. Cada una fue precisamente tomada en el aire por una mano morena y callosa.

Con ruidosos y profundos agradecimientos en nombre de Mahoma y de todo lo que es sagrado en el Islam rebotando en sus oídos, el pelirrojo se volvió y empezó a organizar su camino por el fangal. Frente a él había nubes de insectos, serpientes venenosas y agujeros sin fondo de tierras movedizas. Tras esto habría unidades de la Guardia de Hierro. No podían detenerlo, pero sí hacer más lento su progreso. Como amenazas de su vida, éstas eran insignificantes en comparación con lo que sabía que estaba a medio día de

jornada al oeste, en el paso Dinu.

17

La Fortaleza
Miércoles, 30 de abril
16:47 horas

Woermann estaba ante la ventana mirando a los hombres en el patio. Ayer habían estado mezclados, los uniformes negros revueltos con los grises. Esta tarde estaban separados, una línea invisible dividía a los einsatzkommandos de los soldados ordinarios.

Ayer tenían un enemigo común, que mataba independientemente del color del uniforme. Pero la noche anterior el enemigo no había matado y para esta tarde todos estaban actuando como vencedores, cada grupo adjudicándose el crédito por la noche de seguridad. Era una rivalidad natural. Los einsatzkommandos se veían a sí mismos como tropas selectas, expertos de la SS en una clase especial de guerra. Los soldados comunes se veían a sí mismos como soldados de verdad. Aunque temían lo que representaba el uniforme negro de los SS, veían a los einsatzkommandos como poco más que policías glorificados.

La unidad se empezó a romper en el desayuno. Fue una comida normal hasta que la muchacha Magda apareció. Hubo empujones y codazos amistosos para lograr un lugar cerca de ella mientras se movía por los peroles de comida, llenando una charola para ella y su padre. En realidad no fue un incidente, pero su sola aparición en la comida de la mañana empezó a dividir a los dos grupos. El contingente de la SS supuso automáticamente que, dado que era una judía, tenían el derecho prioritario de hacer con ella lo que quisieran. Los soldados comunes no pensaban que nadie tuviese un derecho prioritario sobre la joven. Era hermosa. Por más

que intentara cubrir su cabello con ese viejo pañuelo y esconder su cuerpo en esas ropas sin forma, no podía ocultar su feminidad, que se irradiaba a pesar de todos sus intentos de minimizarla. Estaba ahí, en la suavidad de su piel, en la tersura de su cuello, la forma de sus labios y la inclinación de sus brillantes ojos castaños. Era de quien la pudiera obtener, según las tropas ordinarias. Y la primera oportunidad deberían tenerla los *verdaderos* guerreros, claro está.

Woermann no se dio cuenta en el primer momento, pero aparecieron las primeras grietas en la solidaridad del día anterior.

En la comida de mediodía comenzó

una lucha a empujones entre los uniformes grises y los negros, nuevamente mientras la chica pasaba por la fila. Dos hombres resbalaron y cayeron al suelo durante una pequeña pelea y Woermann envió al sargento a detenerla antes de que se dieran golpes serios. Para entonces, Magda había recogido su comida y partido.

Poco después de la comida, ella había vagado, buscándolo. Le dijo que su padre necesitaba una cruz o crucifijo como parte de su investigación de uno de los manuscritos. ¿Podría el capitán prestarle uno? Sí pudo; una pequeña cruz de plata tomada de uno de los soldados muertos.

Y ahora los hombres sin asignación estaban sentados aparte en el patio, mientras los demás trabajaban desmantelando la parte posterior de la fortaleza. Woermann trataba de hallar formas de evitar algún problema en la cena. Quizá lo mejor sería hacer que alguien sirviera una charola en cada alimento y subírsela al anciano y a su hija en la torre. Mientras menos vieran a la chica, mejor.

Sus ojos se sintieron atraídos por el movimiento que ocurría directamente bajo él. Era Magda, dudosa al principio y luego con la espalda recta y la barbilla alta, decidida, marchando hacia la entrada al sótano con un balde en la

mano. Los hombres la siguieron primero con la vista, pero pronto estaban en pie, derivando hacia ella desde todos los rincones del patio, como burbujas de jabón girando hacia una alcantarilla abierta.

Cuando volvió del sótano con su balde lleno de agua, la estaban esperando en un cerrado semicírculo, empujándose y forzándose hacia el frente para poder verla más de cerca. La llamaban, moviéndose ante ella, a su lado y atrás, mientras intentaba volver a la torre. Uno de los einsatzkommandos se interpuso a su paso, pero fue empujado por un soldado que tomó el balde de agua con galantería exagerada

y lo llevó caminando delante de ella, un lacayo burlón. Pero el SS que había sido empujado trató de tomar el balde, logrando sólo derramar el contenido en las piernas y botas del que lo sostenía.

Mientras se iniciaban las risas de los uniformes negros, la cara del soldado adquirió un color rojo brillante. Woermann podía ver lo que estaba a punto de ocurrir, pero era impotente para detenerlo desde su puesto en el tercer nivel de la torre. Vio cómo el soldado de gris balanceaba el balde hacia el SS que lo había mojado y contempló el balde golpear con toda su fuerza contra la cabeza del otro. Un instante después, Woermann estaba lejos

de la ventana y bajaba los escalones tan rápido como sus piernas podían llevarlo.

Al llegar al descanso inferior, vio la puerta de la habitación de los judíos cerrándose tras una visión de tela de falda. Luego, se encontró en el patio frente a una verdadera pelea. Tuvo que disparar su pistola dos veces para atraer la atención de los hombres y amenazar con hacerlo contra el próximo que diera un golpe antes de que la lucha terminara en realidad. La chica tenía que irse.

Cuando todo se calmó, Woermann dejó a sus hombres con el sargento Oster y

avanzó directamente al primer piso de la torre. Mientras estaba ocupado poniendo en orden a los einsatzkommandos, Woermann podía utilizar la oportunidad para hacer que la muchacha abandonara la fortaleza. Si podía lograr que atravesara la calzada y llegara a la posada antes de que Kaempffer se diera cuenta de lo que estaba sucediendo, había una buena oportunidad de que lograra mantenerla fuera.

Esta vez no se preocupó en tocar sino que abrió la puerta de un empujón y entró.

—¡*Fraulein* Cuza! —llamó.

El viejo se encontraba sentado a la mesa y la muchacha no estaba visible en

ninguna parte.

—¿Qué quiere con ella? —preguntó el viejo.

—¡*Fraulein* Cuza! —insistió Woermann ignorando al padre.

—¿Sí? —respondió ella saliendo del cuarto trasero, con el rostro ansioso.

—Quiero que empaque para irse a la posada inmediatamente —le ordenó—. Tiene dos minutos. No más.

—¡Pero no puedo dejar a mi padre! —protestó ella.

Él no podía ser dominado y esperaba que su cara lo demostrara. No le gustaba separar a la muchacha de su padre. Obviamente, el profesor necesitaba cuidados y ella se hallaba

dedicada a cuidarlo, pero los hombres bajo sus órdenes estaban primero y ella era una influencia quebrantadura. El padre debía quedarse en la fortaleza y la hija tendría que irse a la posada. No había lugar para discusiones.

Woermann vio que ella le lanzaba una mirada suplicante a su padre, rogándole que dijera algo. Pero el viejo permaneció silencioso. Ella respiró profundamente y se volvió hacia el cuarto trasero.

—Ahora tiene minuto y medio —le avisó Woermann.

—¿Minuto y medio para qué? —preguntó una voz tras él. Era Kaempffer.

Gruñendo interiormente y

preparándose para una batalla de voluntades, Woermann encaró al oficial de la SS.

—Tu selección del momento es soberbia como siempre, mayor —le reprochó—. Sólo le estaba diciendo a Fraulein Cuza que empacara sus cosas y se mudara a la posada.

Kaempffer abrió la boca para replicar, pero fue interrumpido por el profesor.

—¡Lo prohíbo! —gritó con su voz seca y estridente—. ¡No permitiré que alejen a mi hija!

Los ojos de Kaempffer se entrecerraron cuando su atención fue atraída de Woermann a Cuza. Hasta

Woermann se encontró sorprendido al ver que había originado el estallido.

—¿Tú lo prohíbes, viejo judío? —estalló Kaempffer con voz áspera, mientras pasaba junto a Woermann dirigiéndose hacia el profesor—. ¿Tú lo prohíbes? Déjame decirte algo: ¡Tú no prohíbes nada aquí! ¡Nada! —El viejo bajó la cabeza con resignación.

Kaempffer se volvió de nuevo hacia Woermann, satisfecho del resultado de su furia descargada.

—Vigila que salga de aquí inmediatamente. ¡Es una provocadora de problemas!

Aturdido y entretenido, Woermann vio que Kaempffer salía del aposento

tan abruptamente como había entrado. Miró al viejo cuya cabeza ya no estaba baja y quien ahora no parecía estar resignado a nada.

—¿Por qué no protestó antes de que llegara el mayor? —lo acusó Woermann —. Tenía la impresión de que quería que ella saliera de la fortaleza.

—Quizá. Pero cambié de opinión.

—Eso noté… y en una forma muy provocadora, en un momento muy estratégico. ¿Siempre manipula así a todos?

—Mi querido capitán —respondió el profesor en tono serio—, nadie le pone mucha atención a un inválido. La gente mira el cuerpo y ve que está

destrozado por un accidente o inservible por una enfermedad, y automáticamente llevan la enfermedad a la mente dentro del cuerpo. «No puede caminar, por tanto no debe tener nada inteligente o útil o interesante que decir». Así que un lisiado como yo pronto aprende cómo lograr que la gente tenga una idea que él ya había pensado y hacer que lleguen a ella en tal forma, que crean que la originaron ellos. No es manipulación, es una forma de persuasión.

Mientras Magda salía del cuarto trasero con una maleta en la mano, Woermann se dio cuenta con disgusto, y quizá con un toque de admiración, de que él también había sido manipulado o

«persuadido» para concederle al profesor lo que deseaba. Ahora sabía de quién había sido la idea de que Magda hiciera esos repetidos viajes al comedor y al sótano. Sin embargo, la comprensión no lo molestó demasiado. Sus propios instintos estuvieron siempre en contra de tener una mujer en la fortaleza.

—Voy a dejarla en la posada, sin guardia —le explicó a Magda—. Estoy seguro de que entiende que si escapa, las cosas no estarán bien para su padre. Voy a confiar en su honor y en su devoción hacia él.

No añadió que sería provocar una pelea el decidir qué soldados harían el

trabajo de guardia sobre ella, la competencia por el doble beneficio de separarse de la fortaleza y la proximidad de una hembra atractiva ensancharía más tarde el desacuerdo entre los dos contingentes de soldados. No tenía otra alternativa más que confiar en ella.

El padre y la hija intercambiaron una mirada.

—No tema, capitán —lo tranquilizó Magda mirando a su padre—. No tengo ninguna intención de escapar y abandonarlo.

Él vio que las manos del profesor se crispaban en dos puños gruesos y enojados.

—Será mejor que te lleves esto —sugirió el anciano empujando uno de los libros hacia ella, el que él llamaba el *Al Azif*—. Estúdialo esta noche para que podamos discutirlo mañana.

—Sabes que no leo árabe, papá. —Eludió con un rastro de travesura en su sonrisa. Levantó otro volumen más delgado—. Creo que me llevaré éste en su lugar.

Se miraron a través de la mesa. Estaban en un callejón sin salida de voluntades, y Woermann creía tener una buena idea de dónde residía el conflicto.

Sin advertencia, Magda caminó alrededor de la mesa y besó a su padre en la mejilla. Le alisó los ralos cabellos

blancos y luego se enderezó y miró a Woermann directamente a los ojos.

—Cuide a mi padre, capitán. Por favor. Es todo lo que tengo —le pidió.

—No se preocupe. Me encargaré de todo. —Se oyó decir Woermann antes de poder pensar.

Se maldijo. No debió decir eso. Iba en contra de su entrenamiento como oficial, contra toda su educación prusiana. Pero había una expresión en su mirada que lo hacía querer hacer lo que ella le pidió. No tenía una hija propia, pero si la tuviera, le gustaría que lo cuidara como esta muchacha lo hacía con su padre.

No… no tenía que preocuparse de

que escapara. Pero el padre era un tipo hábil. Sería bueno mantenerlo vigilado. Woermann se advirtió que nunca debía dar por hecho nada con estos dos.

El pelirrojo lanzó su montura precipitándose por las colinas hacia la entrada sudeste del paso Dinu. El campo verdeante a su alrededor pasó sin ser notado en su prisa. Mientras el sol bajaba por el cielo ante él, las montañas a ambos lados se hacían más escarpadas y rocosas, acercándosele, angostándose hasta que se vio confinado a un sendero de apenas cuatro metros. Una vez pasado el cuello de botella, más

adelante estaría en el amplio suelo del paso Dinu. De ahí en adelante sería un viaje fácil, aun en la oscuridad. Conocía el camino.

Estaba a punto de felicitarse él mismo por evitar las muchas patrullas militares del área, cuando vio a dos soldados adelante, interponiéndose en su camino con los rifles listos y las bayonetas caladas. Deteniendo su montura ante la pareja, rápidamente decidió el curso de acción: no quería problemas, así que se comportaría humilde y suave.

—¿A dónde tan aprisa, pastor de cabras?

Fue el más viejo de los dos el que

habló. Tenía un grueso bigote y la cara picada de viruelas. El hombre más joven se rió ante la expresión «pastor de cabras». Aparentemente tenía algún significado peyorativo para ellos.

—Por el paso hacia mi aldea. Mi padre está enfermo. Por favor, déjenme pasar.

—Todo a su tiempo. ¿Qué tan arriba piensas llegar?

—A la fortaleza.

—¿La fortaleza? Nunca la he oído nombrar. ¿Dónde está?

Eso respondía una pregunta al pelirrojo. Si la fortaleza estuviera involucrada en una acción militar en el paso, estos hombres al menos hubieran

oído hablar de ella.

—¿Por qué me detienen? —preguntó tratando de aparentar sorpresa—. ¿Algo malo?

—No es correcto que alguien como tú interrogue a la Guardia de Hierro —amenazó Bigotes—. Bájate de ahí para poder verte mejor.

Así que no eran simples soldados, sino miembros de la Guardia de Hierro. Pasar por aquí iba a ser más difícil de lo que pensó. El pelirrojo desmontó y se mantuvo en silencio, esperando mientras lo estudiaban.

—Tú no eres de por aquí —afirmó Bigotes—. Déjame ver tus papeles.

Ésa era la pregunta que el pelirrojo

había temido a lo largo de todo su viaje.

—No los tengo conmigo, señor —contestó con la mayor deferencia posible—. Salí tan deprisa que los olvidé. Volveré por ellos si usted lo desea.

Los dos soldados cruzaron una mirada. Un viajero sin papeles no tenía derecho legal alguno. Su falta de cumplimiento a la ley les dejaba las manos libres para tratarlo como quisieran.

—¿No traes papeles? —Bigotes tenía el rifle de lado ante el pecho. Mientras hablaba, enfatizaba sus palabras con recios golpes de rifle, golpeando el ensamble de la recámara y

la cacha contra las costillas del pelirrojo—. ¿Cómo sabemos que no estás contrabandeando armas a los campesinos en las montañas?

El pelirrojo dio un respingo y retrocedió, mostrando más dolor del que en realidad sentía. Absorber los golpes estoicamente sólo incitaría a Bigotes a ejercer mayor violencia.

Siempre lo mismo, pensó. No importa el tiempo o el lugar, no importa cómo se llame a sí mismo el poder vigente, sus rufianes permanecen iguales.

Bigotes retrocedió y apuntó su rifle al pelirrojo.

—¡Regístralo! —le ordenó a su

joven compañero.

Éste se colgó el rifle al hombro y empezó a empujar rudamente sus manos sobre las ropas del viajero. Se detuvo al llegar al cinturón de dinero. Con unos pocos movimientos ágiles le abrió la camisa y extrajo el cinturón de abajo. Cuando vieron las monedas de oro en las bolsas cruzaron miradas nuevamente.

—¿De dónde robaste eso? —inquirió Bigotes, estrellando nuevamente el costado del rifle contra las costillas del pelirrojo.

—Es mío. Es todo lo que tengo. Pero pueden conservarlo si tan sólo me dejan seguir mi camino. —Lo decía en serio. Ya no necesitaba el oro.

—Oh, lo conservaremos, claro —comentó Bigotes—. Pero primero veremos qué más traes —señaló la larga y plana caja atada al flanco derecho del caballo—. Abre eso —ordenó a su compañero.

El pelirrojo decidió que había dejado que esto llegara tan lejos como podía. No les permitiría abrir la caja.

—¡No toque eso! —gritó.

Deben haber sentido la amenaza en su voz, pues ambos soldados se detuvieron y lo miraron. Los labios de Bigotes se contrajeron con furia. Avanzó para estrellar su rifle contra el pelirrojo una vez más.

—Vaya tú… —empezó a decir.

Aunque los siguientes movimientos del pelirrojo parecieron cuidadosamente planeados, eran sólo reflejos. Cuando Bigotes intentó golpear con su rifle, el pelirrojo se lo arrebató hábilmente. Mientras Bigotes miraba asombrado sus manos vacías, el pelirrojo balanceó la culata del rifle hacia arriba y le rompió la quijada al hombre. Entonces, todo lo que necesitó para aplastarle la laringe fue un leve golpe contra la garganta expuesta. Volviéndose, vio que el otro soldado se descolgaba el arma. El pelirrojo dio un solo paso y clavó la bayoneta del rifle prestado en el pecho del joven. Con sólo un suspiro, éste se relajó y murió.

El pelirrojo vio la escena desapasionadamente. Bigotes seguía aún vivo. Su espalda estaba arqueada y su cara tenía un tinte azul mientras sus manos arañaban su garganta, intentando en vano hacer llegar algo de aire a sus pulmones.

Como antes, cuando mató a Carlos, el marinero, el pelirrojo no sentía nada. Ni triunfo ni arrepentimiento. No podía ver cómo se empobrecía el mundo con la muerte de dos miembros de la Guardia de Hierro, y sabía que si se hubiese esperado mucho más sería él quien estuviera en tierra, herido o muerto.

Para cuando el pelirrojo volvió a

poner el cinturón de dinero alrededor de su cintura, Bigotes estaba tan quieto como su compañero. Escondió los cuerpos y los rifles entre las rocas de la ladera oeste y continuó su galope hacia la fortaleza.

Magda se paseaba por su pequeño cuarto iluminado con velas en la posada y se frotaba las manos ansiosamente, deteniéndose con mucha frecuencia en la ventana para mirar hacia la fortaleza. Estaba oscuro esta noche, con nubes altas que se movían desde el sur, y sin luna.

La oscuridad la asustaba… la oscuridad y estar sola. No podía recordar la última vez que estuvo sola

así. No era ni correcto ni propio que estuviera sin chaperón en la posada. La ayudaba un poco saber que Lidia, la esposa de Iuliu, estaría allí, pero seria de poca utilidad si esa cosa en la fortaleza decidía cruzar la cañada y llegar hasta ella.

Tenía una clara visión de la fortaleza desde su ventana. De hecho, el suyo era el único cuarto con una ventana que diera hacia el norte. Lo había solicitado por ese motivo. No hubo problema, pues ella era la única huésped.

Iuliu fue muy generoso, casi obsequioso. Eso la intrigaba. Siempre había sido cortés durante sus estadías previas, pero de una forma más bien

rutinaria. Ahora virtualmente la adulaba.

Desde donde estaba podía ver la ventana iluminada en el primer nivel de la torre, en donde sabía que papá estaría sentado ahora. No se veía ninguna señal de movimiento y eso significaba que estaba solo. Ella se enfureció con él antes, al darse cuenta de cómo la había manipulado para que saliera de la fortaleza. Pero mientras pasaban las horas, su enojo cedió para dar lugar a la preocupación. ¿Cómo podría cuidarse él mismo?

Se volvió y se recargó contra el antepecho, mirando hacia las cuatro paredes de estuco blanco que la confinaban. Su habitación era pequeña:

un armario angosto, un ropero con un espejo biselado sobre él, un taburete de tres patas y una cama grande y demasiado suave. Su mandolina yacía en la cama, sin haberla tocado desde su llegada. También el libro, *Cultes de Goules*, reposaba intacto en el cajón inferior del ropero. No tenía ninguna intención de estudiarlo. Se lo había llevado sólo por las apariencias.

Tenía que salir un rato. Apagó dos de las velas, pero dejó la tercera encendida. No deseaba que el cuarto quedara totalmente a oscuras. Después del encuentro de la noche anterior, temería a la noche para siempre.

Una escalera de madera pulida la

llevó hacia abajo al primer piso. Encontró al posadero inclinado en el primer escalón, sentado y tallando descorazonadamente un pedazo de madera, con un cuchillo.

—¿Algo anda mal, Iuliu?

Él se sobresaltó al oír su voz, la miró un momento a los ojos y volvió a su inútil tarea.

—Su padre… ¿está bien?

—De momento sí. ¿Por qué?

Él bajó el cuchillo y se cubrió los ojos con ambas manos. Empezó a hablar atropelladamente:

—Ustedes dos están aquí por mi culpa. Estoy avergonzado… no soy un hombre. Pero ellos deseaban saber todo

sobre la fortaleza y yo no pude decirles lo que querían. Y entonces pensé en su padre, que conoce todo lo que hay sobre la fortaleza. No sabía cuan enfermo estaba ahora, y nunca pensé que la traerían a usted también. ¡Pero no pude evitarlo! ¡Me estaban lastimando!

Magda experimentó un breve estallido de cólera. ¡Iuliu no tenía derecho de mencionar a su padre ante los alemanes! Y después admitió que, bajo circunstancias similares, ella también les hubiera dicho todo lo que desearan saber. Al menos ahora sabía cómo obtuvieron la relación entre papá y la fortaleza y tenía una explicación para la actitud deferente de Iuliu.

Su expresión suplicante la tocó cuando levantó los ojos hacia ella.

—¿Me odia?

—No —lo tranquilizó Magda inclinándose y poniendo una mano sobre su redondo hombro—. No pretendía hacernos daño.

—Espero que todo salga bien para ustedes —deseó poniendo su mano sobre la de ella.

—Yo también.

Caminó lentamente por la senda de la cañada. El silencio sólo se veía roto por el crujir de los guijarros bajo sus pies, creando ecos en el aire húmedo. Se detuvo y quedó de pie en los espesos matorrales en capullo a la derecha de la

calzada, ajustándose el suéter más apretadamente a su alrededor. Era medianoche y estaba húmeda y fría, pero el frío que ella sentía era más profundo que el causado por una simple baja de temperatura. Tras ella, la posada era una sombra tenue. En el otro lado de la calzada aparecía la fortaleza, brillando con luz en muchas de sus ventanas. La niebla se había elevado del fondo del paso, llenando la cañada y rodeando el castillo. La luz del patio se filtraba hacia arriba por la fina bruma en el aire, creando un resplandor como el de una nube fosforescente. La fortaleza se veía como un desgarbado crucero de lujo a la deriva en un mar fantasmal de niebla.

El miedo la atrapó mientras miraba hacia la construcción.

La noche anterior… considerando las mortales amenazas del día, le resultó fácil evitar pensar en la noche anterior. Pero aquí, en la oscuridad, todo volvió a ella: esos ojos, esa gélida garra en su brazo. Se pasó la mano por el sitio, cerca del codo, donde la cosa la había tocado. Aún tenía una marca ahí, de un gris pálido. El área se veía muerta y no logró lavar la mancha. No se lo dijo a papá. Pero era una prueba de que la noche anterior no fue un sueño. La pesadilla era una realidad. Un tipo de criatura que ella alegremente había supuesto era fantasía se hizo real, y

estaba allá, en esa construcción de piedra. Papá también. Ella sabía que en este momento lo estaba esperando. No se lo había dicho, pero ella lo sabía. Papá esperaba ser visitado esta noche y ella no estaría allí para ayudarlo. La cosa los perdonó la noche anterior, pero ¿podría papá esperar tal suerte dos noches seguidas?

¡Todo era tan irreal! ¡Los no-muertos eran una ficción!

Y, sin embargo, la noche anterior…

El sonido de unos cascos interrumpió su meditación, se volteó y distinguió confusamente un caballo y su jinete pasando ante la posada a todo galope. Se acercaron a la calzada,

aparentemente con toda la intención de lanzarse hacia la fortaleza, pero en el último momento el jinete tiró fieramente de las riendas de su cabalgadura haciéndola detenerse a la orilla. Hombre y caballo quedaron dibujados por el resplandor que se filtraba de la fortaleza a través de la cañada. Notó una caja negra y angosta atada al flanco derecho del caballo. El jinete desmontó, dio unos pasos tentativos por la calzada y se detuvo.

Magda se agazapó en la maleza y lo miró estudiar la fortaleza. No podía explicar exactamente por qué decidió esconderse, pero los sucesos de los últimos días la hacían desconfiar de

cualquier persona que no conociera.

Él era alto, esbeltamente musculoso, y no llevaba sombrero. Su cabello rojizo estaba enredado por el viento, y su respiración era rápida pero no jadeante. Pudo ver cómo movía su cabeza mientras sus ojos seguían a los vigías en lo alto de muros de la fortaleza. Parecía estar contándolos. Su postura era tensa, como si se contuviera a fuerza para evitar lanzar su cuerpo golpeando contra las cerradas puertas del otro lado de la calzada. Se veía claramente frustrado, enojado y confundido.

Estuvo quieto y callado durante largo tiempo. Magda sintió que sus pantorrillas empezaban a dolerle por

estar acuclillada tanto tiempo, pero no se atrevía moverse. Por fin él se volvió y caminó de vuelta a su caballo. Sus ojos escudriñaron la orilla de la cañada de un lado a otro mientras andaba… De pronto detuvo y miró detenidamente al punto donde Magda estaba inclinada. Ella contuvo la respiración en tanto su corazón empezaba a golpear alarmado.

—¡Usted ahí! —llamó—. ¡Salga! — Su tono era imperativo y su acento sugería un dialecto meglenítico.

Magda no se movió. ¿Cómo pudo verla él a través de la maleza y la oscuridad?

—¡Salga o la sacaré arrastrando!

Magda halló una pesada piedra junto

a su mano derecha. Sosteniéndola con firmeza, se levantó rápidamente y avanzó. Se aventuraría a su suerte en campo abierto. Ni este hombre ni nadie iba a arrastrarla a ninguna parte, sin luchar. Ya habían abusado suficiente de ella hoy.

—¿Por qué se escondía allí?

—Porque no sé quién es usted —respondió Magda haciendo sonar la voz tan desafiante como pudo.

—Me parece justo —aceptó él con un asentimiento cortés.

Magda podía percibir la tensión contenida dentro de él, sin embargo sintió que no tenía nada que ver con ella. Eso tranquilizó un poco su mente.

—¿Qué está pasando ahí? ¿Quién tiene la fortaleza encendida como una barata atracción turística? —preguntó haciendo una seña hacia la construcción.

—Soldados alemanes.

—Me imaginé que esos cascos eran alemanes. Pero ¿por qué aquí?

—No lo sé. No estoy segura de que ellos lo sepan tampoco.

Lo vio contemplar la fortaleza un momento más y lo oyó murmurar bajo el aliento algo que sonó como «¡Tontos!». Pero no estaba segura. Había una lejanía en él, un sentimiento de que ella no le preocupaba en lo más mínimo, que lo único que le interesaba era la fortaleza. Ella relajó la presión sobre la piedra,

pero no la dejó caer. Aún no.

—¿Por qué está tan interesado? —Especuló.

La miró con las facciones ensombrecidas.

—Sólo soy un turista. He estado por aquí antes y pensé en detenerme en la fortaleza, camino hacia las montañas.

Ella supo de inmediato que era mentira. Ningún visitante curioso cabalgaba de noche por el paso Dinu a la velocidad a la que había llegado este hombre. No, a menos que estuviera loco.

Magda retrocedió y empezó a andar hacia la posada. Temía estar en la oscuridad con un hombre que decía mentiras evidentes…

—¿Adónde va?

—De vuelta a mi habitación. Hace frío aquí afuera.

—La acompaño de regreso.

—Iré sola, gracias. —Rechazó Magda incómoda, acelerando el paso.

Él pareció no oír, o si escuchó decidió ignorar lo que ella dijo. Hizo girar su cabalgadura y llegó junto a ella, tomando su paso y guiando su caballo tras él. Al frente, la posada yacía como una gran caja de dos pisos. Ella pudo ver la débil luz en su ventana, proveniente de la vela que dejara encendida.

—Puede dejar esa piedra en el suelo —sugirió él—. No la necesitará.

—Yo seré quien decida eso —afirmó Magda ocultando su reacción. ¿Podía este hombre ver en la oscuridad?

Despedía un aroma agrio, una mezcla de sudor masculino y de caballo, que encontró desagradable. Se apresuró aún más para dejarlo atrás.

Él no se preocupó por alcanzarla.

Magda dejó caer la piedra al llegar al primer escalón de la posada y entró. A su izquierda, Iuliu se encontraba en la mesa que usaba como comedor disponiéndose a apagar su vela.

—Es mejor que espere —le aconsejó Magda al pasar ligera—. Creo que tiene otro huésped en camino.

—¿Esta noche? —inquirió él

mientras su rostro se iluminaba.

—De inmediato.

Radiante, abrió el libro de registro y destapó el tintero. La posada había sido propiedad de la familia de Iuliu durante generaciones. Algunas personas decían que fue construida para albergar a los trabajadores que levantaron la fortaleza. No era más que una pequeña casa de dos pisos, y de ningún modo un negocio que produjese ingresos, pues el número de viajeros que se detenían en la posada en el transcurso de un año era ridículo. Pero el primer piso servía de hogar a la familia y siempre había alguien en el raro caso de que un viajero apareciera. La mayor parte de los pequeños ingresos

de Iuliu provenía de la comisión que recibía por actuar como intermediario con los trabajadores de la fortaleza. El resto procedía de la lana obtenida del rebaño de ovejas que su hijo cuidaba… de aquéllas que no habían sido sacrificadas para poner un poco de carne a la mesa de la familia y ropas sobre sus hombros.

Dos de las tres habitaciones de la posada, rentadas a la vez… una bonanza.

Magda corrió ligeramente hasta lo alto de las escaleras, pero no entró de inmediato a su habitación. Hizo una pausa para escuchar lo que el desconocido le diría a Iuliu. Se preguntó

sobre su interés, mientras estaba allí. Le pareció poco atractivo el hombre. Y además de su olor y sucia apariencia, había un rastro de arrogancia y condescendencia que ella encontraba igualmente molesto.

¿Por qué estaba entonces escuchando a escondidas? No era su costumbre.

Escuchó fuertes pasos en el escalón del frente y luego en el piso cuando entraba el hombre. Su voz subió haciendo ecos por la escalera.

—¡Ah, posadero! ¡Qué bueno! Aún está de pie. Disponga que alguien friccione mi yegua y le dé establo aquí por unos pocos días. Es mi segunda cabalgadura de hoy y la he forzado

bastante. La quiero bien seca antes de que la guarden a dormir. Oiga, ¿está escuchando?

—Sí… sí, señor. —La voz de Iuliu sonaba ronca, forzada y atemorizada.

—¿Puede hacerlo?

—Sí. Yo… haré que mi sobrino baje de inmediato.

—Y una habitación para mí.

—Nos quedan dos. Firme por favor.

—¿Puede darme la que está exactamente aquí arriba, la que da al norte? —pidió el hombre después de una pausa.

—Oh, disculpe, señor, pero debe poner su apellido. «Glenn» no es suficiente —manifestó Iuliu con voz

temblorosa.

—¿Tiene a alguien más llamado Glenn alojado aquí?

—No.

—¿Hay alguien más en esta zona, llamado Glenn?

—No, pero…

—Entonces, Glenn a secas servirá.

—Muy bien, señor. Pero debo decirle que la habitación norte está ocupada. Puedo darle la del este.

—Quienquiera que él sea, dígale que cambiaremos cuartos. Pagaré extra.

—No es un él, señor. Es una ella y no creo que se mude.

Cuán verdadero, Iuliu, pensó Magda.

—¡Dígale! —ordenó en un tono al que no podía oponérsele.

Cuando Magda escuchó los apresurados pies de Iuliu acercarse a las escaleras, se metió a su habitación y esperó. La actitud del extraño la enfurecía. ¿Y qué había hecho para asustar así a Iuliu?

Abrió la puerta a la primera llamada y miró al gordo posadero cuyas manos sostenían y torcían nerviosamente la tela del frente de su camisa. Su cara estaba pálida y perlada, tan sudorosa que su bigote empezaba a colgar. Estaba aterrorizado.

—Por favor, *Domnisoara* Cuza —balbuceó—, hay un hombre allá abajo

que desea esta habitación. ¿Podría por favor dejársela? ¿Por favor?

Estaba gimiendo. Suplicando. Magda sintió pena por él, pero no iba a dejar esta habitación.

—¡Absolutamente no! —exclamó y empezó a cerrar la puerta, pero él extendió la mano.

—¡Pero debe hacerlo!

—No lo haré, Iuliu. ¡Es mi última palabra!

—Entonces podría… ¿podría usted decírselo? ¿Por favor?

—¿Por qué le tiene tanto miedo? ¿Quién es él?

—No sé quién sea. Y realmente no… —Su voz se hizo inaudible—. ¿No

podría decírselo usted por mí?

De hecho, Iuliu temblaba de miedo. El primer impulso de Magda fue dejar que el posadero se encargara de sus asuntos, pero luego se le ocurrió que podría obtener cierto placer en el hecho de decirle al arrogante recién llegado que ella iba a conservar la habitación. Durante dos días no se le había permitido opinar sobre lo que ocurría. Mantenerse firme en este pequeño problema representaría un cambio bienvenido.

—Claro que se lo diré.

Se apretó contra la puerta para pasar junto a Iuliu y bajó corriendo los escalones. El hombre aguardaba

impasible en el vestíbulo, inclinado confiada y casualmente en la angosta y larga caja que ella viera antes atada al flanco del caballo. Era la primera vez que lo veía a la luz y reconsideró el juicio inicial. Sí, estaba sucio y podía olerlo desde el pie de la escalera, pero sus facciones eran uniformes, la nariz larga y recta, los pómulos altos. Notó cuan pronunciadamente rojo era su cabello, como una llama oscura; quizá un poco desordenado y luengo, pero eso, como su olor, bien podría ser el resultado de un viaje largo y pesado. Sus ojos la atrajeron un momento, asombrosos en la profundidad de su azul y su claridad. La única nota discordante

en su apariencia era el tono oliváceo de su piel, fuera de lugar en relación con su cabello y sus ojos.

—Pensé que podía ser usted.

—Mantendré mi habitación.

—La requiero —afirmó él enderezándose.

—Es mía por ahora. Será bienvenido a ella cuando me vaya.

—Es importante que yo tenga una orientación norte. Yo… —empezó a decir dando un paso hacia ella.

—Tengo mis propias razones para mantener la vista sobre la fortaleza —insistió Magda interrumpiéndolo antes de que dijera otra mentira—, y estoy igualmente segura que usted tiene las

suyas. Pero las mías son de gran importancia personal. No me iré.

Sus ojos brillaron de pronto y, por un instante, Magda temió haber excedido sus límites. De forma igualmente súbita se tranquilizó y dio un paso atrás, con media sonrisa jugando en las comisuras de sus labios.

—Obviamente usted no es de por aquí.

—Bucarest.

—Eso pensé —afirmó, y Magda creyó haber visto el rastro de algo en sus ojos, algo parecido a un respeto desganado. Pero eso no parecía correcto. ¿Por qué la miraría así si ella estaba impidiéndole lo que quería? ¿No

reconsiderará?

—No.

—Oh, bien —suspiró—. Que sea pues una orientación este. ¡Posadero! ¡Muéstreme mi habitación!

Iuliu se precipitó por las escaleras, casi tropezando por la prisa.

—Al instante, señor. La habitación de la derecha, al final de las escaleras, está lista para usted. Llevaré esto… —se ofreció acercándose al estuche, pero Glenn se lo arrebató.

—Puedo encargarme de esto perfectamente bien —le explicó—. Pero hay una manta enrollada en el lomo de mi caballo que podré necesitar. —Empezó a subir las escaleras—. ¡Y

cerciórese de atender a ese caballo! Es una bestia buena y confiable. —Con una breve mirada que provocó en su interior una sensación poco familiar pero no desagradable, él subió los escalones de dos en dos—. ¡Y prepáreme un baño inmediatamente!

—¡Sí, señor! —repuso Iuliu inclinándose hacia Magda y tomándole ambas manos entre las suyas—. ¡Gracias! —susurró, todavía asustado, pero aparentemente ya menos. Luego, se apresuró a atender al caballo.

Magda se detuvo durante un momento en mitad del vestíbulo, preguntándose sobre la extraña cadena de acontecimientos de la noche. Había

preguntas sin respuesta aquí en la posada, pero no podía pensar en ellas ahora, no mientras hubiera preguntas más temibles que responder, allá en la fortaleza…

¡La fortaleza! ¡Había olvidado a papá! Subió las escaleras rápidamente, pasando junto a la puerta cerrada de la habitación de Glenn y luego entró a su propio aposento, precipitándose hacia la ventana. Allá en la torre, la luz de papá ardía igual que antes.

Suspiró con alivio y se recostó en la cama. Una cama… una cama verdadera. Quizá todo estaría bien después de esta noche. Sonrió. No, esa táctica no iba a funcionar. Iba a pasar algo. Cerró los

ojos protegiéndolos de la luz de la estriada vela colocada sobre el ropero, con el resplandor duplicado por el espejo tras ella. Estaba cansada. Si sólo pudiera descansar sus ojos durante un minuto, se sentina mejor… pensaría, en cosas buenas, como que a papá se le permitiera regresar a Bucarest con ella, huyendo de los alemanes y de esa horrible manifestación…

El sonido de un movimiento en el corredor atrajo sus pensamientos, alejándolos de la fortaleza. Sonaba como si fuera un hombre, Glenn, que bajaba al cuarto trasero para tornar un baño. Por lo menos no olería siempre como esta noche. Pero ¿por qué le

importaba eso? Él parecía preocupado por el bienestar de su caballo y eso podía ser interpretado como señal de que era un hombre compasivo. O solamente un hombre práctico. ¿Realmente había dicho que era su segunda montura del día? ¿Puede cualquier hombre montar dos caballos hasta cansarlos tanto? No podía imaginar por qué Iuliu se veía tan aterrorizado por el recién llegado. Parecía conocer a Glenn y, sin embargo, no supo su nombre hasta que él lo escribió. No tenía sentido.

Ya nada tenía sentido… sus pensamientos divagaban…

El sonido de una puerta al cerrarse

la sorprendió, despertándola. No era la suya. Debía ser la de Glenn. Hubo un rechinido en la escalera. Magda se enderezó y miró la vela que había perdido la mitad de su tamaño desde la última vez que la vio. Saltó hacia la ventana. Todavía se veía luz en el cuarto de su padre.

No se oía ningún sonido abajo, pero podía distinguir la forma de un hombre moviéndose por el sendero que daba a la calzada. Sus movimientos era felinos. Silenciosos. Estaba segura de que era Glenn. Mientras Magda miraba, entró al matorral situado a la derecha de la calzada y se detuvo allí, precisamente donde ella estuviera antes. La niebla que

llenaba la cañada se desbordaba y tocaba sus pies. Miraba hacia la fortaleza como un centinela.

Magda sintió una estocada de enojo. ¿Qué estaba haciendo él allí afuera? Ése era el sitio de ella. No tenía derecho a tomarlo. Deseó tener el valor de salir y decirle que se fuera, mas no lo tenía. Realmente no le temía, pero él se movía demasiado rápido, con demasiada decisión. Este Glenn resultaba ser un hombre peligroso. Aunque sentía que no lo era. Quizá para otros. Quizá para esos alemanes en la fortaleza. ¿Y acaso, de algún modo, eso no lo hacía un aliado? Sin embargo, no podía salir sin escolta en la oscuridad, para decirle que se

fuera y le permitiera mantener su propia vigilancia.

Pero sí observarlo. Podía colocarse detrás de él y averiguar qué pretendía, mientras mantenía el ojo sobre la ventana de papá. Tal vez sabría por qué estaba él aquí. Ésa era la pregunta que la aguijoneaba cuando bajaba silenciosamente la escalera, atravesaba el oscurecido recibidor y salía al camino. Trepó por una gran roca que no se hallaba, demasiado lejos, detrás de él. Nunca sabría que estaba allí.

—¿Vino a reclamar su puesto de vigilancia?

¡Magda saltó al oír el sonido de su voz, ya que ni siquiera había mirado a su

alrededor!

—¿Cómo supo que me encontraba aquí? —preguntó ella.

—Oí que se acercaba desde que salió de la posada. Realmente es bastante torpe.

Allí estaba otra vez esa complaciente autoconfianza.

Él se volvió y le hizo un gesto.

—Suba y dígame por qué cree que los alemanes tienen iluminada así la fortaleza a deshoras. ¿Acaso nunca duermen?

Ella retrocedió y luego decidió aceptar su invitación. Se mantendría en la orilla, pero no demasiado cerca de él. Mientras se acercaba, notó que olía

mucho mejor.

—Tienen miedo a la oscuridad —explicó ella.

—Miedo a la oscuridad —repitió él y su tono se había vuelto plano. No parecía sorprendido por su respuesta—. ¿Y por qué es eso?

—Creen que hay un vampiro.

A la tenue luz de la fortaleza que se filtraba a través de la cañada, Magda vio que levantaba las cejas.

—¡Oh! ¿Eso es lo que le dijeron? ¿Conoce a alguien allí?

—Yo misma he estado allí. Y mi padre lo está ahora —explicó y señaló hacia la fortaleza—. La ventana más baja en la torre es la de él, la que está

iluminada. —¡Cómo anhelaba que estuviera bien!

—Pero ¿por qué iba a pensar alguien que hay un vampiro rondando?

—Murieron ocho hombres, todos soldados alemanes, todos con las gargantas destrozadas.

—Aun así… ¿un vampiro?

—También está el asunto de dos cadáveres que supuestamente caminaron. Un vampiro parece ser lo único que puede explicar todo lo que ha pasado allí. Y después de lo que vi…

—¿Usted lo vio? —La interrumpió Glenn volviéndose e inclinándose hacia ella, sus ojos penetrándola, concentrados en su respuesta.

—Sí —contestó Magda retrocediendo un paso.

—¿Cómo era?

—¿Por qué quiere saberlo? —Ahora le asustaba. Sus palabras la golpeaban mientras él se acercaba más.

—¡Dígame! —exigió—. ¿Era oscuro? ¿Era pálido? ¿Atractivo? ¿Feo? ¿Qué?

—Ni siquiera estoy segura de recordarlo exactamente —vaciló ella—. Lo único que sé es que parecía loco… y profano, si eso tiene algún significado para usted.

—Sí —repuso él enderezándose—. Eso dice mucho. Y no quise incomodarla. —Hizo una breve pausa

—. ¿Qué hay con sus ojos?

Magda sintió que la garganta se le tensaba y le preguntó:

—¿Cómo sabe acerca de sus ojos?

—No sé nada de sus ojos —respondió él rápidamente—. Pero se dice que son las ventanas del alma.

—De ser cierto eso, su alma es un pozo sin fondo —repuso ella con la voz disminuyendo por voluntad propia hasta convertirse en un susurro.

Ninguno habló durante un rato y ambos miraron la fortaleza en silencio. Magda se preguntó qué estaría pensando Glenn. Finalmente, él habló:

—Una cosa más: ¿Sabe cómo empezó todo?

—Mi padre y yo no estábamos aquí, pero nos dijeron que el primer hombre murió cuando él y un amigo rompieron una pared del sótano.

Ella lo vio sonreír y cerrar los ojos, como con dolor y como lo había visto horas antes, sus labios formaron otra vez la palabra «tontos» sin decirla en voz alta.

Él abrió los ojos y señaló súbitamente hacia la fortaleza.

—¿Qué está pasando en la habitación de su padre?

Magda miró y al principio no vio nada. Luego, el terror la invadió. La luz estaba apagándose. Sin pensarlo, se dirigió hacia la calzada. Pero Glenn la

agarró por la muñeca y la jaló hacia atrás.

—¡No sea tonta! —le susurró ásperamente al oído—. ¡Los centinelas le dispararán! ¡Y si por casualidad detienen el fuego, nunca la dejarán entrar! ¡No hay nada que pueda hacer!

Magda apenas lo oyó. Frenéticamente, sin palabras, luchaba contra él. ¡Tenía que escapar, tenía que llegar con papá! Pero Glenn era fuerte y se negaba a soltarla. Sus dedos se encontraban en sus brazos, y entre más luchaba, más fuerte la sostenía.

Finalmente, las palabras de él la alcanzaron: no podía llegar con papá. No había nada que pudiera hacer.

En un silencio impotente y agonizante, vio que la luz de la habitación de papá disminuía lenta, inexorablemente hacia lo negro.

18

La Fortaleza
Jueves, 19 de mayo
02:17 horas

Theodor Cuza había esperado pacientemente, ansiosamente, sabiendo sin saber cómo, que esa cosa que viera la noche anterior regresaría a él. Le había hablado en la vieja lengua. Regresaría. Esta noche.

Nada más era seguro esta noche. Podría revelar secretos buscados por

los eruditos durante siglos, o podría no ver nunca la mañana. Tembló, tanto por la anticipación como por el miedo a lo desconocido.

Todo se hallaba listo. Estaba sentado a la mesa, con los viejos libros amontonados en una uniforme pila a su izquierda, una pequeña caja llena de los tradicionales ajos de vampiro a su alcance del lado derecho y la siempre presente taza con agua, directamente frente a él. La única iluminación provenía del cono de luz de la bombilla con pantalla colocada directamente sobre él, y el único sonido era el de su propia respiración.

Y súbitamente supo que no estaba

solo.

Antes de ver algo, lo sintió; era una presencia maligna, más allá de su campo de visión y más allá de su capacidad de descripción. Simplemente estaba allí. Entonces comenzó la oscuridad. Esta vez fue diferente. Anoche había ocupado el mismo espacio de la habitación, creciendo y extendiéndose desde todos lados. Esta noche la vio invadir por una ruta diferente, colándose lenta e insidiosamente por las paredes, borrándolas de su vista, cerrándose sobre él.

Cuza presionó las manos enguantadas contra la cubierta de la mesa, para evitar que temblaran. Podía

sentir que el corazón le golpeaba en el pecho, tan fuerte e intensamente que temió que una de sus arterias se rompiera. El momento estaba aquí. ¡Éste era!

Las paredes desaparecieron. La oscuridad lo rodeaba con un domo de ébano que se tragaba el resplandor de la bombilla sobre él, y ninguna luz pasaba más allá de la orilla de la mesa. Hacía frío, pero no tanto como anoche, y no había viento.

—¿Dónde estás? —preguntó en eslavo antiguo.

No hubo respuesta. Pero en la oscuridad, más allá del punto que la luz no podía traspasar, percibió que algo

esperaba de pie, midiéndolo.

—¡Muéstrate, por favor! —le pidió.

Hubo una larga pausa y luego una voz con pesado acento habló desde la oscuridad.

—Puedo hablar una forma más moderna de nuestra lengua. —Las palabras se derivaban de una versión radical del dialecto daco-romano, hablado en esta región en la época en que fue construida la fortaleza.

La oscuridad en el extremo más alejado de la pequeña mesa comenzó a retirarse. Una forma salió de la negrura. Cuza reconoció inmediatamente la cara y los ojos de la noche anterior, y luego el resto de la figura se hizo visible. Un

hombre gigante se hallaba frente a él; medía por lo menos dos metros, tenía los hombros anchos y estaba de pie orgullosa, desafiantemente, con las piernas separadas y las manos en las caderas. Una capa hasta el suelo, tan negra como su cabello y ojos, quedaba asegurada alrededor de su cuello con un broche de oro enjoyado. Cuza pudo ver bajo ella una blusa roja suelta, unos flojos pantalones negros, que parecían ser para montar, y botas altas de áspero cuero café.

Todo estaba allí: el poder, la decadencia y la crueldad.

—¿Cómo es que conoces la vieja lengua? —inquirió la voz.

—Yo… la he estudiado por años. —Se oyó tartamudear Cuza. Descubrió que su mente se había entumido, congelado. Todo lo que quería decir, las preguntas que esa tarde planeó hacer, se habían ido, habían escapado. Desesperadamente verbalizó la primera idea que le vino a la cabeza—: Casi esperaba que usaras ropa de noche.

Las gruesas cejas que crecían tan cerca una de otra, se tocaron al arrugarse el ceño del visitante.

—No entiendo lo de «ropas de noche».

Mentalmente, Theodor se propinó un puntapié. Era asombroso cómo una sola novela, escrita medio siglo antes por un

británico, podía alterar la percepción de alguien sobre lo que era esencialmente un mito rumano.

—¿Quién eres? —preguntó adelantándose en su silla de ruedas.

—Soy el vizconde Radu Molasar. Esta región de Valaquia fue mía una vez.

—¿Un boyardo? —se extrañó el profesor. Estaba diciendo que era uno de los señores feudales de su tiempo.

—Sí. Uno de los pocos que permaneció con Vlad, al que llamaban Tepes, el empalador, hasta su fin en las afueras de Bucarest.

—¡Eso fue en 1476! —exclamó Cuza, estupefacto pese a que esperaba una respuesta tal.

—Yo estuve ahí.

—Pero ¿dónde has estado desde el siglo quince?

—Aquí.

—¿Por qué? —El miedo del viejo se iba evaporando como humo mientras hablaba, y se veía reemplazado por una excitación intensa que hacía que su mente volara. Quería saberlo todo. ¡Ahora!

—Me estaban persiguiendo.

—¿Los turcos?

Los ojos de Molasar se entrecerraron, mostrando sólo el negro de sus pupilas.

—No —respondió al fin—… otros… dementes que serían capaces de

perseguirme por todo el mundo para destruirme. Sabía que no podía huir de ellos para siempre. —Hizo una pausa y sonrió mostrando unos dientes largos, afilados y levemente amarillentos, ninguno especialmente aguzado, pero todos de apariencia fuerte—. Así que decidí esperar más que ellos. Construí ésta, fortaleza, hice arreglos para su mantenimiento y me oculté.

—Es… —Cuza no se atrevía a formular la pregunta que había deseado hacer ardientemente desde el principio; ahora no podía contenerse más—. ¿Eres un no-muerto?

—¿No-muerto? —repitió mientras volvía la sonrisa casi burlona—.

¿Nosferatu? ¿*Moroi*? Quizá.

—Pero ¿cómo…?

—¡*Basta*! —exclamó Molasar lanzando una mano por el aire—. ¡Basta de tus molestas preguntas! No me importa tu inútil curiosidad. No me importas tú, a no ser por el hecho de que eres mi compatriota y que hay invasores en mi tierra. ¿Por qué estás con ellos? ¿Traicionas acaso a Valaquia?

—¡No! —protestó Cuza sintiendo volver el miedo que fuera alejado por la excitación del contacto, mientras la expresión de Molasar se hacía feroz—. ¡Me trajeron aquí contra mi voluntad!

—¿*Por qué*? —La pregunta surgió como un cuchillo al ataque.

—Creyeron que yo podría descubrir qué estaba matando a los soldados. Y creo que lo he hecho… ¿no?

—Sí. Lo has hecho —admitió Molasar con otro cambio mercurial de humor, sonriendo de nuevo—. Los necesito para recuperar la fuerza después de mi largo reposo. Los necesitaré a todos antes de estar en la cima de mis poderes.

—¡Pero no debes hacerlo!

—¡*Nunca* me digas lo que debo o no debo hacer en mi hogar! —bramó Molasar estallando de nuevo—. ¡Y nunca cuando los invasores lo han tomado! ¡Yo me encargué de que ningún turco pusiera un pie en este paso

mientras estuve aquí, y ahora se me despierta para hallar mi fortaleza infestada de alemanes!

Estaba echando espumarajos de furia, caminando de un lado a otro, blandiendo salvajemente los puños para acentuar sus palabras.

Theodor aprovechó la oportunidad para levantar la tapa de la caja a su derecha y extraer el fragmento de espejo roto que Magda le había dado anteriormente. Mientras Molasar bramaba por la habitación, perdido en la cólera, Cuza levantó el espejo y trató de ver el reflejo de Molasar en él. Pudo vislumbrar a su izquierda a Molasar junto al montón de libros en la esquina

de la mesa, pero cuando vio el espejo sólo logró ver más libros.

¡Molasar no se reflejaba!

De pronto, el espejo fue arrebatado de la mano de Cuza.

—¿Curioso aún? —interrogó levantando el espejo y mirándolo—. Sí. Las leyendas son ciertas, no me reflejo. Hace mucho sí tenía reflejo. —Sus ojos se ensombrecieron por un instante—. Pero ya no. ¿Qué más tienes en esa caja?

—Ajo —respondió Cuza y sacó un diente bajo la tapa—. Se dice que aleja a los no-muertos.

Molasar extendió la palma de la mano. Había pelo creciendo en su centro.

—Dámelo —ordenó. Cuando Cuza obedeció, Molasar se llevó el diente de ajo a la boca y lo mordió. Después tiró el resto a un rincón—. Adoro el ajo.

—¿Y la plata? —inquirió extrayendo un medallón de plata que Magda le había dejado.

Molasar no dudó en tomarlo y frotarlo entre sus manos.

—¡No podría haber sido un boyardo bueno si hubiese temido a la plata! —Ahora parecía estar divirtiéndose.

—¿Y esto? —Finalizó Cuza buscando el último artículo en la caja—. Se supone que es el más potente de los amuletos contra los vampiros. —Sacó la cruz que el capitán le presté a Magda.

Con un sonido que era parte jadeo y parte gruñido, Molasar se alejó y desvió los ojos.

—¡Guárdalo!

—¿Te afecta? —aventuró Cuza, aturdido. Una pesadez creció en su pecho mientras miraba a Molasar encogerse—. ¿Por qué? Cómo…

—¡GUÁRDALO!

Cuza lo hizo inmediatamente, doblando los lados de la caja de cartón mientras presionaba la tapa tan fuertemente como podía sobre el objeto ofensivo.

Prácticamente, Molasar saltó sobre él, enseñando los dientes y silbando las palabras entre ellos.

—¡Pensé que podía encontrar en ti un aliado contra los extranjeros, pero veo que no eres diferente!

—¡También quiero que se vayan! —declaró Cuza, aterrorizado, apretándose contra el escaso acojinado de su silla de ruedas—. ¡Más que tú!

—¡Si eso fuera cierto, nunca habrías traído esa abominación a este cuarto! ¡Y nunca me lo hubieras mostrado!

—¡Pero no lo sabía! ¡Podía haber sido otra falsa historia folclórica, como el ajo y la plata! —¡Tenía que convencerlo!

Molasar hizo una pausa.

—Quizá —aceptó. Giró y caminó hacia la oscuridad, con la furia

mínimamente calmada—. ¡Pero tengo dudas sobre ti, inválido!

—¡No te vayas! ¡Por favor!

Molasar dio unos pasos hacia la oscuridad que lo esperaba y se volvió hacia el profesor mientras ésta lo envolvía. No dijo nada.

—¡Estoy de tu lado, Molasar! —gritó Cuza. ¡No podía irse ahora, no cuando quedaban tantas preguntas sin respuesta!—. ¡Por favor, créeme!

Sólo permanecían puntos brillantes de luz en la superficie de los ojos de Molasar. El resto de él había sido tragado. Súbitamente, una mano emergió de la oscuridad, apuntando a Cuza.

—Te vigilaré, inválido —le advirtió

—. Y si veo que puedo confiar en ti, hablaré contigo alguna otra vez. Pero si traicionas a nuestra gente, segaré tus días.

La mano desapareció. Luego, los ojos. Pero las palabras persistieron, colgando en el aire. La oscuridad cedió gradualmente, reabsorbiéndose en las paredes. Pronto todo estaba como antes. El diente de ajo parcialmente comido, que yacía en la esquina de la habitación, era la única evidencia de la visita de Molasar.

Cuza no se movió durante largo rato. Entonces notó lo pesada que tenía la lengua en la boca, más seca de lo usual. Alzó la taza con agua y bebió, lo que era

un ejercicio mecánico que no requería ningún pensamiento consciente. Tragó con la dificultad habitual y luego buscó la caja ubicada a su derecha. Su mano descansó sobre la tapa durante un tiempo, antes de levantarla. Su mente adormecida se negaba a enfrentar lo que estaba adentro, pero sabía que a la larga tendría que verlo. Comprimiendo su boca contraída hasta convertirla en una línea corta y torva, levantó la tapa, extrajo la cruz y la depositó ante él sobre la mesa.

Una cosa tan pequeña… Plata. Algún trabajo de adorno en los extremos de la pieza vertical y de la cruceta. Ningún cadáver unido a ella. Sólo una

cruz. No era más, pero representaba un símbolo de la inhumanidad del hombre hacia el hombre.

De las tradiciones milenarias y del aprendizaje de su propia fe, que era parte de su vida diaria y su cultura, Theodor siempre consideró el uso de cruces como una costumbre más bien bárbara, como un signo de inmadurez en una religión.

Pero entonces, el cristianismo resultaba ser un retoño relativamente joven del judaísmo. Necesitaba tiempo. ¿Cómo había llamado Molasar a la cruz? Una «abominación». No, no era eso. Al menos no para Cuza. Grotesco sí, pero nunca una abominación.

Sin embargo, ahora adquiría un nuevo significado, así como muchas otras cosas. Las paredes parecían hacer presión sobre él mientras miraba la pequeña cruz, permitiendo que ésta se convirtiera en el polo de su atención. Las cruces eran muy parecidas a los amuletos que usaban los primitivos para alejar a los espíritus malignos. Los europeos del Este, especialmente los gitanos, tenían incontables amuletos, desde ajos hasta iconos. Él había arrojado la cruz junto con el resto, sin ver ninguna razón por la que mereciera más consideración que lo demás.

Sin embargo, Molasar sintió repulsión hacia la cruz… ni siquiera

soportó mirarla. La tradición le atribuía poder sobre los demonios y los vampiros, porque supuestamente era el símbolo del triunfo final del bien sobre el mal. Cuza siempre se había dicho que si los no-muertos existían, y la cruz tenía poder sobre ellos, se debía a la fe innata de la persona que sostenía el objeto y no al objeto en sí.

No obstante, acababa de comprobar que estaba equivocado.

Molasar era malvado. Eso era un hecho: cualquier entidad que deja un rastro de cadáveres para continuar su propia existencia es inherentemente maligna. Y cuando él sostuvo la cruz en alto, Molasar retrocedió. Cuza no creía

en el poder de la cruz, sin embargo ésta había mostrado tener poder sobre Molasar.

Así que debía ser la cruz misma la que poseía el poder y no su dueño.

Le temblaron las manos. Se sintió abrumado y confundido mientras su mente recorría todas las implicaciones. Eran devastadoras.

19

La Fortaleza
Jueves, I9 de mayo
06:40 horas

Dos días seguidos sin una muerte. Woermann encontró que su humor rayaba en una especie de júbilo cauteloso, mientras se ajustaba el cinturón. De hecho, había dormido la noche anterior, sonora y largamente, y se sentía mucho mejor esta mañana.

La fortaleza no era más brillante o

alegre. Todavía existía esa sensación indefinible de una presencia maligna. No, era él quien había cambiado. Por alguna razón, ahora sentía que podía haber una oportunidad real de su regreso vivo a casa, en Rathenow. Durante un tiempo dudó seriamente acerca de esa posibilidad. Pero con el abundante desayuno que ingirió en su habitación animando sus intestinos y el conocimiento de que los hombres bajo sus órdenes eran el mismo número esta mañana que anoche, todo parecía posible, quizá hasta la partida de Erich Kaempffer y sus rufianes uniformados.

Incluso la pintura dejó de molestarle esta mañana. La sombra a la izquierda

de la ventana todavía parecía un cadáver ahorcado, pero ya no lo incomodaba como cuando Kaempffer se lo señaló la primera vez.

Descendió por las escaleras de la torre y llegó al primer nivel a tiempo para encontrar que Kaempffer se acercaba al cuarto del profesor desde el patio, viéndose más supremamente confiado que lo usual y con tan poca razón como siempre.

—¡Buenos días, querido mayor! —lo saludó calurosamente; sintiendo que esta mañana podía evitar cualquier ventilación abierta de malestar, considerando la inminencia de la partida de Kaempffer. Pero un golpe oculto

siempre estaba a la orden—. Veo que tenemos la misma idea: has venido a expresarle tu más profundo agradecimiento al profesor Cuza por las vidas alemanas que ha salvado otra vez.

—¡No hay evidencia de que él haya hecho una maldita cosa! —desairó Kaempffer mientras su garbo desaparecía volviéndose un gruñido—. Ni siquiera él proclama haber hecho nada.

—Pero la coincidencia del cese de los asesinatos con su llegada, sugiere de algún modo una relación causa-efecto, ¿no lo crees?

—¡Coincidencia! ¡Nada más!

—Entonces ¿por qué estás aquí?

—Para interrogar al judío sobre lo que ha aprendido de los libros, por supuesto —afirmó Kaempffer después de titubear un instante.

—Por supuesto —convino Woermann.

Entraron a la habitación exterior con Kaempffer por delante. Hallaron al profesor de rodillas en el piso, sobre su bolsa de dormir extendida. No estaba rezando, sino tratando de izarse de vuelta a su silla de ruedas. Después de la más breve ojeada hacia ellos cuando entraron, volvió a su total concentración en la tarea.

El primer impulso de Woermann fue ayudar al hombre; las manos de éste se

veían inútiles para la presión y sus músculos parecían demasiado débiles para levantarlo, aun si pudiese aferrarse con firmeza. Pero no pidió ayuda, ni con los ojos ni con la voz. Levantarse sin ayuda hasta la silla era obviamente un motivo de orgullo para él. Woermann se dio cuenta de que, aparte de su hija, el inválido tenía poco de qué enorgullecerse. No le robaría ese pequeño logro.

Cuza parecía saber lo que hacía. Mientras Woermann lo veía junto a Kaempffer, y estaba seguro de que el mayor gozaba el espectáculo, pudo ver que el viejo empujaba el respaldo de la silla contra la pared junto a la chimenea

y también el dolor en su cara mientras esforzaba sus músculos para alzarse, obligando a sus congeladas articulaciones a doblarse. Finalmente, con un gemido que hizo brotar gotas de sudor en su cara, se deslizó hasta el asiento y se desplomó a un lado, colgando sobre el brazo de la silla, jadeando y sudando. Aún tenía que deslizarse un poco más arriba y voltearse por completo sobre las nalgas para estar completamente sentado, pero la, peor parte ya había pasado.

—¿Qué quieren de mí? —preguntó cuando recuperó el aliento. Ya no aparecía el estilo grave y excesivamente cortés que caracterizó su

comportamiento desde su llegada a la fortaleza. También había desaparecido su referencia constante a ellos como «caballeros». De momento parecía haber demasiado dolor, demasiado agotamiento que enfrentar, como para permitirse el lujo del sarcasmo.

—¿Qué aprendiste anoche, judío? —demandó Kaempffer.

Cuza se elevó sobre las nalgas y se recostó cansadamente en el respaldo de la silla. Cerró los ojos un momento y los volvió a entreabrir, mirando a Kaempffer. Parecía casi ciego sin anteojos.

—No mucho más. Pero hay evidencias de que la fortaleza fue

construida por un boyardo del siglo quince, que fue contemporáneo de Vlad Tepes.

—¿Eso es todo? ¿Dos días de estudio y eso es todo?

—Un día, mayor —aclaró el profesor, y Woermann apreció un poco de la vieja chispa brillando en la respuesta—. Un día y dos noches. Eso no es mucho tiempo cuando los materiales de referencia no están en la lengua nativa de uno.

—¡No pedí excusas, judío! ¡Quiero resultados!

—¿Y los ha obtenido? —formuló el viejo sin que pareciese importarle mucho la respuesta.

Kaempffer irguió los hombros y se enderezó totalmente antes de responder:

—Han transcurrido dos noches consecutivas sin una muerte, pero no creo que tú tengas que ver con ello. —Giró la parte superior del cuerpo y lanzó a Woermann una mirada arrogante—. Parece que he cumplido mi misión aquí. Pero sólo para estar completamente seguros me quedaré una noche más antes de seguir mi camino.

—¡Ah! ¡Otra noche en tu compañía! —exclamó Woermann sintiendo que su ánimo se elevaba—. ¡Nuestra copa ha rebosado! —Podría soportar cualquier cosa una noche más… incluso a Kaempffer.

—No veo necesidad de que permanezca aquí tanto tiempo, herr mayor —comentó el profesor alegrándose visiblemente—. Estoy seguro de que otros países tienen una mucho mayor necesidad de sus servicios.

—No abandonaré tu amada patria, judío. —Rechazó Kaempffer con el labio superior torciéndose en una sonrisa—. De aquí voy a Ploiesti.

—¿A Ploiesti? ¿Por qué a Ploiesti?

—Muy pronto lo sabrás —concluyó. Se volvió a Woermann—. Estaré listo para partir mañana a primera hora.

—Personalmente te mantendré abierta la puerta.

Kaempffer le lanzó una mirada furiosa y salió de la habitación. Woermann lo vio partir. Presentía que nada había sido resuelto, que los asesinatos cesaron por sí mismos y que podrían comenzar de nuevo esta noche, la próxima o la siguiente. Sólo estaba gozando de un breve descanso, una moratoria. No habían aprendido nada ni logrado nada. Pero no le mencionó sus dudas a Kaempffer. Quería que el mayor saliera de la fortaleza, tanto como el mismo mayor deseaba salir. No se atrevería a decir nada que pudiera retrasar su partida.

—¿Qué quiso decir acerca de Ploiesti? —preguntó el anciano tras él.

—Usted no quiere saberlo —respondió y bajó los ojos de la arruinada cara de Cuza hasta la mesa. La cruz de plata que su hija había pedido prestada el día anterior yacía junto a los anteojos del profesor.

—Por favor, dígame, capitán. ¿A qué va ese hombre a Ploiesti?

Woermann ignoró la pregunta. El profesor ya tenía suficientes problemas. Decirle que el equivalente rumano de Auschwitz estaba a la vista no lo ayudaría en lo absoluto.

—Puede visitar a su hija hoy si quiere. Pero debe ir usted. Ella no puede entrar —explicó. Luego, extendió la mano y recogió la cruz—. ¿Le resultó

útil esto?

—No —contestó Cuza mirando el objeto durante un solo instante y luego apartando la vista violentamente—. Para nada.

—¿Me lo llevo?

—¿Qué? No, ¡no! Aún puede servir. Déjelo ahí.

La súbita intensidad en la voz de Cuza fue percibida por Woermann. El hombre parecía haber sufrido un sutil cambio desde ayer, se veía menos seguro de sí mismo. Woermann no podía definir qué era, pero estaba allí.

Arrojó la cruz sobre la mesa y se volvió. Tenía muchas otras cosas en la mente como para preocuparse de lo que

estaba molestando al profesor. Si Kaempffer de hecho iba a partir, Woermann debía decidir cuál sería su siguiente jugada. ¿Quedarse o irse? Una cosa era segura: ahora debía encargarse de enviar los cadáveres de vuelta a Alemania. Habían esperado suficiente. Al menos, ya libre de Kaempffer podría pensar claramente de nuevo.

Preocupado por sus propios problemas, dejó al profesor sin despedirse. Al ir cerrando la puerta tras él alcanzó a notar que Cuza llevaba su silla hasta la mesa y se ajustaba las gafas sobre los ojos. Estaba sentado allí, sosteniendo la cruz en la mano, contemplándola.

Al menos estaba vivo.

Magda esperó impacientemente mientras uno de los centinelas de la puerta fue a traer a papá. Ya la habían tenido esperando una hora antes de abrir las puertas. Ella llegó con las primeras luces, pero ignoraron sus llamadas. Una noche sin dormir la había dejado irritable y exhausta. Pero al menos él estaba vivo.

Sus ojos recorrieron el patio. Todo se hallaba en calma. Había montones de cascajo esparcidos en la parte posterior, producto del trabajo de desmantelamiento, mas nadie se

encontraba trabajando ahora. Sin duda todos estaban desayunando. ¿Por qué tardaban tanto? Debieron dejar que ella entrara por él.

Sus pensamientos divagaron contra su voluntad. Pensó en Glenn. Le había salvado la vida la noche anterior. De no haberla retenido cuando lo hizo, los centinelas alemanes la hubieran matado a tiros. Por fortuna, él fue lo suficientemente fuerte como para detenerla hasta que recuperó la cordura. Seguía recordando cómo se sentía él al apretarla contra sí. Ningún hombre había hecho eso nunca… estar tan cerca como para hacerlo. El recuerdo era agradable. Agitó en ella algo que se rehusaba a

retornar a su antiguo estado de quietud.

Trató de concentrarse en la fortaleza y en papá, forzando sus pensamientos a alejarse de Glenn…

… sin embargo, él fue bondadoso con ella, calmándola, convenciéndola de volver a su habitación y mantener su vigilancia desde la ventana. No había nada que pudiera hacer en la orilla de la cañada. Se sintió totalmente impotente, y él lo había entendido. Y cuando la dejó en la puerta de su habitación hubo una mirada en sus ojos: triste y algo más. ¿Culpable? Pero ¿por qué habría él de sentirse culpable?

Ella notó un movimiento en la entrada de la torre y dio un paso

cruzando el umbral. Toda la luz y la tibieza de la mañana se alejaron de ella al hacerlo, como si hubiese salido de una casa tibia hacia una furiosa noche de invierno. Retrocedió de inmediato y sintió desaparecer el frío en cuanto sus pies estuvieron de nuevo en la calzada. Al parecer funcionaban reglas diferentes en el interior de la fortaleza. Los soldados parecían no percatarse, pero ella venía de afuera. Podía darse cuenta.

Papá y su silla de ruedas aparecieron, movidos desde atrás por un desganado centinela que parecía avergonzado de la tarea. En cuanto vio la cara de su padre, Magda supo que algo andaba mal. Algo horrible había

ocurrido durante la noche. Quiso correr hacia él, pero supo que no se lo permitirían. El soldado empujó la silla de ruedas hasta el umbral y la soltó, permitiendo que rodara sin protección hasta Magda. Sin dejar que se detuviese por completo, giró tras ella y empujó a su padre por la calzada. Cuando estaban a medio camino y él aún no hablaba, ni siquiera para decir buenos días, ella sintió que debía romper el silencio.

—¿Qué pasó, papá?

—Nada y todo.

—¿Fue anoche?

—Espera hasta que estemos en la posada y te lo diré todo. Estamos demasiado cerca aquí. Alguien podría

oírnos.

Ansiosa de saber qué lo había perturbado tanto, se apresuró a empujarlo hacia la parte posterior de la posada donde el sol matutino brillaba intensamente sobre la joven hierba y se reflejaba en el blanco estuco de la pared de la casa.

Después de colocar la silla hacia el norte, de modo que el sol lo calentara sin brillar en sus ojos, ella se hincó y tomó entre las suyas ambas manos enguantadas. No se veía bien en lo más mínimo; de hecho, peor que nunca, y eso le causó un profundo aguijonazo de preocupación. Papá debía estar en casa, en Bucarest. La tensión aquí era

demasiado para él.

—¿Qué pasó, papá? Dímelo todo. Vino de nuevo, ¿no?

Cuando habló, su voz sonó fría y sus ojos se mantuvieron en la fortaleza y no en ella.

—Está tibio aquí —empezó a decir —. No sólo tibio para la carne y los huesos, sino también para el alma. Un alma se marchitaría allá si permaneciese demasiado tiempo.

—Papá…

—Su nombre es Molasar. Dice que era un boyardo leal a Vlad Tepes.

—¡Eso significaría que él tiene quinientos años! —jadeó Magda.

—Es más viejo, estoy seguro, pero

no me permitió hacer todas mis preguntas. Tiene sus propios intereses, y el primero de ellos es librar a la fortaleza de los intrusos.

—Eso te incluye a ti.

—No necesariamente. Parece que piensa en mí como en un amigo rumano… un valaco, como él diría, y no parece que mi presencia le moleste particularmente. Son los alemanes; la idea de que estén en su fortaleza casi lo ha enloquecido de furia. Si hubieses visto su cara cuando hablaba de ellos…

—¿Su fortaleza?

—Sí. La construyó para protegerse después de que Vlad fue asesinado.

Dudosa, Magda hizo la pregunta más

importante:

—¿Es un vampiro?

—Sí, eso creo —admitió papá mirándola y asintiendo—. Al menos, él es cualquier cosa que la palabra «vampiro» vaya a significar desde ahora. Dudo que muchas de las viejas tradiciones se comprueben. Vamos a tener que redefinir la palabra, ya no en los términos del folclor, sino en los de Molasar. —Cerró los ojos—. ¡Tantas cosas tendrán que ser redefinidas!

Haciendo un esfuerzo, Magda rechazó la repulsión inicial que la asaltaba al pensar en vampiros, y trató de alejarse para analizar la situación objetivamente, permitiendo que la

erudita bien entrenada y bien disciplinada que llevaba dentro asumiera el control.

—¿Era un boyardo bajo Vlad Tepes? Deberíamos ser capaces de rastrear el nombre.

—Quizá sí y quizá no. Hubo cientos de boyardos asociados a Vlad a lo largo de tres reinos, algunos amistosos, otros hostiles… Empaló a la mayoría de los hostiles —explicó papá mirando de nuevo hacia la fortaleza—. Tú sabes cuan caóticos y fragmentarios son los registros de esa época: si no eran los turcos los que invadían Valaquia, era alguien más. Y aun si hallásemos pruebas de la existencia de un Molasar

que fuese contemporáneo de Vlad, ¿qué probaría eso?

—Nada, supongo —aceptó Magda en tanto empezaba a recorrer sus vastos conocimientos sobre la historia de la región. Un boyardo, leal a Vlad Tepes…

Siempre había pensado en Vlad como en una mancha rojo sangre en la historia rumana. Como hijo de Vlad Dracul, el Dragón, el príncipe Vlad era conocido como Vlad Drácula: el hijo del Dragón. Pero se había ganado el nombre de Vlad Tepes, que significaba Vlad el Empalador, debido a su método favorito para deshacerse de los prisioneros de guerra, súbditos desleales, boyardos traicioneros y

prácticamente quien fuera que no le gustase. Magda recordaba dibujos que mostraban la masacre de Vlad el día de San Bartolomé, en Amias, cuando treinta mil habitantes de esa infortunada ciudad fueron empalados en largas varas de madera clavadas en la tierra. Las víctimas fueron abandonadas así, atravesadas y suspendidas en el aire, hasta que murieron. Ocasionalmente, el empalamiento tenía un propósito estratégico: en 1460 la visión de veinte mil cadáveres de prisioneros turcos pudriéndose al sol en las afueras de Targoviste, horrorizó tanto a un ejército invasor de turcos, que se regresó dejando el reino de Vlad en paz por un

tiempo.

—Imagínate —murmuró ella— serle fiel a Vlad Tepes.

—No olvides que el mundo era muy distinto entonces —le recordó papá—. Vlad fue producto de su tiempo; Molasar es producto de la misma época. A Vlad aún se le considera un héroe nacional por estas regiones. Fue el azote de Valaquia, pero también fue su campeón contra los turcos.

—Estoy segura de que este Molasar no hallaba nada desagradable en el comportamiento de Vlad —comentó Magda. Su estómago se retorció al pensar en todos esos hombres, mujeres y niños empalados y abandonados a morir

poco a poco—. Probablemente lo hallaba entretenido.

—¿Quién puede afirmarlo? Piensa por qué uno de los no-muertos gravitaría hacia alguien como Vlad: nunca había escasez de víctimas. Podía saciar su sed en los que agonizaban y nadie pensaría que las víctimas no fueron por el empalamiento. Sin muertes inexplicadas que originaran preguntas, podía darse festines sin que nadie sospechara su verdadera naturaleza.

—Eso no lo hace menos monstruoso —susurró Magda.

—¿Cómo puedes juzgarlo, Magda? Uno debe ser juzgado por sus semejantes. ¿Quién es un semejante a

Molasar? ¿No te das cuenta de lo que significa su existencia? ¿No te das cuenta de cuántas cosas transforma? ¿Cuántos aceptados conceptos van a terminar como basura?

—Sí —asintió Magda lentamente. La enormidad de lo que habían encontrado la oprimía con gran fuerza—. Una forma de inmortalidad.

—¡Más que eso! ¡Mucho más! ¡Es como una nueva forma de vida, un nuevo modo de existir! No, eso no es correcto. Un antiguo modo, pero nuevo en cuanto respecta al conocimiento histórico y científico. Y más allá de lo racional. Piensa en las implicaciones espirituales. —Su voz vaciló—. Son… devastadoras.

—Pero ¿cómo puede ser verdad? ¿*Cómo*? —Su mente aún se rebelaba.

—No lo sé. ¡Hay tanto que aprender y estuve tan poco tiempo con él! Se alimenta de la sangre de los vivos, eso se desprende evidentemente de lo que vi de los restos de los soldados. Todos fueron desangrados por la garganta. Anoche descubrí que *no* se refleja en los espejos; esa parte de las leyendas tradicionales de vampiros es verdad. Pero el miedo al ajo y a la plata son creencias falsas. Parece ser una criatura nocturna: sólo ataca y aparece de noche. Sin embargo, dudo mucho que pase las horas del día durmiendo en algo tan melodramático como un ataúd.

—Un vampiro —susurró Magda suavemente, exhalando—. Sentados aquí, con el sol sobre nosotros, parece tan risible, tan…

—¿Fue risible hace dos noches, cuando absorbió la luz de nuestra habitación? ¿Fue risible su garra en tu brazo?

Magda se puso en pie, frotándose el área sobre el codo derecho, preguntándose si las marcas aún estarían allí. Se volvió, alejándose de su padre, y se subió la manga. Sí… allí estaba… una mancha oblonga de piel blanca grisácea con apariencia muerta. Cuando empezó a bajarse la manga, notó que la marca comenzaba a desvanecerse y la

piel volvía a adquirir un color rosado y saludable bajo la luz directa del sol. Mientras miraba, la marca desapareció por completo.

Sintiéndose súbitamente débil, se tambaleó y tuvo que aferrarse al respaldo de la silla de ruedas para recuperar el equilibrio. Luchando por mantener una expresión neutra, se volvió hacia papá.

No debía haberse preocupado; él estaba de nuevo mirando la fortaleza sin darse cuenta que ella se había alejado.

—Está allí ahora, en algún lado —decía papá—, esperando esta noche. Debo hablar con él de nuevo.

—¿Es realmente un vampiro, papá?

¿Podría en verdad haber sido un boyardo hace quinientos años? ¿Cómo sabemos que todo esto no es un truco? ¿Puede probar algo él?

—¿Probar? —preguntó con el enojo tiñendo su voz—. ¿Por qué debía probar algo? ¿Qué le importa lo que tú o yo pensemos? Tiene sus propias preocupaciones y cree que yo le puedo ser de utilidad. «Un aliado contra los extranjeros», dijo.

—¡No debes permitir que te use!

—¿Y por qué no? Si necesita un aliado contra los alemanes que han invadido su fortaleza puede que lo siga, aunque no tengo idea de qué utilidad logre obtener yo. Por eso no le he dicho

nada a los alemanes.

Magda sintió que no se refería sólo a los alemanes. Le estaba ocultando algo a ella también. Y ésa no era su costumbre.

—¡Papá, no puedes hablar en serio!

—Molasar y yo compartimos un enemigo común, ¿o no?

—Por el momento, quizá. Pero ¿después?

—Y no olvides que puede serme de gran utilidad en mi trabajo —continuó ignorando la pregunta—. Debo aprender todo sobre él. Debo hablar con él de nuevo. ¡Debo! —Su mirada volvió a la fortaleza—. Tanto ha cambiado ahora… hay que volver a pensar tantas cosas…

Magda intentó comprender su

actitud, pero no pudo.

—¿Qué es lo que te molesta, papá? Durante años has dicho que pensabas que había algo detrás del mito de los vampiros. Te arriesgaste a la burla. Ahora que te has reivindicado, te ves molesto. Deberías estar feliz.

—¿Qué no entiendes nada? Ése era un ejercicio intelectual. Me gustaba jugar con la idea, usarla para autoestimularme y hacer temblar a esas mentes de piedra del Departamento de Historia.

—Era más que eso, y no lo niegues.

—Está bien… pero jamás soñé siquiera que tal criatura aún existiese. ¡Y jamás pensé que en realidad la

conocería cara a cara! —Su voz se hundió hasta convertirse en un murmullo —. Y nunca consideré la posibilidad de que en realidad pudiera temer…

Magda esperó a que terminara, pero no lo hizo. Se había, vuelto hacia su interior mientras su mano buscaba distraídamente en el bolsillo superior de su saco.

—¿Temer qué, papá? ¿Qué es lo que teme?

Pero él estaba delirando. Sus ojos habían derivado de nuevo hacia la fortaleza en tanto su mano buscaba en el bolsillo.

—Él es definitivamente maléfico, Magda. Un parásito con poderes

supranormales que se alimenta de sangre humana. Malvado en la carne. La maldad tangible. Y si es así, entonces, ¿dónde reside el bien?

—¿De qué estás hablando? —preguntó Magda asustada por los desarticulados pensamientos de su padre —. ¡Estás siendo incoherente!

Él sacó la mano del bolsillo y puso violentamente algo frente a la cara de su hija.

—¡De esto! ¡De esto es de lo que estoy hablando!

Era el crucifijo de plata que le pidiera prestado al capitán. ¿Qué quería decir papá? ¿Por qué tenía esa apariencia, con los ojos tan brillantes?

—No entiendo.

—Molasar se aterroriza ante él.

—¿Y qué? —¿Qué estaba pasando con papá?—. Por tradición se supone que un vampiro…

—¡Por tradición! ¡Esto no es tradición! ¡Y lo *aterrorizó*! ¡Casi lo hizo huir de la habitación! ¡Una *cruz*!

De pronto, Magda supo qué era lo que estuvo molestando tan insistentemente a papá toda la mañana.

—¡Ah! Ahora lo ves, ¿no? —declaró asintiendo con la cabeza y mostrando una sonrisa triste.

Pobre papá. Haber pasado toda la noche con esa incertidumbre. La mente de Magda se retrajo, rehusándose a

aceptar el significado de lo que se le estaba diciendo.

—Pero no puedes querer decir realmente…

—No puedes negarte a un hecho, Magda. —Él elevó la cruz, mirando cómo la luz brillaba sobre su gastada y pulida superficie—. Es parte de nuestra creencia, nuestra tradición, que Cristo no era el Mesías. Que el Mesías aún está por venir. Que Cristo era simplemente un hombre y que sus seguidores, por lo general, gente de buen corazón pero mal guiada. Si eso es cierto… —Parecía estar hipnotizado por la cruz—. Si eso es cierto… si Cristo era sólo un hombre… ¿por qué debería

una cruz, el instrumento de su muerte, aterrorizar tanto a un vampiro? ¿Por qué?

—Papá, creo que estás apresurando conclusiones. ¡Debe haber algo más detrás de todo esto!

—Estoy seguro que sí. Pero piensa: ha estado con nosotros todo el tiempo, en todos los relatos folclóricos, las novelas y los filmes derivados de esos relatos. Pero ¿quién de nosotros lo ha pensado dos veces? El vampiro teme a la cruz. ¿Por qué? Porque es el símbolo de la salvación humana. ¿Te das cuenta de lo que eso implica? No se me había ocurrido hasta anoche.

¿Puede ser?, se preguntó a sí misma

mientras papá hacía una pausa. *¿Puede ser realmente*?

—Si una criatura como Molasar halla el símbolo de la cristiandad tan repulsivo, la conclusión lógica es que Cristo debe haber sido más que un hombre. —Papá volvió a hablar con voz monótona y mecánica—. Si eso es cierto, entonces nuestro pueblo, nuestras tradiciones y nuestras creencias han estado extraviados durante dos mil años. ¡El Mesías vino y no fuimos capaces de reconocerlo!

—¡No puedes decir eso! ¡Me rehúso a creerlo! ¡*Tiene* que haber otra respuesta!

—Tú no estabas ahí. No viste el

odio en su cara cuando saqué la cruz. No viste cómo se alejaba aterrado y se agazapaba hasta que la regresé a la caja. ¡*Tiene poder sobre él*!

Debía ser cierto. Iba contra los principios más fundamentales de la educación de Magda. Pero si papá lo decía, si lo había visto, entonces debía ser cierto. Ella deseaba poder decir algo, algo tranquilizador, algo que restableciera su seguridad.

—Papá. —Fue la única palabra, simple y triste, que surgió.

—No te preocupes, niña. —La calmó sonriendo apesadumbrado—. No estoy a punto de tirar mi Tora y buscar un monasterio. Mi fe es profunda. Pero

esto le obliga a uno a hacer una pausa, ¿o no? Abre la interrogante de que podemos haber estado equivocados… todos podríamos haber perdido un barco que zarpó hace veinte siglos.

Él trataba de aligerarlo por ella, pero Magda sabía que papá, en su mente, estaba siendo desollado vivo.

Se sentó en la hierba a pensar y, al moverse, vio un destello de movimiento en la ventana abierta de arriba. Una ojeada de cabello color óxido. Sus puños se crisparon al darse cuenta de que la ventana se abría frente a la habitación de Glenn. Él debió haberlo oído todo.

Magda estuvo vigilante los

siguientes minutos, esperando atraparlo, tratando de oír a hurtadillas, pero no vio nada. Estaba a punto de rendirse cuando una voz la sobresaltó:

—¡Buenos días!

Era Glenn, dando la vuelta por la esquina sur de la posada, llevando en cada mano una pequeña silla de madera con respaldo de barrotes.

—¿Quién está ahí? —preguntó papá, incapaz de girar en su asiento para ver a sus espaldas.

—Alguien a quien conocí ayer. Su nombre es Glenn. Su habitación está del otro lado del pasillo de la mía.

Glenn asintió alegremente hacia Magda mientras caminaba alrededor de

ella y se detenía ante papá, destacándose ante él como un gigante. Llevaba pantalones de lana, botas de alpinismo y una camisa suelta con el cuello abierto. Puso ambas sillas en el suelo y dirigió la mano hacia su padre.

—Y buenos días a usted, señor. Ya he conocido a su hija.

—Theodor Cuza —respondió dubitativamente papá, con recelo mal disimulado. Puso su enguantada mano, rígida, y torcida, en la de Glenn. Siguió la parodia de un estrechamiento de manos y Glenn le indicó una de las sillas a Magda.

—Use esto. El suelo aún está demasiado húmedo para sentarse en él.

—Prefiero estar de pie, gracias —manifestó con toda la arrogancia de que fue capaz. Se sentía ofendida por su fisgoneo y resentía aún más la intrusión en su compañía—. De todos modos, mi papá y yo ya nos íbamos.

Al dirigirse Magda hacia la parte posterior de la silla de ruedas, Glenn puso una mano gentilmente sobre su brazo.

—Por favor, no se vayan todavía. Desperté por el sonido de dos voces discutiendo sobre la fortaleza y algo sobre un vampiro. Hablemos sobre eso, ¿sí? —propuso y sonrió.

Magda se encontró incapaz de hablar, furiosa por la temeridad de su

intrusión y la casual libertad que se tomó al tocarla. Sin embargo, no retiró el brazo. Su contacto la hacía temblar. Se sentía bien.

Papá, en cambio, no tenía nada que lo detuviera.

—¡No debe mencionar a nadie una sola palabra de lo que ha oído! ¡Podría costarnos la vida!

—No se preocupe ni un momento por eso —lo tranquilizó Glenn mientras su sonrisa se desvanecía—. Los alemanes y yo no tenemos nada que decirnos. —Volvió los ojos a Magda—. ¿No desea sentarse? Traje la silla para usted.

—¿Papá? —inquirió mirando a su

padre.

—No creo que tengamos elección —asintió él resignadamente.

La mano de Glenn se alejó cuando Magda se movió para sentarse y ella sintió un pequeño vacío dentro de sí, que no podía explicar. Lo vio balancear la otra silla y sentarse en ella al revés, a horcajadas, y descansando los codos en el barrote superior.

—Magda me habló anoche sobre el vampiro en la fortaleza —explicó—, pero no estoy seguro de haber oído el nombre que le dio a usted.

—Molasar —repuso papá.

—Molasar —repitió Glenn lentamente, haciendo rodar el nombre en

la lengua, con expresión confusa—. Mo… la… sar. —Luego, su expresión se avivó, como si hubiera resuelto un acertijo—. Sí, Molasar. Un hombre extraño, ¿no lo cree?

—Poco familiar —admitió papá—, pero no tan extraño.

—¿Y eso? —empezó Glenn haciendo una seña hacia la cruz que aún estaba sostenida entre los crispados dedos—. ¿Alcancé a oír que Molasar la teme?

—Sí.

Magda se dio cuenta de que papá no estaba ofreciéndose a, dar información.

—Usted es judío, profesor, ¿no es así?

Hubo un asentimiento.

—¿Es costumbre que los judíos lleven cruces?

—Mi hija me la consiguió prestada; una herramienta para un experimento.

—¿Dónde la obtuvo? —preguntó Glenn volviéndose hacia ella.

—De uno de los oficiales de la fortaleza. —¿A dónde pretendía llegar con todo esto?

—¿Era suya?

—No. Me dijo que provenía de uno de los soldados muertos. —Ella empezó a seguir el hilo de la deducción que él parecía estar siguiendo.

—Es extraño —declaró Glenn volviendo su atención a papá— que esta

cruz no salvara al soldado que la poseyó al principio. Uno pensaría que una criatura que teme a la cruz, evitaría una víctima así y buscaría otra que no llevara, ¿cómo lo llamaremos?, talismán protector.

—Quizá la cruz estaba guardada bajo su camisa —sugirió papá—. O en su bolsillo, o quizá incluso en su habitación.

—Quizá —sonrió Glenn—. Quizá.

—No pensemos en eso, papá —rogó Magda, deseosa de reforzar cualquier idea que pudiese elevar los caídos ánimos de su padre.

—Cuestiónese todo —aconsejó Glenn—. Siempre cuestiónese todo. No

debería recordarle eso a un erudito.

—¿Cómo sabe que soy un erudito? —espetó papá con una chispa del viejo fuego en los ojos—. A menos que mi hija se lo haya dicho.

—Iuliu me lo dijo. Pero hay algo más que no ha considerado y es tan obvio que ambos van a sentirse tontos cuando se los diga.

—Háganos sentir tontos entonces —le espetó Magda—. ¡Por favor!

—Muy bien. ¿Por qué un vampiro que teme tanto a las cruces habita en una estructura cuyas paredes están cubiertas de ellas? ¿Puede explicar eso?

Magda miró a su padre y lo halló viéndola a su vez.

—¿Sabe? —aceptó papá sonriendo dócilmente—, he estado en la fortaleza tantas veces, y me he preguntado sobre ella tanto tiempo, ¡que ya ni siquiera veo las cruces!

—Es comprensible. Yo mismo he estado allí algunas veces y, después de un tiempo, en efecto parecen fundirse con lo demás. Pero la pregunta permanece: ¿Por qué un ser que encuentra repulsiva la cruz se rodea de incontables cruces? —Se irguió y levantó la silla con facilidad, colgándosela del hombro—. Y ahora, creo que iré a pedirle algo de desayunar a Lidia y dejar que ustedes dos encuentren la respuesta. Si es que hay

una.

—Pero ¿cuál es su interés en esto? ¿Por qué está usted aquí?

—Sólo soy un viajero —respondió Glenn—. Me gusta esta zona y la visito regularmente.

—Parece estar más que un poco interesado en la fortaleza. Y también que sabe bastante sobre ella.

—Estoy seguro que usted sabe mucho más que yo —afirmó Glenn encogiéndose de hombros.

—Quisiera saber cómo evitar que mi padre vuelva allá esta noche. —Especuló Magda.

—Debo volver, querida. *Debo* enfrentarme de nuevo a Molasar.

Magda se frotó las manos. Se le habían enfriado ante la idea de que papá regresara a la fortaleza.

—Es sólo que no quiero que ellos te encuentren con la garganta desgarrada como a los otros.

—Hay cosas peores que pueden pasarle a un hombre —afirmó Glenn.

Golpeada por su cambio de tono, Magda levantó la vista y encontró que toda la cálida disposición y la ligereza habían desaparecido de su rostro. Estaba contemplando a papá. La escena duró sólo unos cuantos segundos y luego sonrió de nuevo.

—El desayuno espera —comentó—. Estoy seguro de que los veré de nuevo

durante nuestras respectivas estadías. Pero una cosa más antes de que me vaya.

Caminó hacia la parte posterior de la silla de ruedas y la giró en un arco de 180 grados con su mano libre.

—¿Qué está haciendo? —gritó papá. Magda se puso en pie de un salto.

—Sólo ofreciéndole un cambio de escenario, profesor. Después de todo, la fortaleza es un lugar muy tenebroso. Éste es un día muy hermoso para entregarse a él.

Señaló hacia el suelo del paso.

—Mire al sur y al este en lugar de al norte. Pese a toda su severidad, ésta es la parte más hermosa del mundo. Vea cómo está reverdeciendo la hierba y

cómo las flores silvestres comienzan a florecer en los riscos. Olvide la fortaleza durante un tiempo.

Por un momento, capturó y sostuvo los ojos de Magda con los suyos y luego se fue, dando vuelta a la esquina, con la silla balanceándose en su hombro.

—Es un tipo extraño. —Escuchó que decía papá con un toque de risa en la voz.

—Sí. Ciertamente lo es —aceptó ella. Pero aunque encontraba extraño a Glenn, sentía que tenía una deuda de gratitud con él. Por razones que sólo él conocía, se había inmiscuido en su conversación, apropiándose de ella, levantando los ánimos de su padre desde

su punto más bajo, llevándose las dudas más dolorosas de papá y arrojando a su vez dudas nuevas. Lo había manejado hábilmente y con efectos notables. Pero ¿por qué? ¿Qué le importaba el tormento interno de un viejo e inválido judío de Bucarest?

—Sin embargo, tiene algunos puntos buenos —continuó papá—. Algunos puntos excelentes. ¿Por qué no se me habían ocurrido?

—Ni a mí.

—Por supuesto que él no acaba de tener un encuentro personal con una criatura que hasta ahora sólo era considerada como la invención de una imaginación horripilante —repuso con

un tono ligeramente defensivo—. Es fácil para él ser más objetivo. Por cierto, ¿cómo lo conociste?

—Anoche, cuando salí a la orilla de la cañada para vigilar tu ventana…

—¡No deberías preocuparte tanto por mí! Olvidas que yo fui quien ayudó a *criarte* y no al contrario.

Magda ignoró la interrupción.

—… cabalgaba y parecía ir directamente a la fortaleza. Pero se detuvo cuando vio las luces y a los alemanes.

Papá pareció considerar esto brevemente y luego cambió de tema:

—Hablando de alemanes, será mejor que regrese antes de que vengan a

buscarme. Prefiero entrar de nuevo a la fortaleza yo mismo, que a punta de pistola.

—¿No hay forma de que podamos…?

—¿Escapar? ¡Por supuesto! ¡Sólo empújame por el camino del desfiladero hasta llegar a Campiña! ¡O quizá podrías ayudarme a subir al lomo de un caballo, eso seguramente acortaría el viaje! —Su tono se hizo más acre mientras hablaba—. O lo que es mejor, ¿por qué no vamos y le pedimos a ese mayor de la SS que nos preste uno de sus autos plataforma? ¡Sólo para un paseo vespertino, le diremos! Estoy seguro de que aceptará.

—No hay ninguna necesidad de que me hables de ese modo —le reprochó ella, aguijoneada por su sarcasmo.

—¡Y no hay ninguna necesidad de que te tortures con la esperanza de que los dos podamos escapar! Los alemanes no son tontos. Saben que yo no puedo escapar y no creen que tú te irías sin mí. Aunque yo quiera. Por lo menos, uno de nosotros estará a salvo entonces.

—¡Aunque *no pudieras regresar*, regresarías a la fortaleza! ¿No es cierto, papá? —replicó Magda. Comenzaba a entender su actitud—. *Quieres* regresar allá.

—Estamos atrapados aquí y siento que debo aprovechar la oportunidad de

mi vida entera —explicó él sin enfrentar su mirada—. ¡Sería un traidor al trabajo de toda mi vida si la dejara escapar!

—¡Aun si un avión aterrizara ahora mismo en el paso y el piloto nos ofreciera liberarnos, no irías! ¿O sí?

—¡*Debo* verlo de nuevo, Magda! ¡Debo preguntarle sobre todas esas cruces en las paredes! ¡Cómo llegó a ser lo que es! Y, sobre todo, debo averiguar por qué le teme a la cruz. ¡Si no lo hago, enloqueceré!

Ninguno habló durante los siguientes momentos. Largos momentos. Pero Magda percibió que había algo más que el silencio entre ellos. Una brecha que se ensanchaba. Sintió que papá se

alejaba, se adentraba en sí mismo, dejándola fuera. Eso nunca había sucedido antes. Siempre habían sido capaces de discutir las cosas. Ahora él no parecía querer hacerlo. Sólo deseaba regresar con Molasar.

—Llévame de regreso. —Fue todo lo que él dijo cuando el silencio continuó, volviéndose intolerable.

—Quédate un poco más —le suplicó —. Has estado demasiado tiempo en la fortaleza. Creo que te está afectando.

—Estoy perfectamente bien, Magda —interpuso él—. Y yo decidiré cuándo haya estado demasiado tiempo en la fortaleza. Ahora, ¿vas a llevarme de regreso o tendré que esperar hasta que

vengan los nazis y me lleven?

Mordiéndose el labio por el enojo y el desaliento, Magda se colocó detrás de la silla y la volteó hacia la fortaleza.

20

Se sentó a unos cuantos metros detrás de la ventana, desde donde podía escuchar el resto de la conversación de abajo, manteniéndose, sin embargo, fuera de la vista en caso de que Magda la levantara por casualidad otra vez. Había sido descuidado antes. En su precipitación por escuchar, se inclinó sobre el antepecho. Y la mirada inesperada de Magda lo encontró. En ese punto decidió que se requería un asalto frontal y bajó para unírseles.

Ahora parecía haber muerto toda conversación. Cuando escuchó que las rechinantes ruedas de la silla del profesor empezaban a girar y vio que la pareja se alejaba con Magda empujando desde atrás, aparentemente calmada a pesar de la agitación que él sabía que bramaba en su interior, asomó la cabeza por la ventana para lanzarle una última mirada en tanto ella daba vuelta a la esquina y se perdía de vista.

Siguiendo un impulso, salió corriendo por su puerta y llegó al corredor vacío, donde tres largos pasos diagonales lo llevaron hasta el cuarto de Magda. La puerta se abrió cuando la tocó y avanzó directamente hacia la

ventana. Ella estaba en el sendero que llevaba a la calzada, empujando a su padre por delante.

Gozaba viéndola.

Ella le interesó desde su primer encuentro a la orilla de la cañada, cuando se le enfrentó con esa calma exterior y, sin embargo, aferrando una pesada piedra en la mano todo el tiempo. Y más tarde, cuando se encaró a él en el recibidor de la posada, negándose a ceder su cuarto, y él la vio entonces por primera vez a la luz, con sus ojos café oscuro de venado y las mejillas coloreadas… le gustaba cómo se veía y era adorable cuando sonreía. Sólo había hecho eso una vez en su

presencia, arrugando los ojos en los extremos y revelando unos dientes blancos y parejos. Y su cabello… los pequeños mechones que viera eran café lustroso… debía ser encantadora con el cabello suelto en lugar de escondido.

Pero la atracción era más que física. Está hecha de buena pasta esa Magda. La vio llevar a su padre hasta la puerta y entregarlo a los guardias que estaban allí. La puerta se cerró y ella quedó sola al final de la calzada. Cuando se volvió y caminó de regreso, él se retiró hasta la mitad de la habitación de ella, a modo de no ser visible en la ventana. La miró desde allí.

¡Mírenla! ¡Cómo se aleja de la

fortaleza! Sabe que cada par de ojos en esa pared está sobre ella y que en este mismo momento está siendo desnudada y gozada en media docena de mentes por lo menos. Y, no obstante, camina con los hombros echados atrás y el paso ni apurado ni retozón. Perfectamente compuesta, como si hubiera hecho una entrega rutinaria y estuviera dirigiéndose a la siguiente. Y todo el tiempo está temblando en su interior.

Sacudió la cabeza con silenciosa admiración. Hacía mucho aprendió a esconderse tras una cubierta de calma impenetrable. Era un mecanismo que lo mantenía aislado, que lo hacía permanecer un paso alejado de un

contacto demasiado íntimo, reduciendo sus oportunidades de comportarse impulsivamente. Le permitía una visión clara, serena y desapasionada de todo y de todos a su alrededor, aun cuando todo fuera un caos.

Se dio cuenta de que Magda era una de esas raras personas con el poder de penetrar su cubierta y de causar turbulencia en su calma. Se sentía atraído hacia ella y tenía su respeto, algo que raramente le otorgaba a alguien.

Pero no podía permitirse involucrarse ahora. Debía mantener su distancia. Sin embargo… había estado sin una mujer durante mucho tiempo y

ella le despertaba sentimientos que creía muertos para siempre. Era bueno sentirlos de nuevo. Ella había atravesado su guardia y él percibía que estaba deslizándose por la de ella. Sería agradable.

¡No! No puedes involucrarte. No puedes permitirte estar preocupado. No ahora. ¡De todos los momentos, ahora no! Sólo un tonto…

Y no obstante…

Suspiró. Sería mejor encerrar de nuevo sus sentimientos, antes de que las cosas se le escaparan de las manos. De otro modo, el resultado sería desastroso. Para ambos.

Ella casi llegaba a la posada. Él

dejó la habitación cerrando la puerta cuidadosamente tras de sí y regresó a su propio cuarto. Se dejó caer en la cama y reposó con las manos detrás de la cabeza esperando sus pasos en la escalera. Pero no llegaron.

Para sorpresa de Magda, descubrió que mientras más se acercaba a la posada pensaba menos en papá y más en Glenn. La culpa la molestaba. Había dejado a su inválido padre solo, rodeado de nazis, para enfrentar a un no-muerto esta noche, y sus pensamientos se dirigían a un extraño. Caminando lentamente hacia la parte posterior de la posada,

experimentó una sensación de ligereza en el pecho y una aceleración del pulso al pensar en él.

Falta de alimento, se dijo a sí misma. Debería haber comido algo en la mañana.

No había nadie ahí. La silla de barrotes que Glenn le ofreciera estaba solitaria bajo el sol. Miró hacia arriba, a la ventana. Tampoco había nadie allí.

Recogió la silla y la llevó hacia el frente, diciéndose que lo que sentía era hambre, no decepción.

Recordó que Glenn había dicho que iba a desayunar. Quizá estaba adentro. Se apresuró. Sí, se sentía hambrienta.

Entró y vio a Iuliu sentado a su

derecha en la alcoba que fungía como comedor. Había rebanado un gran trozo de un queso redondo y bebía un poco de leche de cabra. Al parecer comía, al menos, seis veces diarias.

Estaba solo.

—¡*Domnisoara* Cuza! —La llamó —. ¿No quiere un poco de queso?

Magda asintió y se sentó. Ahora no se sintió tan hambrienta como creyó antes, pero definitivamente necesitaba algo de alimento para seguir adelante. Además, había algunas preguntas que deseaba hacerle a Iuliu.

—Su nuevo huésped —comentó casualmente, tomando una rebanada de queso blanco del costado del cuchillo—

debe haberse llevado el desayuno a su habitación.

—¿Desayuno? —preguntó Iuliu frunciendo el ceño—. No tomó el desayuno aquí. Pero muchos viajeros traen su propia comida con ellos.

Magda arrugó las cejas. ¿Por qué había dicho él que iba a ver a Lidia para obtener su desayuno? ¿Un pretexto para retirarse?

—Dígame, Iuliu… parece haberse calmado desde anoche. ¿Qué lo molestó tanto sobre este Glenn cuando llegó?

—No fue nada.

—¡Iuliu, estaba usted temblando! Quisiera saber por qué… especialmente dado que mi habitación está en el

pasillo, al otro lado de la suya. Necesito saber si usted cree que es peligroso.

—Usted pensará que soy un tonto. —Esquivó el posadero, concentrándose en cortar el queso.

—No, no lo haré.

—Muy bien —aceptó. Bajó el cuchillo y habló en tono conspiratorio —: Cuando yo era niño mi padre administraba la posada y, como yo, le pagaba a los trabajadores de la fortaleza. Hubo una ocasión en que una parte del oro que se le había entregado desapareció, robado, dijo mi padre, y no pudo pagar a los trabajadores su dinero completo. Lo mismo ocurrió a la siguiente entrega: parte del dinero

desapareció. Entonces, una noche, un extraño llegó, y empezó a golpear a mi padre, lanzándolo por la habitación como si estuviese hecho de paja, diciéndole que hallara el dinero. «¡Encuentra el dinero! ¡Encuentra el dinero!». —Hinchó sus carrillos, ya de por sí redondos—. Mi padre, me avergüenza decirlo, halló el dinero. Había tomado una parte y la escondió. El extraño estaba furioso. Jamás he visto cólera tal en un hombre. Empezó a golpear y a patear a mi padre de nuevo, dejándolo con ambos brazos rotos.

—Pero eso qué tiene que ver…

—Debe entender —la interrumpió Iuliu inclinándose hacia adelante y

bajando aún más la voz— que mi padre era un hombre honesto y que el principio del siglo fue una época terrible para esta región. Sólo conservó un poco del oro como medio de asegurarse que comeríamos durante el invierno. Lo hubiera devuelto al mejorar los tiempos. Fue la única cosa deshonesta que hizo en una vida que por lo demás fue buena y recta…

—¡Iuliu! —exclamó Magda al fin, cortando la corriente de palabras—. ¿Qué tiene eso que ver con el hombre que está allá arriba?

—Se ven iguales, *Domnisoara*. Yo sólo tenía diez años entonces, pero vi al hombre que golpeó a mi padre. Nunca,

lo olvidaré. Tenía el cabello rojo y era muy parecido a este hombre. Pero —se interrumpió riendo suavemente—, el hombre que golpeó a mi padre estaba en sus treintas, igual que este hombre, y eso ocurrió hace cuarenta años. No podría ser el mismo. Sin embargo, a la luz de las velas, anoche… pensé que había venido a golpearme a mí.

Magda levantó las cejas con expresión interrogante.

—No es que ahora falte oro, por supuesto —se apresuró a aclarar—. Es sólo que a los trabajadores no se les ha permitido entrar a la fortaleza a hacer su trabajo y yo les he estado pagando de todos modos. Que nunca se diga que

conservé algo del oro para mí. ¡Nunca!

—Claro que no, Iuliu —lo tranquilizó ella poniéndose en pie y llevándose otra rebanada de queso consigo—. Creo que iré arriba a descansar un poco.

—La cena se servirá a las seis —le informó asintiendo y sonriendo.

Magda subió las escaleras rápidamente, pero se encontró disminuyendo la velocidad al pasar ante la puerta de Glenn, con los ojos jalando su cabeza a la derecha y sosteniéndose allí. Se preguntó qué estaría haciendo él adentro, o si estaría ahí.

Su habitación era sofocante, así que dejó la puerta abierta para permitir

pasar la brisa de la ventana. La jarra de porcelana para agua de su ropero, había sido llenada. Vertió algo de agua fresca en el lavabo junto a ella y se refrescó la cara. Estaba exhausta, pero sabía que le sería imposible dormir… había aún demasiados pensamientos girando en su cabeza, para permitirle descansar.

Un agudo coro de trinos la hizo dirigirse a la ventana. Entre las florecientes ramas del árbol que crecía junto a la pared norte de la posada se encontraba un nido. Pudo ver cuatro pequeños polluelos, con las cabezas todos ojos y pico abierto, forzando sus delgados cuellos hacia arriba para obtener un pedazo de cualquier cosa que

su madre ave les estuviese dando. Magda no sabía nada acerca de las aves. Ésta era gris, con marcas negras a lo largo de las alas. Si hubiese estado en casa, en Bucarest, la habría buscado en un libro. Pero con todo lo que estaba ocurriendo, descubrió que no podría importarle menos.

Tensa e inquieta vagó por la pequeña habitación. Revisó la linterna de mano que trajera consigo. Aún funcionaba. Qué bueno. La necesitaría esta noche. En su camino de regreso de la fortaleza había tomado una decisión.

Su vista cayó sobre la mandolina apoyada en el rincón junto a la ventana. La cogió, se sentó en la cama y empezó

a tocar. Dudosa al principio, ajustando la afinación mientras tocaba una melodía simple, y luego con mayor facilidad y fluidez al relajarse con el instrumento, pasando de una canción folclórica a otra. Como muchos aficionados eficientes, lograba una especie de arrobamiento con su instrumento, fijando la vista en un punto en el infinito en tanto sus manos tocaban a ciegas, tarareando para sus adentros al saltar de canción a canción. Las tensiones se relajaron y se vieron sustituidas por una tranquilidad interior. Siguió tocando, sin percatarse del paso del tiempo.

Un leve movimiento en su puerta la volvió súbitamente a la realidad. Era

Glenn.

—Es usted muy buena —observó desde la puerta.

Le daba gusto que fuera él, que le estuviera sonriendo y que le hubiese agradado el que ella tocara.

—No tan buena —sonrió tímidamente—. Me he vuelto descuidada.

—Quizá. Pero la extensión de su repertorio es maravillosa. Sólo conozco otra persona que pueda tocar tantas canciones con tal precisión.

—¿Quién?

—Yo.

Ahí estaba de nuevo: la presunción. ¿O sólo jugaba con ella? Magda decidió

seguirle el juego. Le extendió la mandolina.

—Pruébelo.

Sonriendo, Glenn entró a la habitación, jaló el banco de tres patas junto a la cama, se sentó y alcanzó la mandolina. Después de hacer un espectáculo sobre la afinación «apropiada» del instrumento, empezó a tocar. Magda escuchó asombrada. Para ser un hombre tan alto, con manos tan grandes, su contacto con la mandolina era impresionantemente delicado. Resultaba obvio que se estaba luciendo, tocando en gran parte las mismas canciones, pero en un estilo más complicado.

Ella lo estudió. Le gustaba el modo en que su camisa azul se estiraba a través del ancho de sus hombros. Llevaba las mangas enrolladas hasta los codos y ella pudo ver el movimiento de los músculos y tendones de sus antebrazos mientras se dedicaba a la mandolina. Había cicatrices en esos brazos, cruzando las muñecas y siguiendo hasta el punto en que la camisa ocultaba el resto de su piel. Ella quiso interrogarlo sobre esas cicatrices, pero decidió que era una pregunta demasiado personal.

Sin embargo, definitivamente podía interrogarlo sobre cómo tocaba algunas de las canciones.

—Tocó mal la última —desaprobó ella.

—¿Cuál?

—La llamo «La Dama del Albañil». Sé que la letra cambia de región a región, pero la melodía siempre es la misma.

—No siempre. —Rebatió Glenn—. Así es como se tocaba originalmente.

—¿Cómo puede estar tan seguro? —preguntó notando de nuevo esa irritante presunción.

—Porque la aldeana *lauter* que me la enseñó, era muy vieja cuando la conocí y ha estado muerta durante muchos años.

—¿De qué aldea? —preguntó Magda

sintiendo que la indignación la tocaba. Ésta era el área en que era experta. ¿Quién se creía él para corregirla?

—Kranich… cerca de Suceava.

—Oh, de Moldavia. Eso podría explicar la diferencia —admitió, y levantó los ojos descubriendo que él la miraba intensamente.

—¿Se siente sola sin su padre?

Magda pensó sobre eso. Había extrañado agudamente a papá al principio y no sabía qué hacer consigo misma sin él. Pero de momento estaba muy satisfecha de sentarse aquí con Glenn, escuchándolo tocar y, sí, incluso discutiendo con él. Ella nunca debió permitirle entrar a su habitación, aun con

la puerta abierta, pero él la hacía sentir segura. Y le gustaba su apariencia, especialmente sus ojos azules, aunque parecía ser un maestro en el arte de evitar que ella descubriera demasiadas cosas en ellos.

—Sí —respondió ella—. Y no.

—¡Una respuesta clarísima… dos respuestas! —rió él.

Un silencio creció entre ellos y Magda se dio cuenta de que Glenn era muy hombre, un hombre de huesos largos con la carne apretadamente pegada a esos huesos. Tenía un aura de masculinidad qué nunca había notado en nadie más. Se le escapó la noche anterior y esta mañana. Pero aquí, en

esta pequeña habitación, llenaba todos los espacios vacíos. La acariciaba, haciéndola sentir extraña y especial. Una sensación primitiva. Había oído hablar del magnetismo animal… ¿era eso lo que estaba experimentando ahora con su presencia? ¿O era sólo que se veía tan vivo? Prácticamente se erizaba de vitalidad.

—¿Tiene marido? —inquirió mientras sus ojos bajaban hacia la alianza de oro que llevaba en el anular derecho. Era la alianza de su madre.

—No.

—¿Un amante entonces?

—Claro que no.

—¿Por qué no?

—Porque… —Magda dudó. No se atrevía a decirle que, excepto en sus sueños, había renunciado a la posibilidad de vivir con un hombre. Todos los hombres buenos que conoció en los últimos años estaban casados, y los solteros se mantendrían en ese estado por sus propias razones o porque ninguna mujer que se respetara los aceptaría. Pero ciertamente todos los hombres que llego a conocer eran pálidos y jorobados comparados con quien se hallaba ahora sentado frente a ella—. Porque ya estoy más allá de la edad en que ese tipo de cosas tiene alguna importancia.

—¡Es apenas una niña!

—¿Y usted? ¿Está casado?

—No por el momento.

—¿Lo ha estado?

—Muchas veces.

—¡Toque otra canción! —pidió Magda, exasperada. Glenn parecía preferir jugar con ella a darle respuestas directas.

Pero después de un tiempo, las melodías terminaron y empezó la conversación. Su plática cubrió una amplia gama de temas, siempre relacionados con ella. Magda se encontró hablando de todo lo que le interesaba, empezando por la música y los gitanos y las costumbres rurales rumanas que eran fuente de la música

que ella amaba, y siguió con sus esperanzas, sus sueños y opiniones. Las palabras surgieron lentas y vacilantes al principio, pero se transformaron en una corriente constante mientras Glenn la animaba a seguir adelante. Era una de las pocas veces en su vida en que estaba llevando todo el peso de la conversación. Y Glenn escuchaba. Parecía genuinamente interesado en todo lo que ella tuviese que decir, a diferencia de tantos otros hombres que escuchaban sólo hasta tener la primera oportunidad de volver la conversación hacia ellos mismos. Glenn constantemente alejaba la plática de él y la dirigía hacia ella.

Las horas pasaron hasta que las sombras empezaron a oscurecer la posada. Magda bostezó.

—Disculpe. Creo que me estoy aburriendo a mí misma. Suficiente de mí. ¿Qué hay de usted? ¿De dónde viene?

—Crecí por toda Europa oriental —explicó Glenn encogiéndose de hombros —. Pero creo que se podría decir que soy británico.

—Habla el rumano excepcionalmente bien, casi como un nativo.

—He visitado el lugar frecuentemente, incluso he vivido con algunas familias rumanas aquí y allá.

—Pero como súbdito británico, ¿no se está arriesgando con su estadía en Rumania? ¿Especialmente con los nazis tan cerca?

—De hecho no tengo ninguna ciudadanía —aclaró Glenn, titubeando —. Poseo papeles de varios países, que proclaman mi ciudadanía, pero no tengo patria. En estas montañas no se necesita una patria.

¿Un hombre sin patria? Magda jamás había oído algo así. ¿A quién debía su lealtad?

—Tenga cuidado. No hay muchos rumanos pelirrojos.

—Es verdad —admitió sonriendo y pasándose una mano por el cabello—.

Pero los alemanes están en la fortaleza y la Guardia de Hierro se mantiene lejos de las montañas, si es que sabe lo que le conviene. Yo me sabré cuidar mientras esté aquí. No creo necesario permanecer mucho tiempo.

Magda sintió una estocada de decepción… le gustaba tenerlo cerca.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó sintiendo que lo había hecho demasiado pronto. Pero no se podía hacer nada. Deseaba saber.

—Lo suficiente para una última visita antes de que Alemania y Rumania le declaren la guerra a Rusia.

—¡Eso no es…!

—Es inevitable. Y ocurrirá pronto

—la interrumpió y se levantó del banco.

—¿A dónde va?

—La voy a dejar descansar. Lo necesita.

Glenn se inclinó hacia el frente y le puso la mandolina en las manos. Por un momento sus dedos la tocaron y Magda experimentó una sensación como un choque eléctrico que la sacudió, haciéndola vibrar entera. Pero no retiró la mano… Oh, no… porque eso haría que la sensación desapareciera, detendría la deliciosa tibieza que estaba extendiéndose por todo su cuerpo y bajando por sus piernas.

Se encargaría de que Glenn la sintiera también, a su manera.

Luego, él rompió el contacto y se retiró hacia la puerta. El sentimiento menguó, dejándola un poco débil. Deseaba detener a Glenn, tomar su mano y pedirle que se quedara. Pero no podía siquiera imaginarse haciendo algo así y el solo hecho de desearlo la impresionó. La incertidumbre la detuvo también. Las emociones que bullían en su interior eran nuevas para ella. ¿Cómo podría controlarlas?

Al cerrarse la puerta tras él, sintió que la tibieza se desvanecía y se veía reemplazada por un espacio hueco en las profundidades de su ser. Se quedó sentada en silencio durante unos momentos y luego se dijo que quizá era

mejor que él la hubiera dejado sola ahora. Necesitaba dormir, estar descansada y totalmente alerta más adelante.

Porque había decidido que esta noche papá no enfrentaría sólo a Molasar.

21

La Fortaleza
Jueves, 19 de mayo
17:22 horas

El capitán Woermann estaba sentado solo en su habitación. Había permanecido contemplando cómo crecían las sombras sobre la fortaleza, hasta que el sol se perdió de vista. Su inquietud aumentó con ellas. Las sombras no debían haberlo perturbado. Después de todo, durante dos noches

seguidas no hubo muertes, y no podía pensar en ninguna razón por la que esta noche fuese distinta. Sin embargo, lo invadía una sensación de presagio.

La moral de los hombres había mejorado inmensamente. Empezaron a actuar y a sentirse de nuevo como vencedores. Lo podía ver en sus ojos, en sus caras. Habían sido amenazados, unos pocos murieron, pero insistieron y aún estaban posesionados de la fortaleza. Con la chica fuera del alcance de su vista y sin compañeros muertos recientemente, se produjo una tregua tácita entre los hombres de los uniformes grises y los de negro. No se mezclaban, pero se notaba una nueva

sensación de camaradería. Todos habían triunfado. Woermann se sintió incapaz de compartir ese optimismo.

Miró su pintura. Todo deseo de trabajar más en ella había huido y no quería comenzar otra. Ni siquiera tenía la suficiente ambición para sacar sus pigmentos y cubrir la sombra del cadáver colgante. Su atención se centraba ahora en la sombra. Cada vez que la miraba se veía más clara. La forma se notaba más oscura hoy, y la cabeza parecía estar más definida. Se agitó y miró hacia otra parte. Tonterías.

No… no eran tonterías realmente. Aún existía algo malvado rondando la fortaleza. La maldad no había partido,

estaba solo… descansando. ¿Descansando? ¿Era ésa la palabra correcta? En realidad, no. Conteniéndose sería mejor. Ciertamente no se había alejado. Las paredes todavía se cerraban sobre él y el aire seguía percibiéndose pesado y cargado de amenazas. Los hombres podían palmearse la espalda y convencerse uno a otro de que no era así. Pero Woermann no podía. Con sólo mirar su corrupta pintura sabía con absoluta certeza que no se produjo un fin real a los asesinatos, sólo una pausa, una pausa que podría durar días o concluir esta noche. Nada había sido vencido o expulsado. La muerte aún estaba aquí,

esperando, lista para atacar de nuevo cuando la ocasión fuera propicia.

Irguió los hombros para defenderse de un creciente escalofrío. Algo ocurriría pronto. Podía sentirlo en el centro de su espina.

Una noche más… sólo denme una noche más.

Si la muerte se contenía hasta la mañana siguiente, Kaempffer partiría hacia Ploiesti. Después de eso, Woermann podría imponer de nuevo sus propias reglas… sin la SS. Y alejar a sus hombres de la fortaleza si los problemas empezaban de nuevo.

Kaempffer… se preguntaba lo que el dulce y querido Erich estaría haciendo.

No lo había visto en toda la tarde.

El SS-Strumbannführer Kaempffer estaba sentado con la espalda encorvada sobre el mapa de trenes de Ploiesti extendido ante él en su cama. La luz del día se desvanecía rápidamente y los ojos le dolían de tanto esforzarse sobre las pequeñas líneas entrecruzadas. Mejor detenerse ahora en vez de tratar de continuar bajo una de las toscas bombillas eléctricas.

Irguiéndose, se frotó los ojos con pulgar e índice. Al menos, el día no fue un desperdicio total. El nuevo mapa de los nexos ferroviarios le había dado

algo de información útil. Empezaría de la nada con los rumanos. Todo detalle de la construcción del campo quedaría en sus manos, incluso la elección del lugar. Creía haber hallado uno adecuado. Existía una hilera de viejas bodegas en el extremo este del nexo. Si no estaban siendo utilizadas o dedicadas a algún uso importante, podrían funcionar como la semilla del campo de Ploiesti. Se instalarían bardas de alambre en cuestión de días y entonces la Guardia de Hierro podría dedicarse a la tarea de recolectar a los judíos.

Kaempffer deseaba comenzar. Dejaría que la Guardia de Hierro reuniera, a los primeros «huéspedes»

que desearan, mientras él supervisaba el diseño de la planta misma. Una vez que eso estuviese en marcha, dedicaría una mayor parte de su tiempo a enseñar a los rumanos los métodos probados de la SS para acorralar a los indeseables.

Doblando el mapa descubrió que sus pensamientos se volvían hacia las enormes utilidades que podrían ser obtenidas del campo, y los métodos para conservar la mayor parte de esas ganancias para sí. Kaempffer no veía razón por la cual él debía ser una excepción.

Y habría más. En un futuro cercano, después de que tuviese el campo funcionando como una máquina bien

aceitada, seguramente se presentarían oportunidades de rentar algunos de los internos más saludables, a la industria rumana. Era una práctica cada vez más común en otros campos, y rendía buenos dividendos. Fácilmente podría ofrecer los contratos de gran número de internos, especialmente dado que la Operación Barbarroja iba a ser puesta en marcha dentro de poco. El ejército rumano invadiría Rusia pronto, junto con la Wehrmacht, absorbiendo gran parte de la fuerza de trabajo disponible en el país. Sí, las fábricas estarían ansiosas por tener obreros. Su paga, por supuesto, iría al comandante del campo.

Conocía los trucos. Hoess le enseñó

bien en Auschwitz. No era frecuente que un hombre recibiese la oportunidad de servir a su país, mejorar el equilibrio genético de la raza humana y enriquecerse. Era un hombre afortunado…

A excepción de esta maldita fortaleza. Al menos el problema aquí parecía estar bajo control. Si las cosas se mantenían así, podría irse a la mañana siguiente e informar su éxito a Berlín. El informe se vería bien.

Había llegado y perdido dos hombres la primera noche, antes de poder establecer acciones contraofensivas: después de eso no hubo más asesinatos. (Sería algo vago sobre

la forma en que había detenido las muertes, pero perfectamente claro en cuanto a quién correspondía el crédito). Después de tres noches sin más muertes, había partido. Misión cumplida. Si los asesinatos se reiniciaban después de su partida, era culpa de ese chapucero de Woermann. Para entonces, Kaempffer estaría demasiado involucrado en la instalación del campo Ploiesti. Tendrían que mandar a alguien más a sacar a Woermann del lío.

El tocar de Lidia en la puerta anunciando la cena despertó súbitamente a Magda. Un poco de agua del lavabo

sobre su cara la despertó completamente. Pero no sentía hambre. Su estómago estaba tan anudado que sabía que le resultaría imposible pasar un solo bocado de alimento.

Se detuvo ante la ventana. Todavía quedaban rastros de luz en el cielo, pero ya no en el paso. La noche había llegado a la fortaleza y, sin embargo, no fueron encendidas las brillantes luces del patio. Había ventanas iluminadas aquí y allá en los muros, como ojos en la oscuridad, la de papá entre ellas, pero aún no estaba iluminada como, ¿cómo lo había llamado Glenn la primera noche?, «una barata atracción turística».

Se preguntó si Glenn se encontraría

abajo, sentado a la mesa. ¿Estaría pensando en ella? ¿Esperándola, quizá? ¿O concentrado solamente en su comida? No importaba. Ella no podría permitir que la viera, bajo ninguna circunstancia. Una mirada de él a sus ojos y sabría lo que pretendía hacer y podría intentar detenerla.

Magda trató de concentrarse en la fortaleza. ¿Por qué estaba pensando en Glenn? Él obviamente podía cuidarse solo. Debería estar pensando en papá y su misión de esta noche, no en Glenn.

Y, sin embargo, sus pensamientos insistían en volver a Glenn. Incluso había soñado con él durante su siesta. Los detalles eran poco claros ahora,

pero las impresiones que permanecían las sentía tibias y de algún modo eróticas. ¿Qué le estaba ocurriendo? Nunca reaccionó así ante nadie, jamás. Hubo épocas al final de su adolescencia, cuando los jóvenes la cortejaron. Se había sentido adulada y brevemente embrujada por dos o tres de ellos, pero nada más. E incluso Mihail… había estado cerca, pero ella nunca lo deseó.

Eso era: con una sacudida se dio cuenta de que deseaba a Glenn, lo quería cerca de ella, haciéndola sentirse…

¡Esto era absurdo! Estaba actuando como una chica de rancho, sin cerebro y en celo al encontrarse al primer hombre de la gran ciudad, que hablara

suavemente. No, no podía permitirse involucrarse con Glenn ni con ningún otro hombre. No en tanto papá no pudiera defenderse por sí mismo. Y especialmente mientras estuviese encerrado en la fortaleza con los alemanes y esa cosa. Papá era primero. Él no tenía a nadie más y ella no lo abandonaría nunca.

Ah, pero Glenn… si sólo hubiera más hombres como él. La hacía sentirse importante, como si fuera bueno ser lo que ella era, algo para enorgullecerse. Podía hablar con él sin sentirse una desadaptada entregada a los libros, que los demás parecían ver en ella.

Fue después de las diez de la noche

que Magda abandonó la posada. Desde su ventana vio a Glenn bajar por el sendero y apostarse en la maleza a la orilla de la cañada. Después de asegurarse que él se había agazapado allí, se ató el cabello con su pañuelo, tomó de su mesa la linterna de mano y bajó las escaleras, pasando por el vestíbulo y penetrando a la oscuridad del exterior.

No se dirigió a la calzada. En vez de eso, cruzó la vereda y caminó hacia las imponentes sombras de las montañas, tanteando el camino en la oscuridad. No podía usar la linterna hasta estar en el interior de la fortaleza; prenderla aquí o en la cañada revelaría su presencia a

alguno de los centinelas en el muro. Se levantó el suéter y se metió la linterna en la pretina de la falda, sintiendo el frío del metal contra su piel.

Sabia exactamente a dónde se dirigía. En la unión de la cañada y la pared occidental del paso se hallaba una pila de tierra, carbón y rocas en forma de cuña, que se había deslizado y acumulado por la montaña durante siglos. Su pendiente era suave y tenía buen apoyo para caminar; ella aprendió esto años antes, cuando se lanzó a su primera exploración de la cañada en busca de la inexistente piedra angular. Había escalado el lugar numerosas veces desde entonces, pero siempre de

día. Esta noche se vería obstaculizada por la oscuridad y la niebla. No habría siquiera luz de luna, pues ésta saldría hasta después de la medianoche. Esto iba a ser arriesgado, pero ella estaba segura de que podía lograrlo.

Llegó a la pared de la montaña donde la cañada se cortaba abruptamente. La cuña de desperdicios formaba un medio cono, con la base en el piso de la cañada llena de niebla unos veinte metros más abajo y el extremo terminaba a dos pasos del lugar donde ella estaba.

Afirmándose la quijada y aspirando profundamente una, dos veces, comenzó el descenso. Se movía lenta y

cautelosamente, probando cada paso antes de afirmar todo el peso, sosteniéndose en las rocas más grandes para balancearse. Había suficiente tiempo. La cautela era la clave, la cautela y el silencio. Un movimiento equivocado y empezaría a deslizarse. Las aguzadas rocas desgarrarían su piel hasta convertirla en jirones para cuando llegara abajo. Y aun si sobreviviese a la caída, el derrumbe de rocas que causara alertaría a los centinelas del muro. Tenía que ser cuidadosa.

Avanzó a ritmo constante, todo el tiempo alejando la idea de que Molasar podría estar esperándola abajo, en la cañada. Hubo un mal momento; ocurrió

después de que caminó bajo la superficie levemente ondulante de la niebla. Por un momento no pudo hallar apoyo. Se aferró a una laja con ambas piernas, colgando en el brumoso abismo, incapaz de hacer contacto con nada. Era como si todo el mundo se hubiese caído, dejándola colgando de esta saliente roca, sola, eternamente. Pero luchó para alejar el pánico y se movió con lentitud a la izquierda, hasta que sus pies, buscando, hallaron algo en qué apoyarse.

El resto del descenso fue más fácil. Alcanzó ilesa la base de la cuña. Sin embargo, el terreno que yacía al frente era más duro. El piso de la cañada era

una tierra de nunca jamás, un reino de rocas aguzadas y pastos apretados, escarpándose en la envolvente niebla que giraba a su alrededor mientras caminaba, aferrándose a ella con tentáculos intangibles. Caminó lentamente, con el mayor cuidado. Las rocas eran hábiles y traicioneras, capaces de causar una caída que le rompiera los huesos al primer paso incierto. Estaba prácticamente ciega en la niebla, pero siguió andando. Después de una eternidad pasó la primera señal reconocible: una borrosa y oscura franja de sombras sobre su cabeza. Estaba bajo la calzada. La base de la torre debía encontrarse al frente y a la izquierda.

Supo que estaba casi allí cuando su pie izquierdo se hundió hasta el tobillo en agua helada. Rápidamente retrocedió para quitarse los zapatos y las gruesas medias y subirse la falda hasta las rodillas. Entonces recuperó fuerzas. Con los dientes apretados, caminó hacia el agua. Su aliento escapó súbitamente cuando el frío aguijoneó sus pies y pantorrillas, forzando clavos de dolor en su médula. Sin embargo, mantuvo un paso lento, parejo, suprimiendo con determinación el deseo de lanzarse corriendo a la tibieza y sequedad de la otra orilla. Apresurarse significaría hacer ruido, y éste haría que la descubrieran.

Caminó unos cuatro metros más allá del agua antes de darse cuenta de que ya había salido de ella. Sus pies estaban entumidos. Temblando, se sentó en una roca y masajeó los dedos de sus pies hasta que recuperaron la sensibilidad. Luego, se volvió a poner las medias y los zapatos.

Unos pocos pasos más la llevaron al crestón de granito que formaba la base sobre la que descansaba la fortaleza. Fue fácil seguir su áspera superficie hasta el punto donde el extremo de la torre se extendía hasta el piso de la cañada. Allí sintió que comenzaban las superficies planas y los ángulos rectos de los bloques hechos por la mano del

hombre.

Palpó a su alrededor hasta que sintió el excesivamente grande bloque que buscaba y lo empujó. Con un suspiro y un raspar apenas audible, la losa giró hacia adentro. Un rectángulo negro la esperaba como una boca abierta. Magda no se permitió titubear. Sacando la linterna de su cinto, cruzó el umbral.

La sensación de maldad la hizo tambalearse como si la golpeara al entrar, haciendo que se perlara de sudor helado, forzándola a querer saltar de cabeza, regresando por la abertura hacia la niebla. Era mucho peor que cuando ella y papá pasaron por el portón la noche del martes, y peor también que

esta mañana; cuando ella atravesó el umbral del portón. ¿Se había hecho más sensible a ella o la maldad se volvió más fuerte?

Él flotaba lenta, lánguidamente, sin meta precisa, por los más profundos nichos de la caverna que formaba el subsótano de la fortaleza, moviéndose de sombra a sombra, como parte de la oscuridad; con forma humana, pero cuyos elementos esenciales de humanidad habían sido desecados mucho antes.

Se detuvo, percibiendo nueva vida que no estuvo presente un momento antes. Alguien acababa de entrar a la

fortaleza. Después de concentrarse un momento reconoció la presencia de la hija del inválido, a la que había tocado dos noches antes, la que estaba tan madura de fuerza y bondad que su siempre insaciable hambre se aceleró hasta convertirse en una necesidad voraz. Se enfureció cuando los alemanes la alejaron de la fortaleza.

Ahora había vuelto.

Empezó a flotar de nuevo a través de la oscuridad, pero su deriva ya no era lánguida, ya no carecía de meta precisa.

Magda se detuvo en la infernal oscuridad, temblorosa e indecisa. Su

garganta y nariz se vieron irritadas por esporas de moho y partículas de polvo, que fueron molestadas por su entrada, ahogándola. Debía salir. Ésta era una empresa descabellada. ¿Qué podría hacer ella para ayudar a papá contra uno de los no-muertos? ¿Qué esperaba lograr realmente viniendo aquí? ¡Heroísmos tontos como éste hacían que la gente muriera! ¿Quién creía ella ser? ¿Qué le hacía pensar…?

¡Alto!

Un grito mental detuvo sus aterrados pensamientos. Estaba pensando como una derrotista. Éste no era su estilo. ¡*Podía* hacer algo por papá! No sabía exactamente qué, pero al menos estaría a

su lado para darle apoyo moral. Seguiría adelante.

Su idea original fue cerrar tras ella la losa engoznada. Pero no pudo forzarse a hacerlo. Tendría una especie de tranquilidad, una escasa tranquilidad, sabiendo que su ruta de escape permanecía abierta tras ella.

Sintió que ahora ya era seguro usar la linterna, así que la encendió. El haz de luz luchó contra la oscuridad revelando el extremo inferior del largo pasadizo de piedra que abría un camino en espiral hasta la superficie interior de la base de la torre. Levantó el haz, pero la luz fue tragada completamente por la oscuridad de arriba.

No tenía más alternativa que subir.

Después de su agitado descenso y de su viaje a través de la cañada cubierta por la niebla, las escaleras, aun las más escarpadas, eran un lujo. Movió la linterna de adelante hacia atrás ante ella mientras se movía asegurándose de que cada escalón estuviera intacto antes de confiarle su peso. Todo estaba en silencio en el enorme y oscuro cilindro de piedra, excepto por el eco de sus pisadas, y permaneció así hasta que completó dos de los tres circuitos que formaban el cubo de la escalera.

Entonces sintió una corriente de aire que provenía de su derecha. Y escuchó un ruido extraño.

Se detuvo, inmóvil, congelada en la corriente de aire frío, escuchando un lejano y suave raspar. Era irregular en tono y en ritmo, pero persistente. Rápidamente dirigió la linterna a su derecha y descubrió una angosta abertura en la piedra a una altura de casi dos metros. La había visto allí durante sus exploraciones previas, pero nunca le prestó atención. Nunca hubo una corriente de aire fluyendo a través de ella. Ni escuchó ningún sonido del interior.

Miró hacia la oscuridad apuntando el haz a través del agujero, esperando y al mismo tiempo deseando no encontrar la fuente del ruido.

Mientras no sean ratas… Por favor, Dios, que no haya ratas ahí.

Adentro no vio más que una extensión vacía de suelo sucio. El raspar parecía venir de lo más profundo de la cavidad. A lo lejos, del lado derecho, tal vez a unos quince metros, notó un tenue resplandor. Apagó la linterna y lo confirmó: había una lánguida luz allí, que venía de arriba. Forzó la vista en la oscuridad y percibió difusamente el contorno de la escalera.

Súbitamente se dio cuenta de dónde se encontraba. Estaba mirando al subsótano desde el este. Lo que significaba que la luz que veía a su derecha se filtraba a través del averiado

suelo del sótano. Sólo hacía dos noches que había estado al pie de esos escalones mientras papá examinaba los…

… cadáveres. Si los escalones estaban a su derecha, entonces a su izquierda yacían los ocho soldados alemanes muertos. Y, sin embargo, el ruido continuaba, flotando hacia ella desde el extremo final del subsótano, si es que tenía un final.

Reprimiendo un estremecimiento encendió la linterna otra vez y continuó subiendo. Le faltaba sólo una vuelta más. Dirigió el haz hacia donde los escalones desaparecían en un nicho oscuro en la orilla del techo. La vista de

éste la empujó hacia adelante, pues sabía que el techo afianzado del cubo de la escalera era el suelo del primer nivel de la torre. Del nivel de papá. Y el nicho estaba dentro de la pared que dividía sus habitaciones.

Magda completó rápidamente la subida y se introdujo en el espacio. Presionó la oreja contra la gran piedra de la derecha, engoznada en forma similar a la entrada de piedra veinte metros más abajo. No escuchó ningún sonido. De todos modos esperó, forzándose a escuchar durante más tiempo. No se oían pisadas ni voces. Papá estaba solo.

Empujó la piedra esperando moverla

fácilmente. No cedió. Se apoyó contra ella con todo su peso y su fuerza. Ningún movimiento. Encogida, sintiéndose encerrada en una pequeña caverna, su mente recorrió las posibilidades. Algo había sucedido. Cinco años antes movió la piedra con un esfuerzo mínimo. ¿Se habría asentado la fortaleza en los años intermedios, alterando el delicado equilibrio de los goznes?

Estuvo tentada a golpear la piedra con el mango de la linterna. Por lo menos eso alertaría a papá de su presencia. Pero entonces, ¿qué? Ciertamente él no podría ayudarla a mover la piedra. ¿Y qué tal si el sonido llegaba a otro de los pisos y alertaba a

un centinela o a uno de los oficiales? No… no podía golpear nada.

¡Pero tenía que entrar a esa habitación! Empujó una vez más, ahora doblando la espalda contra la piedra y apoyando los pies en la pared opuesta, forzando todos sus músculos hasta el límite. Todavía no se produjo ningún movimiento.

Mientras estaba encogida allí, enojada y amargamente frustrada, se le ocurrió una idea. Quizá hubiese otro camino por la vía del subsótano. Si no había guardias allí, tal vez podría llegar al patio, y si las brillantes luces del patio estaban apagadas todavía, quizá pudiese cruzar sigilosamente la corta

distancia hasta la torre y el cuarto de papá. Muchos «si»… pero si en cualquier momento encontraba bloqueado el paso, siempre podría regresar, ¿no es cierto?

Descendió rápidamente hacia la abertura en la pared. La corriente fría todavía estaba allí igual que los lejanos sonidos raspantes. Atravesó y empezó a caminar hacia las escaleras que la llevarían al sótano, dirigiéndose a la luz que se filtraba desde arriba. Movió el haz de la linterna hacia arriba y al frente, cuidando de que no se fugara hacia la izquierda donde sabía que yacían los cadáveres.

Mientras se internaba más en el

subsótano, descubrió que era cada vez más difícil el paso. Su mente, su sentido del deber y amor a su padre, todo el estrato más elevado de su conciencia, la empujaban hacia adelante. Pero algo más la arrastraba, frenándola. Una parte primitiva de su cerebro estaba rebelándose, tratando de hacer que se volviera.

Continuó, desoyendo todas las advertencias. No podían detenerla ahora… aunque la forma en que las sombras parecían moverse, retorcerse y cambiar a su alrededor, era fantasmal y perturbador. Es un truco de la luz, se dijo. Si seguía moviéndose, estaría bien.

Casi había llegado a las escaleras

cuando vio que algo se movía dentro de la sombra del escalón inferior. Estuvo a punto de gritar cuando saltó a la luz.

¡Una rata!

Estaba sentada, encorvada en el escalón, con su gordo cuerpo parcialmente rodeado por una cola que se retorcía mientras se lamía las garras. La repugnancia la invadió. Quería vomitar. Sabía que no podría dar otro paso al frente con esa cosa ahí. La rata levantó los ojos, la miró y luego se escurrió, alejándose hacia las sombras. Magda no quiso esperar a que cambiara de idea y regresara. Se apresuró a recorrer media escalera y después se detuvo y escuchó, esperando que su

estómago se calmara.

Todo se hallaba en silencio arriba: ni una palabra, ni una tos, ni una pisada. El único sonido era el raspar, persistente y más fuerte ahora que ella estaba en el subsótano, pero todavía lejos en los nichos de la caverna. Trató de bloquearlo. No podía imaginar lo que era y no quería intentarlo.

Movió la linterna a su alrededor para asegurarse de que no hubiera más ratas por allí. Entonces subió las escaleras lenta, cuidadosa y silenciosamente. Cerca del final, miró con cautela sobre la orilla del agujero en el piso. A través de la rota pared a su derecha estaba el corredor central del

sótano. Iluminado por una hilera de bombillas incandescentes y aparentemente desierto. Tres escalones más la llevaron al nivel del piso y otros tres a la pared destrozada. De nuevo esperó oír el sonido de los guardias. Al no escuchar nada, echó una ojeada al corredor: desierto.

Ahora venía la parte verdaderamente riesgosa. Tendría que atravesar la extensión del corredor hasta los escalones que llevaban al patio. Y luego, subir esos dos cortos pisos. Y después de eso…

Una cosa a la vez, se dijo. Primero el corredor. Conquista eso antes de preocuparte por las escaleras.

Esperó, temerosa de salir a la luz. Hasta ahora se había movido en la oscuridad y la reclusión. Exponerse bajo esas bombillas sería como posar desnuda en el centro de Bucarest al mediodía. Pero su otra alternativa era rendirse y regresar.

Se adelantó hacia la luz y se movió rápida y silenciosamente por el corredor. Casi estaba al pie de la escalera cuando oyó un sonido que provenía de arriba. Alguien bajaba. Ella estaba lista para correr a uno de los cuartos laterales a la primera señal de que alguien se acercara, y ahora hizo ese movimiento.

Se congeló dentro del umbral. No

vio ni escuchó ni tocó a nadie, pero supo que no estaba sola. ¡Tenía que salir! Eso la expondría a cualquiera que se acercara por los escalones. Súbitamente hubo un movimiento en la oscuridad tras ella y un brazo rodeó su garganta.

—¿Qué tenemos aquí? —preguntó una voz en alemán. ¡Había un centinela en el cuarto! La arrastró de regreso al corredor—. ¡Bien, bien! ¡Veamos cómo eres a la luz!

El corazón de Magda latió con terror mientras esperaba ver el color del uniforme de su captor. Si era gris, tendría una oportunidad, pequeña, pero al menos una oportunidad. Si era negro…

Era negro. Y otro einsatzkommando se acercó corriendo.

—¡Es la muchacha judía! —exclamó el primero. No llevaba el casco y sus ojos estaban lagañosos. Debió estar dormitando en el cuarto cuando ella penetró en él.

—¿Cómo entró? —preguntó el segundo, al acercarse.

Magda trató de encogerse en sus ropas cuando la miraron.

—No lo sé —repuso el primero, soltándola y empujándola hacia las escaleras del patio—. Pero creo que será mejor que la llevemos con el mayor.

Se inclinó en el cuarto para

recuperar el casco que se había quitado para la siesta. Mientras lo hacía, el segundo SS se le acercó. Magda actuó sin pensar. Empujó al primero dentro del cuarto y retrocedió corriendo hacia la abertura en la pared. No quería enfrentarse al mayor. Si podía llegar abajo tenía una oportunidad de ponerse a salvo, pues sólo ella conocía el camino.

La parte posterior de su cuero cabelludo se convirtió de pronto en fuego y sus pies casi abandonan la tierra cuando el segundo soldado tiró fuertemente de su cabello y de la pañoleta que había agarrado cuando ella saltó junto a él. Pero el SS no se

satisfizo con eso. Mientras lágrimas de dolor escapaban de los ojos de Magda, la atrajo jalando de su cabello y colocó una mano entre sus senos, estrellándola contra la pared.

Magda perdió el aliento y sintió que también perdía la, conciencia cuando sus hombros y su nuca golpearon la piedra con fuerza aturdidora. Los siguientes momentos fueron una composición de borrones y voces sin cuerpo:

—No la mataste, ¿o sí?

—Estará bien.

—Ésa no sabe cuál es su lugar.

—Quizá nunca nadie se ha tomado la molestia de enseñárselo adecuadamente.

Hubo una breve pausa.

—Allí.

Todavía en la niebla, con el cuerpo adormecido y la visión borrosa, Magda sintió que la arrastraban por los hombros a lo largo del corredor de piedra fría, dando vuelta a una esquina y saliendo de la luz directa. Se dio cuenta de que estaba en uno de los cuartos. Pero ¿por qué? Cuando soltaron sus brazos y oyó que la puerta se cerraba, vio que el cuarto se oscurecía y los sintió sobre ella, estorbándose uno al otro en su urgencia, uno tratando de bajarle la falda mientras el otro se esforzaba en levantársela hasta la cintura para llegar a ella bajo sus ropas.

Hubiera gritado, pero no tenía voz; hubiera peleado, pero sus brazos y piernas parecían de plomo y estaban inservibles; hubiera estado completamente aterrorizada si todo pareciera menos lejano y nebuloso. Por encima de los hombros encorvados de ellos, podía ver el contorno iluminado de la puerta que daba al corredor. Quería estar allí.

Entonces, el perfil de la puerta cambió, como si una sombra la hubiera atravesado. Percibió una presencia fuera de la puerta. Súbitamente se produjo un golpe atronador. La puerta se partió por la mitad y se abrió, bañándolos de astillas y pedazos de madera más

grandes. Una forma, enorme y masculina, llenó la entrada, oscureciendo la mayor parte de la luz.

¡*Glenn*!, pensó al principio. Pero esa esperanza se ahogó instantáneamente en la ola de frío y malevolencia que fluía de la entrada.

Los asombrados alemanes gritaron con terror mientras rodaban alejándose de ella. La forma parecía crecer al avanzar hacia adelante. Magda se sintió pateada y empujada cuando los dos soldados se lanzaron por las armas que habían dejado a un lado. Pero no fueron lo suficientemente rápidos. El recién llegado estuvo sobre ellos con rapidez cegadora, agachándose y aferrando a

cada soldado por la garganta y luego enderezándose de nuevo hasta alcanzar su estatura completa.

La cabeza de Magda comenzó a aclararse cuando el horror de lo que estaba viendo la invadió. Era Molasar quien estaba delante de ella, una enorme y negra figura recortada en la luz del corredor, dos puntos rojos donde debían estar los ojos, y en cada mano sostenía, a un brazo de distancia a cada lado, a un einsatzkommando que luchaba, pateaba, se ahogaba y arqueaba. Los sostuvo hasta que sus movimientos se hicieron más lentos y sus sonidos agonizantes se apagaron y ambos colgaron fláccidos de sus manos. Entonces los sacudió tan

violentamente que Magda pudo oír los huesos y cartílagos de sus cuellos tronar, romperse, crujir y astillarse. En ese momento los arrojó a un rincón oscuro y de inmediato desapareció tras ellos.

Luchando contra el dolor y la debilidad, Magda rodó y luchó hasta colocarse sobre las manos y las rodillas. Todavía no era capaz de ponerse en pie. Le tomaría unos cuantos minutos más antes de que las piernas la sostuvieran.

Entonces llegó un sonido, un ruido ambicioso de absorbencia sibilante que la hizo desear vomitar. La puso en pie y después de apoyarse contra la pared durante un instante, la impulsó fuera, hacia la luz del corredor.

¡Tenía que salir! Su padre fue olvidado en la estela de indescriptible horror que estaba teniendo lugar en el cuarto a sus espaldas. El corredor osciló mientras ella se tambaleaba hacia la pared destrozada, pero se aferró a su conciencia con determinación. Llegó a la abertura sin caer y, mientras la atravesaba, captó un movimiento con el rabillo del ojo.

Molasar avanzaba con su largo y decidido paso, llevándolo rápida y graciosamente más cerca de ella, con la capa flotando tras él, los ojos brillantes y los labios y mentón manchados de sangre.

Magda se zambulló en la pared

emitiendo un pequeño grito y corrió hacia los escalones que daban al subsótano. No parecía ni siquiera remotamente posible que pudiera correr más rápido que él, pero aun así se negaba a ceder. Lo sentía más cerca, pero no miró a su alrededor. En lugar de eso, se precipitó hacia los escalones.

Al aterrizar, su tobillo resbaló en el musgo y comenzó a caer. Unos brazos fuertes, fríos como la noche, la agarraron desde atrás, uno deslizándose alrededor de su espalda y otro bajo sus rodillas. Abrió la boca para gritar por el terror y la repulsión, pero tenía la voz ahogada. Sintió que la levantaba y la llevaba hacia abajo. Después de una

mirada breve y horrorizada a las líneas angulosas de la cara pálida y manchada de sangre de Molasar, a su largo y grueso cabello despeinado y a la demencia en sus ojos, se vio alejada de la luz y hacia el subsótano, y ya no pudo ver nada. Molasar giró. La conducía a la escalinata de la base de la torre de observación. Trató de luchar contra él, pero su garra se sobrepuso fácilmente a sus máximos esfuerzos. Finalmente, ella se rindió. Guardaría sus fuerzas hasta que hallara una oportunidad de escapar.

Como antes, sintió un frío entumecedor donde él la tocaba, pese a sus múltiples capas de ropa. Había un olor pesado y rancio alrededor de él. Y

aunque no se veía físicamente sucio, parecía… impuro.

La llevó a través de la estrecha abertura en la base de la torre.

—¿A dónde…? —graznó las primeras palabras de la pregunta antes de que el terror la estrangulara.

No hubo respuesta.

Magda empezó a temblar mientras se movía por el subsótano. Ahora, en la escalera, sus dientes castañeteaban. El contacto con Molasar parecía robarle el calor corporal.

Todo estaba oscuro a su alrededor y, sin embargo, Molasar subía los escalones de dos en dos con facilidad y confianza. Después de dar una vuelta

completa alrededor de la superficie interior de la torre, él se detuvo. Magda sintió los lados del nicho oprimirla, oyó el roce de piedra contra piedra y entonces la luz se derramó sobre ella.

—¡Magda!

Era la voz de papá. Mientras sus pupilas se ajustaban al cambio de claridad, sintió cómo era dejada sobre los pies y liberada. Extendió una mano hacia la voz y sintió cómo tocaba el brazo de la silla de ruedas de papá. Se sostuvo en él, aferrándose como un marinero se agarra de un madero flotante.

—¿Qué estás haciendo aquí? —inquirió él en un angustiado susurro rudo

y sorprendido.

—Los soldados… —Fue todo lo que pudo decir. Al ajustarse su visión, descubrió a papá contemplándola con la boca abierta.

—¿Te secuestraron de la posada?

—No —negó ella agitando la cabeza —. Entré por abajo.

—Pero ¿por qué harías una cosa tan tonta?

—Para que no te enfrentaras sólo a *él* —explicó Magda sin hacer ninguna seña hacia Molasar. El significado de sus palabras era claro.

La habitación se había oscurecido notablemente desde su llegada. Sabía que Molasar estaba de pie en algún sitio

tras ella, en las sombras, cerca de la losa engoznada, pero no pudo obligarse a mirar hacia él.

—Dos de los soldados de la SS me atraparon —continuó—. Me arrastraron a un cuarto. Iban a…

—¿Qué ocurrió? —cortó papá con los ojos desorbitados.

—Fui… —Magda miró brevemente por sobre el hombro hacia las sombras —… salvada.

Papá siguió mirándola, ya no con asombro o preocupación, sino con algo más: incredulidad.

—¿Por Molasar? —inquirió.

Magda asintió y finalmente halló la fuerza necesaria, para volverse y

enfrentar a Molasar.

—¡Los mató a ambos!

Lo miró. Él estaba de pie en las sombras junto a la abierta losa de piedra, embozado en la oscuridad, como una figura surgida de una pesadilla, con la cara apenas visible pero los ojos brillantes. La sangre había desaparecido de su cara, como si hubiese sido absorbida a través de la piel, más que limpiada. Magda experimentó un escalofrío.

—¡Ahora has arruinado todo! —le reprochó papá sorprendiéndola con la ira que había en su voz—. ¡Una vez que descubran los nuevos cuerpos, me veré sometido a toda la cólera del mayor! ¡Y

todo gracias a ti!

—¡Vine para estar contigo! —replicó Magda, herida. ¿Por qué estaba enojado con ella?

—¡No te pedí que vinieras! ¡No te quise aquí antes y no te quiero aquí ahora!

—¡Papá, por favor!

—¡Vete, Magda! —le ordenó, señalando con un dedo retorcido hacia la abertura en la pared—. ¡Tengo demasiado que hacer y muy poco tiempo para hacerlo! Pronto irrumpirán aquí los nazis preguntándome por qué murieron dos hombres más, ¡y no tendré una respuesta! ¡Debo hablar con Molasar antes de que lleguen!

—Papá…

—¡Vete!

Magda se quedó de pie, contemplándolo. ¿Cómo podía él hablarle así? Quería llorar, quería suplicar, quería golpearlo para hacerlo entrar en razón. Pero no podía. No podía desafiarlo, ni siquiera ante Molasar. Era su padre y, aunque sabía que estaba siendo brutalmente injusto, no podía desafiarlo.

Magda se volvió y pasó rápidamente junto al impasible Molasar, introduciéndose en la abertura. La losa se cerró tras ella y se encontró de nuevo en la oscuridad. Buscó la linterna en su cinturón, ¡pero había desaparecido!

Debió caérsele en algún sitio.

Tenía dos alternativas: regresar a la habitación de papá y pedirle una lámpara o una vela, o descender en la oscuridad. Después de sólo unos cuantos segundos, eligió esto último. No podría enfrentarse otra vez a papá esta noche. La lastimó más de lo que ella creía poder ser lastimada. Él había cambiado. De algún modo estaba perdiendo su dulzura y la empatía que siempre fuera parte de él. La había despedido esta noche como si fuera una desconocida. ¡Y ni siquiera se preocupó en asegurarse de que tuviera una luz!

Reprimió un sollozo. ¡*No* lloraría! Pero ¿qué podía hacer? Se sentía

impotente. Y lo que era peor, se sentía traicionada.

Lo único que le quedaba era abandonar la fortaleza. Comenzó el descenso, confiando sólo en su tacto. No podía ver nada, pero sabía que si mantenía el pie izquierdo junto a la pared y bajaba cada escalón lentamente, llegaría al fondo sin caer a la muerte.

Cuando completó la primera espiral, esperaba a medias oír el extraño sonido raspante a través de la abertura que daba al subsótano. Pero no llegó. En lugar de eso había en la oscuridad un nuevo sonido más fuerte, más cercano, más pesado. Disminuyó el progreso de su marcha hasta que su mano derecha

resbaló apartándose de la piedra, y encontró el frío aire que fluía a través de la abertura. El ruido creció mientras escuchaba.

Era un forcejeo, un arrastrarse repugnante, un sonido vacilante que le destempló los dientes y le secó la lengua de modo que se le pegó al paladar. Esto no podía ser causado por las ratas… era demasiado grande. Parecía venir de la oscuridad más profunda, reinante a su izquierda. A su derecha, una tenue luz se filtraba todavía desde el sótano situado arriba, pero sin llegar al área de donde provenía el sonido. Era igual. Magda no quería ver lo que había ahí.

Atravesó a tientas la abertura,

salvajemente y durante un momento aturdidor no pudo encontrar el extremo más alejado. Entonces, su mano hizo contacto con la piedra, fría y asombrosamente sólida, y continuó descendiendo más rápido que antes, peligrosamente rápido, con el corazón golpeándole y la respiración jadeante.

Si la cosa en la fortaleza estaba siguiéndola, tenía que estar fuera para cuando la cosa llegara al cubo de la escalera.

Continuó bajando, bajando interminablemente, mirando con frecuencia sobre su hombro, en un esfuerzo instintivo e infructuoso por ver en la oscuridad. Un rectángulo tenue le

indicó que había llegado al fondo y tropezó con él, atravesándolo y saliendo a la niebla. Cerró la losa y se apoyó contra ella, jadeando con alivio.

Después de calmarse, se dio cuenta de que no había escapado de la atmósfera malévola de la fortaleza por haber salido simplemente de sus paredes. Esta mañana, la vileza que permeaba la fortaleza se había detenido en el umbral; pero ahora se extendía más allá de sus muros. Comenzó a caminar y tropezar en la oscuridad. No fue sino hasta que estuvo en el riachuelo cuando sintió que había escapado del aura de maldad.

Súbitamente oyó unos gritos tenues

que venían de arriba y la niebla se iluminó. Habían encendido al máximo las luces de la fortaleza. Alguien debió encontrar los dos cuerpos recién asesinados.

Magda continuó alejándose de la fortaleza. La luz extra no era una amenaza, pues no la alcanzaba. Se filtraba hacia abajo, como la luz del sol vista desde el fondo de un lago sombrío. La luz era, captada y retenida por la niebla, que la hacía más densa y más blanca, cubriendo a Magda en lugar de revelar su posición. Esta vez atravesó el arroyo chapoteando descuidadamente, sin detenerse para quitarse los zapatos y las medias, pues quería alejarse de la

fortaleza lo más pronto posible. La sombra de la calzada pasó sobre su cabeza y pronto estuvo en la base del montón de desperdicios. Después de un breve descanso que le permitió recuperar el aliento, comenzó a subir hasta que llegó al nivel más alto de niebla. Ésta llenaba la cañada casi por completo, ahora sólo quedaba una corta distancia hasta la cima. Unos cuantos segundos de quedar expuesta y estaría a salvo.

Se impulsó sobre la orilla y corrió semiagazapada. Cuando sintió que los arbustos la envolvían, su pie tropezó con una raíz y cayó de cabeza, golpeándose la rodilla izquierda contra una roca. Se

abrazó la rodilla llevándosela hasta el pecho y comenzó a llorar emitiendo largos y ruidosos sollozos que superaban la magnitud del dolor. Era angustia por papá y alivio por estar a salvo lejos de la, fortaleza, era una reacción a todo lo que viera y oyera allí, a todo lo que le hicieron o casi le hicieron.

—Estuvo en la fortaleza —exclamó una voz.

Era Glenn. No podía pensar en alguien a quien tuviera más ganas de ver en ese momento. Secándose los ojos apresuradamente con la manga, se puso en pie, o más bien lo intentó. La rodilla lastimada mandó un dolor cortante a lo

largo de su pierna y Glenn estiró la mano para evitar que cayera.

—¿Está lastimada? —indagó con voz suave.

—Es sólo una magulladura —lo tranquilizó.

Trató de dar un paso, pero la pierna se negó a soportar su peso. Glenn la alzó en brazos sin decir una palabra y empezó a cargarla de vuelta a la posada.

Era la segunda vez en esta noche que la cargaban así. Pero esta vez era, diferente. Los brazos de Glenn eran un tibio santuario que derretía el frío que le dejara el contacto de Molasar. Cuando se inclinó hacia él, sintió que todo el miedo manaba, saliéndosele. Pero

¿cómo había llegado él detrás de ella sin que lo oyera? ¿O había estado allí todo el tiempo, esperándola?

Magda dejó que su cabeza reposara sobre su hombro, sintiéndose segura y en paz. *Si sólo pudiera sentirme siempre así…*

La cargó sin esfuerzo, atravesando la puerta principal de la posada y el recibidor vacío, subiendo las escaleras y entrando a la habitación de ella. Después de depositarla gentilmente en la orilla de la cama, se arrodilló ante ella.

—Veamos esa rodilla.

Magda dudó al principio y luego se levantó la falda sobre la rodilla izquierda, dejando que la derecha

quedara cubierta y manteniendo el resto de la pesada tela apretado alrededor de sus muslos. En el fondo de su mente yacía la idea de que no debería estar sentada en una cama mostrándole la pierna a un hombre que apenas conocía. Pero de algún modo…

Su áspera media azul oscuro se hallaba desgarrada y revelaba una magulladura violeta en la rótula. La carne estaba hinchada y entumecida. Glenn se dirigió al extremo más cercano del ropero, sumergió un paño en el lavamanos y luego colocó la tela sobre su rodilla.

—Esto debe ayudar —comentó.

—¿Qué está mal en la fortaleza? —

le preguntó ella, contemplando su cabello rojizo y tratando de ignorar, y sin embargo revelando, el calor hormigueante que subía insistentemente por su muslo, en donde la mano de él sostenía la tela contra su carne.

—Estuvo allí esta noche —afirmó él levantando la vista—. ¿Por qué no me lo dice?

—Estuve allí pero no puedo explicar, o quizá no puedo aceptar, lo que está sucediendo —reconoció Magda —. Sé que el despertar de Molasar cambió la fortaleza. Yo amaba ese lugar. Ahora le temo. Hay una… *iniquidad* muy definida allí. No tienes que tocarla o verla para estar consciente de su

presencia, así como a veces no tienes que mirar hacia afuera para saber que habrá mal tiempo. Ocupa el aire mismo… y se filtra por los poros.

—¿Qué tipo de «iniquidad» percibe en Molasar? —Acució Glenn.

—Es malévolo. Sé que esto es vago, pero quiero decir malévolo. Inherentemente malévolo. Es una maldad antigua y monstruosa que medra en la muerte, que valora todo lo que es nocivo para la vida, que odia y teme todo lo que apreciamos. —Se estremeció, apenada por la intensidad de sus palabras—. Eso es lo que siento. ¿Tiene algún significado para usted?

Glenn la contempló de cerca durante

un largo momento antes de responderle:

—Debe ser extremadamente sensible para haber percibido todo eso.

—Y aun así…

—Y aun así, ¿qué?

—Y aun así, Molasar me salvó esta noche de las manos de dos prójimos humanos que definitivamente debieron aliarse a mí contra él.

—¿Molasar la salvó? —sondeó Glenn con las pupilas de sus ojos azules dilatadas.

—Sí. Mató a dos soldados alemanes —explicó ella. Respingó al recordar—. Los mató en forma horrible… pero no me hizo daño. Resulta extraño, ¿no es cierto?

—Mucho —corroboró él. Dejó el paño mojado en su lugar y retiró la mano de la rodilla de Magda, pasándosela por el rojo de su cabello. Magda quería que la pusiera de nuevo donde había estado, pero él parecía preocupado—. ¿Escapó de él?

—No. Me llevó con mi padre —respondió. Observó a Glenn considerar esto y luego asentir como si tuviera algún tipo de significado para él—. Y hay algo más.

—¿Sobre Molasar?

—No —aclaró—. Algo más en la fortaleza. En el subsótano… algo se movía allí. Quizá es lo que causaba antes el ruido raspante.

—Ruido raspante —repitió Glenn en voz baja.

—Raspando, arañando… desde muy adentro del subsótano.

Glenn se levantó sin decir una palabra y llegó hasta la ventana. Se mantuvo inmóvil, contemplando la fortaleza.

—Dígame todo lo que le sucedió esta noche, desde el momento en que entró a la fortaleza hasta que la abandonó. No omita ningún detalle.

Magda le contó todo lo que pudo recordar hasta el momento en que Molasar la depositó en la habitación de papá. Entonces, su voz se ahogó.

—¿Qué pasa?

—Nada.

—¿Cómo está su padre? —le preguntó Glenn—. ¿Estaba bien?

—Oh, estaba bien —contestó con el dolor acumulado en la garganta. A pesar de su valerosa sonrisa, las lágrimas brotaron de sus ojos y comenzaron a derramarse sobre sus mejillas. Trató cuanto pudo de detenerlas, pero seguían fluyendo—. Me ordenó que me fuera… que lo dejara sólo con Molasar. ¿Puede imaginar eso? Después de todo lo que pasé para estar con él, ¡me ordena que me vaya!

La angustia en su voz debió penetrar el estado de preocupación de Glenn, pues se retiró de la ventana y la miró.

—No le preocupó que hubiera sido asaltada y casi violada por esos dos brutos nazis… ¡ni siquiera me preguntó si estaba lastimada! —estalló ella—. Todo lo que le importaba era que yo había acortado su precioso tiempo con Molasar. Soy su hija y le interesa más hablar con esa… ¡esa criatura!

Glenn se acercó a la cama y se sentó junto a ella. Le rodeó la espalda con el brazo y la atrajo suavemente hacia él.

—Su padre está bajo una tensión terrible. Debe recordarlo.

—¡Y *él* debería recordar que es mi padre!

—Sí. —Acordó Glenn suavemente —. Sí, debería. —Se dio la vuelta

yaciendo de espaldas sobre la cama y luego tiró suavemente de los hombros de Magda—. Mira. Recuéstate junto a mí y cierra los ojos. Estarás bien.

Con el corazón golpeándole en la garganta, Magda permitió ser atraída más cerca de él. Ignoró el dolor en su rodilla cuando levantó las piernas del piso y se volvió a mirarlo. Yacían extendidos juntos en la angosta cama, Glenn tenía el brazo bajo ella y Magda apoyaba la cabeza en el hueco de su hombro, con su cuerpo casi tocando el de él y su mano izquierda apretada contra los músculos de su pecho. Los pensamientos sobre papá y el dolor que le causara se retiraron cuando las

oleadas de sensación rompieron sobre y a través de ella. Nunca antes había yacido junto a un hombre. Era atemorizante y maravilloso. El aura de su masculinidad la envolvió, haciendo que su mente girara. Sentía un hormigueo en todos los sitios en donde hacían contacto, eran pequeñas descargas eléctricas que saltaban a través de sus ropas… ropas que estaban sofocándola.

Siguiendo un impulso, levantó la cabeza y lo besó en los labios. Él respondió ardientemente durante un momento y luego se retiró.

—Magda…

Ella miró sus ojos y encontró allí una mezcla de deseo, duda y sorpresa.

No podía estar más impresionado que ella. No había ninguna idea detrás de ese beso, sólo una necesidad recién despertada que quemaba en su intensidad. Su cuerpo actuaba por voluntad propia y ella no trataba de detenerlo. Este momento podría no repetirse nunca. Tenía que ser ahora. Quería pedirle a Glenn que le hiciera el amor, pero no podía decirlo.

—Algún día, Magda —murmuró él, como si leyera sus pensamientos. Gentilmente volvió a colocar la cabeza de ella sobre su hombro—. Algún día. Pero no ahora. No esta noche.

Le acarició el cabello y le aconsejó que durmiera. Extrañamente, la promesa

fue suficiente para Magda. El calor escapó de ella y con él todas las pruebas de esa noche. Incluso la preocupación sobre papá y lo que podía estar haciendo se alejaron. Unas burbujas ocasionales de preocupación irrumpían todavía en la superficie de la calma que se extendía, pero cada vez eran menos y más espaciadas, sus ondas menores y más distanciadas. Las interrogaciones sobre Glenn pasaron flotando: quién era realmente, y la sabiduría, sin considerar la propiedad de permitirse estar tan cerca de él.

Glenn… parecía saber más de lo que admitía sobre la fortaleza y sobre Molasar. Ella se sorprendió al hablarle

sobre la fortaleza como si estuviera tan íntimamente familiarizado con ésta como ella; y él no se sorprendió al oír del cubo de la escalera o de la base de la torre o acerca de la abertura en la escalera que daba al subsótano, a pesar de las referencias impensadas a ellas. En la mente de Magda sólo existía una explicación para esto: él ya los conocía.

Pero éstas eran pequeñas preocupaciones sin importancia. Si ella había descubierto la entrada secreta de la torre años antes, no existía ninguna razón por la cual él no pudiera haberla descubierto también. Lo importante ahora era que, por primera vez, esta noche se sentía completamente a salvo y

tibia y querida.

Empezó a derivar hacia el sueño.

22

Tan pronto como la losa de piedra se cerró tras de su hija, Theodor se volvió hacia Molasar y encontró las negras pupilas sin fondo de la criatura fijas en él desde las sombras. Toda la noche había esperado interrogar a Molasar sobre las cruces, penetrar en las contradicciones que el pelirrojo había señalado esta mañana. Pero entonces apareció Molasar, llevando a Magda en sus brazos.

—¿Por qué lo hiciste? —preguntó

Cuza mirándolo desde la silla de ruedas.

Molasar continuó observándolo, sin decir nada.

—¿Por qué? ¡Pensé que ella no sería más que otro bocado tentador para ti!

—¡Abusas de mi paciencia, inválido! —gritó Molasar con la cara cada vez más blanca mientras hablaba —. No podría permanecer de pie, contemplando a dos alemanes violar y profanar a una mujer en mi país, así como no pude quedarme ocioso quinientos años y ver a los turcos hacer lo mismo. ¡Por eso me alié a Vlad Tapes! Pero esta noche los alemanes llegaron más allá de lo que cualquier turco se hubiera atrevido: ¡trataron de

cometer el acto dentro de las paredes mismas de mi hogar! —Súbitamente se relajó y sonrió—. Y más bien gocé terminando con sus miserables vidas.

—Estoy seguro que más bien gozaste tu alianza con Vlad.

—Su afición por el empalamiento me dio amplias oportunidades para satisfacer mis necesidades sin atraer la atención. Vlad llegó a confiar en mí. Al final, fui uno de los pocos boyardos en quienes verdaderamente podía confiar.

—No te comprendo.

—No se supone que lo hagas. No eres capaz de hacerlo. Estoy más allá de tu experiencia.

Cuza trató de esclarecer la confusión

que revolvía sus pensamientos. Tantas contradicciones… nada era como debería ser. Y colgando encima, de todo, estaba el conocimiento perturbador de que le debía la seguridad de su hija, y quizá su vida, a uno de los no-muertos.

—Sin embargo, estoy en deuda contigo.

Molasar no respondió.

Cuza vaciló y luego empezó a dirigir la pregunta que más deseaba hacer:

—¿Hay más como tú?

—¿Quieres decir no-muertos? ¿Moroi? Solía haberlos. No lo sé ahora. Desde que desperté he percibido tal renuencia de parte de los vivos a aceptar mi existencia, que debo asumir

que todos fuimos exterminados durante los últimos quinientos años.

—¿Y todos los demás se aterraban tanto con la cruz?

—No la tienes contigo, ¿o sí? —preguntó Molasar, tensándose—. Te advierto…

—Está oculta adecuadamente —le aseguró—. Pero me pregunto sobre tu miedo. —Hizo un gesto hacia la fortaleza—. Te has rodeado de cruces de latón y níquel, miles de ellas y, sin embargo, has empavorecido al ver la pequeña cruz de plata que tenía anoche.

Molasar se aproximó a la cruz más cercana y apoyó la mano contra ella.

—Éstas son una artimaña. ¿Ves lo

alta que está colocada la cruceta? Tan alto que ya casi no es cruz. Esta configuración no tiene ningún efecto dañino sobre mí. Hice que colocaran miles de ellas en las paredes de la fortaleza, para alejar a mis perseguidores cuando me escondí. No podían concebir que alguien de mi clase se ocultara en una estructura tachonada con «cruces». Y, como lo sabrás, si decido que puedo confiar en ti, esta configuración en particular tiene un significado especial para mí.

Cuza había esperado ansiosamente encontrar una grieta en el miedo que Molasar le tenía a la cruz, pero sintió que esa esperanza se marchitaba y

moría. Una gran pesadez se apoderó de él. ¡Tenía que pensar! ¡Y mantener a Molasar aquí, hablando! No podía dejar que se fuera. Todavía no.

—¿Quiénes son «ellos»? ¿Quién te estaba persiguiendo?

—¿El nombre *glaeken* significa algo para ti?

—No.

—¿Absolutamente nada? —urgió Molasar acercándose más.

—Te aseguro que nunca antes había oído esa palabra. ¿Por qué es tan importante?

—Entonces quizá se han ido —murmuró Molasar, más para sí mismo que para el profesor.

—Explícate, por favor. ¿Quién o qué es un *glaeken*?

—Los *glaeken* eran una secta de fanáticos que comenzó como brazo de la Iglesia durante la Edad Media. Sus miembros observaban la ortodoxia y sólo se reportaban al papa, en un principio. Sin embargo, después de un tiempo se convirtieron en ley por sí mismos. Buscaban infiltrarse en todos los escaños del poder, tener bajo su control a todas las familias reales, para colocar al mundo bajo un solo poder, una religión, un gobierno.

—¡Es imposible! —Rechazó el profesor—. ¡Soy una autoridad en historia europea, especialmente de esta

parte de Europa, y nunca hubo tal secta!

—¿Te atreves a llamarme mentiroso dentro de los muros de mi hogar? —acusó Molasar, acercándose y desnudando los dientes—. ¡*Tonto*! ¿Qué sabes de historia? ¿Qué sabías de mí, de los de mi clase, antes de que me revelara yo mismo? ¿Qué sabías de la historia de la fortaleza? ¡*Nada*! Los *glaeken* eran una hermandad secreta. Las familias reales nunca oyeron de ellos, y si la Iglesia sabía de su existencia continuada, nunca lo admitió.

Cuza se alejó del hedor a sangre del aliento de Molasar.

—¿Cómo *supiste* de su existencia?

—En una época había cosas en el

mundo en las que los *moroi* no fueran cómplices. Y cuando supimos de los planes de los *glaeken*, decidimos ponernos en acción. —Se enderezó con obvio placer—. Los *moroi* lucharon contra los *glaeken* durante siglos. Estaba claro que la exitosa culminación de sus planes sería hostil para nosotros, de modo que repetidamente frustramos sus esquemas, robando la vida de cualquiera en el poder que estuviera a su servicio.

Comenzó a vagar por la habitación.

—Al principio, los *glaeken* ni siquiera estaban seguros de que existiéramos. Pero una vez que se convencieron, nos desataron una guerra

a muerte. Uno por uno, mis hermanos *moroi* cayeron a su muerte verdadera. Cuando vi que el círculo se aprestaba a mi alrededor, construí la fortaleza y me encerré, decidido a sobrevivir al último de los *glaeken* y a sus planes para dominar al mundo. Ahora parece que he triunfado.

—Es muy astuto —comentó Cuza—. Te rodeaste de cruces artificiales y te pusiste a hibernar. Pero debo preguntarte, y por favor respóndeme: ¿Por qué le temes a la cruz?

—No puedo discutir sobre eso.

—¡Debes decirme! ¿El Mesías… era Jesucristo…?

—¡*No*! —gritó Molasar y se apoyó

contra la pared, arqueándose.

—¿Qué sucede?

—¡Si no fueras un compatriota, te arrancaría la lengua aquí y ahora! —sentenció.

¡Hasta el nombre de Cristo le causa repugnancia!, pensó Cuza.

—Pero yo nunca…

—¡Nunca lo digas de nuevo! —le advirtió Molasar—. ¡Si en algo valoras cualquier ayuda que pueda proporcionarte, nunca digas ese nombre otra vez!

—Pero solamente es una palabra.

—¡NUNCA! —repitió Molasar recuperando algo de su compostura—. Has sido advertido. Nunca más o tu

cuerpo yacerá junto a los alemanes allá abajo.

Theodor sintió como si estuviera ahogándose. Tenía que intentar algo.

—¿Qué hay con estas palabras? Yitgadal veyitkadash shemei raba bealma divera chireutei, veyamlich…

—¿Qué es ese embrollo de palabras sin sentido? ¿Una especie de salmo? ¿Un encantamiento? ¿Estás tratando de alejarme? —Molasar dio un paso, acercándose—. ¿Te has puesto del lado de los alemanes?

—¡No! —Fue todo lo que Cuza pudo replicar antes de que su voz se rompiera y se apagara. Su mente se tambaleaba como si hubiera recibido un golpe y se

aferró a los brazos de la silla de ruedas con sus manos inválidas, esperando que la habitación se inclinara y lo arrojara fuera. ¡Era una pesadilla! Esta criatura de la oscuridad se encogía ante la vista de una cruz y vomitaba con la mención del nombre Jesucristo. Y, no obstante, las palabras del Kaddish, la oración hebrea a los muertos, eran sólo un ruido sin sentido. ¡No podía ser! Y, sin embargo, era.

Molasar estaba hablando, ajeno al doloroso remolino que se agitaba en el interior de su oyente. Cuza trató de seguir sus palabras. Podrían ser cruciales para la supervivencia de Magda y la suya propia.

—Mi fuerza crece rápidamente. Puedo sentir que regresa a mí. Antes de mucho tiempo, a lo sumo en dos noches, tendré el poder para librar de todos esos extranjeros a mi fortaleza.

Cuza trató de asimilar el significado de las palabras: *fuerza... dos noches más... librar a mi fortaleza...* Pero otras palabras continuaban agitándose atrás de su conciencia, un bajo tono persistente... *Yitgadal veyitkadash shemei*... que bloqueaba su significado.

Entonces llegó el sonido de pesadas botas que corrían hacia la torre golpeando los escalones de piedra hasta los niveles superiores, y el tenue sonido de voces humanas se elevó con furia y

miedo en el patio y la disminución momentánea de la luz, de la única bombilla que colgaba allá arriba, señaló una súbita falla en el generador.

—Parece que encontraron los cadáveres de sus dos camaradas de armas —señaló Molasar mostrando los dientes en una sonrisa lupina.

—Y pronto estarán aquí culpándome —añadió Cuza, saliendo, alarmado, de su letargo.

—Eres un hombre de mente —afirmó Molasar dirigiéndose a la pared y dándole a la losa engoznada un empujón casual. Se abrió fácilmente—. Utilízala.

El profesor vio que Molasar se

inclinaba y desaparecía en la sombra más profunda de la abertura y deseó seguirlo. Mientras la losa se cerraba, movió su silla rodeando la mesa y se inclinó sobre el *Al Azif*, fingiendo estudiarlo; esperando, temblando.

No fue una larga espera.

Kaempffer irrumpió en la habitación.

—¡Judío! —gritó, agitando un dedo acusador hacia Cuza mientras asumía una postura de piernas abiertas que sin duda consideró a la vez poderosa y amenazadora—. ¡Has fallado, judío! ¡No debí esperar más!

Cuza sólo pudo sentarse y contemplar atontado al mayor. ¿Qué iba a decirle? Ya no tenía fuerzas. Se sentía

miserable, enfermo tanto del corazón como del cuerpo. Todo le dolía: cada hueso, cada articulación, cada músculo. Su mente estaba adormecida por su encuentro con Molasar. No podía pensar. Tenía la boca reseca y, no obstante, no se atrevía a beber más agua, pues su vejiga anhelaba vaciarse ante la sola vista de Kaempffer.

No estaba hecho para tal tensión. Era un maestro, un erudito, un hombre de letras. No estaba equipado para tratar con este ensoberbecido petimetre que tenía poder de vida y muerte sobre él. Quería desesperadamente regresar el golpe, pero ni la más leve esperanza de hacerlo. ¿Vivir todo esto valía realmente

la pena?

¿Cuánto más podía resistir?

Y aun así, estaba Magda. En algún lugar de estas sombras debía haber esperanza para ella.

Dos noches… Molasar dijo que en dos noches a partir de ahora tendría suficiente fuerza. Cuarenta y ocho horas. Cuza se preguntó: ¿Podría sostenerse tanto tiempo? Sí, se forzaría a soportar hasta la noche del sábado. La noche del sábado… el Sabbath habría terminado… ¿qué significaba ya el Sabbath? ¿Qué significado tenía ya *nada*?

—¿Me oíste, judío? —insistió el mayor con la voz subiendo de tono, convirtiéndose en un grito.

—Ni siquiera sabe de qué estás hablando —interpuso otra voz.

El capitán había entrado a la habitación. Cuza percibió un corazón decente dentro del capitán Woermann, una nobleza manchada. No era una cualidad que esperaba encontrar en un oficial alemán.

—¡Entonces, pronto lo sabrá! —amenazó. Kaempffer llegó de dos zancadas al lado de Cuza. Se inclinó y se adelantó hasta que su perfecto rostro ario estaba a sólo unos centímetros de distancia.

—¿Qué pasa, mayor? —preguntó Cuza fingiendo ignorancia, pero permitiendo que su genuino temor hacia

ese hombre se mostrara en su rostro—. ¿Qué he hecho?

—¡No has hecho *nada*, judío! Y ése es el problema. Durante dos noches te has sentado aquí con esos libros que se desmoronan, llevándote el crédito por la súbita detención de las muertes. Pero esta noche…

—Yo nunca… —comenzó Cuza, pero Kaempffer lo detuvo golpeando el puño contra la mesa.

—¡*Silencio*! ¡Esta noche fueron hallados dos de mis hombres en el sótano, con las gargantas desgarradas como los otros!

Cuza tuvo una súbita visión de los dos hombres muertos. Después de ver

los otros cadáveres, era fácil imaginar sus heridas. Visualizó con cierto gusto sus gargantas coaguladas. Esos dos habían tratado de profanar a su hija y merecían todo lo que sufrieron. Le daba a Molasar la bienvenida a su sangre.

Pero era él quien estaba en peligro ahora. La furia en el rostro del mayor dejaba eso muy claro. Debía pensar en algo o no viviría para ver la noche del sábado.

—Ahora es obvio que no mereces ningún crédito por las últimas dos noches de paz. No hay relación entre tu llegada y las dos noches sin muertes… ¡sólo una coincidencia afortunada para ti! Pero hiciste creer que era tu obra. Lo

que prueba lo que hemos aprendido en Alemania: ¡nunca confíes en un judío!

—¡Jamás reclamé crédito por nada! Ni siquiera…

—Estás tratando de detenerme, ¿no? —inquirió Kaempffer entrecerrando los ojos y bajando la voz hasta que adquirió un tono amenazador, mientras lo estudiaba—. Estás haciendo todo lo que puedes para evitar que llegue a cumplir mi misión en Ploiesti, ¿no?

La mente de Cuza vaciló ante el súbito cambio de dirección del mayor. El hombre estaba loco… tan loco como Abdul Alhazred debió estar después de escribir *Al Azif*… que estaba ante él en la mesa…

Tuvo una idea.

—¡Pero mayor! ¡Finalmente he encontrado algo en uno de los libros!

—¿Halló algo? —intervino Woermann adelantándose al oír esto—. ¿Qué ha encontrado?

—¡No halló nada! —Gruñó Kaempffer—. ¡Sólo es otra mentira judía para permitirle seguir vivo!

Cuánta razón tiene, mayor, pensó Cuza.

—¡Déjalo hablar, por el amor de Dios! —pidió Woermann. Se volvió a Cuza—. ¿Qué es lo que dice? Muéstremelo.

Cuza indicó el Al Azif, escrito en el árabe original. El libro databa del siglo

octavo y no tenía absolutamente nada que ver con la fortaleza ni con Rumania, para ese caso. Pero esperaba que los dos alemanes no supieran eso.

La duda frunció el ceño de Woermann al mirar el pergamino.

—No puedo leer esas huellas de gallina —admitió.

—¡Está mintiendo! —apostrofó Kaempffer.

—Este libro no miente, mayor —afirmó Cuza. Hizo una pausa, esperando que los alemanes no pudieran distinguir entre el turco y el árabe antiguo, y entonces se lanzó a su mentira—. Fue escrito por un turco que invadió esta región con Mohammed II. Dice que

había un pequeño castillo, su descripción de las cruces sólo puede significar que estuvo en esta fortaleza, en el que vivió uno de los antiguos señores valacos. La sombra del finado señor permitía que los nativos de la región durmieran tranquilos en su fortaleza, pero si los extranjeros o los invasores se atrevían a cruzar los portales de su antiguo hogar, él los asesinaría, uno por cada noche que se quedaran. ¿Comprenden? ¡Lo mismo que está ocurriendo aquí ahora le sucedió a una unidad del ejército turco hace medio milenio!

Cuza miró las caras de los otros dos al terminar. Su propia reacción fue de

asombro ante la facilidad de su invención nacida de lo que sabía de Molasar y de su región. La historia tenía agujeros, pero eran pequeños y existía una buena oportunidad de que pasaran desapercibidos.

—¡Disparates simplemente! —desechó Kaempffer con desprecio.

—No necesariamente —corrigió Woermann—. Piénsalo: los turcos siempre estaban peleando entonces. Y cuenta nuestros cadáveres. Con los dos de hoy hemos promediado una muerte cada noche desde que llegué el veintidós de abril.

—Aún es… —La voz de Kaempffer se apagó mientras su confianza

menguaba. Miró a Cuza con incertidumbre—. Entonces, ¿no somos los primeros?

—No. Al menos de acuerdo con esto.

¡Estaba funcionando! ¡La mentira más grande que Cuza había dicho en su vida, inventada allí mismo, estaba funcionando! ¡No sabían qué creer! Deseó reírse.

—¿Cómo resolvieron el problema al fin? —apremió Woermann.

—Se fueron.

La sencilla respuesta de Cuza fue seguida por el silencio.

Woermann se volvió por fin hacia Kaempffer.

—Te he estado diciendo eso durante… —comenzó a decir Woermann.

—¡No *podemos* irnos! —rebatió Kaempffer con una insinuación de histeria en la voz—. No antes del domingo. —Se volvió hacia Cuza—. Y si para entonces no encuentras una solución a este problema, judío, ¡me encargaré de que tú y tu hija me acompañen personalmente a Ploiesti!

—Pero ¿por qué?

—Lo sabrás cuando llegues allí. —Kaempffer hizo una pausa y luego pareció decidirse—: No, creo que te lo diré ahora. Quizá acelere tus esfuerzos. Sin duda habrás oído de Auschwitz. Y

de Buchenwald.

—Campos de exterminio —murmuró Cuza mientras su estómago implotaba.

—Preferimos llamarlos «campos de reubicación». Rumania carece de ese medio. Es mi misión corregir tal deficiencia. Tu clase de gente, junto con los gitanos, los masones y otra escoria humana, serán procesados a través del campo que voy a instalar en Ploiesti. Si demuestras que me eres útil, me encargaré de que tu entrada al campo se vea retrasada, quizá hasta tu muerte natural. Pero si me obstaculizas de cualquier modo, tú y tu hija tendrán el honor de ser nuestros primeros residentes.

Cuza estaba impotente en su silla. Pudo sentir que sus labios y su lengua se movían, pero fue incapaz de hablar. Su mente estaba demasiado sacudida, demasiado abismada ante lo que acababa de oír. ¡Era imposible! Sin embargo, el júbilo en los ojos de Kaempffer le decía que era cierto. Finalmente se le escapó una palabra:

—¡Bestia!

La sonrisa de Kaempffer se ensanchó.

—Extrañamente no me afecta el sonido de esa palabra en los labios de un judío. Es la prueba incontrovertible de que estoy cumpliendo mis deberes en forma adecuada. —Caminó hacia la

puerta y se volvió—. Así que revisa bien tus libros, judío. Trabaja duro para mí. Encuéntrame una respuesta. De ello no sólo depende tu bienestar, también el de tu hija. —Se volvió y partió.

—¿Capitán? —imploró Cuza mirando a Woermann.

—Yo no puedo hacer nada, herr profesor —admitió en un tono bajo y lleno de pesadumbre—. Sólo puedo sugerirle que trabaje en esos libros. Ha encontrado una referencia a la fortaleza; eso quiere decir que hay una buena oportunidad de que encuentre otra. Y podría sugerirle que le diga a su hija que se busque un lugar de residencia más seguro que la posada… quizá algún

lugar en las montañas.

No podía admitir ante el capitán que había mentido sobre su hallazgo de una referencia a la fortaleza, que no tenía la esperanza de hallar alguna jamás. Y por cuanto se refería a Magda…

—Mi hija es necia. Se quedará en la posada.

—Eso pensé. Pero más allá de lo que le he dicho no puedo hacer nada. Ya no estoy al mando de la fortaleza. —Hizo una mueca—. Me pregunto si alguna vez lo estuve. Buenas noches.

—¡Espere! —rogó Cuza y torpemente sacó la cruz de su bolsillo —. Llévese esto. No me sirve.

Woermann apretó la cruz en su puño

y lo miró un momento. Después partió.

Theodor yacía en su silla, envuelto en la depresión más oscura que hubiese conocido. No había modo de ganar aquí. Si Molasar dejaba de matar alemanes, Kaempffer se iría a Ploiesti para comenzar la exterminación sistemática de la judería rumana. Si Molasar persistía, Kaempffer destruiría la fortaleza y los arrastraría a él y a Magda a Ploiesti, para ser sus primeras víctimas. Pensó en Magda en manos de ellos y comprendió por primera vez el antiguo lugar común: un destino peor que la muerte.

Tenía que haber una salida. De lo que ocurriese dependía mucho más que

su vida y la de Magda. Cientos de miles de vidas, quizá un millón o más, estaban en juego. Debía haber un modo de detener a Kaempffer. Debía evitársele ir a cumplir su misión... le parecía de fundamental importancia llegar a Ploiesti el lunes. ¿Perdería su puesto si se retrasaba? En ese caso, los condenados podrían recibir un periodo de gracia.

Pero ¿qué tal si Kaempffer jamás abandonaba la fortaleza? ¿Qué tal si era víctima de un accidente fatal? Mas ¿cómo? ¿Cómo detenerlo?

Sollozó ante su impotencia. Era un judío inválido entre escuadrones de soldados alemanes. Necesitaba una guía.

Necesitaba una respuesta, y pronto. Dobló los entumidos dedos y bajó la cabeza.

Oh, Dios. Ayuda a tu humilde servidor a encontrar una respuesta a las desgracias de tus demás servidores. Ayúdame a ayudarlos. Ayúdame a encontrar un modo de preservarlos…

La silenciosa oración se alejó hacia el vacío de su propia desesperación. ¿De qué serviría? ¿Cuántos de los incontables miles que agonizaban en manos de los alemanes habían elevado sus mentes y corazones en una súplica similar? ¿Y dónde estaban ahora? ¡Muertos! Y peor sería para Magda.

Quedó en una callada

desesperación…

Aún estaba Molasar.

Woermann permaneció por un momento fuera de la puerta del profesor, después de cerrarla. Experimentó una extraña sensación mientras el anciano explicaba lo que hallara en ese libro indescifrable, una sensación de que estaba diciendo la, verdad y, sin embargo, mintiendo al mismo tiempo. Era extraño. ¿Cuál era el juego del profesor?

Caminó hacia el brillante patio, percibiendo las expresiones ansiosas en las caras de los centinelas. Ah, bien, fue demasiado bueno para ser verdad. Dos

noches sin desastres… era demasiado esperar otra. Ahora habían vuelto de nuevo al principio… excepto por el conteo de cadáveres que seguía aumentando. Diez ahora. Uno por noche durante diez noches. Una estadística escalofriante. Si sólo el asesino, el «señor valaco» de Cuza, se hubiese contenido hasta la noche siguiente… Kaempffer se hubiese ido y entonces él habría alejado a sus propios hombres. Pero según se veían las cosas ahora, tendrían que quedarse todo el fin de semana. Faltaba pasar las noches del viernes, sábado y domingo. Un potencial de muerte de tres. Quizá más.

Woermann dio vuelta a la derecha y

recorrió la corta distancia hacia la entrada del sótano. El destacamento de entierros debería tener ya los dos nuevos cadáveres en el subsótano. Decidió ver que fuesen depositados con moderación. Aun los einsatzkommandos debían recibir un poco de dignidad en la muerte.

En el sótano echó una ojeada hacia la habitación donde fueron hallados los dos cuerpos. No sólo habían sido abiertas sus gargantas, sino que sus cabezas colgaban en ángulos obscenos. El asesino les rompió el cuello por alguna razón. Ésa era una nueva atrocidad. El cuarto estaba ahora vacío, a excepción de los pedazos de la puerta

destrozada. ¿Qué ocurrió aquí? Las armas de los hombres no habían sido disparadas. ¿Trataron de salvarse cerrando la puerta a su atacante? ¿Por qué nadie escuchó sus gritos? ¿O acaso no gritaron?

Avanzó aún más por el corredor central hacia la abierta pared y escuchó voces. En su camino escaleras abajo se encontró con el destacamento de entierros subiendo, soplando en sus heladas manos. Los dirigió de nuevo hacia abajo por la escalera.

—Veamos qué clase de trabajo hicieron.

En el subsótano, el resplandor de las linternas de mano y las lámparas de

queroseno brilló opacamente sobre las diez figuras en el suelo, cubiertas con sábanas.

—Los ordenamos un poco, señor —explicó un soldado raso de uniforme gris —. Se requería enderezar algunas de las sábanas.

Woermann examinó la escena. Todo parecía estar en orden. Tendría que tomar una decisión sobre la disposición de los cuerpos. Debía enviarlos pronto. Pero ¿cómo?

Aplaudió una vez. Claro… ¡Kaempffer! El mayor estaba planeando partir el domingo pasara lo que pasara. Él podría transportar los cuerpos a Ploiesti y de ahí se podrían enviar por

aire a Alemania. Perfecto… y apropiado.

Notó que el pie izquierdo del tercer cadáver sobresalía bajo la sábana. Al inclinarse para acomodar ésta, vio que la bota estaba sucia. Casi parecía como si el hombre hubiese sido arrastrado por los brazos a su lugar de descanso. Ambas botas se hallaban cubiertas de lodo.

Woermann sintió una súbita oleada de cólera, y luego la dejó morir. ¿Qué importaba en realidad? Los muertos estaban muertos. ¿Por qué hacer un escándalo por un par de botas lodosas? Una semana antes hubiera parecido importante. Ahora no era más que una

pequeñez. Una fruslería. Sin embargo, las botas sucias lo molestaban. No podía precisar por qué. Pero definitivamente lo molestaban.

—Andando, soldados —ordenó, volviéndose y dejando que su aliento se hiciera vaho al pasar. Los hombres obedecieron de inmediato. Hacía frío allí abajo.

Woermann hizo una pausa al pie de la escalera y miró hacia atrás. Los cuerpos eran apenas visibles en la menguante luz. Esas botas… pensó de nuevo en esas botas sucias, lodosas. Después siguió a los otros hacia el sótano.

Desde sus habitaciones en la parte posterior de la fortaleza, Kaempffer miraba por la ventana hacia el patio. Vio a Woermann bajar al sótano y volver. Y ahí permanecía. Debía sentirse relativamente seguro, al menos por el resto de la noche. No debido a los guardias que estaban en todas partes, sino porque la cosa que mataba a sus hombres había hecho su trabajo de la noche y no volvería a atacar.

En cambio, su terror se encontraba en su punto más alto.

Porque se le había ocurrido un pensamiento particularmente horrorizante. Se derivaba del hecho de

que todas las víctimas fueron soldados rasos. Los oficiales no habían sido tocados. ¿Por qué? Podría ser debido al azar, ya que los soldados superaban a los oficiales por veinte a uno en la fortaleza. Pero dentro de Kaempffer anidaba la insistente sospecha de que él y Woermann estaban siendo reservados para algo especialmente horrible.

No sabía por qué se sentía así, pero no podía huir de la terrible certeza de ello. Si pudiera decirle a alguien, a quien fuese, sobre ello, se vería liberado de la carga, al menos parcialmente. Quizá entonces podría dormir.

Pero no había nadie.

Así que permanecería aquí en esta ventana hasta el alba, sin atreverse a cerrar los ojos hasta que el sol llenara de luz el cielo.

23

La Fortaleza
Viernes, 2 de mayo
07:32 horas

Magda esperaba angustiosamente en la puerta, apoyándose en uno y otro pie. La sensación de maldad aterradora que antes estuvo confinada a la fortaleza, parecía fugarse hacia el paso. La noche anterior la siguió casi hasta el riachuelo de allá abajo; esta mañana la golpeó en cuanto puso un pie en la calzada.

Las altas puertas de madera fueron abiertas hacia adentro y ahora descansaban contra los muros de piedra del pequeño arco de entrada que semejaba un túnel. Los ojos de Magda vagaban de la entrada de la torre, por la cual esperaba ver surgir a papá, hacia la sección posterior de la fortaleza. Allí se encontraban trabajando los soldados, ocupados con las piedras. En tanto que el día anterior su trabajo fue indiferente, hoy estaban frenéticos. Trabajaban como dementes, como dementes aterrados.

¿Por qué simplemente no se van? No podía entender por qué permanecían aquí noche tras noche esperando que murieran otros más de los suyos. No

tenía sentido.

Había estado febrilmente preocupada por papá. ¿Qué le habrían hecho la noche anterior, después de hallar los cuerpos de sus dos pretensos violadores? Al acercarse por la calzada, su mente se llenó con el terrible pensamiento de que lo hubieran ejecutado. Pero ese temor fue negado por la rapidez con que el centinela aceptó su solicitud de ver a su padre. Y ahora que la ansiedad inicial estaba en calma, sus pensamientos empezaron a divagar.

El trinar de los hambrientos polluelos afuera de su ventana, y el sordo latido de dolor en su rodilla

izquierda, la despertaron esta mañana. Se descubrió sola en la cama, completamente vestida bajo las mantas. Había estado tan vulnerable la noche anterior, que Glenn pudo haberse aprovechado fácilmente de eso. Pero no lo hizo, aun cuando era obvio que ella lo deseaba.

Se retrajo interiormente, incapaz de comprender lo que le había ocurrido, sacudida por el recuerdo de su propio descaro. Afortunadamente, Glenn la rechazó… no, ésa era una palabra muy dura… la hizo esperar, ésa era una buena manera de explicarlo. Consideró los acontecimientos, feliz de que él se hubiese contenido, pero a la vez

sintiéndose menospreciada porque él encontró tan fácil negarse.

¿Por qué habría de sentirse menospreciada? Nunca se había valorado a sí misma en términos de su habilidad para seducir a un hombre. Y, sin embargo, estaba ese desagradable susurro en un rincón de su mente, insinuándole que carecía de algo.

Pero quizá no tenía nada que ver con ella. Podría ser que él fuese uno de esos hombres incapaces de amar a una mujer, sólo a otro hombre. Pero eso no era cierto, ella lo sabía. Recordaba su único beso, incluso ahora hacía que una ola de bienvenida tibieza la tocara, y recordaba la respuesta que recibió de él.

Era mejor. Era mejor que no hubiese aceptado su oferta. ¿Cómo podría ella volver a enfrentarse a él si lo hubiera hecho? Mortificada por su desenfreno se habría visto obligada a evitarlo, y eso hubiese significado privarse de su compañía. Y deseaba intensamente su compañía.

La noche anterior fue una aberración. Una azarosa combinación de circunstancias que no podría repetirse. Magda se daba cuenta ahora de lo que había ocurrido: agotamiento físico y moral, el escape apenas a tiempo de los soldados, el rescate por Molasar, el rechazo de papá a su oferta de permanecer con él; todo se combinó

para dejarla temporalmente trastornada. No fue Magda Cuza la que yació junto a Glenn en la cama la noche anterior, era alguien más, alguien que ella no conocía. No ocurriría de nuevo.

Esta mañana pasó junto a la habitación de él, cojeando por el dolor de su rodilla. Estuvo tentada a tocar a su puerta para darle las gracias por su ayuda y pedir disculpas por su comportamiento. Pero después de escuchar durante unos momentos y no oír ruido alguno, decidió que no quería despertarlo.

Fue directamente a la fortaleza, no sólo para ver que papá estuviera bien, sino para decirle cuánto la había herido,

que no tenía derecho a tratarla de ese modo y que ella poseía el suficiente sentido común para escuchar sus consejos y abandonar el paso Dinu. Esto último era una amenaza vacua, pero deseaba devolverle el golpe de algún modo, para hacerlo reaccionar o, al menos, disculparse por su insensible proceder. Ensayó exactamente lo que iba a decir y el preciso tono de voz con que lo diría. Estaba lista.

Entonces, papá apareció a la entrada de la torre con un soldado empujando su silla desde atrás. Toda la furia y el dolor se alejaron de ella con una mirada a su ruinoso rostro. Se veía terrible: parecía haber envejecido veinte años durante la

noche. Ella no lo habría creído posible, pero se veía más frágil.

¡Cómo ha sufrido! Más de lo que ningún hombre debía sufrir. Lanzado contra sus compatriotas, su propio cuerpo y ahora el ejército alemán. No puedo ponerme yo también en su contra.

El soldado que lo empujaba esta mañana fue más cortés que el que lo llevó el día anterior. Detuvo la silla de ruedas ante Magda y luego se volvió. Sin hablar, ella se puso tras la silla y empezó a empujar a papá por la calzada. No habían avanzado cuatro metros cuando papá alzó una mano.

—Detente aquí, Magda.

—¿Qué pasa? —preguntó ella sin

deseos de detenerse. Aún podía sentir la fortaleza aquí. Papá parecía no darse cuenta.

—No dormí nada en toda la noche.

—¿Te mantuvieron despierto? —inquirió ella dando la vuelta para acuclillarse ante él. Sus fieros instintos protectores apagaban la llama del enojo en su interior—. No te hicieron daño, ¿o sí?

—No me tocaron, pero me lastimaron —explicó mirándola con ojos brillantes.

—¿Cómo?

—Escúchame, Magda —empezó a hablarle en el dialecto gitano que ambos conocían—. He averiguado por qué

están aquí los hombres de la SS. Éste es sólo un hito en su camino a Ploiesti, en donde el mayor va a instalar un campo de exterminio para… nuestra gente.

—¡Oh, no! —Se dolió Magda sintiendo una ola de náuseas—. ¡Eso no es cierto! El gobierno jamás permitiría que los alemanes vinieran y…

—¡Ya están aquí! Sabes que los alemanes han estado construyendo fortificaciones alrededor de las refinerías de Ploiesti, y entrenando a los soldados rumanos para luchar. Si están haciendo todo eso, ¿por qué es tan difícil creer que pretenden empezar a enseñar a los rumanos cómo matar judíos? Por lo que alcanzo a percibir, el

mayor tiene experiencia en el asesinato. Ama su trabajo. Será un maestro, me puedo dar cuenta.

¡No podía ser! Y, sin embargo, ¿acaso no aseguró ella misma que Molasar no podía ser? Había historias en Bucarest sobre los campos de exterminio, susurrados relatos de los incontables muertos; versiones que nadie creyó al principio, pero mientras se acumulaba un testimonio sobre otro, incluso los judíos más escépticos tuvieron que admitirlo. Los gentiles no lo creían. Ellos no estaban amenazados. No les interesaba creer. De hecho, hacerlo podría ir en su detrimento.

—Una localización excelente —

continuó papá con voz cansada y carente de toda emoción—. Será fácil llevarnos allá. Y si alguno de sus enemigos decide tratar de bombardear los campos petroleros, el infierno resultante se encargará del trabajo de los nazis. Y ¡quién sabe! Quizá el conocimiento de la existencia del campo incluso pueda hacer que el enemigo titubee en bombardear los campos petroleros, aunque lo dudo. —Hizo una pausa, recuperó el aliento y continuó—: Kaempffer debe ser detenido.

—No crees que tú podrás detenerlo, ¿o sí? —Soslayó Magda poniéndose en pie de un salto y haciendo un gesto por el dolor de su pierna—. ¡Estarías muerto

una docena de veces antes de poder tocarlo siquiera!

—Debo encontrar el modo. Ya no es sólo tu vida la que me preocupa. Ahora son miles. Y todas dependen de Kaempffer.

—Pero incluso si algo logra… detenerlo, ¡simplemente mandarán a otro en su lugar!

—Sí. Pero eso tomará tiempo y cualquier retraso funciona a, nuestro favor. Quizá en el intervalo, Rusia ataque a los alemanes, o viceversa. No puedo ver cómo dos perros rabiosos como Hitler y Stalin puedan durante mucho tiempo el evitar atacarse. Y en el conflicto resultante, quizá se olvide el

campo de Ploiesti.

—Pero ¿cómo se puede detener al mayor? —dudó Magda. Tenía que hacer pensar a papá, que viera cuan demente era todo esto.

—Quizá Molasar.

—¡Papá, no! —exclamó Magda sin deseos de escuchar lo que había oído.

—Espera un momento. —La contuvo papá levantando una mano enguantada en algodón—. Molasar ha insinuado que puede usarme como un aliado contra los alemanes. No sé cómo podría yo resultarle útil, pero esta noche lo averiguaré. Y a cambio le pediré que se asegure de detener al mayor Kaempffer.

—¡Pero no puedes hacer tratos con

algo como Molasar! ¡No puedes confiar en que no te matará al final!

—No me interesa mi propia vida. Te lo he dicho, hay más en juego aquí. Y, además, detecto cierto burdo honor en Molasar. Creo que lo juzgas demasiado duramente. Reaccionas a él como mujer y no como estudiosa. Él es un producto de sus tiempos y eran épocas sedientas de sangre. Sin embargo, tiene un sentido del honor nacional que ha sido profundamente ofendido por la mera presencia de los alemanes. Quizá pueda usar eso. Él nos ve como compatriotas valacos y tiene una mejor disposición hacia nosotros. ¿Acaso no te salvó de los dos alemanes con los que te

tropezaste anoche? De modo igualmente sencillo te podría haber convertido en su tercera víctima. ¡*Debemos* tratar de usarlo! No hay alternativa.

Magda permaneció ante él buscando otra opción. No pudo encontrarla. Y aunque le repelía, el plan de papá parecía ofrecer algún rastro de esperanza. ¿Estaba siendo demasiado dura con Molasar? ¿Parecía un malvado porque era tan diferente, tan implacablemente extraño? ¿Podría ser él algo similar a una fuerza natural, más que algo conscientemente malvado? ¿Acaso no era el mayor Kaempffer un mejor ejemplo de un ser verdaderamente malvado? No tenía respuestas, estaba

buscando a ciegas.

—No me gusta, papá. —Fue todo lo que pudo decir.

—Nadie dijo que debería gustarte. Nadie prometió una solución fácil; ni siquiera alguna solución para el caso —afirmó y trató de controlar un bostezo, pero perdió la batalla—. Y ahora me gustaría volver a mi habitación. Necesito dormir para el encuentro de esta noche. Necesitaré toda mi capacidad al máximo si he de lograr un convenio con Molasar.

—Un pacto con el demonio —murmuró Magda con voz que bajó hasta convertirse en un murmullo tembloroso. Estaba más asustada que nunca, por su

padre.

—No, querida. El demonio en la fortaleza lleva un uniforme negro con una calavera de plata en la gorra y se hace llamar Sturmbannführer.

Magda, renuente, lo llevó de vuelta a la puerta y luego miró hasta que él fue conducido a la torre. Regresó apresuradamente a la posada en un estado de confusión. Todo estaba moviéndose demasiado rápido para ella. Hasta ahora su vida estuvo llena de libros e investigaciones, de melodías y negras notas musicales sobre papel blanco. No estaba hecha para la intriga.

Su cabeza giraba todavía con las monstruosas explicaciones de lo que se le contó.

Esperaba que papá supiera lo que hacía. Se había opuesto instintivamente a su planeada alianza con Molasar, hasta que vio la expresión en la cara de papá. Una chispa de esperanza brillaba allí, un fragmento reluciente del viejo deleite que una vez hizo que su compañía fuera todo un placer. Era una oportunidad de que papá realizara algo, en lugar de sólo sentarse en la silla y dejar que hicieran las cosas por él. Necesitaba desesperadamente sentir que podía ser de alguna utilidad para su gente… para cualquiera. Ella no podía robarle eso.

Mientras se acercaba a la posada sintió que el frío de la fortaleza se retiraba finalmente. Se paseó alrededor del edificio buscando a Glenn, pensando que podía estar tomando el sol en la parte posterior. No estaba afuera ni en el comedor cuando ella pasó. Subió las escaleras y se detuvo ante su puerta, escuchando. Todavía no se oía ningún sonido proveniente del interior. Él no le pareció alguien que se levantara tarde; quizá estaba leyendo.

Alzó la mano para tocar y luego la bajó. Era mejor encontrarse con él que buscarlo, pues podría pensar que lo andaba persiguiendo.

De regreso a su propia habitación

escuchó el monótono piar de las crías de las aves y llegó a la ventana para descubrir el nido. Pudo ver cuatro pequeñas cabezas que se estiraban sobre el nido, pero la madre no estaba allí. Magda esperaba que ésta se apresurara, pues sus crías sonaban terriblemente hambrientas y desesperadas.

Temó su mandolina, pero después de unos cuantos acordes la bajó de nuevo. Se sentía nerviosa y el constante piar de las crías la estaba poniendo peor. Con un repentino impulso de decisión se dirigió al corredor dando grandes pasos.

Tocó dos veces en la puerta de madera de la habitación de Glenn. No hubo respuesta ni ningún sonido de

movimientos en el interior. Dudó y luego cedió al impulso y levantó el picaporte. La puerta se abrió.

—¿Glenn? —preguntó.

La habitación estaba vacía. Era idéntica a la suya. De hecho, durante el último viaje que ella y papá hicieran a la fortaleza se había quedado en este cuarto. Sin embargo, algo andaba mal. Estudió las paredes. El espejo sobre el buró había desaparecido. Un rectángulo de estuco más blanco marcaba el sitio donde estuviera en la pared. Debió romperse desde la última visita y nunca fue repuesto.

Entró y caminó en un círculo lento. Aquí era donde él se quedaba y aquí

estaba la cama sin hacer, donde él dormía. Se sintió excitada, preguntándose qué diría él si regresara ahora. ¿Cómo podría explicar su presencia? No podría. Decidió que sería mejor irse.

Cuando se volvió para retirarse, vio que la puerta del armario estaba entreabierta. Algo brillaba en su interior. Era tentar a la suerte, pero ¿qué daño podía hacer una rápida ojeada? Abrió la puerta completamente.

El espejo que se suponía debía colgar sobre el buró se encontraba apoyado en un rincón del armario. ¿Por qué habría quitado Glenn el espejo? Quizá cayó de la pared y Iuliu tenía que

colgarlo. Había unas cuantas prendas de vestir en el armario y algo más: un largo estuche, casi tan largo como ella, yacía en el otro rincón.

Curiosa, se inclinó y tocó el cuero del estuche descubriendo que era áspero, arrugado y picado. O bien era muy viejo o estaba descuidado. No podía imaginar lo que contenía. Una rápida mirada sobre su hombro le aseguró que la habitación estaba vacía, la puerta aún abierta y todo silencioso en el pasillo. Sólo le tomaría un segundo abrir los broches del estuche, mirar adentro, cerrarlo de nuevo y luego partir. Tenía que saber. Sintiendo la deliciosa aprensión de un niño travieso

e inquisitivo que explora un área prohibida de la casa, buscó los cerrojos de latón; había tres de ellos que rechinaron cuando los abrió, como si tuvieran arena en sus mecanismos. Los goznes hicieron un ruido similar cuando levantó la tapa.

Magda no supo en un principio de qué se trataba. El color era azul, un azul profundo, oscuro y acerado; el objeto era metálico. Pero no podía decir qué tipo de metal. Tenía la forma de una cuña alargada, era una larga pieza ahusada de metal, puntiaguda y muy afilada a lo largo de sus dos orillas biseladas. Como una espada. ¡Eso era! Un espadón. Sólo que no tenía

empuñadura, únicamente un perno grueso en su cuadrado extremo, que parecía estar diseñado para encajar en la punta de la empuñadura. ¡Qué arma tan enorme y atemorizante podría ser cuando tuviera empuñadura!

Las marcas en la hoja la atrajeron, pues estaba cubierta con símbolos extraños. No se hallaban grabados simplemente en la brillante superficie azul del metal, estaban *esculpidos* en ella. Podía deslizar la punta de su dedo meñique por las ranuras. Los símbolos eran runas, pero no como cualquiera de las runas que ella hubiera visto antes. Estaba familiarizada con las runas germanas y escandinavas, que se

remontaban a la Edad Media, hasta el siglo tercero. Pero éstas eran más viejas. Mucho más viejas. Poseían una cualidad de venerable antigüedad que la molestaba, pues parecían moverse y desviarse mientras las estudiaba. Esta hoja de espada era vieja, tan vieja que se preguntó quién o qué la había hecho.

La puerta de la habitación se cerró de golpe.

—¿Encontraste lo que buscabas?

Magda saltó con el sonido, haciendo que la tapa del estuche se cerrara sobre la hoja. Se puso en pie de un salto y se volvió para mirar a Glenn, con el corazón golpeándole por la sorpresa y… la culpa.

—Gleen, yo…

—¡Pensé que podía confiar en ti! —amonestó él. Parecía estar furioso—. ¿Qué esperabas encontrar aquí?

—Nada… vine a buscarte —le explicó. No comprendía la intensidad de su enojo. Tenía derecho a estar molesto, pero esto…

—¿Creíste que me encontrarías en el armario?

—¡No! Yo… —vaciló. ¿Por qué tratar de explicarle? Sólo sonaría como una disculpa frívola. Había hecho algo incorrecto, lo sabía y se sentía terriblemente culpable de estar allí después de haber sido atrapada en el acto. Pero no era como si hubiera

venido a robarle. Y sentía que su propia ira comenzaba a crecer a medida que él sobreactuaba y encontró el deseo de enfrentar su mirada penetrante con la suya—. Tengo curiosidad acerca, de ti. Vine a hablar contigo. Me… me gusta estar contigo y sin embargo no sé nada de ti. —Ladeó la cabeza—. No sucederá de nuevo.

Se dirigió al corredor, pretendiendo dejarlo con su preciosa privada, pero nunca llegó a la puerta. Cuando pasó entre Glenn y el buró, él asió sus hombros suavemente, pero con una firmeza tal que ella no pudo negarse. La volvió hacia él. Sus miradas se encontraron.

—Magda… —comenzó a decir y la atrajo, presionando sus labios sobre los de ella, apretándola contra sí. Magda sintió una necesidad fugaz de resistir, de estrellar sus puños contra él e irse, pero esto fue simplemente un reflejo que se alejó antes de que pudiera reconocerlo, envuelta por el calor del deseo que brotaba en ella. Deslizó los brazos alrededor del cuello de Glenn y lo acercó más, perdiéndose en el resplandor que la envolvía. La lengua de él se abrió paso entre la suya, impresionándola con su audacia y sacudiéndola con el placer que le daba. Nunca había conocido a nadie que besara así. Las manos de Glenn

comenzaron a recorrer su cuerpo, acariciando sus nalgas, moviéndose sobre sus senos comprimidos, dejando hormigueando huellas de tibieza por dondequiera que pasaban. Subieron hasta su cuello, le desataron el pañuelo y lo arrojaron lejos; luego, se detuvieron sobre los botones de su suéter y empezaron a abrirlos. Ella no lo detuvo. Las ropas se habían encogido sobre ella y la habitación se tornó tan caliente… tenía que librarse de ellas.

Durante un breve momento pudo haberlo detenido, pudo haberse alejado y retrocedido. Con la apertura de la parte delantera de su suéter, una vocecita le gritó en la mente: ¿Ésta soy

yo? ¿Qué me está sucediendo? ¡Esto es una locura! Era la voz de la vieja Magda, de la Magda que se había enfrentado al mundo desde la muerte de su madre. Pero esa voz fue alejada por otra Magda, una desconocida, una Magda que lentamente había crecido en medio de las ruinas de todo aquello en que creyera la vieja Magda. Una nueva Magda, despertada por la fuerza vital que ardía al rojo vivo dentro del hombre que la sostenía ahora. El pasado, la tradición y la propiedad perdieron todo su valor, el mañana era un lugar lejano que quizá nunca vería. Sólo existía el presente y Glenn. Nada más hoy y él.

El suéter se deslizó de sus hombros

y luego la blusa blanca. Sentía fuego en donde su cabello rozaba la piel desnuda de su espalda y hombros. Glenn le bajó el apretado corpiño hasta la cintura, permitiendo que sus senos saltaran libres. Todavía con los labios sobre los de ella, pasó ligeramente las puntas de los dedos sobre cada seno, centrándose en los tensos pezones y trazando pequeños círculos que la hacían gemir desde lo profundo de su garganta. Finalmente sus labios se separaron de los de ella, deslizándose por su garganta hasta el valle entre sus senos y de allí a los pezones, uno a la vez, con su lengua proyectando pequeños círculos húmedos sobre los surcos que sus dedos habían

dibujado. Ella se aferró a su nuca emitiendo un pequeño grito y arqueó los senos contra su cara, estremeciéndose cuando las oleadas de éxtasis comenzaron a pulsar desde lo profundo de su pelvis.

La levantó y la llevó a la cama, quitándole el resto de la ropa mientras sus labios continuaban complaciéndola. Luego, se despojó de sus propias ropas y se inclinó sobre ella. Las manos de Magda habían adquirido vida propia y lo recorrían como asegurándose de que era real. Y enseguida él estuvo sobre ella, deslizándose en su interior, y después de la primera embestida de dolor él siguió allí y fue maravilloso.

¡Oh, Dios!, pensó mientras los espasmos de placer la atravesaban. ¿Así es esto? ¿Es esto de lo que me he perdido durante tantos años? ¿Acaso éste es el horrible acto del que he oído hablar a las mujeres casadas? ¡No puede ser! ¡Esto es demasiado maravilloso! ¡Y no me he perdido de nada, porque nunca habría sido así con otro hombre que no fuera Glenn!

Él comenzó a moverse dentro de ella y Magda se acopló a su ritmo. El placer aumentó, duplicándose y reduplicándose hasta que estuvo segura de que su carne se derretiría. Sintió que el cuerpo de Glenn comenzaba a tensarse mientras percibía la inevitabilidad también en su

interior. Sucedió. Con la espalda arqueada, los tobillos enganchados a ambos lados del angosto colchón y las rodillas abiertas en el aire, Magda Cuza vio que el mundo se hinchaba, se agrietaba y se separaba en un furioso estallido de llamas.

Y después de un tiempo, acompañado por la laboriosa respiración de su agotado cuerpo, lo vio caer de nuevo a través de los párpados de sus ojos cerrados.

Se pasaron el día en esa angosta camita, susurrando, riendo, hablando, explorándose. Glenn sabía tanto y le enseñó tanto, que era como si le estuviese mostrando su propio cuerpo.

Era gentil, apasionado y tierno, y la llevaba a cimas de placer una vez tras otra. Él era el primero, Magda no lo dijo, no tuvo que hacerlo. Ella ni lejanamente era su primera mujer y eso tampoco requería de ningún comentario y Magda encontró que no importaba. No obstante, percibió un gran alivio en él, como si se hubiera negado a sí mismo durante largo tiempo.

El cuerpo de él le fascinaba. El físico masculino era *terra incognita* para Magda. Se preguntaba si todos los músculos de los hombres serían tan duros y estarían tan cerca de la piel. Todo el cabello de Glenn era rojo y tenía numerosas cicatrices en el pecho y

en el abdomen; eran viejas cicatrices, blancas y delgadas sobre su piel olivácea. Cuando le preguntó acerca de ellas, él le explicó que provenían de accidentes. Luego, acalló sus preguntas haciéndole el amor otra vez.

Después de que el sol se puso tras el risco occidental, se vistieron y fueron a dar un paseo, tomados del brazo, estirando sus extremidades y deteniéndose frecuentemente para abrazarse y besarse.

Lidia estaba colocando la cena en la mesa cuando regresaron a la posada. Magda se dio cuenta de que estaba famélica, así que ambos se sentaron y se sirvieron. Ella se esforzaba en mantener

los ojos alejados de Glenn y concentrarse en la comida, saciando un apetito en tanto que otro crecía. Todo un mundo nuevo se le había abierto hoy y estaba ansiosa por explorarlo más allá.

Comieron apresuradamente y se disculparon en el preciso instante en que terminaron, como niños de escuela apurándose para jugar antes de que oscureciera. De la mesa corrieron hasta el segundo piso, con Magda adelante, riendo, guiando a Glenn a su habitación esta vez. A su cama. Tan pronto como la puerta se cerró tras ellos, estaban tirando de las ropas del otro, arrojándolas en todas direcciones y apretándose en la creciente oscuridad.

Horas más tarde, mientras yacía en sus brazos, totalmente agotada, en paz consigo misma y con el mundo, como nunca antes lo había estado, Magda supo que estaba enamorada. Magda Cuza, la solterona ratón de biblioteca, enamorada. Nunca, en ningún lado, en ninguna época, hubo otro hombre como Glenn. Y él la quería. Ella lo amaba. No se lo había dicho y él tampoco. Sentía que debía esperar hasta que él lo dijera primero. Podría no suceder durante un tiempo, pero no le importaba. Sabía que Glenn también lo sentía y eso era suficiente para ella.

Se apretó más contra él. El día de hoy, por sí solo, era suficiente para el

resto de su vida. Mirar hacia el futuro resultaba casi glotonería. Sin embargo, lo hizo. Ávidamente, con toda seguridad, nadie había obtenido más placer del cuerpo y de las emociones como ella lo obtuviera hoy. Nadie. Esta noche se durmió siendo una Magda Cuza diferente de la que había despertado en esta misma cama esta mañana. Parecía haber sucedido tanto tiempo antes… Toda una vida. … Y esa otra Magda le parecía tan desconocida ahora… Realmente era una sonámbula. La nueva Magda estaba completamente despierta y enamorada. Todo iba a estar bien.

Cerró los ojos. Difusamente escuchó el piar de los polluelos fuera de la

ventana. Sus trinos eran más débiles que en la mañana y parecían haber adquirido una cualidad desesperada. Pero se quedó dormida antes de preguntar qué podía estar mal.

Él miró la cara de Magda en la oscuridad. Era pacífica e inocente. La cara de una niña durmiendo. Apretó más los brazos a su alrededor, temiendo que ella pudiera alejarse.

Debió mantener su distancia; eso lo supo siempre. Pero ella lo atrajo. Y él permitió que ella removiera las cenizas de sentimientos que creía muertos y alejados, y encontrara carbones

encendidos debajo. Y luego, esta mañana, en el calor de su enojo al encontrarla husmeando en su armario, los carbones estallaron en llamas.

Era casi como el destino. Como el kismet. Él había visto y experimentado demasiado para creer que estaba verdaderamente predeterminado. Sin embargo… existían ciertas… cosas inevitables. La diferencia era sutil, pero muy importante.

De todos modos, no era correcto dejarla interesarse en él cuando ni siquiera sabía si saldría caminando de aquí. Quizá ése era el motivo por el que se había sentido atraído hacia ella. Si moría aquí, por lo menos el sabor de

ella estaría fresco en él. No podía permitirse preocupaciones ahora. Preocuparse podía distraerlo, reduciendo sus posibilidades de sobrevivir a la batalla que venía. E incluso si se las arreglaba para sobrevivir, ¿querría Magda algo con él cuando supiera la verdad?

Tiró de la manta para cubrir el hombro desnudo de ella. No quería perderla. Si había alguna forma de conservarla después de que todo esto terminara, haría lo que pudiera para encontrarla.

24

La Fortaleza
Viernes, 19 de mayo
21:37 horas

El capitán Woermann estaba sentado frente al caballete. Tuvo la intención de obligarse a borrar esa sombra del cadáver colgante. Pero ahora, con la paleta en la mano izquierda y un tubo de pigmento en la derecha, encontró que no quería cambiarla. Que la sombra permaneciera. No importaba. De todos

modos, dejaría la pintura allí. No quería recordatorios de este lugar cuando partiera. Si partía.

Afuera, las luces de la fortaleza brillaban con máxima intensidad y los hombres hacían guardia en parejas, armados hasta los dientes y listos para disparar a la menor provocación. El arma de Woermann mismo yacía en su bolsa de dormir, enfundada y olvidada.

Había desarrollado su propia teoría sobre la fortaleza. Ninguna que tomara en serio, pero que cuadraba con todos los hechos y explicaba la mayoría de los misterios. La fortaleza estaba viva. Eso explicaría por qué nadie había visto jamás a lo que mató a los hombres, por

qué nadie podía localizarlo y por qué nadie había hallado su escondite pese a todas las paredes que echaron abajo. Era la fortaleza misma la que estaba cometiendo los asesinatos.

Sin embargo, un hecho quedaba colgando en esta explicación. Un hecho fundamental. La fortaleza no había sido malévola cuando llegaron, al menos no de un modo que pudiese sentirse. Cierto, las aves parecían evitar hacer sus nidos aquí, pero Woermann no sintió nada incorrecto hasta esa primera noche, cuando se abrió el sótano. La fortaleza cambió a partir de ese momento. Se volvió algo sediento de sangre.

Nadie había explorado el subsótano

completamente. Realmente no parecía haber razón para hacerlo. Hubo hombres de guardia en el sótano mientras uno de sus camaradas era asesinado sobre ellos y no vieron nada entrando o saliendo por el agujero en el piso. Quizás debían explorar el subsótano. Quizá el corazón de la fortaleza yaciese enterrado en esas cavernas. Ahí es donde debían buscar. No… eso les tomaría una eternidad. Las cavernas podían extenderse kilómetros y, francamente, en realidad nadie deseaba explorarlas. Siempre era de noche allá abajo, y la noche se había convertido en un enemigo temido. Sólo los cadáveres aceptaban quedarse allí.

Los cadáveres… con sus botas

sucias y las mortajas manchadas. Aún molestaban a Woermann en los momentos más extraños. Como ahora. Y todo el día, desde el instante en que supervisó la colocación de los dos últimos soldados muertos esas botas sucias habían marchado hacia sus pensamientos sin ser llamadas, esparciéndolos, ensuciándolos de lodo.

Esas botas sucias, lodosas, lo incomodaban de un modo que no podía precisar.

Siguió sentado y contemplando la pintura.

Kaempffer estaba sentado en su catre,

con las piernas cruzadas y una Schmeisser sobre las rodillas. Un escalofrío lo recorrió. Trató de controlarlo pero no tuvo la fuerza suficiente. Nunca se había dado cuenta de cuan agotador podía ser el miedo constante.

¡Tenía que salir de aquí!

Volar la fortaleza mañana… ¡eso es lo que debía hacer! Poner las cargas y, después de la comida, reducirla a grava. De ese modo podía pasar la noche del sábado en Ploiesti en una cama con un colchón de verdad y sin preocuparse por cada sonido, cada vagabunda corriente de aire. Y no tendría que estar sentado temblando, sumando y preguntándose

qué cosa podía estar acercándose por el pasillo hacia su puerta.

Pero mañana era demasiado pronto. No se vería bien en su expediente. No tenía que llegar a Ploiesti hasta el lunes y era de esperarse que usara todo el tiempo disponible hasta entonces para resolver el problema aquí. Volar la fortaleza era un último recurso que sólo podía ser considerado cuando todo lo demás fallara. El Alto Comando había ordenado que este paso fuese vigilado y había designado la fortaleza como el punto selecto desde el cual hacerlo. La destrucción tenía que ser un último recurso.

Escuchó los medidos pasos de una

pareja de einsatzkommandos cruzando ante su puerta cerrada con llave. El pasillo allá afuera tenía doble guardia, se había asegurado de ello. No es que creyera que hubiese la menor oportunidad de que una descarga de plomo de una Schmeisser pudiera realmente detener a lo que fuese que estaba detrás de las muertes aquí, simplemente esperaba que los guardias fueran tomados primero, perdonándolos así una noche más. ¡Y más valía que esos guardias se mantuvieran despiertos y alertas sin importar cuan cansados estuvieran! Había, forzado mucho a los hombros para desmantelar la parte posterior de la fortaleza, concentrando

sus esfuerzos en el área alrededor de sus habitaciones. Abrieron cada pared y casi veinte metros del lugar donde estaba agazapado y no hallaron nada. No había pasajes secretos que se dirigieran a su cuarto, ni lugar para esconderse en ninguna parte.

Nuevamente sintió un escalofrío.

El frío y la oscuridad llegaron como antes, pero el profesor se sentía demasiado débil y enfermo esta noche para girar su silla y enfrentarse a Molasar. Se le había terminado la codeína y el dolor de sus articulaciones era una agonía constante.

—¿Cómo entras y sales de este cuarto? —preguntó a falta de algo mejor que decir. Estuvo contemplando la losa que se abría en la base de la torre, suponiendo que Molasar llegaría por allí. Pero apareció tras él de algún modo.

—Tengo mis propios medios de moverme, que no requieren de puertas ni de pasadizos secretos. Un método mucho más allá de tu comprensión.

—Junto con muchas otras cosas —comentó Cuza, incapaz de mantener la desesperación lejos de su voz.

Había sido un mal día. Más allá del incontenible dolor estaba el enfermante hecho de darse cuenta que la visión de

esperanza de esta mañana, en cuanto a suspender la ejecución de su gente, era una quimera, un inútil sueño de opio. Había planeado negociar con Molasar, establecer un trato. Pero ¿por qué cosa? ¿El fin del mayor? Magda tuvo razón esa mañana: detener a Kaempffer sólo retrasaría lo inevitable; incluso la situación podría empeorar con su muerte. Con toda seguridad, habría violentas represalias contra los judíos rumanos si un oficial de la SS enviado a establecer un campo de exterminio fuera brutalmente asesinado. Y la SS simplemente enviaría a otro oficial a Ploiesti; quizá la semana próxima o el mes próximo. ¡Qué importaba! Los

alemanes tenían suficiente tiempo. Estaban ganando cada batalla, infestando un país tras otro. No parecía haber ningún modo de detenerlos. Y cuando finalmente estuviesen en el asiento del poder de todos los países que quisieran, podrían lanzarse con tranquilidad a cumplir las metas de pureza racial de su demente líder.

A la larga no había nada que un inválido profesor de historia pudiese hacer para cambiar las cosas.

Y empeorándolo todo estaba el insistente conocimiento de que Molasar temía a la cruz… ¡temía a la cruz!

Molasar se deslizó hasta entrar a su campo visual y permaneció allí,

estudiándolo. Es extraño, pensó Cuza. *O me he hundido en tal pantano de autocompasión, que me ha aislado de Molasar, o me estoy acostumbrando a él*. Esta noche no tuvo la sensación serpenteante que siempre acompañaba la presencia de Molasar. Quizá simplemente ya no le importaba.

—Pienso que puedes morir —anunció Molasar sin preámbulos.

—¿En tus manos? —preguntó el profesor sacudido por la brusquedad de las palabras.

—No. En las tuyas.

¿Podía Molasar leer la mente? Los pensamientos de Cuza habían rondado ese preciso tema durante la mayor parte

de la tarde. Terminar con su vida solucionaría muchos problemas. Liberaría a Magda. Sin él para retenerla, podría huir hacia las montañas y escapar de Kaempffer, de la Guardia de Hierro y de todo lo demás. Sí, la idea se le ocurrió. Pero aún carecía de los medios… y de la decisión.

—Quizá —aceptó Cuza apartando la mirada—. Pero si no es mi acción, entonces ocurrirá pronto en el campo de muerte del mayor Kaempffer.

—¿Campo de muerte? —inquirió Molasar inclinándose hacia la luz, con el ceño arrugado por la curiosidad—. ¿Un lugar donde la gente se reúne para morir?

—No. Un lugar a donde la gente es arrastrada para ser asesinada. El mayor establecerá un campo de ésos, no muy lejos, al sur de este lugar.

—¿Para matar valacos? —Una furia súbita retiró los labios de Molasar de sus anormalmente largos dientes—. ¿Un alemán está aquí para matar a mi gente?

—No son tu gente —replicó Cuza, incapaz de sacudirse el abatimiento. Mientras más pensaba en ello, peor se sentía—. Son judíos. No el tipo de gente que te concierna.

—¡Yo habré de decidir qué me concierne! Pero ¿judíos? No hay judíos en Valaquia… al menos no los suficientes para ser de importancia.

—Cuando construiste la fortaleza eso era cierto. Pero durante el siglo siguiente fuimos expulsados hacia aquí desde España y el resto de Europa occidental. La mayoría se estableció en Turquía, pero muchos llegaron vagando a Polonia, Hungría y Valaquia.

—¿Fuimos? —farfulló Molasar, asombrado—. ¿Tú eres judío?

Cuza asintió, esperando un estallido de antisemitismo del antiguo boyardo. En cambio, Molasar estableció:

—Pero eres un valaco también.

—Valaquia se unió a Moldavia para formar lo que hoy se llama Rumania.

—Los nombres cambian. ¿Naciste tú aquí? ¿Nacieron aquí esos otros judíos

destinados a los campos de muerte?

—Sí, pero…

—¡Entonces son valacos!

Cuza sintió que la paciencia de Molasar se terminaba. Sin embargo, se vio competido a hablar:

—Pero sus ancestros eran inmigrantes.

—¡Eso no importa! Mi abuelo vino de Hungría. ¿Acaso yo, que nací en esta tierra, soy menos valaco por eso?

—No, claro que no —admitió Cuza. Ésta era una conversación sin sentido. Era mejor que terminara.

—¡Entonces tampoco lo son esos judíos de los que hablas. Son valacos, y como tales son mis compatriotas! —

Molasar se irguió y echó los hombros hacia atrás—. ¡Ningún alemán puede venir a mi país a matar a mis compatriotas!

¡Típico!, pensó Cuza. Apuesto a que él nunca objetó las depredaciones de sus colegas boyardos sobre los campesinos valacos, en sus días. Y obviamente nunca objetó los empalamientos de Vlad. Era correcto que la nobleza valaca diezmara a la población, ¡pero que no se atreviera a hacerlo un extranjero!

—Platícame sobre esos campos de muerte —ordenó Molasar retirándose del cono de luz de la bombilla.

—Preferiría no hacerlo. Es demasiado…

—¡Dime!

—Te diré lo que sé —suspiró Cuza —. El primero fue establecido en Buchenwald, o quizá en Dachau, hace alrededor de ocho años. Hay varios: Flossenburg, Ravensbruck, Natzweiler, Auschwitz y muchos otros de los que quizá no he oído hablar. Pronto habrá uno en Rumania, Valaquia para ti, y quizá más en uno o dos años. Los campos tienen un propósito: recolectar ciertos tipos de gente, millones, para la tortura, los trabajos forzados y su final exterminación.

—¿Millones?

Cuza no pudo descifrar completamente el tono de Molasar, pero

no había duda que tenía dificultades para creer lo que se le decía. Molasar parecía una sombra entre las sombras. Sus movimientos eran agitados, casi frenéticos.

—Millones —ratificó firmemente Cuza.

—¡Mataré a ese mayor alemán!

—Eso no ayudará. Hay miles como él y vendrán uno después de otro. Podrás matar a algunos o a muchos, pero a la larga aprenderán cómo matarte.

—¿Quién los manda?

—Su líder es un hombre llamado Hitler que…

—¿Un rey? ¿Un príncipe?

—No. —Cuza trató de hallar la

palabra—. Supongo que *voedod* sería la palabra más cercana que tienes para él.

—¡Ah! ¡Un señor de la guerra! ¡Entonces lo mataré y ya no enviará más!

Molasar habló tan rotundamente, que el significado total de sus palabras tardó en penetrar la mortaja de tristeza que flotaba en la mente de Cuza.

—¿Qué dijiste? —preguntó cuando hubo entendido.

—Lord Hitler… ¡cuando haya recuperado todas mis fuerzas estaré en condiciones de beber su vida!

Cuza sintió como si hubiese pasado todo el día luchando por subir desde el punto más profundo del océano, sin esperanzas de llegar a la superficie. Con

las palabras de Molasar llegó al exterior y jadeó aspirando vida. Sin embargo, sería fácil hundirse de nuevo.

—¡Pero no puedes! ¡Está bien protegido! ¡Y se encuentra en Berlín!

Molasar avanzó nuevamente hacia la luz. Sus dientes se mostraban de nuevo, esta vez en una burda aproximación a una sonrisa.

—La protección de lord Hitler no será más efectiva que todas las medidas que sus lacayos han tomado aquí en mi fortaleza. No importa cuántas puertas cerradas y hombres armados lo protejan, lo apresaré si deseo. Y tampoco importa cuan lejos esté, lo alcanzaré cuando tenga la fuerza.

Cuza apenas podía contener su excitación. Aquí estaba la última esperanza… una esperanza mayor de la que hubiera imaginado posible.

—¿Cuándo será eso? —Acució, ansioso—. ¿Cuándo podrás ir a Berlín?

—Estaré listo mañana en la noche. Seré lo suficientemente fuerte mañana, en especial después de que mate a los invasores.

—Entonces me da gusto que no me hicieran caso cuando les dije que lo mejor que podían hacer era evacuar la fortaleza.

—¿Hiciste qué? —gritó.

Cuza no pudo apartar los ojos de las manos de Molasar: se dirigían a él como

garras, listas para golpearlo, contenidas sólo por la voluntad de su dueño.

—¡Lo siento! —se disculpó apretándose contra su silla—. ¡Creí que eso era lo que deseabas!

—¡Quiero sus vidas! —vociferó, y sus manos se retiraron—. ¡Cuando quiera algo más te diré qué hacer y harás exactamente lo que yo diga!

—¡Claro! ¡Claro! —admitió el viejo, aunque nunca podría aceptarlo total y verdaderamente, pero no estaba en posición de representar un espectáculo de resistencia. Se recordó a sí mismo que jamás debía olvidar la clase de ser con el que estaba tratando. Molasar no toleraría verse

obstaculizado en modo alguno; no pensaba en otra cosa que no fuese hacer su voluntad. Nada más era aceptable, ni siquiera concebible para él.

—Es bueno. Porque necesitaré ayuda de mortales. Dado que yo estoy limitado a las horas nocturnas, preciso de alguien que pueda moverse durante el día para prepararme el camino, para hacer ciertos arreglos que sólo pueden llevarse a cabo de día. Fue así cuando construí esta fortaleza y organicé su mantenimiento, y es así ahora. En el pasado he hecho uso de proscritos humanos, hombres con apetitos diferentes a los míos, pero igualmente inaceptables para sus semejantes.

Compré sus servicios proveyéndoles los medios para satisfacer esos apetitos. Pero tú… tu precio, me parece, estará de acuerdo con mis propios deseos. Ahora compartimos una causa común.

—Me temo que podrías tener un agente mejor que yo —sugirió el profesor bajando la vista hacia sus torcidas manos.

—La tarea que requeriré que lleves a cabo mañana en la noche es muy simple: un objeto de gran valor para mí debe ser retirado de la fortaleza y ocultado en un lugar seguro en las montañas. Con eso a salvo me sentiré libre para perseguir y destruir a aquellos que desean matar a nuestros

compatriotas.

Cuza experimentó una extraña sensación de ligereza, una nueva flotación emocional, al imaginar a Hitler y a Himmler agazapándose ante Molasar y después sus arruinados y muertos cuerpos (mejor aún, decapitados) colgados como exhibición ante un vacío campo de exterminio. Significaría el fin de la guerra y la salvación de su pueblo. ¡No sólo la judería rumana, sino toda su raza! Prometía un futuro para Magda. Significaba el fin de Antonescu y la Guardia de Hierro. Quizá hasta su reinstalación en la universidad.

Pero luego, la realidad lo bajó de esas alturas, volviéndolo a su silla de

ruedas. ¿Cómo podría llevarse algo de la fortaleza? ¿Cómo podría esconderlo en las montañas si su fuerza era apenas suficiente para hacerlo rodar hasta afuera de la puerta?

—Necesitarás a un hombre completo —le anunció a Molasar con una voz que amenazaba romperse—. Un inválido como yo no te es de utilidad.

Más que verlo, sintió a Molasar moviéndose alrededor de la mesa, hasta su lado. Sintió una suave presión en el hombro derecho: la mano de Molasar. Levantó la vista hacia éste y lo descubrió mirándolo. Sonriendo.

—Tienes aún mucho que aprender sobre la extensión de mis poderes.

25

La Posada
Sábado, 3 de mayo
10:20 horas

Regocijo.

Eso era. Magda jamás hubiera imaginado lo que sería despertar en la mañana y hallarse cobijada en los brazos de alguien a quien amase. Era una sensación tan pacifica, tan segura… El panorama del día por venir era mucho más brillante sabiendo que Glenn

estaría allí para compartirlo con ella.

Glenn yacía sobre un costado. Ella sobre el contrario, ambos cara a cara. Él dormía aún, y aunque Magda no deseaba despertarlo, descubrió que no podía apartar las manos de él. Suavemente corrió la palma de su mano por el hombro de Glenn, tocando las cicatrices de su pecho con los dedos, ordenando la roja confusión de su cabello. Movió su pierna desnuda contra la de él. Se sentía tremendamente sensual bajo las mantas, piel contra piel, poro contra poro. Un deseo irrefrenable empezó a agregar su propia clase de calor a su ardiente piel. Deseó que él despertara ya.

Observó su cara mientras esperaba

que él se moviera. ¡Había tanto que aprender de este hombre! ¿De dónde era exactamente? ¿Cómo fue su niñez? ¿Qué estaba haciendo aquí? ¿Por qué tenía esa hoja de espada con él? ¿Por qué era tan maravilloso? Ella era como una niña de escuela. Estaba encantada consigo misma. No podía recordar haber sido más feliz.

Quería que papá lo conociera. Los dos podrían llevarse maravillosamente bien. Pero se preguntó cómo reaccionaría papá ante su relación. Glenn no era judío… ella no sabía qué era; pero ciertamente, no judío. No es que a ella le afectara, aunque tales asuntos siempre fueron importantes para

papá.

Papá…

Una súbita oleada de culpabilidad apagó su creciente deseo. Mientras ella estuvo acurrucada en los brazos de Glenn, segura y a salvo entre los asaltos de agitado éxtasis, papá había permanecido solo y frío en un cuarto de piedra, rodeado de demonios humanos mientras esperaba audiencia con una criatura del infierno. ¡Debía sentirse avergonzada!

Y, sin embargo, ¿por qué no podría haber robado un poco de placer para sí? No había abandonado a papá. Todavía estaba en la posada. Él la expulsó de la fortaleza la noche anterior y se negó a

abandonarla ayer. Y ahora que pensaba en eso, si papá hubiera regresado ayer en la mañana a la posada con ella, no habría entrado a la habitación de Glenn y no estarían juntos ahora.

Era extraño cómo funcionaban las cosas.

Pero ayer y anoche no cambiaba realmente el estado de cosas, se dijo. Yo he cambiado, pero nuestros predicamentos permanecen inalterados. Esta mañana papá y yo nos encontramos a merced de los alemanes, justamente como estábamos ayer en la mañana y la mañana anterior. Todavía somos judíos. Y ellos, desde luego, aún son unos malvados nazis.

Se deslizó del lado de Glenn y se puso en pie, llevándose la delgada sobrecama con ella. Mientras se acercaba a la ventana se envolvió en la tela. En su interior había cambiado mucho, muchas inhibiciones cayeron como escamas de un artefacto de bronce enterrado, pero todavía no podía permanecer desnuda en la ventana a plena luz del día.

Pudo sentir la fortaleza antes de llegar a la ventana. La sensación de malad de su interior se había extendido hasta la aldea durante la noche… era casi como si Molasar estuviera buscándola. Estaba al otro lado de la cañada y era piedra gris bajo un cielo

gris y encapotado, con los últimos restos de la niebla retrocediendo a su alrededor. Los centinelas todavía eran visibles en sus parapetos y la puerta del frente seguía abierta. Y había algo o alguien moviéndose por la calzada hacia la posada. Forzó la vista en la luz del amanecer, para ver de qué se trataba.

Era una silla de ruedas. Y en ella… papá. Pero nadie estaba empujándolo. Se impulsaba él mismo. Con movimientos rápidos, fuertes y rítmicos, las manos de papá se aferraban a los bordes de las ruedas y sus brazos las giraban, apresurándolo por la calzada.

Era imposible, pero ella estaba viéndolo. ¡Y él venía a la posada!

Llamó a Glenn para que despertara y empezó a correr alrededor de la habitación, reuniendo sus esparcidas prendas de vestir y poniéndoselas. Glenn se levantó en un instante, riéndose de sus torpes movimientos y ayudándola a buscar sus ropas. Magda no encontraba la situación divertida en lo más mínimo. Se puso las ropas frenéticamente y salió corriendo de la habitación. Quería estar abajo cuando papá llegara.

Theodor Cuza encontraba su propia alegría esta mañana.

Había sido curado. Sus manos

estaban desnudas y abiertas al frío de la mañana, mientras asían las ruedas de su silla y las impulsaban a lo largo de la calzada. Todo sin dolor, sin tensión. Por primera vez en un tiempo más largo del que quería recordar, despertó sintiendo como si alguien se hubiera introducido en él durante la noche y hubiese escayolado firmemente cada una de sus articulaciones. Sus brazos se movían adelante y atrás como pistones bien aceitados y su cabeza giraba libremente de un lado a otro, sin dolor o rechinidos de protesta. Su lengua estaba húmeda, otra vez había suficiente saliva para tragar y la pasaba fácilmente. Su rostro se había aflojado de tal modo, que podía

sonreír de nuevo en una forma que no provocaba que los demás respingaran y desviaran la vista.

Y estaba sonriendo ahora, sonriendo idiotamente con la alegría del movimiento, de la autosuficiencia, de ser capaz otra vez de adoptar un papel activo en el mundo que lo rodeaba.

¡Lágrimas! Había lágrimas en sus mejillas. Lloró frecuentemente desde que la enfermedad lo aferrara con firmeza, pero las lágrimas se habían secado hacía mucho tiempo, junto con la saliva. Ahora sus ojos estaban húmedos y sus mejillas resbalosas. Lloraba alegremente, sin vergüenza, mientras se impulsaba hacia la posada.

No supo qué esperar cuando Molasar se detuvo frente a él la noche anterior y colocó una mano en su hombro, pero sintió que algo cambiaba en su interior. No supo qué era en ese momento, pero Molasar le aconsejó que se fuera a dormir y que las cosas serían diferentes en la mañana. Durmió bien, sin las despertadas usuales durante la noche para buscar torpemente la taza con agua y humedecer su boca y garganta resecas, y se levantó más tarde de lo acostumbrado.

Levantarse… ésa era la palabra para ello. Se había levantado de ser un muerto viviente. En su primer intento fue capaz de sentarse y luego de ponerse en

pie sin dolor, sin aferrarse a las paredes o a la silla en busca de apoyo. Supo entonces que sería capaz de ayudar a Molasar, y lo ayudaría. Haría cualquier cosa que Molasar quisiera.

Hubo momentos difíciles cuando abandonó la fortaleza. No podía dejar que nadie supiera que podía caminar, así que imitó sus dolencias anteriores mientras se impulsaba hacia la puerta. Los centinelas lo miraron con curiosidad cuando pasó, pero no lo detuvieron pues siempre gozó de libertad para visitar a su hija. Por fortuna, ninguno de los oficiales estaba en el patio cuando él pasó.

Y ahora, con los alemanes detrás y

una calzada sin obstáculos adelante, el profesor Theodor Cuza giró las ruedas de la silla tan rápido como pudo. Tenía que enseñarle a Magda. Ella tenía que ver lo que Molasar había hecho por él.

La silla rebotó al final de la calzada con un salto que casi lo arrojó de cabeza de la silla, pero siguió avanzando. Era más difícil avanzar en la tierra, pero no le importaba. Le daba la oportunidad de estirar los músculos que sentía anormalmente fuertes a pesar de los años de desuso. Se movió por la parte delantera de la posada y luego dio vuelta a la izquierda rodeándola hacia el lado sur. Allí sólo había una ventana a nivel del suelo. Se detuvo después de

pasar junto a ésta y rodó acercándose a la pared de estuco. Aquí no podían verlo, nadie de la posada o de la fortaleza lograría vislumbrarlo y ello significaba que simplemente tenía que hacerlo una sola vez más.

Se colocó de frente a la pared y apretó los frenos de la silla. Un empujón contra los brazos de la misma y allí estaba: erguido sobre sus propios pies, apoyado en nadie y en nada. Solo. De pie. Por sí mismo. Era un hombre otra vez. Podía mirar a los otros hombres directamente a los ojos, en lugar de mirarlos siempre hacia arriba. Ya no más de un punto de vista infantil de la existencia desde allí abajo, donde

siempre fue tratado como un niño. Ahora estaba arriba… ¡era un hombre otra vez!

—¡Papá!

Se volvió a ver a Magda en la esquina del edificio, mirándolo con la quijada colgante.

—Hermosa mañana, ¿no es cierto? —proclamó y le abrió los brazos. Después de dudar un instante, Magda se precipitó en ellos.

—¡Oh, papá! —exclamó con una voz que fue ahogada por los pliegues de su chaqueta cuando la estrechó contra él—. ¡Puedes estar de pie!

—Puedo hacer más que eso —afirmó alejándose de ella y comenzando a caminar alrededor de la silla de

ruedas, equilibrándose a sí mismo con una mano sobre el respaldo y soltándose luego cuando se dio cuenta de que no lo necesitaba. Sus piernas estaban fuertes, incluso más fuertes de como las sintió más temprano esta mañana. ¡Podía caminar! Sentía como si pudiera correr, danzar. Siguiendo un impulso se inclinó, se volvió y giró en una pobre imitación de un paso de la *abulea* gitana, casi cayendo en el proceso. Pero mantuvo el equilibrio y terminó al lado de Magda, riendo ante su expresión atónita.

—Papá, ¿qué ha sucedido? ¡Es un milagro!

Jadeando todavía por la risa y el agotamiento, le tomó las manos.

—Sí, es un milagro —aceptó—. Un milagro en el sentido más verdadero de la palabra.

—Pero cómo…

—Molasar lo hizo. Me curó. Estoy libre da la escleroderma… ¡completamente libre de ella! ¡Es como si nunca la hubiera tenido!

Miró a Magda y vio cómo brillaba su cara de felicidad por él, cómo parpadeaban sus ojos para reprimir las lágrimas de alegría. Realmente estaba compartiendo con él este memento. Cuando la miró de cerca, percibió que, de algún modo, ella era diferente. Había otra alegría más profunda en ella que nunca antes le viera. Pensó que debía

investigar su origen, pero ahora no podía ser molestado con eso. ¡Se sentía demasiado bien, demasiado vivo!

Percibió un movimiento con el rabillo del ojo y alzó la vista. Magda siguió su mirada. Sus ojos danzaron cuando vio quién era.

—¡Glenn, mira! —gritó—. ¿No es maravilloso? ¡Molasar curó a mi padre!

El hombre pelirrojo con la extraña piel olivácea no dijo nada mientras permanecía en la esquina de la posada. Sus ojos azul pálido se clavaron en los de Cuza, haciéndolo sentir como si su alma misma estuviera siendo examinada. Magda siguió hablando excitadamente, precipitándose sobre Glenn y jalándolo

del brazo. Casi parecía ebria de felicidad.

—¡Es un milagro! —repetía—. ¡Un verdadero milagro! Ahora podremos irnos de aquí antes de que…

—¿Qué precio pagó? —inquirió Glenn con una voz baja que interrumpió el parloteo de Magda.

Cuza se tensó y trató de sostener la mirada de Glenn. Descubrió que no podía. En los fríos ojos azules no había felicidad por él. Sólo tristeza y decepción.

—No pagué ningún precio. Molasar lo hizo por un compatriota.

—Nada es gratuito. Nunca.

—Bien, me pidió que le hiciera unos

cuantos servicios, que lo ayudarán a hacer algunos arreglos después de que abandone la fortaleza, ya que él no puede moverse durante el día.

—Específicamente ¿qué?

Cuza se sentía incómodo con este tipo de interrogatorio. Glenn no tenía derecho a una respuesta y él estaba decidido a no dársela.

—No lo dijo —afirmó.

—¿No es extraño recibir el pago por un servicio que todavía no ha realizado y que ni siquiera ha aceptado realizar? —preguntó Glenn—. Ni siquiera sabe qué es lo que espera de usted y ya ha aceptado el pago.

—Esto no es un pago —desairó

Cuza con renovada confianza—. Esto simplemente me permite ayudarlo. No hemos hecho ningún trato, pues no hay necesidad. Nuestro vínculo es la causa común que compartimos… la eliminación de los alemanes de la tierra rumana, y la eliminación de Hitler y del nazismo de la faz del mundo.

Los ojos de Glenn se abrieron y Cuza casi se rió de la expresión de su cara.

—¿Le prometió eso?

—¡No fue una promesa! —refutó el profesor—. Molasar se encolerizó cuando le conté los planea de Kaempffer para establecer un campo de exterminio en Ploiesti, y cuando supo que en

Alemania existe un hombre llamado Hitler, que está detrás de esto, juró destruirlo tan pronto como esté lo suficientemente fuerte para abandonar la fortaleza. No hubo necesidad de hacer un trato o un pacto o un pago… *¡tenemos una causa común!*

Debió estar gritando, pues notó que Magda dio un paso alejándose de él cuando terminó, con una expresión preocupada en el rostro. Se aferró al brazo de Glenn y se apoyó contra él. Cuza sintió que se enfriaba. Trató de mantener la voz calmada mientras hablaba:

—¿Y qué has estado haciendo desde que me fui ayer en la mañana, niña?

—Oh, he estado con Glenn la mayor parte del tiempo.

No necesitaba decir más. Él sabía. Sí, ella había estado con Glenn. Miró a su hija aferrándose al desconocido con una familiaridad retozona, con la cabeza desnuda y el cabello volando libremente con el viento. Había estado con Glenn. Lo enojó. Fuera de su vista menos de dos días y se entregó a este pagano. ¡Le pondría un alto a eso! Pero ahora no. Pronto. Había demasiados asuntos importantes también a la mano. Tan pronto como él y Molasar terminaran su negocio en Berlín, vería que se encargaran también de este tipo Glenn con los ojos, acusadores.

¿... que se encargaran de...? Ni siquiera sabía lo que quería decir con eso. Se preguntó sobre el alcance de su hostilidad hacia Glenn.

—Pero ¿no ves lo que significa esto? —Estaba diciendo Magda, obviamente tratando de calmarlos—. ¡Podemos irnos, papá! Podemos escapar por el paso y alejarnos de aquí. ¡No tienes que regresar a la fortaleza otra vez! Y Glenn nos ayudará, ¿no es verdad?

—Por supuesto —aceptó él—. Pero creo que primero debes preguntarle a tu padre si quiere irse.

¡*Maldito sea*!, pensó Cuza mientras Magda volvía sus ojos inquisitivos

hacia él. ¡*Cree que lo sabe todo*!

—¿Papá…? —comenzó a preguntar, pero la expresión en su cara debió decirle cuál sería la respuesta.

—Debo regresar —le informó—. No por mí. Yo ya no importo. Es por nuestra gente. Nuestra cultura. Por el mundo. Esta noche estará lo suficientemente fuerte para terminar con Kaempffer y el resto de los alemanes que están aquí. Después de eso, sólo tengo que llevar a cabo unas tareas simples para él y podremos irnos sin preocuparnos por escondernos de las partidas de búsqueda. ¡Y después de que Molasar mate a Hitler…!

—¿Realmente puede hacerlo? —

dudó Magda con la expresión cuestionando la enormidad de la posibilidad que su padre describía.

—Ya me hice esa pregunta. Y luego pensé en cuánto ha aterrorizado a estos alemanes hasta dejarlos listos para dispararse unos a otros, y cómo los ha eludido en esa pequeña fortaleza durante semana y media, matándolos a voluntad. —Levantó las manos desnudas al viento y miró, con un renovado sentimiento de reverencia, cómo se extendían sus dedos y se doblaban fácilmente y sin dolor—. Y después de lo que hizo por mí, he llegado a la conclusión de que hay poco que no pueda hacer.

—¿Puedes confiar en él? —Acicateó

Magda.

El profesor la miró. Aparentemente, este Glenn la había contagiado con su naturaleza suspicaz. No era bueno para ella.

—¿Puedo permitirme no hacerlo? —respondió después de una pausa—. Mi niña, ¿no ves que esto significa el regreso a la normalidad para todos nosotros? Nuestros amigos gitanos ya no serán cazados, esterilizados y puestos a trabajar como esclavos. Los judíos no seremos arrancados de nuestros hogares y de nuestros trabajos, nuestras propiedades ya no serán confiscadas y ya no tendremos que enfrentarnos a la extinción de nuestra raza. ¿Cómo podría

hacer otra cosa más que confiar en Molasar?

Su hija estaba silenciosa. No se lanzó a refutarlo, pues no existía refutación posible.

—Y para mí significará regresar a la universidad —continuó él.

—Sí… a tu trabajo —agregó Magda, quien parecía estar en una especie de deslumbramiento.

—Mi trabajo fue mi primer pensamiento, sí. Pero ahora que estoy bien de nuevo, no veo por qué no puedo ser nombrado canciller.

—Nunca antes quisiste estar en la administración —refutó Magda mirándolo penetrantemente.

Tenía razón. Nunca había querido. Pero ahora las cosas eran distintas. Sí, totalmente distintas.

—Eso era antes. Esto es ahora —aclaró—. Y si ayudo a que Rumania se libere de los fascistas que la están arruinando, ¿no crees que merezco algún tipo de reconocimiento?

—También habrá dejado a Molasar suelto en el mundo —interrumpió Glenn, rompiendo su prolongado silencio—. Eso puede acarrearle una clase de reconocimiento que no querría.

Theodor sintió que los músculos de su mandíbula se agrupaban con furia. ¿Por qué no se iba este extranjero?

—¡*Ya está suelto*! Solamente estaré

canalizando su poder. Debe haber una forma de hacer algún tipo de… arreglo con él. Podríamos aprender mucho de un ser como Molasar, ¡y él puede ofrecernos tanto! ¡Quién sabe qué otras enfermedades supuestamente «incurables» puede remediar! Tendríamos una gran deuda con él por librarnos del nazismo. Yo consideraría que es una obligación moral encontrar una forma de llegar a un convenio con él.

—¿Convenio? —Impugnó Glenn—. ¿Qué clase de términos está dispuesto a ofrecerle?

—Algo puede arreglarse.

—¿Como qué, específicamente?

—No lo sé, podemos ofrecerle a los nazis que comenzaron esta guerra y que dirigen les campos de exterminio. Ése es un buen comienzo.

—Y cuando ya no queden, ¿quién seguirá? Recuerde, Molasar continuará. Tendrá que proveerlo de sustancia siempre. ¿Quién seguirá?

—¡No me interrogue así! —gritó Cuza cuando su temperamento se desgastó hasta el punto de romperse—. ¡Algo se nos ocurrirá! ¡Si toda una nación se puede adaptar a Adolfo Hitler, seguramente encontraremos una forma de coexistir con Molasar!

—No puede haber coexistencia con los monstruos —aseguró Glenn—. Ya

sean nazis o Nosferatu. Discúlpeme.

Se volvió y se alejó a grandes pases. Magda se quedó quieta y callada, siguiéndolo con la mirada. Y Theodor, a su vez, miró a su hija, sabiendo que aunque no corrió con el cuerpo detrás de este desconocido, lo hizo con el espíritu. Había perdido a su hija.

La conciencia de esto debió lastimarlo, herirlo hasta el hueso y hacerlo sangrar. Sin embargo, no sentía dolor o pérdida. Sólo enojo. Se sentía a dos pasos de todas las emociones, excepto la furia hacia el hombre que le había quitado a su hija.

¿Por qué no le dolía?

Después de observar a Glenn hasta que dio vuelta a la esquina de la posada, Magda se volvió hacia su padre. Estudió su cara enojada, intentando entender qué estaba sucediendo en su interior, tratando de identificar sus propios sentimientos confusos.

Papá estaba curado y eso era maravilloso. Pero ¿a qué precio? Había cambiado tanto, no sólo en el cuerpo sino en la mente, incluso en la personalidad… Observó una nota de arrogancia en su voz, que nunca le había oído antes. Y su defensa de Molasar estaba totalmente fuera de carácter. Era como si papá hubiese sido fragmentado

y luego reunido de nuevo con alambres finos… pero con algunas piezas faltantes.

—¿Y tú? —preguntó papá—. ¿También te vas a alejar de mí?

Magda lo estudió antes de responder.

—Por supuesto que no —aseguró, esperando que su voz no denotara cuánto le dolía no estar con Glenn—. Pero…

—Pero ¿qué? —apremió él. Su voz la golpeó como un látigo.

—¿Realmente pensaste en lo que significa hacer tratos con una criatura como Molasar?

Las contorsiones en la recién movilizada cara de papá cuando

respondió, la impresionaron. Sus labios se encogían y furioso mostraba los dientes.

—¡*Vaya*! Tu amante ha logrado volverte contra tu propio padre y contra tu gente, ¿no es así? —Sus palabras la sacudieron como si fueran golpes. Emitió una risa áspera y amarga—. ¡Cuán fácilmente eres influenciada, mi niña! ¡Un par de ojos azules, algunos músculos y ya estás lista para darle la espalda a tu gente cuando está a punto de ser exterminada!

Magda se tambaleó sobre los pies como si hubiera sido golpeada por un ventarrón. ¡No podía ser papá el que estaba hablando! ¡Él nunca había sido

cruel con ella ni con nadie, y, sin embargo, ahora era totalmente rencoroso! Pero se negó a dejar que él viera cuánto la acababa de lastimar.

—Mi única preocupación eras tú —explicó con labios tensos que hubieran temblado de haberlo permitido ella—. En realidad, no sabes si puedes confiar en Molasar.

—¡Y tú no sabes que *no puedo*! Nunca has hablado con él, nunca lo has escuchado, nunca has visto la expresión de sus ojos cuando habla de los alemanes; que invadieron su fortaleza y su país.

—He sentido su contacto —repuso Magda, estremeciéndose a pesar del sol

—. Dos veces. Allí no hubo nada que me convenciera de que se preocuparía un poco por los judíos o por cualquier cosa viviente.

—Yo también sentí su contacto —añadió papá, levantando los brazos y caminando en un rápido círculo alrededor de la silla vacía—. ¡Ve tú misma lo que me hizo su contacto! Y no tengo ilusiones respecto a que Molasar salve a nuestra gente. No le importan los judíos en otras tierras, sólo en la suya. Sólo los judíos rumanos. ¡La palabra clave es rumano! ¡Era un noble en esta tierra y todavía la considera suya! Llámalo nacionalismo o patriotismo o como quieras, no importa. El hecho es

que quiere que salgan todos los alemanes de lo que él llama «tierra valaca», y pretende hacer algo al respecto. Nuestra gente saldrá beneficiada. Y trataré de hacer todo lo que pueda para ayudarlo.

Las palabras tenían una cierta verdad. Magda no pudo evitar admitirlo. Eran lógicas, plausibles. Y podría ser que lo que estaba haciendo papá fuera algo noble. En este momento podía huir y salvarse, y ella con él; en cambio, se estaba comprometiendo a permanecer en la fortaleza para tratar de salvar más de dos vidas. Arriesgaba su propia existencia para alcanzar una meta mucho mayor. Magda deseaba en verdad creer

en eso.

Pero no podía. El entumecido frío del contacto de Molasar la dejó con un permanente resquicio de desconfianza. Y había algo más: la mirada en los ojos de papá mientras le hablaba ahora. Una mirada salvaje, corrupta…

—Sólo quiero que estés seguro. — Fue todo lo que ella dijo.

—Y yo quiero que tú estés segura — repuso él.

Ella notó que sus ojos y su voz se suavizaban. Fue como antes, durante un momento.

—También quiero que permanezcas lejos de ese Glenn —continuó él—. No es bueno para ti.

Magda apartó la vista, bajándola hacia el suelo. Nunca aceptaría renunciar a Glenn.

—Es lo mejor que me ha ocurrido jamás.

—Ah, ¿sí?

Ella sintió que la dureza se colaba de nuevo en el tono de papá.

—Sí —afirmó bajando la voz hasta que fue un susurro—. Me ha hecho ver que nunca he conocido el verdadero significado de la vida hasta ahora.

—¡Qué conmovedor! ¡Qué melodramático! —exclamó papá con la voz goteando desprecio—. ¡Pero no es judío!

—¡No me importa! —repuso Magda

enfrentándosele. Había esperado eso. Y de algún modo sabía que a papá ya tampoco le importaba… era sólo otra objeción que lanzar contra ella—. Es un buen hombre. ¡Y cuando salgamos de aquí, si lo logramos, me quedaré con él si me acepta!

—¡Ya veremos eso! —declaró papá con un trazo de amenaza en la voz—. ¡Pero por ahora puedo ver que no tenemos más que discutir! —Se arrojó sobre su silla de ruedas.

—¿Papá?

—¡Empújame de vuelta a la fortaleza!

—¡Empújate solo! —gritó Magda, estallando en cólera. Se arrepintió

inmediatamente de sus palabras. Nunca le había hablado así a su padre en toda su vida. Y lo peor era que papá no llegó a darse cuenta. O si lo hizo, no le importó lo suficiente como para reaccionar.

—Fue tonto que yo me viniera sólo esta mañana —explicó como si ella no hubiese hablado—. Pero no podía esperar a que fueras por mí. Debo ser más cuidadoso. No quiero provocar sospechas sobre el verdadero estado de mi salud. No quiero que me pongan guardias extras. Así que ponte tras de mí y empuja.

Magda lo hizo desganada y resentida. Por una vez le dio gusto

dejarlo en la puerta y volver caminando sola.

Matei Stephanescu estaba furioso. La cólera ardía en su pecho como un carbón encendido. No sabía por qué. Se sentó tenso y rígido en la habitación del frente de su pequeña casa en el extremo sur de la aldea, con una taza de té y una hogaza de pan sobre la mesa. Pensaba en muchas cosas. Y su cólera crecía volviéndose constantemente más ardiente.

Pensó en Alexandru y sus hijos y en que no estaba bien que ellos trabajaran en la fortaleza y ganaran oro mientras él

tenía que arrear un rebaño de cabras de arriba abajo del paso, hasta que crecieran lo suficiente para ser vendidas o cambiadas para cubrir sus necesidades. Nunca antes envidió a Alexandru, pero esta mañana parecía que éste y sus hijos eran el centro de todos sus males.

Matei pensó en sus propios hijos. Los necesitaba aquí. Tenía cuarenta y siete años, el cabello ya gris y las articulaciones nudosas. Pero ¿dónde estaban sus hijos? Lo habían abandonado yéndose a Bucarest dos años antes, para buscar fortuna, dejando solos a su padre y a su madre. No se preocuparon lo suficiente por su padre,

para permanecer cerca de él y ayudarlo mientras envejecía. No había sabido de ninguno de los dos desde que se fueron. Si él trabajara en la fortaleza en lugar de Alexandru, Matei estaba seguro que sus hijos estarían ahora a su lado y quizá los de Alexandru se habrían ido a Bucarest.

Era un mundo podrido y estaba pudriéndose más. Ni siquiera su propia esposa se preocupaba lo necesario por él para salir de la cama esta mañana Ioan siempre estuvo ansiosa por ver que él se fuera después de un buen desayuno. Pero esta mañana fue diferente. No estaba enferma. Simplemente le había dicho: ¡Arréglatelas tú mismo! Y él se preparó su propio té que ahora

permanecía frío e intacto. Tomó el cuchillo que reposaba junto a la taza de té y cortó una gruesa rebanada de pan. Pero lo escupió después de la primera mordida.

¡Rancio!

Matei estrelló la mano sobre la mesa. No podía soportar esto mucho más. Con el cuchillo todavía en la mano marchó a la recámara y se detuvo sobre la forma postrada de su esposa, todavía envuelta en las mantas.

—El pan está rancio —le informó.

—Entonces hornea pan fresco tú mismo. —Llegó la ahogada respuesta.

—¡Eres una esposa miserable! —Escupió. El mango del cuchillo estaba

sudoroso en su mano. Su temperamento iba alcanzando el punto de estallar.

Ioan arrojó a un lado las mantas y se arrodilló en la cama, con las manos en las caderas, el negro cabello salvajemente desarreglado, la cara hinchada por el sueño e incendiada con una furia que reflejaba la de él.

—¡Y tú eres una mala imitación de un hombre!

Matei se detuvo y contempló a su esposa, sacudido. Durante un instante pareció que salía de sí mismo para ver la escena. No era propio de Ioan decir una cosa así. Ella lo amaba. Y él la amaba. Pero ahora mismo quería matarla.

¿Qué estaba pasando? Era como si algo en el aire que respiraban hubiera sacado lo peor de ellos.

Y luego, estuvo de regreso tras sus propios ojos, hirviendo con furia insensata y dirigiendo el cuchillo hacia su esposa. Sintió que el impacto sacudió su brazo cuando la hoja penetró en la carne de Ioan y oyó su grito de miedo y dolor. Después giró sobre sí y salió, sin volverse para ver dónde había golpeado el cuchillo o si Ioan todavía vivía o estaba muerta.

Mientras el capitán Woermann se cerraba el cuello de la camisola, antes

de bajar al comedor para almorzar, miró por la ventana y vio que el profesor y su hija se acercaban a la fortaleza por la calzada. Estudió a la pareja, sintiendo una torva satisfacción al saber que su decisión de hacer que la muchacha se quedara en la posada en lugar de permanecer en la fortaleza, y permitir que los dos se encontraran libremente y hablaran durante el día, había sido correcta. Hubo más armonía entre les hombres con ella fuera de la vista, y la muchacha no escapó a pesar del hecho de que la había dejado sin guardia. Su evaluación sobre ella fue correcta: leal y devota. Mientras miraba, vio que estaban enfrascados en una discusión

considerablemente animada.

Algo en la escena le pareció mal a Woermann. Los escudriñó hasta que notó que el viejo no traía guantes. No había visto descubiertas las manos del profesor, desde su llegada. Y Cuza parecía estar ayudando a impulsar la silla empujando las ruedas.

Woermann encogió los hombros. Quizá el profesor sólo estaba teniendo un buen día. Bajó las escaleras trotando, atándose el cinturón y la funda mientras bajaba. El patio era una ruina, una confusión de *jeeps*, camiones, generadores y bloques de granito arrancados de las paredes. Los hombres del destacamento de trabajo estaban

almorzando en el comedor. No parecían trabajar tan duro hoy como ayer, pero había que considerar que no hubo muertes la noche anterior, para espolonearlos.

Escuchó voces agitadas en la puerta y se volvió para mirar. Eran el profesor y la chica, discutiendo mientras el guardia de la puerta permanecía impasible junto a ellos. Woermann no necesitaba entender rumano para saber que había alguna diferencia entre ellos. La chica parecía estar a la defensiva, pero se conservaba firme. Eso era bueno para ella. El anciano le parecía a Woermann un gran tirano que utilizaba su enfermedad como un arma contra ella.

Pero se veía menos enfermo hoy. Su voz, usualmente frágil, soñaba fuerte y vibrante. El profesor debía tener en realidad un día muy bueno.

Woermann se volvió y empezó a andar hacia el área del comedor. Sin embargo, después de unas pocas zancadas firmes, su paso titubeó y disminuyó en tinto su mirada era atraída hacia la derecha, donde un arco abierto estaba recto, oscuro y callado, dando acceso a través de sus fauces de piedra hacia el sótano y más allá.

Esas botas… esas malditas botas lodosas…

Lo obsesionaban, se burlaban de él… había algo inadecuado acerca de

ellas. Tenía que revisarlas de nuevo. Sólo una vez.

Bajó los escalones rápidamente y se apresuró por el pasillo del sótano. Esto no debía prolongarse más. Sólo una rápida ojeada y regresaría arriba, a la luz. Arrebató una linterna situada en el piso junto a la pared, la encendió y encontró su camino hacia la fría y silenciosa noche del subsótano.

Al pie de los escalones había tres grandes ratas olisqueando el musgo y la tierra. Haciendo un gesto de repugnancia, alcanzó su Luger mientras las ratas lo contemplaban desafiantes. Para cuando el arma estuvo libre y tuvo un cartucho en la recámara, las ratas

habían huido escurridizamente.

Manteniendo la pistola levantada ante él, se apresuró hacia la fila de cadáveres ensabanados. No vio más ratas en el trayecto. La cuestión de las botas lodosas fue opacada en su mente. Todo lo que le importaba era la condición de los soldados muertos. Si esas ratas habían hurgado en ellos, nunca se perdonaría por retrasar el envío de los restos.

Nada parecía estar mal. Todas las sábanas se hallaban en su lugar. Las levantó una a una para inspeccionar las caras muertas, pero no había señales de que las ratas las hubiesen mordisqueado. Tocó la piel de uno de los rostros;

estaba fría… fría como el hielo y dura. Quizá no le apetecería a una rata.

Sin embargo, no podía arriesgarse ahora que había visto ratas aquí. Los cuerpos serían enviados a primera hora de la mañana. Ya esperó bastante. Al incorporarse y volverse para partir notó que la mano de uno de los cuerpos sobresalía de su sábana. Se inclinó para ponerla de nuevo bajo su cubierta, pero retiró su propia mano violentamente, al entrar en contacto con las puntas de los dedos.

Estaban desgarradas.

Maldiciendo a las ratas acercó la lámpara para ver cuánto daño habían hecho. Una sensación de hormigueo

corrió por su espina al inspeccionar la mano. Estaba sucia, las uñas rotas y cubiertas de lodo seco y la carne de cada dedo desgarrada casi hasta el hueso.

Sintió náuseas. Había visto antes unas manos así. Pertenecían a un soldado en la última guerra, que recibió una herida en la cabeza y fue erróneamente declarado muerto. Se le enterró vivo. Después de despertar en su ataúd arañó abriéndose camino por la caja de pino y casi unos dos metros de tierra. Pese a sus esfuerzos sobrehumanos, el pobre tipo jamás llegó a la superficie. Pero antes de que sus pulmones se rindieran, sus manos

alcanzaron el aire.

Y aquellas manos, ambas, se veían como éstas.

Con un escalofrío, retrocedió hacia los escalones. No quería ver la otra mano del soldado. No quería ver nada más de lo que había aquí abajo. Nunca.

Se volvió y corrió hacia la luz del sol.

Magda volvió directamente a su habitación, pensando en pasar allí algunas horas sola. Había tantas cosas en qué pensar, que necesitaba darse tiempo a sí misma. Pero no podía pensar. La habitación estaba demasiado

llena de Glenn y de recuerdos de la noche anterior. La desordenada cama en el rincón era una distracción constante.

Caminó vagando hasta la ventana, atraída como siempre por el espectáculo de la fortaleza. La enfermedad que alguna vez estuvo confinada a sus paredes, saturaba ahora el aire que respiraba, frustrando aún más sus intentos de pensar coherentemente. La fortaleza estaba posada allá, en su percha de piedra, como una viscosa criatura marina que extendiera sus tentáculos de maldad en todas direcciones.

Al volverse, el nido de las aves le llamó la atención. Los polluelos estaban

extrañamente silenciosos. Luego de su insistente piar del día anterior, incluso en la noche, era extraño que estuviesen tan callados ahora. A menos que hubiesen abandonado el nido. Pero eso no podía ser. Magda no sabía mucho de aves, pero sí que esas pequeñas cositas estaban muy lejos de estar listas para volar.

Preocupada, llevó el banco hacia la ventana y subió en él para ver el interior del nido. Los polluelos aún estaban ahí: figuras cubiertas de pelusa, quietas, flácidas, con los picos silenciosos y abiertos, y los ojos enormes, vidriosos y sin vista. Mirándolos, experimentó un sentimiento de pérdida inexplicable. De

un salto bajó del banco y se inclinó en el antepecho, perpleja. No se había ejercido violencia sobre los polluelos. Simplemente murieron. ¿Enfermedad? ¿O murieron de hambre? ¿Quizá fue la madre víctima de alguno de los gatos de la aldea? ¿O los abandonó?

Magda ya no quería estar sola.

Cruzó el pasillo y tocó a la puerta de Glenn. Al no escuchar respuesta la abrió y entró. Vacía. Fue a la ventana y miró hacia afuera para ver si Glenn se encontraba tomando el sol en la parte posterior de la casa, pero no estaba allí.

¿Dónde podría estar?

Bajó las escaleras. La vista de los platos sucios abandonados en la mesa de

la alcoba la intrigó. Magda siempre supo que Lidia era un ama de casa inmaculada. Los platos le recordaron que no había desayunado. Ahora era casi hora del almuerzo y se sentía hambrienta.

Salió por la puerta del frente y encontró a Iuliu de pie afuera, mirando hacia el otro extremo de la aldea.

—Buenos días —lo saludó—. ¿Habrá oportunidad de que el almuerzo se sirva temprano?

Iuliu giró su masa para mirarla. La expresión en su cara de barba crecida era aislada y hostil, como si no pudiese imaginar la posibilidad de otorgar dignidad a una pregunta así, con una

respuesta. Después de un poco se volvió de nuevo.

Magda siguió su mirada por el camino hasta un grupo de gente reunida afuera de una de las chozas de la aldea.

—¿Qué ocurrió? —inquirió ella.

—Nada que pudiese interesarle a un extraño —replicó Iuliu en tono áspero. Después cambió de parecer—. Pero quizá usted debería saberlo —continuó con un sesgo malicioso en la sonrisa—. Los hijos de Alexandru se pelearon. Uno murió y el otro está malherido.

—¡Qué terrible! —Se sorprendió Magda. Conocía a Alexandru y a sus hijos y los interrogó varias veces sobre la fortaleza. Todos parecían muy unidos.

Estaba tan conmocionada por la noticia de la muerte como por el placer que Iuliu parecía obtener de habérsela dado.

—No es terrible, *Domnisoara* Cuza. Alexandru y su familia se han sentido superiores al resto de nosotros durante mucho tiempo. ¡Se lo merecen! —Sus ojos se entrecerraron—. Y sirve como lección para los extraños que vienen creyéndose superiores a la gente que vive aquí.

Magda retrocedió ante la amenaza presente en la voz de Iuliu. Siempre había sido un sujeto muy plácido. ¿Qué le ocurría?

Se volvió y caminó alrededor de la posada. Ahora más que nunca necesitaba

estar con Glenn. Pero no se le veía por ninguna parte. Ni estaba en su lugar usual entre la maleza, desde donde vigilaba la fortaleza.

Glenn había partido.

Preocupada y desalentada, Magda volvió a la posada. Al subir el escalón hacia la puerta vio una figura encorvada cojeando hacia ella desde la aldea. Era una mujer y parecía estar herida.

—¡Ayúdenme!

Magda empezó a caminar había ella, pero Iuliu apareció en el umbral y la empujó hacia atrás.

—¡Usted quédese aquí! —le ordenó ásperamente a Magda y se volvió hacia la mujer herida—. ¡Vete, Ioan!

—¡Estoy herida! —sollozó—. ¡Matei me apuñaló!

Magda vio que el brazo izquierdo de la mujer colgaba fláccido en su costado, y sus ropas, que parecían una camisa de noche, estaban empapadas en sangre desde el hombro hasta la rodilla.

—No traigas tus problemas aquí. —Le gruñó Iuliu—. Ya tenemos los nuestros.

—¡Ayúdenme, por favor! —gimió la mujer, avanzando.

Iuliu se alejó de la puerta y recogió una piedra del tamaño de una manzana.

—¡*No*! —gritó Magda y trató de contener el brazo del posadero.

Iuliu la hizo a un lado con el codo y

lanzó la piedra, gruñendo por la fuerza con que la arrojó. Por fortuna para la mujer, su puntería era mala y el proyectil pasó zumbando inocuamente sobre su cabeza. Pero el mensaje quedó claro. Con un sollozo se volvió y empezó a alejarse, tambaleándose.

—¡Espere, yo la ayudaré! —gritó Magda empezando a correr tras ella.

Pero Iuliu la tomó rudamente por el brazo y la empujó a través de la puerta de la posada. Magda trastabilló y cayó al piso.

—¡Usted se ocupará de sus asuntos! —bramó él—. ¡No necesito a nadie trayendo problemas a mi casa! ¡Ahora suba a su habitación y quédese allí!

—Usted no puede… —empezó a decir Magda, pero vio a Iuliu avanzar un paso, mostrando los dientes y con un brazo levantado. Atemorizada, se puso en pie de un salto y se retiró hacia las escaleras.

¿Qué le había ocurrido a Iuliu? ¡Era una persona diferente! Toda la aldea parecía haber caído bajo un encantamiento maligno: apuñalamientos, asesinatos, y nadie parecía estar dispuesto a ofrecer la menor ayuda a un vecino necesitado. ¿Qué estaba ocurriendo aquí?

Una vez arriba, Magda fue directamente a la habitación de Glenn. Era difícil que él hubiese vuelto sin que

ella lo viera, pero tenía que asegurarse.

Seguía vacía.

¿Dónde estaba *él*?

Vagó por la pequeña habitación. Revisó el armario y encontró todo como estuviera ayer… la ropa, la caja con la hoja de espada sin empuñadura en ella, el espejo… El espejo la molestaba. Miró hacia el espacio vacío sobre la mesa. El clavo todavía estaba allí, en la pared. Buscó atrás del espejo y encontró el alambre aún intacto. Eso significaba que no cayó de la pared; alguien lo había bajado. ¿Glenn? ¿Por qué haría algo así?

Inquieta, cerró la puerta del armario y abandonó la habitación. Decidió que

las crueles palabras de papá esa mañana, y la inexplicable desaparición de Glenn, se estaban combinando para hacerla sospechar de todo. Tenía que controlarse. Tenía que creer que papá estarla bien, que Glenn regresaría pronto a ella y que la gente de la aldea volvería a recuperar su antigua personalidad gentil. Éste era su deseo, su esperanza.

Glenn… ¿a dónde podría haber ido? ¿Y por qué? Ayer fue un día de total unidad para ambos y hoy no podía siquiera encontrarlo. ¿Acaso la había usado? ¿Obtuvo placer de ella para ahora abandonarla? No, no podía creer eso.

Al parecer, lo que papá le dijo esa

mañana lo perturbó seriamente. La ausencia de Glenn podía estar relacionada con eso. Sin embargo, sentía que la había abandonado.

Mientras el sol se hundía acercándose a las cimas de las montañas, Magda se puso casi frenética. Revisó el cuarto de Glenn una vez más; no había cambiado. Desconsoladamente regresó de nuevo a su propia habitación y a la ventana que daba a la fortaleza. Evitando el nido silencioso, sus ojos recorrieron la maleza por la orilla de la cañada buscando algo, cualquier cosa que la pudiera guiar hacia Glenn.

Y entonces percibió un movimiento en la maleza, a la derecha de la calzada.

Sin esperar a verlo de nuevo para asegurarse, corrió hacia las escaleras. ¡Tenía que ser Glenn! ¡Tenía que ser!

Iuliu no estaba a la vista y ella abandonó la posada sin problemas. Al acercarse a la maleza pudo ver su rojo cabello entre las hojas. Su corazón dio un vuelco. La alegría y el alivio la llenaron, junto con un poco de resentimiento por el tormento que sufrió durante el día.

Lo encontró sentado sobre una roca, mirando a la fortaleza, escondido entre las ramas. Quiso arrojar los brazos alrededor de él y reír porque estaba a salvo, y quería gritarle por desaparecer sin decir nada.

—¿Dónde has estado todo el día? —inquirió Magda mientras se le aproximaba por detrás, tratando insistentemente de mantener la voz tranquila.

—Caminando —repuso, él sin volverse—. Tenía que pensar, así que di un paseo por el paso. Un largo paseo.

—Te extrañé.

—Y yo a ti. —Se volvió y extendió una mano—. Hay lugar para los dos aquí arriba. —Su sonrisa no era tan amplia ni tan tranquilizadora como podía ser. Parecía estar extrañamente abatido, preocupado.

Magda se inclinó bajo su brazo y se acurrucó contra él. Bien… se sentía bien

estar bajo el caparazón de ese brazo.

—¿Qué te preocupa? —indagó Magda.

—Varias cosas. Estas hojas, por ejemplo —explicó tomando un puñado de las ramas más cercanas a él y las deshizo en su puño—. Se están secando. Muriendo. Y apenas es abril. Y los aldeanos…

—Es la fortaleza, ¿verdad?

—Parece serlo. Entre más tiempo permanecen ahí los alemanes, más desmantelan el interior de la estructura y la maldad del interior se extiende más. O al menos así parece.

—Al menos así parece. —Le hizo eco Magda.

—Y está tu padre…

—Él también me preocupa. No quiero que Molasar se vuelva contra él y lo deje… —no podía decirlo: su mente se negaba a imaginarlo—… como a los otros.

—A un hombre le pueden pasar muchas peores cosas que llegar a perder toda su sangre.

—Ya dijiste eso una vez, la primera mañana que conociste a papá —recordó Magda sacudida por la solemnidad del tono de Glenn—. Pero ¿qué podría ser peor?

—Podría perderse.

—¿Él?

—No, perder su ser. Su propio ser.

Lo que es, lo que toda su vida ha luchado por ser. Eso puede perderse.

—Glenn, no comprendo. —Y en realidad no comprendía. O quizá no quería hacerlo. Había una mirada lejana en los ojos de Glenn, que la perturbaba.

—Supongamos algo —propuso él—. Supongamos que el vampiro, o *moroi*, o no-muerto, como se le menciona en las leyendas, confinado a su tumba durante el día y levantándose en la noche para alimentarse de la sangre de los vivos, no es más que la leyenda que siempre creíste que era. Supongamos, en vez de eso, que el mito del vampiro es el resultado de los esfuerzos de los antiguos relatores para conceptualizar

algo que estaba más allá de su comprensión; que la base real de la leyenda es un ser que ambiciona algo no tan simple como la sangre, sino que se alimenta de la debilidad humana, que prospera en la locura y el dolor, que obtiene poder constante de la miseria, el miedo y la degradación humana.

—Glenn, no hables así —pidió ella. Su voz y su tono la incomodaban—. Es horrible. ¿Cómo podría algo alimentarse del dolor y la miseria? No estarás diciendo que Molasar…

—Sólo estoy suponiendo.

—Bien, pues estás equivocado. —Rebatió ella con total convicción—. Sé que Molasar es malvado y quizá está

loco. Eso se debe a lo que es. Pero no es malvado del modo en que tú lo describes. ¡No puede serlo! Antes de que llegáramos salvó a los aldeanos que el mayor había apresado. Y recuerda lo que hizo por mí cuando esos dos soldados me atacaron. —Magda cerró los ojos ante el recuerdo—. Me salvó. ¿Y qué podría ser más degradante que la violación a manos de dos nazis? Algo que se alimenta de la degradación se podría haber dado un pequeño banquete a costa mía. Pero Molasar los detuvo y los mató.

—Sí. De un modo bastante brutal, según me dijiste.

—¿Y qué? —Inquieta, Magda

recordó los regurgitantes sonidos de la muerte de los soldados, el crujido de sus cuellos al ser sacudidos por Molasar.

—O sea que no quedó completamente insatisfecho.

—Pero pudo haberme matado a mí también si eso le hubiese proporcionado placer. Y no lo hizo. Me devolvió a mi padre.

—¡Exacto! —exclamó Glenn taladrándola con la mirada.

Magda vaciló, intrigada por la respuesta de Glenn, y luego continuó apresuradamente:

—Y en cuanto a mi padre, pasó los últimos años en una agonía casi continua. Completamente miserable. Y

ahora está curado de su escleroderma. ¡Es como si nunca la hubiera tenido! Si la miseria humana alimenta a Molasar, ¿por qué no dejó que mi padre continuara enfermo, sufriendo dolor para alimentarse de eso? ¿Por qué cortar una fuente de «alimentación» curando a mi padre?

—En efecto, ¿por qué?

—¡Oh, Glenn! —exclamó aferrándose a él—. ¡No me asustes más de lo que ya estoy! No quiero discutir contigo, ya he tenido un momento bastante desagradable con mi padre. ¡No soportaría tener problemas también contigo!

—Muy bien —aceptó él abrazándola

más fuerte—. Pero piensa en esto: Tu padre ahora está más saludable del cuerpo de lo que ha estado durante muchos años. Pero ¿qué hay con el hombre en su interior? ¿Es el mismo con quien llegaste aquí hace cuatro días?

Ésa era una pregunta que había importunado a Magda todo el día y para la que no tenía respuesta.

—Sí… No… ¡No lo sé! Creo que sólo está tan confundido como yo lo estoy ahora mismo. Pero estoy segura de que estará bien. Es sólo que ha recibido una sacudida, eso es todo. Ser curado repentinamente de una enfermedad que lo lisiaba poco a poco y que supuestamente era incurable, puede

hacer que cualquiera se comporte en forma extraña durante un tiempo. Pero se sobrepondrá. Espera y lo verás.

Glenn no dijo nada y Magda se alegró de ello. Significaba que él también quería paz entre ellos. Observó que la niebla se formaba en el suelo del paso y comenzaba a levantarse mientras el sol se ponía tras los picos. Llegaba la noche.

La noche. Papá había dicho que Molasar se libraría de los alemanes esta noche. Eso debía darle esperanza, pero de algún modo le parecía terrible y ominoso. Aun la sensación del brazo de Glenn rodeándola no pudo apaciguar su miedo completamente.

—Regresemos a la posada —pidió ella al fin.

—No. Quiero ver lo que pase allá —negó Glenn sacudiendo la cabeza.

—Podría ser una noche muy larga.

—Puede ser la noche más larga de la historia —convino él sin mirarla—. Interminable.

Magda levantó la vista y captó una expresión de culpa terrible que pasaba por la cara de Glenn. ¿Qué lo estaba desgarrando adentro? ¿Por qué no lo compartía con ella?

26

—¿Estás listo?

Las palabras no sorprendieron a Cuza. Después de ver que los últimos rayos del sol se desvanecían en el cielo, estuvo anticipando la llegada de Molasar. Con el sonido de la voz hueca, se levantó de la silla de ruedas, orgulloso y agradecido de ser capaz de hacerlo. Había esperado durante todo el día a que el sol se pusiera, maldiciéndolo cada cierto tiempo por ser tan lento en su curso a través del

cielo.

Y ahora, finalmente el momento estaba aquí. Esta noche sería su noche y la de nadie más. Había esperado por esto. Era suyo. Nadie se lo podía arrebatar.

—¡Listo! —afirmó, volviéndose para encontrar a Molasar muy cerca de él, apenas visible en el resplandor de una única vela colocada sobre la mesa. Cuza había desatornillado la bombilla eléctrica sobre su cabeza. Se encontraba más cómodo en el pálido revoloteo de la vela. Más cómodo. Más en casa. Más unido a Molasar—. Gracias a ti, soy capaz de ayudar.

—Requirió de muy poco curar las

heridas causadas por tu enfermedad —declaró Molasar con expresión neutral —. Si hubiera estado más fuerte, te habría curado en un instante; sin embargo, en mi condición, relativamente debilitada, me tomó toda la noche.

—Ningún médico lo habría logrado en toda una vida, ¡en dos vidas!

—¡Nada! —refutó Molasar con un gesto rápido y despreciativo de la mano derecha—. Tengo grandes poderes para causar la muerte, pero también para curar. Siempre hay un equilibrio. Siempre.

Él pensó que el humor de Molasar era poco filosófico. Pero no tenía tiempo para la filosofía esta noche.

—¿Qué hacemos ahora?

—Esperaremos —afirmó Molasar —. No está todo listo todavía.

—Y después, ¿qué? —Cuza apenas podía contener su impaciencia—. Entonces, ¿qué?

Molasar se paseó hasta la ventana y miró hacia las oscurecidas montañas. Después de una larga pausa, habló en tono bajo:

—Esta noche voy a confiarte el origen de mi poder. Debes llevártelo, sacarlo de la fortaleza y encontrar un escondite seguro en algún lugar en esos riscos. *No* debes permitir que nadie te detenga. No debes permitir que nadie te lo quite.

—¿El origen de tu poder? —preguntó Cuza, desconcertado. Se devanó la memoria—. Nunca escuché que los no-muertos tuvieran algo así.

—Eso es porque nunca quisimos que se supiera —aclaró Molasar, volviéndose y confrontándolo—. Mis poderes fluyen de él, pero también es el punto más vulnerable de mis defensas. Me permite existir como lo hago, si bien en las manos inapropiadas puede ser usado para terminar con mi existencia. Por eso siempre lo conservo cerca de mí, donde pueda protegerlo.

—¿Qué *es*? Dónde…

—Es un talismán que está escondido ahora en las profundidades del

subsótano. Si voy a abandonar la fortaleza, no puedo dejarlo atrás sin protección. Ni puedo arriesgarme a llevarlo a Alemania. Así que debo dárselo a alguien en quien confíe para que lo salvaguarde. —Se acercó más.

Cuza sintió que un escalofrío le recorría la piel cuando la negrura sin fondo de las pupilas de Molasar se centró en él, pero se forzó a mantenerse firme.

—Puedes confiar en mí. Lo esconderé tan bien que hasta una cabra montañesa se verá en problemas para encontrarlo. ¡Lo juro!

—¿Lo harás? —Acicateó Molasar acercándose más. La luz de la vela

tembló en su rostro de cera—. Será la tarea más importante que nunca hayas llevado a cabo.

—Puedo hacerlo… ahora —aseguró Cuza, cerrando los puños y sintiendo fuerza más que dolor en el movimiento —. Nadie me lo quitará.

—Es difícil que alguien lo intente. Y si lo hace, es dudoso que nadie que viva ahora sepa cómo usarlo contra mí. Pero, por otro lado, está hecho de oro y plata. Si alguien lo encuentra y trata de fundirlo…

Un aguijón de incertidumbre se clavó en Cuza.

—Nada puede permanecer oculto para siempre.

—No es necesario que sea para siempre. —Rebatió Molasar—. Sólo hasta que haya terminado con lord Hitler y sus cómplices. Debe permanecer a salvo hasta que yo regrese. Después de eso, volveré a hacerme cargo de su protección.

—¡*Estará* a salvo! —corroboró Cuza. La autoconfianza fluyó de nuevo en él Podía esconder cualquier cosa en estas montañas durante unos cuantos días—. Te estará esperando cuando regreses. No más Hitler… ¡qué día tan glorioso será ése! Libertad para Rumania, para los judíos. Y para mí, ¡la reivindicación!

—¿Reivindicación?

—Mi hija… no cree que deba confiar en ti.

—No fue sabio discutir esto con nadie, ni siquiera con tu propia hija —advirtió Molasar entrecerrando los ojos.

—Está tan ansiosa como yo por ver que Hitler desaparezca. Es simplemente que encuentra difícil creer que seas sincero. Ha sido influida por un hombre que me temo se ha convertido en su amante.

—¿Qué hombre?

Cuza creyó haber visto que Molasar vacilaba y que el pálido rostro se había vuelto un poco más blanco.

—No sé mucho sobre él —explicó —. Se llama Glenn y parece tener cierto

interés en la fortaleza. Pero en cuanto a…

Cuza, se sintió súbitamente sacudido de arriba abajo. En una confusión de movimiento, las manos de Molasar habían saltado hacia arriba, tomando la tela del abrigo del profesor y levantándolo fácilmente del piso.

—¿*Cómo* es él? —Gruñó Molasar a través de los apretados dientes.

—¡Él… es alto! —balbuceó Cuza, aterrado por la tremenda fuerza de las frías manos que estaban sólo a centímetros de su garganta y por los largos dientes amarillos tan cerca—. Casi tan alto como tú y…

—¡Su cabello! ¿Qué hay de su

cabello?

—¡Es rojo!

Molasar lo arrojó por el aire, haciéndolo dar tumbos por la habitación, rodando y deslizándose impotente, lastimándose contra el suelo. Y al hacerlo, un sonido gutural escapó de la garganta de Molasar, distorsionado por la cólera, pero que Cuza pudo reconocer como:

—¡Glaeken!

Cuza chocó contra la pared contraria y yació aturdido durante unos momentos. Mientras su visión se aclaraba lentamente, percibió algo que jamás esperó ver en la cara de Molasar: temor.

¿*Glaeken*?, pensó Cuza encorvado,

con miedo de hablar. ¿No era ése el nombre de la secta secreta que Molasar mencionara dos noches antes? ¿Los fanáticos que lo perseguían? ¿Para esconderse de los cuales construyó la fortaleza? Vio cómo Molasar se dirigía a la ventana y miró hacia la aldea con expresión indescifrable. Finalmente se volvió hacia Cuza. Su boca estaba contraída en una línea delgada y apretada.

—¿Cuánto tiempo ha estado aquí?

—Tres días… desde la noche del miércoles. —Cuza se sintió empujado a agregar—: ¿Por qué? ¿Qué pasa?

Molasar no respondió de inmediato. Caminó de un lado a otro en la creciente

oscuridad más allá de la luz de las velas; tres pasos en una dirección, tres pasos en la otra, inmerso en sus pensamientos. Y entonces se detuvo.

—La secta de los *glaeken* debe existir aún —explicó con voz apagada —. ¡Debí saberlo! ¡Siempre fueron muy tenaces, su fervor por alcanzar la dominación del mundo era demasiado fanática como para que ellos desaparecieran! Estos nazis de que hablas… este Hitler… todo adquiere sentido ahora. ¡Por supuesto!

—¿Qué cosa adquiere sentido? — preguntó Cuza sintiendo que ya podía levantarse sin peligro.

—Los *glaeken* siempre prefirieron

trabajar entre bastidores, usando los movimientos populares para ocultar su identidad y sus verdaderos objetivos. —Molasar se quedó ahí como una imponente sombra y levantó los puños —. Lo puedo ver ahora. Lord Hitler y sus seguidores son sólo otra fachada para los glaeken. ¡He sido un tonto! Debí reconocer sus métodos cuando por primera vez me hablaste de los campos de muerte. Y luego, esa cruz torcida que los nazis han estado pintando en todas partes… ¡cuán obvio! Los glaeken fueron una vez un brazo de la Iglesia.

—Pero Glenn…

—¡Es uno de ellos! No uno de sus títeres como los nazis, sino uno del

círculo interior. Un verdadero miembro de los *glaeken*… ¡uno de sus asesinos!

—Pero ¿cómo puedes estar seguro? —Cuza sintió que su garganta se apretaba.

—Los *glaeken* crían a sus asesinos de acuerdo con un molde preciso: siempre ojos azules, siempre piel levemente olivácea, siempre cabello rojo. Están entrenados en todos los métodos de matar, incluyendo las maneras de asesinar a los no-muertos. ¡Éste que se llama a sí mismo Glenn pretende asegurarse que yo nunca abandone mi fortaleza!

Cuza se inclinó contra la pared, sacudido por la idea de Magda en los

brazos de un hombre que era parte del verdadero poder detrás de Hitler. ¡Era demasiado fantástico para creerlo! Y, sin embargo, todo parecía encajar. Ése era el verdadero horror de ello… que todo encajaba. Con razón Glenn se trastornó tanto al oírlo decir que ayudaría a Molasar para librar al mundo de Hitler. También explicaba los incesantes esfuerzos de Glenn por arrojar una sombra de duda sobre todo lo que Molasar le decía. Y explicaba, asimismo, por qué Cuza había llegado a odiar instintivamente al pelirrojo. El monstruo no era Molasar… ¡era Glenn! ¡Y en este mismo momento, sin duda Magda estaba con él! ¡Había que hacer

algo!

Se controló y miró a Molasar. Cuza no podía permitirse ser presa del pánico ahora. Necesitaba respuestas antes de decidir qué hacer.

—¿Cómo puede detenerte? —le demandó a Molasar.

—Conoce métodos… métodos perfeccionados por su secta a lo largo de siglos de lucha contra los míos. Sólo él podría utilizar mi talismán contra mí. ¡Si llega a apoderarse de él me destruirá!

—Destruirte… —Cuza estaba abismado. Glenn podía arruinarlo todo. El que Glenn destruyera a Molasar significaría más campos de exterminio,

más conquistas por los ejércitos de Hitler… la erradicación de los judíos como pueblo.

—Debe ser eliminado —sentenció Molasar—. No puedo arriesgarme a dejar la fuente de mi poder cuando me vaya, mientras él esté por aquí.

—¡Entonces, hazlo! —pidió Cuza—. ¡Mátalo como has matado a los otros!

Molasar agitó la cabeza.

—Todavía no estoy lo suficientemente fuerte para enfrentar a alguien así, al menos no fuera de estas paredes. Soy más fuerte aquí. Si hubiese algún modo de traerlo podría encargarme de él. Me encargaría entonces de que no volviese a interferir

conmigo, ¡nunca!

—¡Lo tengo! —La solución estuvo clara de pronto en la mente de Cuza, cristalizándose mientras hablaba. Era tan simple…— Haremos que lo traigan aquí.

—¿Quién? —inquirió Molasar con expresión dudosa pero interesada.

—¡El mayor Kaempffer estará más que feliz de hacerlo! —Cuza se oyó reír y el sonido lo sorprendió. Pero ¿por qué no reír? No podía reprimir su regocijo ante la idea de utilizar a un mayor de la SS para ayudar a librar al mundo del nazismo.

—¿Por qué querría hacer eso?

—¡Déjamelo a mí!

Cuza se sentó en la silla de ruedas y comenzó a avanzar hacia la puerta. Su mente estaba trabajando furiosamente. Tendría que encontrar la forma correcta para inclinar al mayor a su forma de pensar y dejar que Kaempffer tomara por sí mismo la decisión de traer a Glenn a la fortaleza. Se impulsó fuera de la torre y hacia el patio.

—¡Guardia! ¡Guardia! —gritó. El sargento Oster llegó enseguida, con otros dos soldados tras él—. ¡Traiga al mayor! —pidió jadeando con un agotamiento fingido—. ¡Debo hablar con él inmediatamente!

—Transmitiré el mensaje, pero no espere que venga corriendo —informó.

Los dos soldados rieron ante esto.

—Dígale que he descubierto algo importante sobre la fortaleza, algo sobre lo que se debe actuar esta noche. ¡Mañana puede ser demasiado tarde!

El sargento miró a uno de los soldados y movió la cabeza hacia la parte posterior de la fortaleza.

—¡Muévete! —le ordenó. Al otro soldado le hizo un gesto hacia la silla—. Hagamos que el mayor Kaempffer no tenga que caminar demasiado lejos para saber lo que el profesor tiene que decir.

Cuza fue empujado a través del patio tan lejos como el cascajo lo permitió y fue dejado allí, esperando. Permaneció silencioso, cavilando en lo que diría.

Kaempffer apareció en la abertura de la pared posterior, con la cabeza descubierta. Obviamente, estaba molesto.

—¿Qué tienes que decirme, judío? —apremió a gritos.

—Es de la máxima importancia, mayor —replicó Cuza, debilitando su voz de modo que Kaempffer tuvo que esforzarse para escuchar—. Y no es para gritarlo.

Mientras el mayor Kaempffer se abría paso entre el laberinto de piedras caídas, sus labios se movían, sin duda formando maldiciones silenciosas.

Cuza no había imaginado cuánto disfrutaría esta pequeña charada.

Finalmente, Kaempffer llegó junto a la silla de ruedas y alejó a los demás.

—Será mejor que esto sea bueno, judío. Si me trajiste aquí para nada…

—Creo que he descubierto una nueva fuente de información sobre la fortaleza —le confió Cuza en un tono de complicidad—. Hay un extraño en la posada. Lo conocí hoy. Parece muy interesado en lo que está ocurriendo aquí, *demasiado* interesado. Me interrogó muy cuidadosamente sobre ello esta mañana.

—¿Por qué debería eso interesarme?

—Bien, hizo algunas afirmaciones que me parecieron extrañas. Tan extrañas que cuando volví miré en los

libros prohibidos y hallé referencias que apoyan esas afirmaciones.

—¿Qué afirmaciones?

—Son poco importantes por sí mismas. Lo que sí es esencial es que indican que él sabe sobre la fortaleza más de lo que admite. Creo que podría estar relacionado de algún modo con la gente que está pagando por su mantenimiento.

Cuza hizo una pausa para dejar que sus palabras se establecieran en la mente de Kaempffer. No quería sobrecargar al mayor con información.

—Si yo fuera usted, mayor —continuó después de un tiempo—, le pediría al caballero que pasara por aquí

mañana para sostener una charla. Quizá sea tan amable de decirnos algo.

—¡Tú no eres yo, judío! —espetó Kaempffer con desprecio—. Yo no pierdo mi tiempo pidiendo a los imbéciles que me visiten… ¡y no espero hasta la mañana! —Se volvió e hizo una, seña al sargento Oster—. ¡Traiga a cuatro de mis comandos aquí, a paso veloz! —Luego, se dirigió de nuevo a Cuza—: Tú vendrás con nosotros para asegurarnos de que arrestemos al hombre indicado.

Cuza ocultó su sonrisa. Era todo tan simple… tan endemoniadamente simple…

—Otra objeción que pone mi padre es que no eres judío —explicó Magda. Ambos se encontraban sentados entre las hojas agonizantes, mirando hacia la fortaleza. El crepúsculo se hacía más profundo cada vez y todas las luces de la fortaleza, estaban encendidas.

—Tiene razón.

—¿Cuál es tu religión?

—No tengo.

—Pero debes haber nacido con alguna.

—Quizá. —Se encogió de hombros —. Si así fue, hace mucho que lo olvidé.

—¿Cómo puedes olvidar algo así?

—Es fácil.

Ella empezaba a sentirse molesta por la insistencia de Glenn en frustrar su curiosidad.

—¿Crees en Dios, Glenn?

—Creo en ti —afirmó volviéndose y mostrando esa sonrisa que infaliblemente la conmovía—. ¿No es eso suficiente?

—Sí —repuso Magda apoyándose en él—. Supongo que sí.

¿Qué debía hacer con este hombre tan distinto a ella, pero que agitaba de tal modo sus sensaciones? Parecía bien educado, incluso erudito, y, sin embargo, ella no lo podía imaginar abriendo un libro. Destilaba fuerza y, a pesar de ello, con ella podía ser muy dulce.

Glenn era una confusa masa de contradicciones. No obstante, Magda sentía haber hallado en él al hombre con quién deseaba compartir su vida. Y la vida que se imaginaba con Glenn no se parecía en nada a la que había soñado en el pasado. Nada de tranquilos días de brisa con una callada beca en ese futuro, sino más bien interminables noches de miembros enredados y ardiente pasión. Si ella había de mantener una vida después de resolver el enigma de la fortaleza, deseaba que fuera con Glenn.

No comprendía cómo este hombre podía afectarla así. Lo único que sabía era cómo se sentía… y deseaba desesperadamente estar con él. Siempre.

Aferrarse a él durante la noche y tener sus hijos y verlo sonreírle como lo había hecho un momento antes.

Pero no estaba sonriendo ahora. Miraba hacia la fortaleza. Algo lo atormentaba terriblemente consumiéndolo desde su interior. Magda deseaba compartir ese dolor, aliviarlo si podía. Pero no había nada que hacer hasta que él se abriese a ella. Quizá ahora era el momento de intentarlo…

—Glenn —inquirió suavemente—, ¿por qué estás aquí en *realidad*?

—Algo está ocurriendo. —Glenn señaló hacia la fortaleza en vez de responderle.

Magda miró. En la luz que salía de

las puertas principales mientras se abrían, aparecieron seis figuras en la calzada, una de ellas en una silla de ruedas.

—¿A dónde pueden dirigirse con papá? —preguntó mientras la tensión le apretaba la garganta.

—A la posada, es lo más probable. Es el único lugar al que se puede llegar a pie desde allá.

—Vienen por mí —exclamó Magda. No se le ocurría otra explicación.

—No, lo dudo. No traerían a tu padre si su intención fuera arrastrarte de vuelta hacia la fortaleza. Tienen otras intenciones.

Mordiéndose el labio inferior

inquietamente, Magda vio al grupo de pardas figuras avanzar por la calzada, sobre el creciente río de niebla, iluminando su camino con linternas de mano. Estaban a unos seis metros cuando Magda se volvió a Glenn.

—Quedémonos aquí hasta saber qué están buscando —susurró ella.

—Si no te encuentran pueden creer que huiste… y quizá ventilen su furia con tu padre. Si deciden buscarte, te hallarán; estamos atrapados entre este sitio y el borde de la cañada. No hay a dónde ir. Es mejor que salgas y te encuentres con ellos.

—¿Y tú?

—Estaré aquí si me necesitas. Pero

por el momento creo que entre menos me vean será mejor.

Reticentemente, Magda se puso en pie y caminó por la maleza. El grupo ya había pasado para cuando llegó al camino. Los miró sin hablar. Algo estaba mal allí. No podía definir qué era, pero no podía negar el presentimiento de peligro que la atacó mientras estaba a un lado del sendero. El mayor de la SS estaba allí, y sus comandos también; sin embargo, papá parecía estar yendo con ellos por su propia voluntad hasta parecía que conversaba con ellos. Debería estar bien.

—¿Papá?

Los soldados, incluso aquel asignado a empujar la silla de ruedas, giraron como uno solo, con las armas levantadas y listas. Papá les habló en un alemán fluido y rápido:

—¡Deténganse… por favor! ¡Ésa es mi hija! Déjenme hablar con ella.

Magda se apresuró a llegar a su lado, pasando junto al amenazante quinteto de sombras uniformadas de negro. Cuando habló, lo hizo usando el dialecto gitano.

—¿Por qué te trajeron aquí?

—Te explicaré luego —respondió papá en la misma lengua—. ¿Dónde está Glenn?

—En la maleza tras de mí —replicó

ella sin dudar. Después de todo, era papá quién preguntaba—. ¿Por qué quieres saberlo?

De inmediato, papá se volvió hacia el mayor y habló en alemán:

—¡Allá! —Estaba señalando el preciso lugar que Magda había indicado. Los cuatro comandos se abrieron rápidamente formando un semicírculo y empezaron a caminar por la maleza.

—Papá, ¿qué estás haciendo? —preguntó Magda asombrada y sacudida. Instintivamente se dirigió a la maleza, pero él la retuvo por la muñeca.

—Está bien —la tranquilizó volviendo al dialecto gitano—. ¡Hace sólo unos momentos supe que Glenn es

uno de ellos!

Magda oyó su propia voz respondiendo en rumano. Estaba demasiado abismada por la traición de su padre como para responder en cualquier idioma que no fuera su lengua nativa.

—¡No! Eso es…

—Él pertenece a un grupo que dirige a los nazis, ¡están usándolos para sus fines malévolos! ¡Él es *peor* que un nazi!

—¡Eso es mentira! —exclamó. ¡*Papá se había vuelto loco*!

—¡No, no lo es! Y siento ser yo quien te lo diga. ¡Pero es mejor que lo sepas por mí ahora y no después, cuando sea demasiado tarde!

—¡Lo matarán! —gritó mientras el pánico la envolvía. Frenéticamente trató de alejarse. Pero papá la sostuvo firmemente con su fuerza reencontrada, todo el tiempo murmurando, llenando sus oídos con ideas horribles.

—¡No! Nunca lo matarán. Sólo se lo llevarán para interrogarlo y será entonces cuando se vea obligado a revelar su relación con Hitler para salvar el pellejo. —Los ojos de papá brillaban febrilmente y su voz era intensa mientras hablaba—. ¡Y es entonces cuando me lo agradecerás, Magda! ¡Es entonces cuando sabrás que hice esto por *ti*!

—¡Lo hiciste por ti! —recriminó

ella, todavía tratando de liberarse de su garra—. Lo odias porque…

Hubo gritos en la maleza, un forcejeo sin consecuencias y luego Glenn fue guiado al exterior encañonado por dos de los comandos. Pronto se vio rodeado por los cuatro, cada uno de ellos con un arma automática apuntada al abdomen de Glenn.

—¡Déjenlo en paz! —vociferó Magda tratando de lanzarse contra el grupo. Pero la garra de papá sobre su muñeca no disminuía.

—Mantente atrás, Magda —pidió Glenn. Su expresión era triste en la luz del crepúsculo, en tanto sus ojos se clavaban en los de papá—. No lograrás

nada si haces que te peguen un tiro.

—¡Qué galante! —se burló Kaempffer a espaldas de Magda.

—¡Y todo es sólo actuación! —murmuró papá.

—Llévenlo del otro lado y averiguaremos lo que sabe.

Los comandos llevaron a Glenn hacia la calzada empujándolo con los cañones de sus armas. Ahora era sólo una figura difusa, recortada por el brillo de la abierta entrada de la fortaleza. Caminó firmemente hasta llegar a la calzada y luego pareció que tropezaba en el borde y caía hacia adelante. Magda jadeó y vio que no había caído; estaba tratando de llegar a la orilla de la

calzada. ¿Qué podría estar…? De pronto se dio cuenta de lo que intentaba. Iba a columpiarse en la orilla para tratar de esconderse bajo la calzada. Incluso quizá intentaría escalar por el rocoso muro de la cañada, protegido por la saliente.

Magda empezó a correr hacia el frente. ¡*Dios, déjalo escapar*! Si sólo pudiera llegar abajo de la calzada estaría perdido en la niebla y la oscuridad. Para cuando los alemanes pudiesen traer cuerdas para ir tras él, Glenn podría ser capaz de llegar al fondo de la cañada y huir, si es que no resbalaba y caía hacia una muerte segura.

Magda estaba a unos cuatro metros de la escena cuando la primera Schmeisser escupió un rocío de balas hacia Glenn. Luego, las otras le hicieron coro, iluminando la noche con los destellos de sus cañones, ensordeciéndola con su prolongado rugido mientras se detenía bruscamente, mirando con la quijada colgando por el horror, en tanto las planchas de madera de la calzada estallaban en incontables astillas que volaban. Glenn estaba inclinándose sobre la orilla de la calzada cuando las primeras balas lo alcanzaron. Ella vio cómo su cuerpo se retorcía y sacudía cuando los chorros de plomo abrían perforaciones rojas en

líneas a lo largo de sus piernas y espalda, lo vio cómo se contraía y giraba bajo el impacto de las balas, vio más líneas entrecruzándose en su pecho y abdomen. Su cuerpo se aflojó y pareció doblarse sobre sí mismo al caer por el borde.

Desapareció.

Los siguientes momentos fueron una pesadilla. Magda permaneció paralizada y temporalmente cegada por las postimágenes de los destellos. Glenn no podía estar muerto… ¡*no podía* estarlo! ¡Estaba demasiado vivo para estar muerto! Todo era un mal sueño y pronto ella despertaría en sus brazos. Pero, por ahora, debía cumplir su papel en el

sueño: forzarse a avanzar, gritando silenciosamente por el aire que se tornó espeso como jalea clara.

¡Oh, no! ¡Oh-no-oh-no-oh-no!

Sólo podía pensar las palabras; pronunciarlas era totalmente imposible.

Los soldados estaban en el borde de la cañada, dirigiendo sus linternas de mano hacia la niebla, cuando ella llegó hasta ellos. Los empujó para acercarse al borde, pero no vio nada abajo. Luchó contra el impulso de saltar tras Glenn, volviéndose en cambio contra los soldados y agitando los puños contra el más cercano, golpeándolo en el pecho y en la cara. La reacción de éste fue automática, casi indiferente. Tensando

ligerísimamente los labios como única advertencia, balanceó el corto cañón de su Schmeisser y lo estrelló contra el costado de la cabeza de Magda.

El mundo giró mientras ella caía. Perdió el aliento al golpear el suelo. La voz de papá le llegó de muy lejos, pronunciando su nombre. La oscuridad la envolvió, pero logró alejarla el tiempo suficiente para ver cómo llevaban a papá por la calzada, de vuelta a la fortaleza. Él estaba volteando en su silla, gritando:

—¡Magda! ¡Todo estará bien, ya verás! ¡Todo marchará para bien y entonces me lo *agradecerás*! ¡No me odies, Magda!

Pero Magda si lo odiaba. Juró odiarlo siempre. Ése fue su último pensamiento antes de que el mundo se le escapara.

Un hombre no identificado fue balaceado al resistirse a ser arrestado y cayó a la cañada. Woermann vio las presumidas caras de los einsatzkommandos mientras marchaban de vuelta a la fortaleza. Y también la aturdida expresión en la cara del profesor. Ambas eran comprensibles: los primeros habían matado a un hombre desarmado, la tarea que mejor realizaban; el segundo presenció por

primera vez en su vida un asesinato sin sentido.

Pero Woermann no podía explicarse la expresión furiosa y decepcionada de Kaempffer. Lo detuvo en el patio.

—¿Un hombre? ¿Todos esos disparos por un hombre?

—Los hombres están nerviosos —explicó Kaempffer, obviamente nervioso él mismo—. No debió haber tratado de escapar.

—¿Para qué lo querías?

—Parece que el judío creía que él sabía algo sobre la fortaleza.

—No supongo que se le haya dicho que sólo se le deseaba para interrogarlo.

—Trató de escapar.

—Y el resultado es que ahora no sabes más que antes. Probablemente asustaron al pobre hombre hasta sacarlo de sí. ¡Claro que corrió! ¡Y ahora no puede decirte nada! Tú y los de tu clase nunca entenderán.

Kaempffer se dirigió hacia sus habitaciones sin replicar, dejando a Woermann en el patio. La llamarada de furia que el mayor le provocaba usualmente, no se encendió esta vez. Todo lo que experimentaba era un frío resentimiento… y resignación.

Permaneció mirando cómo los hombres que no estaban asignados a la guardia volvían con los ánimos abatidos hacia sus cuartos. Apenas unos

momentos antes, cuando el fuego estalló al otro extremo de la calzada, los llamó a todos a sus puestos de combate. Pero no hubo batalla a continuación y estaban decepcionados. Entendía eso. Él también deseaba un enemigo de carne y hueso contra el cual luchar, al que pudiera ver, golpear, hacer sangrar. Pero el enemigo permanecía invisible, elusivo.

Woermann volvió hacia las escaleras del sótano. Iba a bajar allá de nuevo esta noche. Una última vez. Solo.

Tenía que ir solo. No podía dejar que nadie supiera lo que sospechaba. No ahora… no después de decidirse a renunciar a su comisión. Fue una

decisión difícil, pero la había tomado: se retiraría y ya no tendría nada que ver con esta guerra. Era lo que los miembros del Partido y el Alto Comando querían obtener de él. Pero si dejaba escapar siquiera un murmullo sobre lo que había hallado en el subsótano sería dado de baja como un lunático. No podía permitir que estos nazis mancharan su nombre con la demencia.

… *botas lodosas y dedos desgarrados… botas lodosas y dedos desgarrados*… una letanía de demencia tiraba de él hacia abajo. Algo maligno y más allá de toda razón estaba suelto en esas profundidades. Pensó que sabía lo que podría ser, pero no podía permitirse

vocalizarlo, ni siquiera formarse una imagen mental de ello. Su mente se retiró apresuradamente de la imagen, dejándola borrosa y sucia, como si la viese desde una distancia segura a través de unos binoculares que se negaran a enfocar.

Cruzó el arco de la entrada y bajó los escalones.

Estuvo de espaldas demasiado tiempo, esperando que se solucionara por sí solo todo lo que andaba mal con la Wehrmacht y la guerra que estaba peleando. Pero los problemas no se solucionarían solos. Podía comprender eso ahora. Al fin pudo admitirse a sí mismo que las atrocidades que seguían

inmediatamente después de la lucha no eran aberraciones momentáneas. Había temido enfrentar la verdad de que todo estaba mal en esta guerra. Ahora podía hacerlo y se sentía avergonzado de haber sido parte de ella.

El subsótano sería su lugar de redención. Vería con sus propios ojos lo que estaba ocurriendo allí. Lo enfrentaría solo y lo corregiría. No habría paz para él hasta que lo hiciera. Sólo después de haber redimido su honor podría volver a Rathenow y a Helga. Su mente estaría satisfecha; su culpa, purgada un poco. Entonces podría ser un verdadero padre para Fritz… y lo mantendría fuera de las Juventudes

Hitlerianas, aun si ello requiriese romperle ambas piernas.

Los guardias asignados a la entrada del subsótano no habían vuelto todavía a sus puestos de combate. Era mejor así. Ahora podía entrar sin ser observado y evitar cualquier oferta de escolta. Recogió una de las linternas y se detuvo inciertamente en la parte superior de la escalinata, mirando hacia abajo a, la oscuridad que lo llamaba.

Woermann pensó que debía estar loco. Sería demencial renunciar a su comisión. Había cerrado los ojos tanto tiempo… ¿por qué no mantenerlos así? ¿Por qué no? Pensó en la pintura que estaba arriba, en su habitación, la de la

sombra del cuerpo ahorcado… un cuerpo que parecía haber desarrollado un poco su abdomen cuando lo vio por última vez. Sí, debía estar loco. No tenía que bajar allá. No solo. Y, ciertamente, no después de que el sol se ha puesto. ¿Por qué no esperar hasta la mañana?

… botas lodosas y dedos desgarrados…

Ahora. Tenía que ser ahora. No se aventuraría allá abajo desarmado. Tenía su Luger y la cruz de plata que le prestará al profesor. Empezó a bajar.

Había descendido la mitad de los escalones cuando oyó el sonido. Se detuvo para escuchar… sonidos raspantes, suaves y caóticos a su

derecha, atrás, en el corazón mismo de la fortaleza. ¿Ratas? Balanceó el haz de su linterna pero no vio ninguna. El trío de alimañas que en la tarde lo recibió en estos escalones, no estaba visible. Terminó su descenso y se apresuró a llegar a donde los cuerpos habían sido depositados, pero se detuvo tambaleante y tembloroso al llegar al lugar.

No estaban.

Tan pronto como rodó hasta sus oscuras habitaciones y escuchó la puerta cerrarse tras él, Theodor saltó de su silla y se dirigió a la ventana. Forzó los ojos a lo largo de la calzada, buscando a

Magda. Aun a la luz de la luna que acababa de aparecer tras las montañas, no podía ver claramente al otro extremo de la calzada. Pero Iuliu y Lidia debieron haber visto lo ocurrido. Ellos la ayudarían. Estaba seguro de eso.

Fue la prueba final de su voluntad el permanecer en su silla en vez de correr al lado de su hija cuando la bestia nazi la derribó. Pero tuvo que mantenerse sentado. Revelar en ese momento su capacidad para caminar, habría arruinado todo lo que él y Molasar proyectaban. Y el plan era ahora más importante que ninguna otra cosa. La destrucción de Hitler tenía prioridad sobre el bienestar de una mujer

individual, aun cuando ella fuese su propia hija.

—¿Dónde está él?

El profesor giró al escuchar la voz a sus espaldas. Había un matiz de amenaza en el tono de Molasar mientras hablaba desde la oscuridad. ¿Acababa de llegar o estuvo allí esperando todo el tiempo?

—Está *muerto* —respondió buscando el origen de la voz. Sintió que Molasar se le acercaba.

—¡Es imposible!

—Es cierto. Lo vi yo mismo. Trató de huir y los alemanes lo llenaron de balas. Debe haber estado desesperado. Creo que se percató de lo que le ocurriría si era traído a la fortaleza.

—¿Dónde está el cuerpo?

—En la cañada.

—¡Debe ser encontrado! —Molasar se acercó lo suficiente para que algo de la luz de la luna se reflejara en su cara —. ¡Debo estar absolutamente seguro!

—Está muerto. Nadie puede sobrevivir a tantas balas. Sufrió suficientes heridas mortales para una docena de hombres. Debió estar muerto incluso antes de caer a la cañada. Y la caída… —Cuza sacudió la cabeza ante el recuerdo. En otra época, en otro lugar, bajo distintas circunstancias, se habría sentido horrorizado por lo que presenció. Ahora…—. Está doblemente muerto.

—Necesitaba matarlo yo mismo, sentir en mis propias manos que la vida lo abandonaba —insistió Molasar, que aún parecía reticente a aceptar esto—. Entonces, y sólo entonces, puedo estar seguro que ya no se interpondrá en mi camino. Como están las cosas, me veo obligado a confiar en tu juicio de que no pudo haber sobrevivido.

—No confíes en mí… compruébalo por ti mismo. Su cuerpo está abajo, en la cañada. ¿Por qué no vas, lo encuentras y te aseguras?

—Sí… —asintió lentamente Molasar—. Sí, creo que eso haré… porque debo estar seguro. —Retrocedió y la oscuridad lo tragó—. Volveré por ti

cuando todo esté listo.

El viejo miró una vez más por la ventana hacia la posada y luego volvió a su silla de ruedas. Molasar parecía haber sido sacudido profundamente por el descubrimiento de que los glaeken todavía existían. Quizá no iba a ser tan fácil librar al mundo de Adolfo Hitler. Pero aún debía intentarlo. ¡Tenía que hacerlo!

Se quedó sentado en la oscuridad sin preocuparse por volver a encender la vela, deseando que Magda estuviese bien.

Sus sienes latían y la linterna vaciló en

su mano mientras Woermann permanecía en la fría e infernal oscuridad contemplando las arrugadas mortajas que sólo cubrían el piso bajo ellas. La cabeza de Lutz estaba allí, con los ojos abiertos, la boca abierta, yaciendo sobre su oreja izquierda. Los demás habían desaparecido… tal como Woermann lo sospechaba. Pero el hecho de que hubiera esperado a medias encontrar esta escena, no logró aminorar su aturdido impacto.

¿Dónde estaban?

Y todavía llegaban esos sonidos raspantes desde muy lejos, a la derecha.

Woermann sabía que debía seguirlos hasta su origen. El honor lo exigía. Pero

primero… enfundando la Luger, buscó en el bolsillo del pecho de su camisola y sacó la cruz de plata. Sintió que podría protegerlo más que una pistola.

Con la cruz en alto frente a él, avanzó en dirección a los sonidos. La caverna del subsótano se hacía más angosta hasta convertirse en un túnel que seguía un sendero serpentino hacia la parte posterior de la fortaleza. Mientras se acercaba, el sonido se hizo más fuerte. Más cercano. Entonces comenzó a ver ratas. Unas cuantas al principio, grandes y gordas, posadas en pequeñas salientes de roca y contemplándolo mientras pasaba. Más allá otras, cientos de ellas, trepando por las paredes, cada

vez más apretadas hasta que el túnel parecía estar revestido con el enredado pelaje opaco que se retorcía, se arrastraba y lo miraba con incontables ojillos negros. Siguió adelante controlando su repugnancia. Las ratas en el suelo se quitaban de su camino, pero no mostraban un miedo verdadero hacia él. Deseó tener una Schmeisser, aunque era improbable que cualquier arma pudiera salvarlo si decidían abalanzarse en masa sobre él.

Más adelante, el túnel se doblaba súbitamente a la derecha y Woermann se detuvo para escuchar. Los sonidos raspantes eran aún más fuertes. Estaban tan cerca que casi podía imaginar que se

originaban en la siguiente curva. Lo que significaba que tendría que ser muy cuidadoso. Tenía que encontrar la forma de ver lo que sucedía allí, sin ser visto.

Tendría que apagar la linterna.

Pero no quería hacer eso. La masa ondulante de ratas en el suelo y en las paredes lo hacía temer la oscuridad. ¿Qué tal si era la luz la que las mantenía a raya? Suponiendo… No importaba. Tenía que saber qué había más allá. Estimaba que podía llegar a la curva en cinco pasos largos. Llegaría allá en la oscuridad; luego daría vuelta a la izquierda y se forzaría a dar otros tres pasos. Si para entonces no encontraba nada, prendería la linterna de nuevo y

seguiría adelante. Hasta donde sabía, podía no haber nada allí. La cercanía de los sonidos tal vez era un truco acústico del túnel… quizá tendría que avanzar otros cien metros. O tal vez no.

Afirmándose, apagó la linterna pero conservó el dedo en el interruptor por si algo sucediera con las ratas. No oía nada ni sentía nada. Cuando se detuvo y esperó que sus ojos se adaptaran a la oscuridad, notó que el ruido había crecido, como si la ausencia de luz lo hubiera amplificado. Era una ausencia total de luz. No había ningún resplandor, ni siquiera una traza de iluminación alrededor de la esquina. Lo que estuviera haciendo ese ruido tendría que

tener alguna luz por lo menos, ¿no es cierto? ¿No es cierto?

Se obligó a avanzar, contando los pasos silenciosamente mientras cada nervio de su cuerpo le aullaba que diera vuelta y corriera. ¡Pero tenía que saber! ¿Dónde estaban los cuerpos? ¿Y qué producía ese ruido? Quizá entonces los misterios de la fortaleza quedarían resueltos. Era su deber averiguar. Su deber…

Completó el quinto y último paso. Dio vuelta a la izquierda y, al hacerlo, perdió el equilibrio. Su mano izquierda, la que tenía la linterna, se lanzó en un reflejo para evitar caerse e hizo contacto con algo peludo que chilló, se movió y

lo mordió con dientes afilados como hojas de afeitar. Quitó la mano e hincó los dientes en su labio inferior hasta que el dolor cedió. No tomó mucho tiempo y él logró conservar la linterna.

Los sonidos raspantes parecían más fuertes ahora y estar directamente adelante. Sin embargo, no había luz. No importaba cuánto forzara la vista, no podía ver nada. Empezó a sudar mientras el miedo llegaba a lo profundo de sus intestinos y apretaba. Tenía que haber luz en *algún lugar* más adelante.

Dio un paso, no tan largo como los anteriores, y se detuvo.

Los sonidos llegaban ahora directamente desde frente a él, adelante

y abajo… raspando, arañando y forcejeando.

Otro paso.

Lo que fueran los sonidos, le daban la impresión de ser un esfuerzo concertado, sin embargo no pudo escuchar ninguna respiración agitada acompañándolos. Sólo su propia respiración áspera y el sonido de su sangre golpeándole los oídos. Eso y el raspar.

Un paso más y encendería la luz de nuevo. Levantó el pie pero encontró que no podía avanzar. Su cuerpo, por voluntad propia, se negaba a dar un paso más hasta que pudiera ver a dónde iba.

Se detuvo, temblando. Quiso

regresar. No quería ver lo que había más adelante. Nada sano o de este mundo podía moverse y existir en esta negrura. Era mejor no saber. Pero los cuerpos… tenía que saber.

Hizo un ruido, que casi fue un sollozo, y encendió el interruptor de la linterna. Le tomó un momento a sus pupilas contraerse en el súbito resplandor, y a su mente uno mucho más largo para registrar el horror de lo que reveló la luz.

Y, entonces, gritó… con un sonido agonizante que comenzó abajo y creció en volumen y tono, rebotando en ecos y más ecos a su alrededor mientras se volvía y regresaba huyendo por donde

había llegado. Corrió desesperadamente junto a las ratas que lo contemplaban y más allá. Quizá le faltaba recorrer diez metros cuando se detuvo, tambaleándose.

Había alguien más adelante.

Dirigió la linterna hacia la figura que le bloqueaba el paso. Vio la cara cerúlea, la capa, las ropas, el cabello largo y lacio y los dos pozos gemelos de locura en donde deberían estar los ojos. Y supo. Aquí estaba el amo de la casa.

Se detuvo y lo contempló durante un momento, con fascinación horrorizada, y luego tomó control de su cuarto de siglo de entrenamiento militar.

—¡Déjeme pasar! —exclamó y

dirigió el rayo sobre la cruz que llevaba en la mano derecha, confiando en que tenía un arma efectiva—. En el nombre de Dios, en el nombre de Jesucristo, en el nombre de todo lo sagrado, ¡déjeme pasar!

En lugar de retroceder, la figura avanzó hacia Woermann, lo suficiente como para que la luz revelara sus facciones lívidas. Estaba sonriendo, con una deleitada sonrisa lupina que debilitó las rodillas de Woermann e hizo que sus manos levantadas temblaran violentamente.

Sus ojos… oh, Dios, sus ojos… Woermann permaneció clavado en su sitio, incapaz de retroceder debido a lo

que había visto detrás de él, y bloqueado para escapar hacia adelante. Mantuvo la temblorosa luz sobre la cruz de plata… ¡la cruz! ¡Los vampiros le temían a la cruz!… mientras la presentaba hacia el frente, luchando contra el miedo como nunca lo había conocido.

¡Querido Dios, si eres mi Dios, no me abandones!

Sin ser vista, una mano se deslizó por la oscuridad y le arrebató la cruz. La criatura la sostuvo entre el pulgar y el índice y dejó que Woermann mirara con horror cómo empezaba a curvarla, doblándola hasta que estuvo torcida sobre sí misma. Bajó la cruceta hasta

que todo lo que quedó fue un informe montón de plata. Entonces la arrojó sin más pensamiento que el que un soldado con licencia hubiera dedicado a la colilla de un cigarrillo.

Woermann gritó con horror cuando vio que la misma mano se acercaba a él. Trató de inclinarse, pero no fue lo suficientemente rápido.

27

Magda recuperó la conciencia lentamente, atraída por un rudo tirón en la ropa y una dolorosa presión en la mano derecha. Abrió los ojos. Las estrellas ya eran visibles. Una sombra parda se alzaba sobre ella, jalándola.

¿Dónde estaba? ¿Por qué le dolía tanto la cabeza?

Las imágenes pasaron veloces por su mente: Glenn… la calada… las armas… la cañada…

¡Glenn estaba muerto! No había sido

un sueño. ¡*Glenn estaba muerto*!

Con un gemido se incorporó, haciendo que quien fuera que tiraba de ella gritara aterrorizado y corriera de vuelta a la aldea. Cuando disminuyó el vértigo que la hacía mecerse y girar, levantó la mano a la suave e hinchada área cerca de la sien izquierda y la retiró adolorida al tocarla.

También se dio cuenta de un latido en el dedo cordial derecho. La carne alrededor de la alianza de matrimonio de su madre estaba cortada e inflamada. ¡Quienquiera que se hallara sobre ella debió haber intentado quitársela del dedo! ¡Uno de los aldeanos! Probablemente pensó que estaba muerta

y se aterrorizó cuando ella se movió.

Magda se puso de pie y de nuevo el mundo empezó a girar y a inclinarse. Empezó a caminar cuando el piso se estabilizó, cuando su náusea declinó y el rugido en sus oídos se calmó hasta volverse un constante retumbar. Cada paso le ocasionaba una puñalada de dolor en la cabeza, pero siguió avanzando, cruzando al otro extremo del camino y empujando la maleza. Una media luna vagaba por un cielo listado de nubes. No estaba arriba antes. ¿Cuánto tiempo estuvo inconsciente? ¡Tenía que llegar hasta donde se encontraba Glenn!

Aún está vivo, se dijo a sí misma.

¡*Tiene que estar vivo*! Era el único modo en que podría imaginarlo. Sin embargo, ¿cómo podría estar vivo? ¿Cómo podría alguien sobrevivir a todas esas balas… y a la caída a la cañada…? ¡Oh, no, no es posible, Dios mío!

Empezó a sollozar, tanto por Glenn como por su propia y abrumadora sensación de pérdida. Se odiaba por su egoísmo, sin embargo no podía negarlo. Los pensamientos de todas las cosas que nunca harían juntos se acumularon deprisa ante ella. Después de treinta y un años había encontrado a un hombre al que podía amar. Pasó un día entero a su lado, veinticuatro horas increíbles sumergiéndose en la verdadera

magnificencia de la vida, sólo para verlo arrancado de su lado y brutalmente asesinado.

¡No es justo!

Llegó al montón de desperdicios en el extremo de la cañada y se detuvo para mirar por la bruma que se elevaba. ¿Se podía odiar a un edificio de piedra? Odiaba a la fortaleza. No contenía sino maldad. Si poseyera el poder de hacerlo, de inmediato la mandaría al infierno dando tumbos con todos en su interior, ¡sí!, ¡incluso papá!

Pero la fortaleza flotaba silenciosa e implacable en su mar de niebla, iluminada en su interior, oscura y amenazante en el exterior, ignorándola.

Se preparó para descender a la cañada como lo hizo dos noches antes. Dos noches… parecía una eternidad. La niebla cubría hasta el borde, lo que hacía el descenso aún más peligroso. Era demencial arriesgar su vida en un intento por encontrar el cuerpo de Glenn allá abajo, en la oscuridad. Pero ahora, su vida no importaba tanto como unas horas antes. Tenía que encontrarlo… tenía que tocar sus heridas, sentir su corazón quieto y su piel fría. Tenía que saber con certeza. Magda reconoció instantáneamente la forma de esa cabeza.

Mientras empezaba a balancear las piernas sobre el borde, oyó algunos guijarros deslizarse y rebotar por la

pendiente situada debajo de ella. Al principio pensó que su peso había desprendido un poco de tierra del borde. Pero un instante más tarde lo oyó de nuevo. Se detuvo y escuchó. Hubo otro sonido también: una, respiración agitada. ¡Alguien estaba subiendo entre la bruma!

Asustada, Magda retrocedió del borde y esperó entre la maleza, lista para correr. Contuvo el aliento y vio que una mano surgía entre la niebla y se aferraba a la suave tierra del borde de la cañada, seguida por otra mano y por una cabeza. Magda reconoció instantáneamente la forma de esa cabeza.

—¡Glenn!

Él no parecía oírla, sino que siguió luchando por alcanzar el borde. Magda corrió hacia él. Sosteniéndolo por debajo de los brazos y extrayendo reservas de fuerza que desconocía poseer, tiró de Glenn hasta ponerlo a nivel del piso donde permaneció boca abajo, jadeando y gimiendo. Ella se arrodilló a su lado, confusa e impotente.

—Oh, Gleen, estás… —las manos de él estaban húmedas y brillaban oscuramente— ¡sangrando!

Resultaba absurdo; obviamente, eso era de esperarse, pero era todo lo que ella podía decir de momento.

¡*Deberías estar muerto*!, pensó, pero evitó pronunciar las palabras. Si no

lo decía, quizá no ocurriría. Pero sus ropas se encontraban empapadas por la sangre que brotaba de docenas de heridas mortales. El que aún respirara era un milagro. ¡El que se hubiese podido impulsar a sí mismo hasta afuera de la cañada, era algo más allá de lo creíble! Sin embargo, aquí estaba, postrado ante ella… vivo. Si había durado tanto, quizá…

—¡Conseguiré a un médico! —Era otra afirmación estúpida: un reflejo. No había médicos en ningún lugar del paso Dinu—. ¡Traeré a Iuliu y a Lidia! Ellos me ayudarán a llevarte de vuelta a…

Glenn murmuró algo y Magda se inclinó sobre él poniendo el oído junto a

sus labios.

—Ve a mi habitación —pidió con voz torturada, débil y reseca. El olor de la sangre estaba fresco en su boca. ¡*Está sangrando por dentro*!

—Te llevaré allá en cuanto traiga a Iuliu… —Pero ¿la ayudaría Iuliu?

Los dedos de Glenn tomaron su manga.

—¡Escúchame! Trae la caja… la viste ayer… la que tiene la hoja.

—¡Eso no te va a ayudar ahora! ¡Necesitas cuidados médicos!

—¡*Debes* hacerlo! ¡Nada más puede salvarme!

Ella se irguió, dudó un momento y luego se incorporó de un salto y corrió.

Su cabeza empezó a latir de nuevo, pero ahora encontró sencillo ignorar el dolor. Glenn quería esa hoja de espada. No tenía sentido, pero su voz estaba tan llena de convicción… urgencia… necesidad… Tenía que traérsela.

No aminoró el paso al entrar a la posada, subiendo los escalones de dos en dos, frenándose sólo al entrar a la oscuridad de la habitación de Glenn. Encontró el armario a tientas y levantó la caja. Con un rechinido agudo se abrió; ¡no había cerrado con broches cuando Glenn la sorprendió aquí ayer! La hoja se deslizó de la caja y cayó contra el espejo con gran estrépito. El espejo se estrelló y cayó en cascada

hacia el suelo. Se inclinó y rápidamente volvió a meter la hoja a su lugar, halló los broches y los cerró, levantando luego la caja y lanzando un quejido ante su inesperado peso. Al volverse para partir, cogió la manta de la cama y corrió al otro lado del pasillo para tomar otra de su propia habitación.

Iuliu y Lidia, alarmados por la conmoción que se estaba produciendo en el segundo piso, permanecían, con expresiones de sorpresa en sus caras, al pie de la escalera cuando ella bajó.

—¡No traten de detenerme! —gritó Magda al pasar velozmente junto a ellos. Algo en su voz debió alertarlos, pues retrocedieron y la dejaron pasar.

Tropezándose corrió de vuelta a la maleza, abrumada por el peso de la caja y las mantas que se atoraban en las ramas, retrasándola mientras corría hacia Glenn, rezando porque aún estuviera vivo. Lo encontró de espaldas, más débil, con la voz más lejana.

—La hoja —susurró cuando ella se inclinó sobre él—. Sácala de la caja.

Durante un terrible momento, Magda temió que él pidiese un golpe de gracia. Haría cualquier cosa por Glenn… cualquier cosa menos eso. Pero ¿acaso un hombre con tales heridas haría una subida tan desesperada por la cañada sólo para pedir la muerte? Ella abrió la caja. Dos grandes pedazos del espejo

roto yacían en el interior. Los hizo a un lado y levantó la oscura y fría hoja con ambas manos, sintiendo la forma de las runas, esculpidas en su superficie, oprimiéndose contra sus manos.

Se la entregó en los extendidos brazos y casi la soltó cuando un leve resplandor azul, azul como una llama de gas, saltó por los bordes cuando él la tocó. Al entregársela, él suspiró mientras sus facciones se relajaban, perdiendo el dolor en tanto un aspecto de satisfacción se asentaba en ellas… el aspecto de un hombre que ha llegado a casa, a una habitación tibia y familiar, después de una larga y ardorosa jornada invernal.

Glenn colocó la hoja a lo largo de su golpeado, perforado cuerpo empapado en sangre, con la punta descansando a unos centímetros de sus tobillos y el perno del otro extremo, donde debía estar la faltante empuñadura, casi en la barbilla. Doblando los brazos sobre la hoja y a través del pecho, cerró los ojos.

—No deberías quedarte aquí —aconsejó con una voz desmayada y confusa—. Vuelve más tarde.

—No voy a dejarte.

Él no respondió. Su respiración se hizo más profunda y uniforme. Parecía estar dormido. Magda lo vigiló cuidadosamente. El resplandor azul se extendió a sus antebrazos, cubriéndolos

con una leve pátina de luz. Ella lo tapó con una manta, tanto para calentarlo como para evitar que el resplandor se viera en la fortaleza. Después se apartó, se puso la segunda manta sobre los hombros y se sentó apoyando la espalda contra una roca. Miles de preguntas que habían estado contenidas hasta ahora se acumularon en su mente.

¿Quién era él en realidad? ¿Qué clase de hombre era éste que sufría heridas suficientes como para matarlo muchas veces y luego escalaba una pendiente que exigiría esfuerzos de un hombre sano? ¿Qué clase de hombre escondía el espejo de su habitación en un armario, junto con una antigua espada

sin empuñadura, que ahora oprimía contra su pecho mientras yacía en los límites de la muerte? ¿Cómo podía confiarle su amor y su vida a un hombre así? No sabía nada sobre él.

Entonces recordó el delirio de su padre: ¡El pertenece a un grupo que dirige a los nazis, que los está usando para sus propios fines malignos! ¡Es peor que un nazi!

¿Podría tener razón papá? ¿Estaba ella tan cegada por su enamoramiento que no podía o no quería ver esto? Ciertamente, Glenn no era un hombre ordinario. Y, desde luego, tenía secretos… no había sido nada sincero con ella. ¿Era posible que Glenn fuera el

enemigo y Molasar el aliado?

Se apretó más la manta sobre el cuerpo. Todo lo que podía hacer era esperar.

Los párpados de Magda empezaron a caer. Los efectos posteriores de la concusión y los sonidos rítmicos de la respiración de Glenn la arrullaron. Luchó brevemente y luego sucumbió… sólo por un momento… sólo para descansar los ojos.

Klaus Woermann supo que estaba muerto. Y, sin embargo… no estaba muerto.

Recordaba claramente su muerte.

Fue estrangulado con deliberada lentitud aquí, en el subsótano, en la oscuridad iluminada sólo por el débil resplandor de su linterna caída. Unos dedos gélidos, con fuerza incalculable, se cerraron sobre su garganta, impidiéndole respirar hasta que la sangre le golpeó en los oídos y la oscuridad lo envolvió.

Pero no la oscuridad eterna. Todavía no.

No podía entender su conciencia continuada. Yacía de espaldas, con los ojos abiertos, mirando a la oscuridad. No sabía cuánto tiempo permaneció así. El tiempo había perdido todo significado. Excepto por su visión,

estaba completamente separado del resto de su cuerpo. Era como si perteneciera a alguien más. No podía sentir nada, ni la tierra pedregosa contra su espalda ni el frío contra su cara. No podía oír nada. No estaba respirando. No podía mover ni siquiera un dedo. Cuando una rata se arrastró por su cara, pasando su enredado pelo encima de sus ojos, no pudo siquiera parpadear.

Estaba muerto. Y, sin embargo, no estaba muerto.

Ya no existía el miedo ni el dolor. Se hallaba desprovisto de todo sentimiento, excepto la lamentación. Se aventuró al subsótano para hallar su redención y sólo encontró horror y muerte… su

propia muerte.

Woermann descubrió de pronto que estaba siendo transportado. Aunque todavía no podía sentir nada, percibió que era rudamente arrastrado hacia la oscuridad, por un estrecho pasaje, a una habitación oscura…

… y hacia la luz.

La línea de visión de Woermann recorría la extensión de su fláccido cuerpo, mientras era arrastrado por un corredor cubierto de pedazos de granito. Su mirada se desplazó hacia un muro que reconoció de inmediato… el muro en que fueran escritas con sangre palabras en una lengua antigua. La pared había sido lavada, pero algunas manchas

pardas eran aún visibles en la piedra.

Fue arrojado al suelo. Su campo de visión quedó ahora limitado a una sección del techo, parcialmente desmantelada, directamente sobre él. En el extremo de su visión había una forma oscura moviéndose. Woermann percibió un pedazo de gruesa cuerda serpentear sobre una viga descubierta en el techo, vio cómo un lazo de la misma pasaba sobre su cara y luego sintió que se movía de nuevo…

… hacia arriba…

… hasta que sus pies dejaron el piso y su cuerpo sin vida empezó a balancearse y a girar en el aire. Una figura indistinta se escurrió por una

puerta hacia el corredor y Woermann quedó solo, colgando de la cuerda por el cuello.

Quería gritarle a Dios una protesta. Porque ahora sabía que el oscuro ser que regia en la fortaleza no sólo peleaba contra los cuerpos de los soldados que habían penetrado en sus dominios, sino también contra sus mentes y espíritus.

Y se dio cuenta del papel que se estaba viendo forzado a interpretar en esa guerra: un suicidio. ¡Sus hombres pensarían que se suicidó! Eso los desmoralizaría por completo. Su oficial, el hombre al que se dirigían en busca de liderazgo, se había colgado… la cobardía final, la deserción final.

No podía permitir que eso ocurriera. Y, sin embargo, no había nada que pudiera hacer para alterar el curso de los acontecimientos. Estaba muerto.

¿Esto iba a ser su penitencia por cerrar los ojos a la monstruosidad de la guerra? En ese caso, ¡era un precio demasiado alto! Colgar aquí y ver a sus propios hombres y a los einsatzkommandos llegar a bobear ante él. Y la ignominia final: ¡ver a Erich Kaempffer riéndose de él!

¿Era ésa la razón por la que se le abandonó aquí, balanceándose al borde del olvido final? ¿Para presenciar su propia humillación como suicida?

¡Si sólo pudiera hacer algo!

Un acto final para redimir su orgullo y, sí, su masculinidad. Un último gesto que le diera un sentido a su muerte.

¡Algo!

¡Cualquier cosa!

Pero todo lo que podía hacer era colgar y balancearse y esperar a ser encontrado.

Cuza levantó la vista cuando un sonido áspero llenó la habitación. La sección del muro que llevaba a la base de la torre estaba girando, abriéndose. Cuando dejó de moverse, la voz de Molasar llegó de la oscuridad que yacía más allá.

—Todo está listo.

¡*Por fin*! La espera resultaba casi insoportable. Mientras las horas se arrastraban, Cuza casi se había resignado a ya no ver a Molasar esta noche. Nunca fue un hombre paciente, pero jamás recordaba haberse visto tan consumido por una urgencia tal como la que conoció esta noche. Había tratado de distraerse reuniendo preocupaciones sobre cómo estaría Magda después de ese golpe en la cabeza… era inútil. La próxima destrucción de lord Hitler alejaba todas las demás consideraciones de su mente. Paseó a lo largo, a lo ancho y por los perímetros de ambas habitaciones una y otra vez, obsesionado

por su feroz deseo de terminar con todo y, sin embargo, incapaz de hacer nada hasta que supiera algo de Molasar.

Y ahora, Molasar estaba aquí. Mientras Cuza pasaba inclinado por la abertura, dejando atrás su silla de ruedas para siempre, sintió que un frío cilindro de metal era empujado contra la desnuda piel de su mano.

—¿Qué…? —Era una linterna.

—Necesitarás esto.

Cuza encendió la linterna. Era de las usadas por el ejército alemán. La lente estaba estrellada. Se preguntó de quién…

—Sígueme.

Molasar guió con pasos seguros el

camino hacia abajo por los retorcidos escalones que se aferraban a la superficie interior de la pared de la torre. Él no parecía necesitar ninguna luz para orientarse. Cuza, sí. Se mantuvo cerca, detrás de Molasar, manteniendo el haz de la linterna dirigido a los escalones ante él. Deseó tomarse un momento para mirar a su alrededor. Durante largo tiempo quiso desesperadamente explorar la base de la torre, pues hasta ahora tuvo que hacerlo en forma sustituta a través de Magda. Pero no había tiempo de absorber los detalles. Se prometió a sí mismo que cuando todo esto terminara volvería aquí y realizaría una profunda

inspección por sí mismo.

Después de algún tiempo llegaron a una estrecha abertura en la pared. Siguió a Molasar por ella y se encontró en el subsótano. Molasar apresuró el paso y Cuza hubo de esforzarse para seguirlo. Pero no expresó ninguna queja, se sentía muy agradecido de poder caminar, de enfrentarse al frío sin que sus manos perdieran la circulación o sus artríticas articulaciones lo atacaran. ¡De hecho estaba empezando a sudar! ¡Maravilloso!

A su derecha vio luz que se filtraba a través de la escalera que subía al sótano. Movió su lámpara hacia la izquierda. Los cadáveres no estaban.

Los alemanes debían haberlos enviado ya. Pero era extraño que hubieran dejado sus mortajas allí, apiladas.

Por encima de los sonidos de sus apresurados pasos, Cuza empezó a percibir otro ruido. Un leve raspar. Mientras seguía a Molasar lejos de la gran caverna que formaba el subsótano y hacia un pasaje más estrecho que semejaba un túnel, el sonido se hizo progresivamente más fuerte. Siguió a Molasar por varios recodos hasta que, después de una vuelta a la izquierda, especialmente pronunciada, Molasar se detuvo e hizo una seña a Cuza para que se acercara. El sonido raspante era fuerte y hacía ecos a todo su alrededor.

—Prepárate —aleccionó Molasar con expresión indescifrable—. He hecho un cierto uso de los restos de los soldados muertos. Lo que veas ahora quizá te ofenda, pero era necesario para recuperar mi talismán. Podría haber hallado otra forma, pero ésta era conveniente… y adecuada.

Cuza dudó que hubiese mucho que Molasar pudiera hacer con los cuerpos de los soldados alemanes, y que pudiese ofenderlo en realidad.

Lo siguió a una gran cámara semiesférica con techo de gélida roca viva y piso de tierra. Se había hecho una profunda excavación en el centro del piso… Y aún estaba ese raspar, más

fuerte. ¿De dónde venía? Cuza buscó a su alrededor, con el haz de su linterna reflejándose en las brillantes paredes y en el techo, difundiendo luz por toda la cámara.

Percibió un movimiento cerca de sus pies y todo alrededor de la excavación. Movimientos pequeños. Jadeó… ¡ratas! Cientos de ratas rodeaban el pozo, retorciéndose y empujándose una a otra, agitadas. … expectantes…

Cuza vio algo mucho más grande que una rata arrastrándose por la pared de la excavación. Avanzó y apuntó la linterna directamente hacia el pozo… y casi la dejó caer. Era como mirar a uno de los círculos interiores del infierno.

Sintiéndose súbitamente débil, se retiró deprisa de la orilla y apoyó el hombro contra la pared más cercana para evitar desplomarse. Cerró los ojos y resolló como un perro en un sofocante día de agosto, tratando de calmarse, de contener las náuseas que se agitaban en su interior, tratando de aceptar lo que acababa de ver.

Había hombres muertos en el pozo, diez de ellos, todos con uniformes alemanes, ya fueran grises o negros, ¡*todos moviéndose*; incluso el que no tenía cabeza!

Cuza abrió los ojos de nuevo. En la infernal media luz que permeaba la cámara vio que uno de los cuerpos se

arrastraba como un cangrejo por la pared del pozo y arrojaba una brazada de tierra sobre la orilla, deslizándose después hacia abajo.

Él profesor se apartó de la pared de un empujón y se tambaleó hacia la orilla para echar otra mirada.

No parecían necesitar los ojos, pues jamás miraban sus manos mientras cavaban en la dura y fría tierra. Sus muertas articulaciones se movían tensa, torpemente, como si se resistieran al poder que las impelía y, sin embargo, trabajaban sin descanso, en total silencio, con sorprendente eficiencia pese a sus movimientos atáxicos. El forcejear y arrastrar de sus botas, el

raspar de sus manos desnudas en la tierra casi congelada mientras hacían la excavación más ancha y más profunda… todo sonido crecía y desplegaba ecos por las paredes y el techo de la cámara, tenebrosamente amplificado.

De pronto, el sonido se detuvo, se retiró como si nunca hubiera existido. Todos interrumpieron sus movimientos y permanecieron perfectamente quietos.

—Mi talismán yace enterrado bajo los últimos centímetros de tierra —le informó Molasar—. Debes retirarlo de allí.

—¿No pueden ellos…? —preguntó Cuza con el estómago retorcido por la idea de bajar allá.

—Son demasiado torpes.

—¿No lo podrías desenterrar tú? —aventuró el anciano con una mirada implorante hacia Molasar—. Lo llevaría a donde quieras, después de eso.

—¡Es parte de tu tarea! —vociferó Molasar con los ojos llameando impacientes—. ¡Una tarea simple! ¿Con tantas cosas en juego te preocupas por no ensuciarte las manos?

—¡No! ¡No, claro que no! Es sólo que… —Miró de nuevo hacia los cadáveres.

Molasar siguió su mirada. Aunque no dijo nada ni hizo ninguna señal, los cadáveres empezaron a caminar, volviéndose simultáneamente y

arrastrándose fuera del pozo. Cuando todos salieron de la excavación, se mantuvieron en círculo alrededor de la orilla. Las ratas corrían entre sus pies y por encima de ellos. Los ojos de Molasar se volvieron hacia Cuza.

Sin esperar a ser mandado de nuevo, éste se inclinó sobre la orilla y se deslizó por la tierra húmeda hasta abajo. Equilibró la linterna sobre una roca y empezó a escarbar en la tierra suelta del nadir del pozo cónico. El frío y la suciedad no le molestaban las manos. Después de la repugnancia inicial de trabajar en la misma tierra que los cadáveres, descubrió que en realidad estaba disfrutando el poder utilizar las

manos de nuevo, aun en una tarea tan baja como ésta. Y todo se lo debía a Molasar. Se sentía bien hundir los dedos en la tierra y experimentar que ésta se partía en trozos. Lo regocijaba y apresuró el ritmo, trabajando febrilmente.

Sus manos pronto tocaron algo distinto a la tierra. Tiró de él y desenterró un paquete cuadrado, quizá de treinta centímetros por lado y bastante grueso. Y pesado… muy pesado. Rasgó la cubierta de tela semipodrida y luego desdobló el burdo lienzo que formaba la envoltura interna.

Algo brillante, metálico y pesado estaba en el interior. Cuza contuvo el

aliento; al principio creyó que era una cruz. Pero eso no podía ser. Era una casi-cruz, diseñada según el mismo dibujo excéntrico de las miles de cruces empotradas en las paredes de la fortaleza. Sin embargo, ninguna de ellas podría compararse con ésta. Porque aquí estaba la original, de más de dos centímetros de espesor por todos lados, el patrón sobre el que habían sido modeladas todas las otras. La pieza vertical era redondeada, casi cilíndrica y, a excepción de una profunda muesca en su parte superior, parecía de oro sólido. La cruceta semejaba ser de plata. La estudió un momento a través de la parte inferior de sus bifocales, pero no

pudo hallar diseños o inscripciones.

El talismán de Molasar: la llave de su poder. Sacudía a Cuza con reverencia. Había energía en él… pudo sentir la energía fluir hacia sus manos mientras lo sostenía. Lo levantó para que Molasar lo viera y creyó detectar un resplandor a su alrededor, ¿o era simplemente el reflejo del haz de la linterna sobre su brillante superficie?

—¡Lo encontré!

No podía ver a Molasar arriba, pero notó que los cadáveres animados retrocedían mientras levantaba la especie de cruz sobre su cabeza.

—¡Molasar! ¿Me escuchas?

—Sí —respondió una voz que

parecía venir de algún lugar más atrás del túnel—. Mi poder reside ahora en tus manos. Guárdalo cuidadosamente hasta que lo hayas ocultado donde nadie pueda encontrarlo.

Fascinado, Cuza apretó el talismán aún más fuerte.

—¿Cuándo debo irme? ¿Y cómo?

—En una hora, en cuanto haya terminado con los intrusos alemanes. Todos deben pagar por invadir mi fortaleza.

Los golpes en la puerta iban acompañados por alguien que gritaba su nombre. Sonaba como la voz del

sargento Oster… al borde de la histeria. Pero el mayor Kaempffer no se arriesgó. Mientras salía de su bolsa de dormir, tomó su Luger.

—¿Quién es? —preguntó en un tono de voz que denotaba su enojo. Era la segunda vez esta noche que lo molestaban. La primera, para esa infructuosa salida a la calzada con el judío. Y ahora, esto. Miró su reloj; ¡casi las cuatro! Amanecería pronto. ¿Qué podría querer alguien a esta hora? A menos que… alguien más hubiese sido asesinado.

—Es el sargento Oster, señor.

—¿De qué se trata? —inquirió Kaempffer abriendo la puerta. Una

ojeada a la pálida cara del sargento y supo que algo estaba terriblemente mal. Más que sólo otra muerte.

—Es el capitán, señor, el capitán Woermann…

—¿Lo atacó a él? —¿Woermann? ¿Asesinado? ¿Un oficial?

—Se suicidó, señor.

Kaempffer contempló al sargento en muda sorpresa, recobrándose sólo a través de un gran esfuerzo.

—Espere aquí. —Kaempffer cerró la puerta, se puso los pantalones apresuradamente, se embutió las botas y se arrojó la chaqueta del uniforme sobre la camiseta, sin preocuparse por abotonarla. Después volvió a la puerta

—. Lléveme a donde lo encontró.

Mientras seguía a Oster por las áreas desmanteladas de la fortaleza, se dio cuenta de que la idea de que Klaus Woermann se suicidara lo afectaba más que si hubiese sido asesinado como todos los demás. No era de esperarse de Woermann. La gente cambia, pero Kaempffer no podía imaginar al adolescente que durante la anterior guerra hizo huir él sólo a una compañía de soldados británicos, como al tipo de hombre que se quitara la vida en esta guerra, sin importar las circunstancias.

Y sin embargo… Woermann estaba muerto. El único hombre que podía señalarlo y decirle «¡Cobarde!» había

quedado mudo para siempre. Eso hacía que valiera la pena todo lo sufrido desde su arribo a este osario. Y se podía obtener una satisfacción especial del modo en que Woermann había muerto. El reporte final no ocultaría nada: el capitán Klaus Woermann terminaría su expediente con un suicidio. Una muerte deshonrosa. Peor que la deserción. Kaempffer daría cualquier cosa por ver la expresión en las caras de la esposa y los dos hijos, de quienes Woermann estuviera tan orgulloso… ¿Qué pensarían de su padre, su *héroe*, cuando supieran la noticia?

En vez de llevarlo por el patio a las habitaciones de Woermann, Oster dio

una pronunciada vuelta a la izquierda, que condujo a Kaempffer al corredor donde encerró a los aldeanos la noche de su llegada. El área había sido parcialmente desmantelada. Dieron una última vuelta y ahí se encontraba Woermann.

Colgaba de una gruesa cuerda. Su cuerpo se balanceaba suavemente como si hubiera brisa, pero el aire estaba tranquilo. La cuerda había sido arrojada sobre una viga expuesta en el techo y atada a ella. Kaempffer no pudo ver ningún banco y se preguntó cómo había llegado Woermann allá arriba. Quizá se paró en una de las pilas de bloques de piedra aquí y allá…

… los ojos. Los ojos de Woermann saltaban en sus cuencas y Kaempffer tuvo la impresión de que se movieron cuando él se acercó, pero luego se percató de que era sólo efecto de la luz de las bombillas en el techo.

Se detuvo ante la colgante figura de su camarada oficial. La hebilla del cinturón de Woermann se mecía a cinco centímetros de la nariz de Kaempffer. Levantó la vista a la congestionada, hinchada cara, morada por la sangre estancada.

… los ojos de nuevo. Parecían estarlo mirando. Apartó la vista y vio la sombra de Woermann en la pared. Su silueta era la misma, exactamente la

misma que la de la sombra del cadáver colgado que vio en el cuadro de Woermann.

Un escalofrío lo recorrió.

¿Precognición? ¿Había presentido Woermann su muerte? ¿O estuvo el suicidio oculto en su mente todo el tiempo?

El contento de Kaempffer empezó a decaer al darse cuenta de que era ahora el único oficial en la fortaleza. Desde este momento, toda la responsabilidad recaía en él. De hecho, podía estar marcado para la siguiente muerte. ¿Qué debía…?

… Llegó el sonido de armas y de fuego desde el patio.

Sorprendido, Kaempffer giró y vio a Oster mirar por el corredor y volverse a él. Pero la mirada cuestionante en la cara del sargento se transformó en una de horror y ojos desorbitados cuando levantó la vista a un punto arriba de Kaempffer. El mayor de la SS estaba volviéndose para ver qué podría causar una reacción así, cuando sintió unos gruesos dedos fríos como la piedra deslizarse sobre su garganta y empezar a apretar.

Kaempffer trató de alejarse de un salto y patear hacia atrás a quienquiera que fuese, pero sus pies sólo golpearon el aire. Abrió la boca para gritar, pero de ella sólo escapó un ahogado

gorgoteo. Buscando, arañando los dedos que inexorablemente cortaban su vida, giró frenéticamente para ver quién lo estaba atacando. Ya lo sabía. ¡Pero tenía que verlo! Giró aún más y vio la manga de su atacante. Era gris, gris común del ejército, y siguió la manga hacia atrás… arriba… hasta Woermann.

¡Pero está muerto!

Desesperado por el terror, empezó a retorcerse y a arañar las muertas manos que rodeaban su garganta. No sirvió. Estaba siendo levantado en el aire por el cuello, lenta, constantemente, hasta que sólo las puntas de sus pies tocaban el suelo. Pronto ni siquiera lo alcanzaban. Agitó los brazos en dirección a Oster,

pero el sargento era inútil. Con el rostro convertido en una máscara de horror, Oster se había apretado contra la pared y lentamente se deslizaba lejos, ¡lejos de él! No dio ni siquiera señales de mirar a Kaempffer. Su mirada estaba fija más arriba, en su antiguo oficial comandante… muerto… pero cometiendo un asesinato.

Imágenes desarticuladas desfilaron por la mente de Kaempffer, una colección de visiones y sonidos que se hacía más borrosa y mutilada con cada latido de su insistentemente más lento corazón.

… ecos de tiros que llegaban del patio, mezclándose con gritos de dolor y

terror… Oster alejándose lentamente por el corredor, sin ver a los dos muertos que caminaban dando vuelta en la esquina, uno de ellos reconocible como el einsatzkommando raso Flick, muerto desde su primera noche en la fortaleza… Oster viéndolos demasiado tarde y dudando hacia dónde correr… más disparos desde afuera, una cortina de fuego… disparos en el interior cuando Oster vació su Schmeisser contra los cadáveres que se aproximaban, desgarrando sus uniformes, haciéndolos tambalearse hacia atrás pero fracasando en el intento de impedir su avance… los gritos de Oster mientras cada uno de los

cadáveres lo tomaba de un brazo para columpiarlo e impactarlo de cabeza contra el muro de piedra… gritos que terminaron con un nauseabundo golpe al estrellarse su cráneo como un huevo…

La visión de Kaempffer se nubló… los sonidos enmudecieron… una oración se formó en su mente:

¡Oh, Dios! ¡Por favor, déjame vivir! ¡Haré todo lo que pidas si tan sólo me dejas vivir!

Hubo un chasquido… una súbita caída al suelo… la cuerda del ahorcado se rompió bajo el peso de dos cuerpos… pero no disminuyó la presión en su garganta… un gran letargo se apoderó de él… en la luz que se

debilitaba vio que el cadáver del sargento Oster, con la cabeza ensangrentada, se levantaba y seguía a sus dos asesinos hacia el patio… y en el instante final, en sus espasmos últimos, Kaempffer alcanzó a ver las distorsionadas facciones de Woermann…

… y vio una sonrisa en ellas.

El patio era un caos.

Los cadáveres animados se encontraban en todas partes, atacando a los soldados en sus camas, en sus puestos. Las balas no los mataban: ya estaban muertos. Sus aterrados antiguos

camaradas los llenaban de una ronda tras otra de balas, pero los muertos seguían avanzando. Y lo peor: en cuanto uno de los vivos moría, el nuevo cadáver se ponía de pie y se unía a las filas de los atacantes.

Dos soldados de uniforme negro, desesperados, quitaron la tranca de la puerta y empezaron a abrirla; pero antes de que pudieran escurrirse hacia la seguridad, fueron atrapados por detrás y arrastrados al suelo. Un momento después estaban nuevamente de pie, formados con otros cadáveres ante la puerta, asegurándose de que ninguno de sus camaradas vivientes pasara.

De pronto, todas las luces se

apagaron cuando un salvaje estallido de balas de 9 milímetros se estrelló contra los generadores. Un cabo de la SS saltó a un *jeep* y lo echó a andar, esperando huir a la libertad; pero cuando soltó el embrague demasiado rápido, el frío motor se detuvo. Lo apartaron del asiento y fue estrangulado antes de poder encenderlo de nuevo.

Un soldado raso, estremeciéndose y temblando abajo de su cama, fue asfixiado, con su bolsa de dormir, por un cadáver sin cabeza al que había conocido como Lutz.

El fuego pronto empezó a agonizar. De ser una continua cortina de estallidos, disminuyó hasta convertirse

en explosiones casuales y luego en disparos aislados. Los gritos de los hombres se debilitaron hasta ser una voz solitaria gimiendo en las barracas. Entonces, ésta también se vio cortada. Al final hubo silencio. Todo estaba callado mientras los cadáveres, nuevos y viejos, permanecían esparcidos por el patio, quietos, como esperando algo.

De pronto, sin sonido alguno, todos menos dos cayeron al suelo del patio y quedaron inmóviles. La pareja restante empezó a caminar, arrastrando los pies por la entrada del sótano, dejando a una alta y oscura figura de pie, sola, en el centro del patio, al fin como ama indiscutida de la fortaleza.

Mientras la niebla entraba en remolinos por las puertas abiertas, avanzando penosamente por la piedra, cubriendo el patio y los inertes cadáveres con una ondulante alfombra de bruma, él se volvió y empezó a caminar hacia el subsótano.

28

Magda despertó de un salto al escuchar los disparos en la fortaleza. Al principio temió que los alemanes hubieran descubierto la complicidad de papá y lo estuvieran ejecutando. Pero este odioso pensamiento duró sólo un instante. Ése no era el ordenado ruido del fuego comandado. Era el caótico ruido de la batalla.

Fue una batalla corta.

Hecha un ovillo en el húmedo suelo, Magda notó que las estrellas se

desvanecían en el cielo, el cual empezaba a adquirir un color gris. Los ecos del fuego fueron pronto absorbidos por el frío aire previo al amanecer. Algo o alguien había resultado victorioso allá. Magda estuvo segura de que era Molasar.

Se puso en pie y fue al lado de Glenn. La cara de él estaba perlada de sudor y respiraba rápidamente. Al retirarle la manta para revisar sus heridas se le escapó un pequeño grito; el cuerpo de Glenn estaba bañado por el resplandor azul de la hoja. Lo tocó cautelosamente. El resplandor no quemaba, pero hizo que su mano hormigueara con tibieza. Entre la tela

desgarrada de la camisa de Glenn sintió algo duro, pesado, semejante a un dedal. Lo extrajo.

En la tenue luz se tardó un momento en reconocer el objeto que rodaba en su mano. Estaba hecho de plomo. Era una bala.

Magda pasó las manos sobre Glenn nuevamente. Había más balas por todo su cuerpo. Y sus heridas ya no eran tantas ahora. La mayoría había desaparecido, dejando sólo cicatrices con hoyuelos en lugar de los abiertos agujeros del tamaño de un dedo. Tiró de su camisa, desgarrándola para separarla de su abdomen, exponiendo un área donde sintió un bulto bajo la piel. Allí, a

la derecha de la hoja que él apretaba tan fuertemente contra su piel, estaba una herida abierta con una dura protuberancia apenas debajo de la superficie. Mientras ella miraba, el bulto afloró. Se trataba de otra bala saliendo de la herida, lenta y penosamente. Era tan maravilloso como aterrador: ¡la hoja de la espada y su resplandor estaban extrayendo las balas del cuerpo de Glenn y curando sus heridas! Magda lo contempló abismada.

El resplandor, empezó a desvanecerse.

—Magda…

Saltó al escucharlo. La voz de Glenn era mucho más fuerte que cuando ella lo

cubrió. Volvió a ponerle la manta encima, apretándola alrededor de su cuello. Sus ojos estaban abiertos, mirando hacia la fortaleza.

—Descansa un poco más —susurró ella.

—¿Qué está ocurriendo allá?

—Hubo disparos, muchos.

Con un gemido, Glenn trató de incorporarse. Magda lo empujó fácilmente para que se recostara de nuevo. Aún estaba muy débil.

—Tengo que ir a la fortaleza… detener a Rasalom.

—¿Quién es Rasalom?

—Aquél a quien tú y tu padre llaman Molasar. Invirtió las letras de su nombre

para ustedes… el nombre real es Rasalom… ¡tengo que detenerlo!

De nuevo trató de incorporarse y otra vez Magda lo volvió a acostar.

—Casi es de día. Un vampiro no puede ir a ninguna parte después de que el sol ha salido, así que sólo…

—¡No le tiene más miedo al sol que tú!

—Pero un vampiro…

—¡*No* es un vampiro! ¡Nunca lo fue! Si lo fuese —afirmó Glenn con una nota de desconsuelo—, no me preocuparía en tratar de detenerlo.

—¿No es un vampiro? —interrogó ella con el temor acariciándola como una mano fría contra la mitad de su

espalda.

—Él es el origen de las leyendas de vampiros, pero lo que ansia no es algo tan simple como la sangre. Esa idea se introdujo en las leyendas populares porque la gente puede ver y tocar la sangre. Nadie puede ver o tocar el alimento de Rasalom.

—¿Te refiera a lo que estabas tratando de decirme anoche antes de que los soldados… vinieran? —preguntó, sin deseos de recordar la noche anterior.

—Sí. Él extrae placer del dolor humano, de la miseria y la locura. Puede alimentarse de la agonía de aquellos que mueren a sus manos, pero gana mucho más a través de la inhumanidad de un

hombre hacia otros hombres.

—¡Eso es ridículo! Nada podría vivir de esas cosas. Son demasiado… ¡demasiado insustanciales!

—¿Es la luz solar «demasiado insustancial» para que la necesite una flor para crecer? Créeme: Rasalom se alimenta de cosas que no pueden ser vistas o tocadas… todas ellas malas.

—¿Lo haces parecer como si fuera la Serpiente misma?

—¿Quieres decir Satán? ¿El diablo? —Glenn sonrió débilmente—. Pon de lado todas las religiones que conoces. No significan nada aquí. Rasalom ejerce su rapiña sobre todas.

—No puedo creer que…

—Él es un sobreviviente de la Primera Edad. Fingió ser un vampiro de quinientos años, porque eso encajaba con la historia de la fortaleza y de la región. Y porque causaba fácilmente el miedo, que es otro de sus deleites. Pero es mucho mucho más viejo. Todo lo que le dijo a tu padre, *todo*, fue una mentira… excepto la parte sobre el estar débil y necesitar recuperar su fuerza.

—¿Todo? ¿Y qué tal cuando me salvó? ¿Y la curación de papá? ¿Y qué hay de esos aldeanos que el mayor tomó como rehenes? ¡Habrían sido ejecutados si él no les salva!

—Él no salvó a nadie. Me dijiste que mató a los dos soldados que

cuidaban a los aldeanos. Pero ¿fue *él* quién liberó a los soldados? ¡No! Agregó el insulto al daño haciendo que los dos soldados marcharan a las habitaciones del mayor y lo hicieran parecer como un tonto. Rasalom estaba tratando de provocar al mayor para que ejecutara a los aldeanos en ese preciso lugar. Ésa es la clase de atrocidad que hace crecer su poder. Y después de medio siglo de prisión, necesitaba mucha fuerza. Afortunadamente, los eventos conspiraron contra él y de esa forma los aldeanos sobrevivieron.

—¿Prisión? Pero él le dijo a papá que… —Su voz cayó—. ¿Otra mentira?

—Rasalom no construyó esta

fortaleza como dijo —afirmó Glenn—. No se estaba escondiendo en ella. La fortaleza fue construida para atraparlo y retenerlo… para siempre. ¿Quién podría predecir que ella, o cualquier otra cosa en el paso Dinu, podría ser considerada de valor militar algún día? ¿O que algún tonto rompería el sello de su celda? Ahora, si algún día queda libre por el mundo…

—Pero está libre ahora.

—No. Aún no. Ésa es otra de sus mentiras. Quiso que tu padre creyese que estaba libre, pero todavía está confinado a la fortaleza por la otra parte de esto —explicó bajando la manta y mostrándole el extremo de la espada—.

La empuñadura de esta espada es la única cosa en el mundo que Rasalom teme. Es la única cosa que tiene poder sobre él. Puede retenerlo. La empuñadura es la llave que lo mantiene encerrado en la fortaleza. La hoja es inútil sin ella, pero ambas, unidas, pueden destruirlo.

Magda sacudió la cabeza en un intento por aclararla. ¡Esto se estaba volviendo más increíble a cada momento!

—Pero… ¿dónde está la empuñadura? ¿Cómo es?

—Has visto su imagen miles de veces en los muros de la fortaleza.

—¡Las cruces! —exclamó Magda

sintiendo que su mente giraba. ¡Entonces, después de todo no eran cruces! Estaban hechas a semejanza de la empuñadura de una espada, ¡con razón la cruceta quedaba tan alta! Las había visto durante años y jamás se aproximó a adivinarlo. Y si Molasar, o quizá debía empezar ya a pensar en él como Rasalom, fuese realmente el origen de las leyendas de los vampiros, ella podía entender cómo su miedo a la empuñadura de la espada se había convertido, en las leyendas folclóricas, en un temor a la cruz—. Pero ¿dónde…?

—Está profundamente enterrada en el subsótano. Mientras la empuñadura permanezca dentro de las paredes de la

fortaleza, Rasalom está confinado allí.

—Pero todo lo que tiene que hacer es desenterrarla y deshacerse de ella.

—No puede tocarla, ni siquiera acercarse mucho a ella.

—¡Entonces está atrapado para siempre!

—No —anunció Glenn con la voz muy baja, mientras miraba a los ojos de Magda—. Tiene a tu padre.

Magda quiso vomitar y gritar ¡No! con todas sus fuerzas, pero no pudo. Las tranquilas palabras de Glenn la habían convertido en piedra… palabras que no podía negar por su propia vida.

—Déjame decirte lo que creo que ha ocurrido —pidió él en el silencio que se

extendía—. Rasalom fue liberado la primera noche que los alemanes entraron a la fortaleza. Sólo tenía la fuerza necesaria para matar a uno. Después de eso descansó y se confió. Su estrategia inicial, creo, era matarlos uno a uno, para alimentarse de esa diaria agonía y del miedo que estaba causando entre los vivos cada vez que reclamaba la vida de uno de ellos. Se cuidó de no matar muchos a la vez, en especial a los oficiales, porque eso podría hacer que todos se fueran. Quizá esperaba que ocurriera una de tres cosas: que los alemanes se frustraran tanto que volaran la fortaleza, liberándolo por tanto; o traerían más y más refuerzos,

ofreciéndole más vidas que segar y más miedo con qué hacerse fuerte; o podría encontrar entre los hombres a un inocente corruptible.

—Papá —murmuró Magda tan bajo que apenas pudo oír su propia voz.

—O tú. Por lo que me dijiste, la atención de Rasalom estaba centrada en ti cuando se dejó ver por primera vez. Pero el capitán te envió aquí, fuera de su alcance. Por ello, Rasalom hubo de concentrarse en tu padre.

—¡Pero podía haber usado a uno de los soldados!

—El mayor poder lo obtiene él de la destrucción de todo lo que es bueno en una persona. La corrupción de los

valores de un solo ser humano lo enriquece más que mil asesinatos. ¡Es un banquete para Rasalom! Los soldados le resultaban inútiles. Veteranos de Polonia y otras campañas, habían matado orgullosamente por su Führer. De poco valor para Rasalom. Y sus refuerzos: ¡comandos de campos de exterminio! ¡No quedaba nada que envilecer en esas criaturas! Así que el único uso real que ha hecho de los alemanes, aparte del miedo y la agonía mortal que obtuvo de ellos, es el de herramientas de excavación.

—¿Excavación? —inquirió Magda sin poder imaginar…

—Para desenterrar la empuñadura.

Sospeché que la «cosa» que oíste arrastrándose por el subsótano después de que tu padre te expulsó, era un grupo de soldados muertos volviendo a sus mortajas.

Cadáveres que caminan… la idea era grotesca, demasiado fantástica para merecer consideración. Y, sin embargo, recordaba la historia que el mayor contó sobre los dos soldados muertos que caminaron desde el lugar de su muerte hasta su habitación.

—Pero si tiene el poder de hacer andar a los muertos, ¿por qué no ordena que uno de ellos se deshaga de la empuñadura?

—Imposible. La empuñadura niega

su poder. Un cuerpo bajo su control volvería a su estado inanimado en el preciso instante en que tocara la empuñadura —explicó e hizo una pausa —. Tu padre será quien extraiga la empuñadura de la fortaleza.

—Pero ¿no perderá Rasalom su poder sobre papá en cuando éste toque la empuñadura?

—Debes darte cuenta de que él ayuda a Rasalom voluntaria… entusiastamente —aclaró Glenn sacudiendo la cabeza con tristeza—. Tu padre podrá manejar la empuñadura fácilmente, porque estará actuando con su total libre albedrío.

—¡Pero papá no lo sabe! —exclamó

Magda sintiéndose muerta por dentro—. ¿Por qué no se lo dijiste?

—Porque era su batalla, no la mía. Y porque no podía arriesgarme a permitir que Rasalom supiera que yo estaba aquí. De todos modos, tu padre no me habría creído… prefirió odiarme. Rasalom ha hecho un trabajo magistral sobre él, destruyendo su carácter poco a poco, retirando capa tras capa las cosas en que él creía, dejando sólo los aspectos viles y venales de su naturaleza.

Era cierto. Magda vio que eso ocurrió, y temió admitirlo, ¡pero era verdad!

—¡Podías haberlo ayudado!

—Quizá. Pero lo dudo. La batalla de

tu padre era contra sí mismo tanto como contra Rasalom. Y, al final, la debemos enfrentar solos. Tu padre inventó excusas para la maldad que percibía en Rasalom y pronto empezó a verlo como la solución a todos sus problemas. Rasalom comenzó con la religión de tu padre. Él no teme a la cruz y, sin embargo, fingió que sí, haciendo que tu padre cuestionara toda su herencia, socavando todas las creencias y valores derivados de esa herencia. Luego, Rasalom te rescató de tus pretensos violadores, un testimonio de la rapidez y adaptabilidad de su mente, endeudando así profundamente a tu padre. Continuó prometiéndole una oportunidad de

destruir al nazismo y salvar a tu pueblo. Y luego, el golpe final: la eliminación de los síntomas de la enfermedad que tu padre ha padecido durante años. Rasalom tuvo entonces a un esclavo voluntario, un esclavo que haría prácticamente cualquier cosa que le pidiera. No sólo lo ha despojado de la mayor parte del hombre que tú llamas «papá», sino que lo ha convertido en un instrumento que efectuará la liberación del enemigo más grande de la humanidad. ¡Debo detener a Rasalom de una vez por todas! —concluyó Glenn luchando hasta sentarse.

—Déjalo ir —pidió Magda a través de su miseria, mientras contemplaba lo

que le había ocurrido a papá… o más bien lo que papá permitió que le ocurriera. Tuvo que preguntarse: ¿podría ella o cualquier otra persona ser capaz de resistir un asalto tal contra su personalidad?—. Quizá eso libere a mi padre de la influencia de Rasalom y todos podremos volver a ser como antes.

—¡No tendrán vidas para usar si Rasalom es liberado!

—En este mundo de Hitler y la Guardia de Hierro, ¿qué puede hacer Rasalom que no se haya hecho ya?

—No has estado escuchándome. —Gruñó Glenn, enojado—. Una vez libre, Rasalom hará que Hitler parezca un

adecuado compañero de juegos para cualquier número de hijos que hayas planteado tener.

—¡Nada podría ser peor que Hitler! —estalló Magda—. ¡Nada!

—Rasalom sí podría. Magda, ¿no comprendes que con Hitler, malvado como es, aún hay esperanza? Hitler es sólo un hombre. Es mortal. Morirá o será asesinado algún día… quizá mañana, quizá dentro de treinta años, pero *morirá*. Él sólo controla una pequeña parte del mundo. Y aunque parece invencible ahora, aún tiene que enfrentarse a Rusia. Gran Bretaña todavía lo desafía. Y están los Estados Unidos; si los norteamericanos deciden

volver su vitalidad y capacidad productiva a la guerra, ninguna nación, ni siquiera la Alemania de Hitler, podrá resistirlos durante mucho tiempo. Así que, como ves, aún hay esperanza en esta hora oscura.

Magda asintió lentamente. Lo que Glenn decía era paralelo a sus propios sentimientos: nunca había dejado de tener esperanzas.

—Pero Rasalom… —empezó a decir Magda.

—Rasalom, como te dije, se alimenta del envilecimiento humano. Y nunca en la historia de la humanidad hubo tal abundancia de él como ahora en Europa Oriental. Mientras la

empuñadura permanezca dentro de los muros de la fortaleza, Rasalom no sólo está atrapado, sino aislado de lo que ocurre en el exterior. Extrae la empuñadura y todo se volcará sobre él: toda la muerte, miseria y carnicería de Buchenwald, Dachau, Auschwitz y todos los demás campos de exterminio, toda la monstruosidad de la guerra moderna. Lo absorberá como una esponja, dándose un banquete y haciéndose increíblemente fuerte. Su poder crecerá más allá de lo comprensible.

»Pero no quedará satisfecho. Deseará más. Se moverá velozmente por todo el mundo, asesinando a los jefes de Estado, lanzando a los gobiernos a la

confusión, reduciendo a las naciones a meras multitudes aterrorizadas. ¿Qué ejército podría resistir a las legiones de los muertos que él puede oponerle?

»Pronto todo estaría en el caos. Y entonces comenzaría el verdadero horror. ¿Nada peor que Hitler, dices? ¡Piensa en el mundo entero como un campo de exterminio!

—¡No podría ocurrir! —negó Magda. Su mente se rebelaba ante la visión que Glenn estaba describiendo.

—¿Por qué no? ¿Crees que habrá escasez de voluntarios para administrar los campos de exterminio de Rasalom? Los nazis han demostrado que hay multitud de hombres que están más que

deseosos de destruir a sus congéneres. Pero irá mucho más allá. Viste lo que les ocurrió a los aldeanos hoy, ¿no? Lo peor de su naturaleza ha sido sacado a la superficie. Sus respuestas al mundo se han reducido a la furia, el odio y la violencia.

—Pero ¿cómo?

—La influencia de Rasalom. Se ha hecho cada vez más fuerte en la fortaleza, alimentándose de la muerte y el miedo allí y de la lenta desintegración del carácter de tu padre. Y mientras ganaba fuerzas, las paredes de la fortaleza fueron debilitadas por los soldados. Cada día destruyen un poco más. Y cada día la influencia de

Rasalom se extiende más y más lejos de esas paredes.

»La fortaleza fue construida de acuerdo con un antiguo diseño; las imágenes de la empuñadura, localizadas en un patrón específico sobre las paredes para apartar a Rasalom del mundo, para contener su poder, para aislarlo. Ahora se ha alterado el patrón y los aldeanos están pagando el precio. Si Rasalom escapa y se alimenta de los campos de exterminio, el mundo entero pagará un precio similar. Porque Rasalom no será tan selectivo como Hitler en cuanto se refiere a sus víctimas: todos serán su blanco. No importará ni la raza ni la religión.

Rasalom será verdaderamente igualitario. Los ricos no podrán pagar para salvarse, los piadosos no podrán rezar para salvarse, los astutos no podrán deslizarse o mentir para salvarse. Todos sufrirán. Las mujeres y los niños, más. La gente nacerá en la miseria, pasarán sus días en desconsuelo y morirán en larga agonía. Generación tras generación, todos sufriendo para alimentar a Rasalom.

Hizo una pausa para recuperar el aliento.

—Y lo peor de todo, Magda, es que *no habrá esperanza*. ¡Y no tendrá fin! Rasalom será intocable… invencible… inmortal. Si es liberado ahora, no habrá

modo de detenerlo. Siempre, en el pasado, la espada lo ha detenido. Pero ahora… con el mundo como está… se hará demasiado fuerte incluso para que esta hoja, reunida con su empuñadura, lo detenga. ¡*Jamás debe abandonar la fortaleza*!

—¡No! —gritó Magda percatándose de que Glenn pretendía ir a la fortaleza. Extendió los brazos para retenerlo. No podía dejarlo ir—. ¡Te destruirá en la condición en que estás! ¿No hay nadie más?

—Sólo yo. Nadie más puede hacer esto. Como tu padre, debo enfrentar esto solo. Después de todo, es mi culpa que Rasalom aún exista.

—¿Cómo puede ser eso?

Glenn no respondió. Magda intentó otra aclaración.

—¿De dónde vino Rasalom? —interrogó.

—Él fue un hombre… en una época. Pero se entregó a un poder oscuro y fue transformado por éste para siempre.

—Pero si Rasalom sirve a un «poder oscuro», ¿a quién sirves tú? —quiso saber Magda, con un nudo en la garganta.

—A otro poder.

—¿Un poder para el bien?

—Quizá.

—¿Durante cuánto tiempo?

—Toda mi vida.

—¿Cómo puede ser…? —comenzó, temerosa de la respuesta—. ¿Cómo puede ser tu culpa, Glenn?

—Mi nombre no es Glenn —afirmó apartando la vista—, es Glaeken. Soy tan viejo como Rasalom. Yo construí la fortaleza.

Cuza no había visto a Molasar desde que bajó al pozo para descubrir el talismán. Dijo algo acerca de hacer que los alemanes pagaran por invadir su fortaleza y después su voz se desvaneció y ya no estaba allí. Los cadáveres empezaron a moverse, marchando en fila tras el milagroso ser que los controlaba.

Cuza quedó sólo con el frío, las ratas y el talismán. Deseó haberlos acompañado. Pero suponía que lo verdaderamente importante era que pronto estarían todos muertos, oficiales y soldados juntos. Sin embargo, hubiera gozado viendo morir al mayor Kaempffer, viéndolo sufrir algunas de las agonías que había infringido a incontables personas inocentes e indefensas.

Pero Molasar dijo que esperara allí abajo. Y ahora, con los tenues ecos de los disparos colándose desde arriba, supo por qué: Molasar no quería que el hombre al que le había confiado su poder se viera en peligro por alguna

bala perdida. Después de un tiempo, los disparos cesaron. Dejando el talismán tras él, tomó su linterna y escaló hasta arriba del pozo, entre las apiñadas ratas. Ya no lo molestaban; estaba demasiado concentrado escuchando a que volviera Molasar.

Pronto lo oyó. Pasos que se acercaban. Más de un par de pies. Dirigió el haz de luz hacia la entrada de la cámara y vio al mayor Kaempffer dar la vuelta a la esquina y acercarse a él. Un grito escapó de su garganta y casi cayó hacia el pozo, pero entonces vio los ojos vidriosos, las facciones fláccidas, y se dio cuenta de que el mayor de la SS estaba muerto.

Woermann entró en fila tras él, igualmente muerto, con un trozo de cuerda colgándole del cuello.

—Pensé que te gustaría ver a estos dos —explicó Molasar siguiendo a los oficiales muertos a la cámara—. Especialmente al que se proponía construir el llamado campo de muerte para nuestros compatriotas valacos. Ahora buscaré a ese Hitler y me desharé de él y de sus esbirros. —Hizo una pausa—. Pero primero, mi talismán. Debes asegurarte de que esté bien escondido en las montañas. Sólo entonces podré dedicar mis energías a librar al mundo de nuestro enemigo común.

—¡Sí! —aceptó Cuza sintiendo que su pulso se aceleraba—. ¡Está aquí!

Bajó al pozo rápidamente y tomó el talismán. Mientras lo ponía bajo su brazo y empezaba a subir de nuevo, vio que Molasar retrocedía.

—Envuélvelo —sugirió a Cuza—. Sus metales preciosos atraerán atención indeseable si alguien los ve.

—Por supuesto —aceptó Cuza y alcanzó las envolturas—. Lo ataré firmemente cuando llegue arriba, a la luz. No te preocupes. Me encargaré de que todo…

—¡Cúbrelo *ahora*! —ordenó Molasar con voz que rebotó en la cámara.

Cuza se detuvo, sacudido por la vehemencia de Molasar. No pensaba que se le debiese hablar de esta manera. Pero, bueno, uno tenía que hacer concesiones a los boyardos del siglo quince.

—Muy bien —suspiró. Se acuclilló en el fondo del pozo, dobló la burda tela sobre el talismán y lo cubrió todo con la arruinada envoltura.

—¡Bien! —suspiró la voz arriba y detrás de él. Cuza levantó la vista y vio que Molasar se había movido hacia el otro lado del pozo, lejos de la entrada —. Ahora, apresúrate. Mientras más pronto sepa que el talismán está seguro, más pronto podré partir a Alemania.

Cuza se apresuró. Se arrastró fuera del pozo tan rápido como pudo y empezó a caminar por el túnel hacia los escalones que lo llevarían arriba, hacia un nuevo día no sólo para sí mismo y para su pueblo, sino para todo el mundo.

—Es una larga historia, Magda… desde eras antiguas. Y me temo que no hay tiempo de contártela.

Su voz le sonaba a Magda como si viniese desde el otro extremo de un largo y oscuro túnel. Dijo que Rasalom hacía de los judíos su presa… y luego, que él era tan viejo como Rasalom. ¡Pero eso era imposible! ¡El hombre que

la había amado no podía ser los restos de una era perdida! ¡Era real! ¡Era humano! ¡Carne y hueso!

Un movimiento atrajo su mirada y la devolvió al aquí y ahora. Glenn estaba tratando de ponerse en pie, usando la hoja de la espada para sostenerse. Alcanzó a arrodillarse, pero se sentía demasiado débil para levantarse más.

—¿Quién eres tú? —imploró contemplándolo, sintiendo que lo veía por primera vez—. ¿Y quién es Rasalom?

—La historia comienza hace mucho —explicó él sudando y tambaleándose, apoyado en la hoja sin empuñadura—. Mucho antes del tiempo de los faraones,

antes de Babilonia, incluso antes de Mesopotamia. Había otra civilización entonces, en otra era.

—«La Primera Era» —recordó Magda—. Mencionaste eso antes. —No se trataba de una idea nueva para ella. Encontró la teoría aquí y allá, en las revistas históricas y arqueológicas que leyera en varias ocasiones mientras ayudaba a papá a realizar sus investigaciones. La oscura teoría precisaba que toda la historia registrada representaba sólo la Segunda Era del Hombre; que mucho mucho tiempo antes, existió una gran civilización a lo largo de Europa y Asia, y algunos de sus apologistas iban tan lejos como para

incluir las islas-continente de la Atlántida y Mu en ese mundo antiguo, un mundo que, afirmaban, había sido destruido por un cataclismo global—. Es una teoría desacreditada —refutó Magda con un temblor defensivo en la voz—. Todos los historiadores y arqueólogos de cierta reputación la condenan como una locura.

—Sí, lo sé —convino Glenn con una torcedura sardónica en la sonrisa—. El mismo tipo de «autoridades» que se burlaban de la posibilidad de que Troya hubiera existido en realidad… y luego, Schliemann la descubrió. Pero no voy a discutir contigo. La Primera Era fue real. Yo nací en ella.

—Pero ¿cómo…?

—Déjame terminar rápido. No hay mucho tiempo y quiero que entiendas unas cosas antes de que yo vaya a enfrentarme a Rasalom. Las cosas eran diferentes en la Primera Era. Este mundo era entonces el campo de batalla de dos… —Pareció buscar la palabra adecuada—. No quiero decir «dioses» porque eso te daría la idea de que poseían personalidades e identidades definidas. Eran dos vastas e incomprensibles… fuerzas… *Poderes* libres en la Tierra. Uno, el Poder Oscuro, llamado Caos, se regocijaba en todo lo que fuese enemigo de la humanidad. El otro Poder era…

Hizo otra pausa y Magda no pudo evitar impulsarlo a seguir:

—¿Te refieres al Poder Blanco… al poder del Bien?

—No es tan sencillo como eso. Simplemente lo llamábamos la Luz. Lo importante es que se oponía al Caos. La Primera Era se dividió a la larga en dos campos: los que buscaban el dominio a través del Caos y los que se oponían. Rasalom era un necromántico de su tiempo, un brillante adepto al Poder Oscuro. Se entregó a él por completo y finalmente se convirtió en el campeón del Caos.

—Y tú elegiste ser el campeón de la Luz… del Bien —terminó ella,

deseando que él respondiese que sí.

—No… no elegí exactamente… Y no puedo decir que el Poder al que sirvo es todo bueno o todo luz. Fui… enlistado por conscripción, se podría decir. Una serie de circunstancias demasiado complejas para explicar ahora, circunstancias que desde entonces han perdido toda traza de significado para mí, me llevaron a verme involucrado con los ejércitos de la Luz. Pronto hallé que me era imposible desentenderme y poco después estaba en la línea frontal, guiándolos. Me fue entregada la espada. Su hoja y empuñadura fueron forjadas por una raza de seres pequeños, extinta desde hace

mucho. Fue creada con un propósito: destruir a Rasalom. Llegó la batalla final entre las fuerzas contendientes: Armagedón, Ragnarok, todas las batallas del día del juicio final unidas en una sola. El cataclismo resultante: terremotos, tormentas de fuego, olas gigantes, borró todo rastro de la Primera Era del hombre. Sólo algunos humanos quedaron para comenzar todo de nuevo.

—¿Y qué hubo de los Poderes?

—Aún existen. —Glenn se encogió de hombros—. Pero después del cataclismo, su interés decayó. No quedaba mucho para ellos en un mundo arruinado cuyos habitantes retornaban al salvajismo. Volvieron su atención hacia

otra parte, mientras Rasalom y yo luchábamos por todo el mundo y todo el tiempo. Ninguno logró ventaja durante mucho tiempo, ninguno enfermó ni envejeció. Y en algún momento durante eso, perdimos algo…

Bajó la vista al roto pedazo de espejo que había caído de la caja de la hoja y estaba ahora cerca de sus rodillas.

—Levanta eso contra mi cara —le pidió a Magda.

Ella levantó el fragmento y lo puso junto a su mejilla.

—¿Cómo me veo en él? —inquirió Glenn.

Magda miró el vidrio… y lo soltó

con un pequeño grito. ¡El espejo estaba vacío! ¡Tal como papá dijera sobre Rasalom!

¡El hombre que amaba no se reflejaba!

—Nuestros reflejos fueron robados por los Poderes a los que servimos, quizá como un recuerdo constante a Rasalom y a mí de que nuestras vidas ya no nos pertenecen.

Su mente pareció vagar por un momento y luego continuó:

—Es extraño no verse en un espejo o en un charco de agua. Uno nunca se acostumbra —sonrió tristemente—. Creo que se me ha olvidado mi apariencia.

—¿Glenn…? —murmuró Magda sintiendo que su corazón se lanzaba hacia él.

—Pero nunca dejé de perseguir a Rasalom —siguió diciendo después de recobrarse—. Siempre que había noticias de carnicerías y muerte, yo lo hallaba y lo alejaba. Pero mientras la civilización se reconstruyó gradualmente, Rasalom se volvió más ingenioso para desarrollar sus métodos. Siempre estaba esparciendo la muerte y la desgracia de cualquier modo que pudiese y, en el siglo catorce, cuando viajó de Constantinopla a través de toda Europa, dejando ratas infestadas por la plaga en todas las ciudades a su paso…

—¡La Muerte Negra!

—Sí. Hubiera sido una epidemia menor sin Rasalom; pero, como sabes, se convirtió en una de las mayores catástrofes de la Edad Media. Fue entonces cuando supe que debía encontrar un modo de detenerlo antes de que él inventara algo más odioso. Y si yo hubiese hecho bien el trabajo, ninguno de nosotros dos estaría aquí ahora.

—Pero ¿cómo puedes culparte? ¿Cómo puede ser tu culpa la fuga de Rasalom? Los alemanes lo liberaron.

—¡Él debía estar *muerto*! Pude matarlo hace medio milenio, pero no lo hice. Vine aquí buscando a Vlad el

Empalador. Había oído de sus atrocidades y encajaban en los patrones de Rasalom. Esperé encontrarlo fingiendo ser Vlad. Pero estaba equivocado. Vlad era sólo un demente bajo la influencia de Rasalom, alimentando la fuerza de éste a través del empalamiento de miles de inocentes. Pero aun en sus peores momentos, Vlad no podía compararse a una décima parte de lo que está ocurriendo todos los días en los campos de exterminio de hoy. Construí la fortaleza y engañé a Rasalom con un señuelo para que entrara. Lo contuve con el poder de la empuñadura y lo encerré en la pared del sótano donde permanecería para siempre —

suspiró—. Al menos, pensé que sería para siempre. Pude matarlo entonces, debí matarlo entonces, pero no lo hice.

—¿Por qué no?

Glenn mantuvo los ojos cerrados durante un largo tiempo.

—No es fácil decirlo… pero tuve miedo —respondió al fin—. Verás, he seguido viviendo como un contrapeso de Rasalom. Pero ¿qué ocurrirá cuando finalmente alcance la victoria y lo mate? Cuando se extinga su amenaza, ¿qué sucederá conmigo? He vivido durante lo que parecen ser eones, pero nunca me he cansado de la vida. Puede ser difícil de creer, mas siempre hay algo nuevo —afirmó. Abrió los ojos de nuevo y miró

fijamente a Magda—. Siempre. Sin embargo, temo que Rasalom y yo seamos una pareja, y la existencia continuada de uno dependa del otro. Yo soy Yang de su Yin. No estoy listo para morir aún.

—¿Puedes morir? —inquirió Magda. Tenía que saberlo.

—Sí. Se requiere mucho para matarme, pero puedo morir. Las heridas que recibí anoche hubieran acabado conmigo si no me hubieses traído la hoja. Fui tan lejos como pude… habría muerto aquí de no ser por ti. —Sus ojos se posaron en ella durante un momento y luego miró hacia la fortaleza—. Probablemente, Rasalom cree que estoy

muerto. Eso podría resultarme ventajoso.

Magda quiso arrojar los brazos a su cuello, pero no pudo obligarse a tocarlo de nuevo todavía. Al menos, ahora entendía la culpabilidad que había visto en su cara en momentos de descuido.

—No vayas allá, Glenn.

—Llámame Glaeken —pidió suavemente—. ¡Ha pasado tanto tiempo desde que alguien me llamó por mi nombre real!

—Muy bien… Glaeken —repitió sintiendo que la palabra le sabía bien en la boca, como si decir su verdadero nombre la uniera más firmemente a él. Pero quedaban aún muchas preguntas sin

respuesta—. ¿Qué hay de esos libros terribles? ¿Quién los ocultó aquí?

—Yo fui. Pueden ser peligrosos en las manos equivocadas, pero no pude dejar que fueran destruidos. Toda clase de conocimiento, especialmente sobre el mal, debe ser conservada.

Había otra pregunta que Magda dudaba en hacer. Mientras él hablaba se dio cuenta que le resultaba poco importante cuan viejo fuese, eso no cambiaba al hombre que había llegado a conocer. Pero ¿qué sentía hacia ella?

—¿Y qué hay de mí? —preguntó al fin—. Nunca me dijiste… —Deseaba preguntarle si ella era sólo un alto en el camino, otra conquista. ¿Era el amor que

sintió en él y vio en sus ojos, sólo un truco aprendido? ¿Era acaso *capaz* de sentir amor todavía? Ella no podía mencionar esas ideas. Incluso pensar en ellas era doloroso.

—¿Me hubieras creído si te lo hubiese dicho? —interpuso Glaeken como si pudiera leer sus pensamientos.

—Pero ayer…

—Te amo, Magda —afirmó, extendiéndose para tomar su mano—. ¡He estado cerrado tanto tiempo! Tú me alcanzaste. Nadie pudo hacerlo durante largo tiempo. Puedo ser más viejo que cualquier persona o cosa que hayas imaginado, pero aún soy un hombre. Eso nunca me fue quitado.

Lentamente, Magda puso los brazos alrededor de sus hombros, sosteniéndolo suave pero firmemente. Quería retenerlo en este sitio, afirmarlo aquí, donde estaría a salvo, fuera de la fortaleza.

—Ayúdame a ponerme en pie, Magda —le susurró al oído después de un largo momento—. Debo detener a tu padre.

Magda supo que debía ayudarlo aun cuando temiera por él. Tomó su brazo y trató de levantarlo, pero sus rodillas se doblaron varias veces. Finalmente, él se desplomó en el suelo y lo golpeó con un puño cerrado.

—¡Necesito más tiempo!

—Yo iré —afirmó Magda,

preguntándose a medias de dónde venían esas palabras—. Puedo encontrar a mi padre en la puerta.

—¡No! ¡Es muy peligroso!

—Puedo hablarle. Él me escuchará.

—Está más allá de toda razón ahora. Escuchará sólo a Rasalom.

—Debo intentarlo. ¿Se te ocurre alguna idea mejor?

Glaeken no habló.

—Entonces, iré —anunció. Deseó poder permanecer en pie y arrojar la cabeza hacia atrás para mostrarle que no tenía miedo. Pero estaba aterrorizada.

—No cruces el umbral —le advirtió Glaeken—. Hagas lo que hagas, no entres a la fortaleza. ¡Es ahora dominio

de Rasalom!

Lo sé, pensó Magda mientras empezaba a correr hacia la calzada. Y no puedo permitir que papá pase a este lado tampoco… al menos no, si lleva la empuñadura de la espada.

Cuza esperaba no necesitar la linterna cuando llegara al nivel del sótano, pero las luces eléctricas estaban muertas. Descubrió, sin embargo, que el corredor no se hallaba completamente oscuro. Había puntos resplandecientes en las paredes. Se acercó a mirar y vio que las imágenes del talismán parecido a una cruz, que estaban incrustadas en las

paredes, brillaban tenuemente. Se hacían más luminosas cuando él se acercaba y disminuían al alejarse, respondiendo al objeto que él llevaba.

Theodor Cuza caminó por el corredor central en un estado de reverencia. Nunca había sido tan real para él lo sobrenatural. Jamás podría ver como antes el mundo o la existencia misma. Pensó en cuan autosuficiente se sintió, creyendo haberlo visto todo, sin percatarse de los cubreojos que limitaban su campo visual. Bien, ahora los cubreojos habían desaparecido y se presentaba todo un mundo nuevo a su alrededor.

Oprimió más fuertemente el talismán

contra el pecho, sintiéndose cerca de lo sobrenatural… y, sin embargo, lejos de su Dios. Pero, bien, ¿qué había hecho Dios por su Pueblo Elegido? ¿Cuántos miles, millones habían muerto en los últimos años invocando su nombre sin obtener respuesta?

Pronto habría una respuesta y Theodor Cuza estaba ayudando a encontrarla.

Mientras subía hacia el patio sintió un aguijonazo de ansiedad e hizo una pausa a mitad del camino. Vio plumas de niebla derramándose escaleras abajo como miel blanca, mientras sus pensamientos giraban.

Su momento de triunfo personal se

acercaba. Finalmente podía *hacer* algo, adoptar un papel activo contra los nazis. ¿Por qué entonces este sentimiento de que no todo estaba bien? Tenía que admitir que le molestaban algunas dudas sobre Molasar, pero nada específico. Todas las piezas encajaban…

¿En realidad encajaban? No pudo evitar el sentir que la forma del talismán le incomodaba. Estaba demasiado cerca de la forma de la cruz que Molasar temía tanto. Pero quizá ése era el modo en que Molasar lo protegía, haciéndolo semejante a un objeto sagrado para alejar a sus perseguidores de su pista, así como lo había hecho con la fortaleza. Pero también estaba la aparente

reticencia de Molasar a manipular el talismán y su insistencia en que Cuza se hiciera cargo de inmediato. Si el talismán era tan importante para Molasar, si era la fuente de todo su poder, ¿por qué no trataba de hallar él mismo un lugar donde esconderlo?

Lenta y mecánicamente subió los últimos escalones hacia el patio. Al llegar arriba entrecerró los ojos ante la desacostumbrada luz gris previa al amanecer y encontró la respuesta a sus preguntas: la luz del sol. ¡Por supuesto! ¡Molasar no podía trasladarse de día y necesitaba a alguien que pudiera hacerlo! Qué alivio era borrar sus dudas. La luz del sol lo explicaba todo.

Mientras sus ojos se ajustaban a la creciente luz, miró hacia la puerta a través de la brumosa ruina que era el patio y vio a una figura de pie allí, esperando. Durante un solo momento aterrorizante creyó que uno de los centinelas había escapado a la matanza; luego, vio que la figura era demasiado pequeña y delgada para pertenecer a un soldado alemán.

Era Magda. Corrió hacia ella, lleno de regocijo.

Desde el umbral de la fortaleza, Magda miró hacia el patio completamente silencioso y desierto pero con señales

de batalla en todas partes: agujeros de bala en la tela y metal de los autos plataforma, parabrisas estrellados, cicatrices de viruela en los bloques de piedra de las paredes y humo que salía de los restos destrozados de los generadores. Nada se movía. Se preguntó qué terreno habría bajo la niebla que flotaba a una rodilla de profundidad sobre el piso del patio.

También se preguntó qué estaba haciendo aquí, temblando en el frío de antes del amanecer, esperando a papá, que podía o no llevar el futuro del mundo en sus manos. Ahora que tenía un momento silencioso para pensar, para considerar todo lo que Glenn-Glaeken le

había dicho, la duda comenzó a abrirse paso en su mente. Las palabras susurradas en la oscuridad perdieron su impacto con la llegada del día. Fue fácil creerle a Glaeken mientras escuchaba su voz y miraba sus ojos. Pero ahora, lejos de él, de pie aquí, sola, esperando… se sintió insegura.

Era una locura… fuerzas inmensas, invisibles, desconocidas… Luz… Caos… ¡en lucha por el control de la humanidad! ¡Era absurdo! ¡Era producto de la fantasía, del sueño trastornado de un fumador de opio!

Y sin embargo…

… estaba Molasar o Rasalom o como se llamara realmente. Él no era un

sueño, ciertamente era más que humano, ciertamente estaba más allá de cualquier cosa que ella hubiera experimentado o deseara experimentar de nuevo. Y ciertamente era malévolo. Lo supo desde la primera vez que la tocó.

Y estaba Glaeken —si *ése* era su verdadero nombre—, que no parecía malévolo pero que bien podía estar loco. Era real y tenía una espada que resplandecía y curaba heridas suficientes para matar a una veintena de hombres. Había visto eso con sus propios ojos. Y no producía reflejo…

Quizá era ella quien estaba loca.

Pero ella no estaba loca. Si el mundo realmente se encontraba al borde

del abismo, aquí en este remoto paso de una montaña… ¿en quién iba a confiar? ¿Confiar en Rasalom, que admitió, confirmado por Glaeken, que estuvo encerrado en una especie de limbo durante cinco siglos y, ahora que estaba libre, prometía dar fin a Hitler y a sus atrocidades? ¿O confiar en el hombre pelirrojo que se había convertido en el amor de su vida, pero que le mintió sobre tantas cosas, incluyendo su nombre? ¿Al que su propio padre acusaba de ser un aliado de los nazis?

¿Por qué todo viene a depender de mí?

¿Por qué tenía que ser ella quien eligiera, cuando todo era tan confuso?

¿A quién creerle? ¿Al padre en el que confiara toda su vida, o al extraño que había liberado una parte de ella que ni siquiera sabía que existía? ¡No era justo!

Suspiró. Pero nadie dijo jamás que la vida fuera justa.

Tenía que decidir. Y pronto.

Las palabras de Glenn cuando ella partió volvieron a su mente: *Hagas lo que hagas no entres a la fortaleza. ¡Es ahora dominio de Rasalom!* Pero sabía que tendría que entrar. El aura maligna que rodeaba a la fortaleza hizo que el simple hecho de caminar para cruzar la calzada fuera un esfuerzo. Ahora tenía que sentir cómo era por dentro. Le

ayudaría a decidir.

Lentamente introdujo un pie y luego lo retiró. El sudor había empezado a brotar por todo su cuerpo. No quería hacer esto, empero las circunstancias no le permitían elegir. Apretando los dientes cerró los ojos y cruzó el umbral.

La maldad estalló en toda ella, dejándola sin aliento, formando un nudo en su estómago y haciéndola trastabillar ebriamente. Era más poderosa, más intensa que nunca. Su decisión vaciló; desesperadamente deseó salir de nuevo. Luchó contra el impulso, forzando su voluntad para soportar la tormenta de malicia que se abatía a su alrededor. El aire mismo que respiraba, confirmó lo

que ella sabía desde el principio: nada bueno podría venir nunca del interior de la fortaleza.

Y era aquí, dentro del umbral, donde tendría que encontrarse con papá. Y detenerlo si llevaba la empuñadura de una espada.

Su mirada fue atraída por un movimiento al otro lado del patio. Papá emergió de la entrada del sótano. Permaneció quieto un momento mirando a su alrededor, y luego la vio y corrió hacia ella. Después de ajustarse a la visión de su padre, antes inválido y ahora corriendo, vio que sus ropas estaban manchadas de tierra. Llevaba una especie de paquete algo pesado y

envuelto descuidadamente.

—¡Magda! ¡Lo tengo! —exclamó jadeante al detenerse ante ella.

—¿Qué tienes, papá? —preguntó escuchando su voz plana y mecánica. Temía la respuesta.

—¡El talismán de Molasar, la fuente de su poder!

—¿Se lo robaste?

—No. Me lo dio. Debo encontrar un lugar seguro para ocultarlo mientras él va a Alemania.

Magda sintió un frío interior. Papá estaba extrayendo un objeto de la fortaleza, tal como Glaeken dijo.

—Déjame verlo —pidió. Tenía que saber cómo era.

—No hay tiempo para eso ahora. Tengo que…

Dio un paso lateral para rodearla, pero ella se puso frente a él, bloqueándolo, manteniéndolo dentro de la fortaleza.

—Por favor —le suplicó—. ¿Me lo enseñas?

Él dudó, estudiando su cara con expresión inquisitiva, y después retiró la envoltura y le mostró lo que llamaba «el talismán de Molasar».

Magda escuchó cómo jaló aire al verlo. ¡*Oh, Dios*! Era pesado y parecía ser de oro y plata, exactamente como las cruces que estaban por toda la fortaleza. E incluso había una muesca en su parte

superior, del tamaño justo para aceptar el perno que viera en el extremo de la hoja de la espada de Glaeken.

Era la empuñadura de la espada de Glaeken. La empuñadura… la llave de la fortaleza… la única cosa que protegía al mundo de Rasalom.

Magda permaneció allí, contemplándola mientras su padre decía algo que no pudo escuchar. Las palabras no le llegaban. Sólo podía oír la descripción que Glaeken hizo de lo que le ocurriría al mundo si se permitía a Rasalom escapar de la fortaleza. Todo en su interior la hacía sentir repugnancia hacia la decisión que confrontaba, pero no tenía elección. Debía detener a su

padre… a cualquier costo.

—Vuelve, papá —pidió, buscando en sus ojos algún resto del hombre a quien había querido tan intensamente toda su vida—. Déjala en la fortaleza. Molasar te ha estado mintiendo todo el tiempo. Ésa no es la fuente de su poder… ¡es la única cosa que puede *resistir* su fuerza! ¡Él es el enemigo de todo lo que hay en el mundo! ¡No puedes liberarlo!

—¡Ridículo! ¡Él ya está libre! ¡Y es un aliado… mira lo que ha hecho por mí! ¡Puedo caminar!

—Pero sólo hasta el otro lado de la puerta… ¡él no puede salir de aquí en tanto la empuñadura permanezca dentro

de los muros!

—¡Mentiras! ¡Molasar va a matar a Hitler y a suprimir los campos de exterminio!

—¡Se alimentará de los campos de exterminio, papá! —exclamó, pero era como hablarle a un hombre sordo—. Por una vez en tu vida, escúchame! ¡Confía en mí! ¡Haz lo que te digo! ¡*No saques esa cosa de la fortaleza*!

—¡Déjame pasar! —ordenó, ignorándola y avanzando.

Magda puso las manos sobre su pecho, afirmándose para desafiar al hombre que la había criado, enseñándole tanto, dándole tanto.

—¡Escúchame, papá!

—¡No!

Magda apoyó los pies con toda su fuerza, haciendo que retrocediera tambaleante. Se odió a sí misma por hacerlo, pero él no le dejaba otra elección. No debía verlo como un inválido; estaba bien ahora, fuerte y tan decidido como ella.

—¿Golpeas a tu propio padre? —reprochó con voz ronca y baja. La sorpresa y la furia enturbiaron su cara —. ¿Es esto lo que una noche de brama con tu amante pelirrojo te ha hecho? ¡Soy tu padre! ¡Te ordeno me dejes pasar!

—No, papá —repuso con los ojos llenándosele de lágrimas. Nunca antes

se había atrevido a enfrentarse así a él, pero tenía que llevar esto hasta el fin, tanto por el bien de ambos como por el de toda la humanidad.

La visión de sus lágrimas pareció desconcertarlo. Por un instante sus facciones se suavizaron y de nuevo fue el mismo. Abrió la boca para hablar y la cerró con un golpe. Gruñendo con furia, saltó hacia adelante blandiendo la empuñadura contra la cabeza de su hija.

Rasalom esperaba en la cámara subterránea, inmerso en la oscuridad, rodeado de un silencio que sólo se veía roto por el sonido de las ratas

arrastrándose sobre los cadáveres de los dos oficiales, que él permitió que se desplomaran después de que el inválido partió con la maldita empuñadura. Pronto estaría fuera de la fortaleza y él sería libre de nuevo.

Pronto su hambre sería satisfecha. Si lo que el inválido le dijo, y lo que oyó de algunos soldados alemanes durante su estancia en la fortaleza parecía confirmarlo, Europa estaba convertida ahora en una alcantarilla de miseria humana. Eso significaba que después de milenios de lucha, después de tantas derrotas a manos de Glaeken, su destino se cumpliría al fin. Temió que todo estuviera perdido cuando Glaeken lo

atrapó en esta prisión de piedra, pero al final había prevalecido. La ambición humana lo liberó de la pequeña celda que lo retuvo durante cinco siglos. El odio y el ansia de poder humanos estaban a punto de darle el poder para convertirse en amo del globo.

Esperó. Su hambre permanecía incólume. El esperado oleaje de energía no llegaba. Algo andaba mal. El inválido podía haber pasado ya por la puerta dos veces. ¡Tres veces!

Algo había salido mal. Dejó que sus sentidos se extendieran por la fortaleza hasta que sintió la presencia de la hija del inválido. Ella debía ser la causa de la demora. Pero ¿por qué? No podía

saber…

… a menos que Glaeken le hubiese hablado de la empuñadura antes de morir.

Rasalom hizo una pequeña seña con la mano izquierda y tras él, en la oscuridad, los cadáveres del mayor Kaempffer y el capitán Woermann empezaron a esforzarse para incorporarse de nuevo y quedar rígidamente de pie, esperando.

En una furia total, Rasalom salió de la cámara. Sería fácil manejar a la hija. Los dos cuerpos se tambalearon tras él. Y ellos fueron seguidos por un ejército de ratas.

Magda vio con asombro abismal cómo la empuñadura de oro y plata volaba hacia su cabeza con fuerza destructiva. Nunca se le ocurrió que papá pudiera tratar de dañarla realmente. Sin embargo, estaba apuntando un golpe mortal a su cráneo. Sólo un reflejo instintivo de autoconservación la salvó: retrocedió en el último momento y luego se lanzó de cabeza contra su padre, arrojándolo al suelo mientras trataba de recuperar el equilibrio después de su salvaje intento de golpearla. Cayó sobre él, intentando coger la cruceta, aferrándose a ella por fin con una mano y girándola hasta que papá la soltó.

Empezó a arañarla como un animal, desgarrando la piel de sus brazos y tratando de jalarla hasta que la empuñadura estuviera de nuevo a su alcance.

—¡Dámelo! —le gritaba a Magda—. ¡Dámelo! ¡Vas a arruinarlo todo!

Magda se incorporó y retrocedió hacia un lado del arco de la puerta, sosteniendo la empuñadura con ambas manos por la pieza de oro. Estaba demasiado cerca del umbral, pero había logrado mantener la empuñadura dentro de los límites de la fortaleza.

Él se puso en pie trabajosamente y corrió hacia ella con la cabeza baja y los brazos extendidos. Magda evitó la

colisión, pero él alcanzó a tomarla por el codo, haciéndola girar. De pronto estaba sobre ella, golpeándola en la cara y chillando incoherentemente.

—¡Detente, papá! —gritó, pero él pareció no escucharla. Era como una bestia salvaje. Mientras lanzaba sus sucias uñas hacia los ojos de ella, Magda balanceó la empuñadura hacia él; no pensó en lo que estaba haciendo, fue un movimiento automático—. ¡*Detente*!

El sonido del pesado metal golpeando el cráneo de papá le dio náuseas. Atontada, se detuvo y contempló cómo sus ojos giraban tras las gafas y caía a tierra, yaciendo quieto, con los zarcillos de niebla flotando

sobre él.

¿Qué he hecho?

—¿Por qué hiciste que te golpeara? —le gritó a la forma inconsciente—. ¿No pudiste confiar en mí por una vez? ¿Sólo una?

Tenía que sacarlo, unos cuantos pasos más allá del umbral serían suficientes. Pero primero tenía que deshacerse de la empuñadura y ponerla en algún lugar en el interior de la fortaleza. Después trataría de arrastrar a papá para ponerlo a salvo.

Del otro lado del patio estaba la entrada al sótano. Podría arrojar la empuñadura allí abajo. Empezó a correr hacia la entrada, pero se detuvo a medio

camino. Alguien estaba subiendo los escalones.

¡Rasalom!

Él parecía flotar, elevándose desde el sótano como un enorme pez muerto subiría desde el fondo de una laguna estancada. Al verla, sus ojos se convirtieron en esferas gemelas de oscura furia, que la asaltaban y la apuñalaban. Él desnudó los dientes mientras parecía deslizarse, a través de la bruma, hacia ella.

Magda se mantuvo firme. Glaeken le dijo que la empuñadura tenía el poder de oponerse a Rasalom. Se sentía fuerte. Podía enfrentarse a él.

Había movimiento detrás de

Rasalom mientras se acercaba. Dos figuras estaban emergiendo del subsótano, figuras con blancas caras relajadas que seguían a Rasalom mientras éste avanzaba. Magda las reconoció: eran el capitán y ese desagradable mayor. No necesitó mirar más de cerca para saber que estaban muertos. Glaeken le había hablado de los cadáveres ambulantes y ella esperó verlos, pero eso no evitaba que su sangre se enfriara al contemplarlos. Sin embargo, se sentía extrañamente a salvo.

Rasalom se detuvo a unos doce pasos de donde ella estaba y levantó los brazos lentamente hasta que estuvieron extendidos como alas. No sucedió nada

durante un momento. Entonces, Magda vio movimientos en la niebla que cubría el patio y se enroscaba en sus rodillas. A su alrededor, las manos salían de la bruma, seguidas por cabezas y torsos. Como repulsivos crecimientos fungosos que brotaran de la tierra lodosa, los soldados alemanes que ocuparan la fortaleza se levantaban de la muerte.

Magda vio sus cuerpos destruidos, sus gargantas destrozadas y, no obstante, se mantuvo firme Tenía la empuñadura. Glaeken había dicho que ésta podía anular el poder de animación de Rasalom. Ella le creía. ¡Tenía que hacerlo!

Los cadáveres se formaron detrás de

Rasalom, a su derecha e izquierda. Ninguno se movió.

¡Quizá teman a la empuñadura!, pensó Magda con el corazón saltándole. ¡Quizá no puedan acercarse más!

Entonces notó un curioso remolino en la niebla alrededor de los pies de los cadáveres. Bajó la vista. A través de los agujeros en la niebla vislumbró unas formas escurridizas, grises y café. ¡Ratas! La repulsión le cerró la garganta y se extendió por su piel. Comenzó a retroceder. Se movían hacia ella, no en un frente compacto sino en un caótico revoltijo de senderos que se entrecruzaban y de compactos, bullentes cuerpos. Podía enfrentarse a cualquier

cosa, incluso a un muerto ambulante, cualquier cosa excepto a las ratas.

Vio que una sonrisa se extendía por la cara de Rasalom y supo que estaba respondiendo justamente como él lo esperaba, retrocediendo ante su amenaza final y quedando aún más cerca de la puerta de entrada. Trató de detenerse, de hacer que sus piernas se quedaran quietas, pero continuaban alejándola de las ratas.

Las oscuras paredes de piedra se cerraban sobre ella, ya estaba de regreso en el arco de la entrada. Uno o dos metros más y habría atravesado el umbral… y Rasalom quedaría suelto en el mundo.

Magda cerró los ojos y dejó de moverse.

Hasta aquí llegué, se dijo. *Hasta aquí y no más… hasta aquí y no más…* repitiéndolo una y otra vez en la mente, hasta que algo le rozó el tobillo y se apartó velozmente. Algo pequeño y peludo. Otro. Luego, otro. Se mordió el labio para evitar gritar. ¡La empuñadura no funcionaba! ¡Las ratas la estaban atacando! Pronto estarían sobre ella.

Abrió los ojos empavorecida y Rasalom se encontraba ya más cerca, con los ojos sin fondo fijos en ella a través de la brumosa penumbra, su legión de muertos desplazándose en abanico a sus espaldas y las ratas unidas

ante él. Estaba conduciendo a las ratas hacia adelante, forzándolas contra sus pies y tobillos. Magda sabía que iba a estallar y salir corriendo en cualquier momento… podía sentir el terror sobrecogedor crecer en su interior, listo para ahogar y alejar toda su decisión… ¡*La empuñadura no está protegiéndome*! Comenzó a correr y de pronto se detuvo. Las ratas la rozaban pero no la mordían ni la arañaban. La tocaban y después corrían. ¡Era la empuñadura! Porque ella tenía la empuñadura, Rasalom perdía control sobre las ratas tan pronto como la tocaban. Magda encontró valor y se calmó.

No pueden morderme. No pueden tocarme por más de un instante. Su más grande horror era que pudieran trepar por sus piernas. Ahora sabía que no podían. Se mantuvo firme otra vez.

Rasalom debió haber percibido esto. Frunció el ceño e hizo un movimiento con las manos.

Los cadáveres empezaron a moverse nuevamente. Se repartieron a su alrededor, y luego se reunieron formando una pared casi sólida de carne muerta, arrastrando los pies, tropezando, apiñándose hacia donde ella estaba y deteniéndose a unos cuantos centímetros. La miraban con la boca abierta, los rostros sin expresión y vidriosos los

ojos vacíos. No había malevolencia en sus movimientos, ni odio ni un propósito real. ¡Pero estaban tan cerca! Si hubieran estado vivos, su aliento se habría condensado en su rostro. Pero así como estaban, unos cuantos de ellos olían como si ya hubiesen empezado a pudrirse.

Ella cerró los ojos nuevamente, luchando contra el peso que debilitaba sus rodillas y apretando la empuñadura contra sí.

… hasta aquí y no más… hasta aquí y no más… por Glaeken, por mí, por lo que queda de papá, por todos… hasta aquí y no más…

Algo pesado y frío chocó contra

ella. Dio un paso atrás, gritando por la sorpresa y el disgusto. Los cadáveres más cercanos comenzaron a relajarse y a caer contra ella. Otro la golpeó y se vio empujada de nuevo. Se apartó y dejó que su masa fláccida se deslizara a su lado. Magda se dio cuenta de la intención de Rasalom; si no podía asustarla para que saliera de la fortaleza, entonces la empujaría, utilizando la masa física de su ejército muerto. Estaban teniendo éxito. Se hallaban a unos cuantos centímetros a su izquierda.

Cuando más cadáveres la presionaron hacia adelante, Magda hizo un movimiento desesperado. Tomó

firmemente con ambas manos el mango de oro de la empuñadura y lo balanceó en un amplio arco, arrastrándolo contra la carne muerta de los que estaban más cerca de ella.

Brillantes relámpagos de luz y ruidos siseantes brotaron al contacto con los cuerpos; nubes de humo acre, blanco amarillento, se escaparon por sus fosas nasales… y los cadáveres se sacudían espasmódicamente y caían como marionetas con los hilos rotos. Dio un paso adelante, ondeando la empuñadura esta vez en un arco más amplio y de nuevo los relámpagos, el siseo y el súbito aflojamiento.

Hasta Rasalom retrocedió un paso.

Magda permitió que una sonrisa torva y ligera aflorara a sus labios. Ahora, por lo menos tenía lugar para respirar. Poseía un arma y estaba aprendiendo a usarla. Vio que la mirada de Rasalom se desviaba hacia la izquierda y buscó lo que atrajo su atención.

¡Papá! Había recuperado la conciencia y se hallaba de pie, apoyándose contra la pared del arco de la entrada. Sobrecogió a Magda ver el delgado hilo de sangre que escurría por un lado de su cara, sangre del golpe que ella le lanzara.

—¡Tú! —gritó Rasalom, señalando a papá—. ¡Quítale el talismán! ¡Se ha

unido a nuestros enemigos!

Magda vio que su padre sacudía la cabeza y su corazón saltó con renovada esperanza.

—¡No! —afirmó papá con una voz que era un débil graznido y que, no obstante, se repitió en las paredes de piedra a su alrededor—. ¡He estado mirando! Si lo que ella tiene es verdaderamente la fuente de tus poderes, no me necesitas para reclamarla. ¡Tómala tú mismo!

Magda sabía que nunca había estado tan orgullosa de su padre como en ese momento cuando se enfrentó a la criatura que tratara de despojarlo de su alma. ¡Y había estado tan cerca del éxito! Se

limpió las lágrimas y sonrió, tomando fuerza de papá y devolviéndosela.

—¡Ingrato! —Silbó Rasalom con la cara retorcida por la furia—. ¡Me has fallado! Muy bien. Entonces, ¡bienvenido de regreso a tu enfermedad! ¡Goza con tu dolor!

Papá cayó de rodillas con un gemido ahogado. Sostuvo las manos frente a sí, mirando cómo se tornaban blancas y se cerraban de nuevo en la retorcida deformidad que hasta ayer las había vuelto inútiles. Su espina se curvó y cayó de bruces con un gemido. Lentamente, con la agonía fluyendo por cada poro, su cuerpo se dobló sobre sí mismo. Cuando terminó, quedó

quejándose en una torcida y torturada parodia de la posición fetal.

Magda se adelantó hacia él gritando con horror:

—¡Papá! —Casi podía sentir su dolor ella misma.

Sin embargo, él lo soportó todo sin pedir misericordia. Esto pareció incitar a Rasalom a ir más lejos. En medio de un coro de chillidos penetrantes, las ratas avanzaron como una ola parda que se deslizaba alrededor de papá y luego subía por él, desgarrándolo implacables con pequeños dientes afilados como navajas de afeitar.

Magda olvidó su repulsión y se apresuró a llegar a su lado, golpeando a

las ratas con la empuñadura y dando palmetazos para retirarlas con la mano libre. Pero cada vez que alejaba a unas cuantas, más grupos de pequeñas mandíbulas se apresuraban para enrojecerse a sí mismas en la carne de papá. Ella gritó, sollozó y llamó a Dios en todos los lenguajes que conocía.

La única respuesta provino de Rasalom, como un tentador susurro a sus espaldas.

—¡Arroja la empuñadura por la puerta y lo salvarás! ¡Retira esa cosa de estas paredes y él vivirá!

Magda se obligó a ignorarlo, pero en lo profundo de sí misma percibió que Rasalom había ganado. No podía

permitir que este horror continuara; ¡papá estaba siendo devorado vivo por los asquerosos bichos! Y ella parecía ser impotente para salvarlo. Había perdido. Tendría que rendirse.

Pero todavía no. Las ratas no la mordían a ella, sólo a papá.

Se extendió sobre su padre, cubriéndole el cuerpo con el suyo y apretando la empuñadura entre ambos.

—¡Morirá! —murmuró la odiosa voz—. Morirá y no habrá a quién culpar más que a ti. ¡Es tu culpa! Todos ustedes…

Las palabras de Rasalom se interrumpieron súbitamente cuando su voz subió hasta volverse un chillido: un

sonido lleno de ira, miedo e incredulidad.

—¡TÚ!

Magda giró la cabeza hacia arriba y vio a Glaeken, débil, pálido, cubierto de sangre seca, apoyándose contra la puerta de la fortaleza a unos cuantos metros.

—Sabía que vendrías.

Pero, por su apariencia, parecía un milagro que hubiera logrado atravesar la calzada. Nunca podría enfrentarse a Rasalom en su condición actual.

Y, sin embargo, estaba aquí. Llevaba la hoja de la espada en una mano y tenía la otra extendida hacia Magda. No eran necesarias las palabras. Sabía a lo que había venido él y lo que ella debía

hacer. Se alejó de papá y depositó la empuñadura en la mano de Glaeken.

En algún sitio a sus espaldas, Rasalom estaba gritando:

—¡Nooooo!

Glaeken le sonrió débilmente a Magda y luego, con un solo movimiento suave y rápido, puso contra el suelo la punta y metió el extremo de la empuñadura en el perno. Al deslizarse en su lugar con un sólido sonido raspante, se produjo un destello de luz más brillante que el sol en el solsticio de verano, insoportablemente deslumbrante, extendiéndose en una bola desde Glaeken y su espada, para ser captado y amplificado por las imágenes

de la empuñadura incrustadas en toda la fortaleza.

La luz golpeó a Magda como la llamarada de un horno, buena y limpia, seca y caliente. Las sombras desaparecieron mientras todo lo que estaba a la vista se vio delineado en una cegadora luz blanca. La niebla se fundió como si nunca hubiera existido. Las ratas salieron huyendo en todas direcciones. La luz pasó como una guadaña por los cadáveres que estaban de pie, derribándolos como manojos de trigo seco. Incluso Rasalom se alejó bamboleante, cubriéndose el rostro con ambos brazos.

El verdadero amo de la fortaleza

había regresado.

La luz se desvaneció lentamente, regresando a la espada, y pasó un momento antes de que Magda pudiera ver de nuevo. Cuando pudo hacerlo, allí estaba Glaeken, con las ropas todavía desgarradas y sangrantes. Mas el hombre en su interior se había renovado. Toda la fatiga, toda la debilidad, todas las heridas se habían alejado. Otra vez era un hombre entero que irradiaba un enorme poder y una resolución implacable. Y sus ojos se veían tan fieros, tan terribles en su determinación, que ella se alegró de ser su amiga y no su adversaria. Éste era el hombre que siglos antes guió las fuerzas de la Luz

contra el Caos… el hombre que amaba.

Glaeken sostuvo ante él la espada ensamblada con las runas girando y haciendo cascadas en la hoja. Sus brillantes ojos azules se volvieron hacia Magda y la saludó con la espada.

—Gracias, señora mía —declaró suavemente—. Sabía que tenías valor, pero nunca soñé cuánto.

Magda resplandeció con su elogio. *Señora mía… me llamó su señora.*

—Sácalo por la puerta —ordenó Glaeken haciendo un gesto hacia papá —. Haré guardia hasta que estés a salvo en la calzada.

Las rodillas de Magda temblaron cuando se puso de pie. Una rápida

mirada a su alrededor le reveló docenas de cuerpos caídos. Rasalom había desaparecido.

—¿Dónde…?

—Lo encontraré —afirmó Glaeken —. Pero primero debo verte donde sé que estarás a salvo.

Magda se inclinó y tomó a papá por los brazos, arrastrando su cuerpo, conmovedoramente ligero, los pocos metros que necesitaron para cruzar el umbral y llegar a la calzada. Su respiración era superficial. Estaba sangrando por un millar de pequeñas heridas. Comenzó a frotarlas suavemente con su falda.

—Adiós, Magda.

Era la voz de Glaeken y tenía una terrible nota de finalidad. Levantó los ojos para ver que la contemplaba con una expresión de infinita tristeza en el rostro.

—¿Adiós? ¿A dónde vas?

—A terminar una guerra que debió haber finalizado siglos antes. —Se le quebró la voz—. Quisiera…

—Vas a regresar a mí, ¿no es cierto? —Apuró ella. El terror la oprimió.

Glaeken se volvió y caminó hacia el patio.

—¿Glaeken?

Él desapareció en las fauces de la torre. El grito de ella fue mitad aullido, mitad sollozo.

—¡Glaeken!

29

Había oscuridad en el interior de la torre. Era más que una sombra, era la negrura que sólo Rasalom podía generar. Envolvió a Glaeken, pero éste no estaba completamente indefenso ante ella. Su espada rúnica comenzó a resplandecer con una pálida luz azul tan pronto como cruzó la entrada de la torre. Las imágenes de la empuñadura, incrustadas en las paredes, respondieron inmediatamente a la presencia de la original y se iluminaron con un fuego

blanco y amarillo que pulsaba lenta, tenuemente, como siguiendo el cadencioso ritmo de un enorme y lejano corazón.

El sonido de la voz de Magda siguió a Glaeken al interior y él se detuvo al pie de las escaleras de la torre, tratando de bloquear el dolor que percibió cuando ella gritó su nombre, sabiendo que si lo escuchaba, flaquearía. Debía aislarse de él, del mismo modo que tenía que cortar a la fortaleza de todos los demás nexos con el mundo exterior. Ahora sólo estaban aquí Rasalom y él. Sus milenios de conflicto terminarían hoy. Él se encargaría de eso.

Dejó que el poder de la

resplandeciente espada lo invadiera. Era bueno tenerlo de nuevo, como reunirse con una parte perdida de su cuerpo. Pero incluso el poder de la espada no podía llegar al creciente nudo de desesperación fundido en lo más profundo de sí mismo.

No iba a ganar hoy. Aunque tuviese éxito al matar a Rasalom, la victoria le costaría todo… pues ésta eliminaría el propósito de su existencia continuada. Ya no sería de ninguna utilidad al Poder al que servía.

Si es que podía derrotar a Rasalom…

Lanzó todas esas ideas tras él. Ésta no era la forma de entrar en combate.

Tenía que centrar su mente en la victoria, ése era el único modo de ganar. Y debía ganar.

Miró a su alrededor. Percibió que Rasalom se encontraba en algún lugar allá arriba. ¿Por qué? No había salida por allí.

Glaeken subió corriendo los escalones hasta el segundo nivel y se detuvo, alerta, cauteloso, con los sentidos tensos. Todavía podía sentir a Rasalom arriba de él, lejos y, no obstante, el aire se notaba denso por el peligro. Las réplicas de la empuñadura pulsaban sin brillo en las paredes, como fanales cruciformes en una niebla negra. A corta distancia, a su derecha, vio el

contorno difuso de los escalones que llevaban al tercer nivel. Nada se movía.

Empezó a subir el siguiente grupo de escalones y se detuvo. Repentinamente hubo movimiento a su alrededor. Mientras miraba, una multitud de formas oscuras se levantó del piso y de los rincones oscuros. Glaeken giró a izquierda y derecha, contando rápidamente a una docena de cadáveres alemanes.

Vaya… Rasalom no estaba solo cuando retrocedió.

Cuando los cadáveres se abalanzaron sobre él, Glaeken se afianzó en la siguiente sección de escaleras situada a su espalda, y se preparó para

enfrentarlos. No lo asustaban, conocía el alcance y los límites de los poderes de Rasalom y estaba familiarizado con todos sus trucos. Esos montones animados de carne muerta no podían hacerle daño.

Pero lo intrigaban. ¿Qué esperaba ganar Rasalom con esta desagradable diversión?

Sin esfuerzo consciente de su parte, el cuerpo de Glaeken se preparó para la batalla, con las piernas separadas, la derecha ligeramente atrás de la izquierda y la espada lista ante él, asida con ambas manos, mientras los cadáveres se acercaban. No tenía que pelear con ellos, pues sabía que podía

pasearse entre sus filas y hacer que cayeran en todas direcciones, simplemente con tocarlos. Pero eso no era suficiente para él. Su instinto guerrero exigía que los atacara, y Glaeken cedió gustosamente a esa exigencia. Anhelaba golpear con su espada cualquier cosa relacionada con Rasalom. Estos alemanes muertos alimentarían el fuego necesario para la confrontación final con su amo.

Los cadáveres ganaron impulso y ahora estaban en un cada vez más cerrado semicírculo de formas turbias que corrían hacia él, con los brazos extendidos y las manos como garras. Cuando el primero estuvo a su alcance,

Glaeken empezó a blandir la espada en arcos cortos y tirando tajos, cortando un brazo a su derecha y cercenando una cabeza a su izquierda. Cada vez que la hoja hacía contacto, un destello blanco recorría la espada, un siseo y un silbido se abrían paso sin esfuerzo a través de la carne muerta, y un rizo de grasoso humo amarillento salía de la herida, elevándose, cuando cada cadáver se aflojaba y caía al piso.

Glaeken giró y balanceó la espada de nuevo, con la boca retorciéndosele ante la condición de pesadilla de la escena que lo rodeaba. No lo desconcertaba el pálido vacío en las caras que se acercaban, grises bajo la

luz, ni el olor de ellos. Era el *silencio*. No había órdenes de los oficiales, ni gritos de dolor o furia, ni sed de sangre. Sólo pies que se arrastraban, el sonido de su propia respiración y el siseo de la espada cuando cumplía su cometido.

Esto no era una batalla. Esto era cortar carne. Sólo estaba añadiendo algo a la carnicería que los alemanes hicieron en las horas pasadas. Sin embargo, seguían aproximándose a él, impávidos, impertérritos, los de atrás empujando a los que estaban más cerca de Glaeken, siempre cerrando el anillo.

Con la mitad de los cadáveres apilados a sus pies, Glaeken dio un paso atrás a fin de tener más lugar para girar.

Su talón tropezó con uno de los cuerpos caídos y comenzó a tambalearse hacia atrás, perdiendo el equilibrio. En ese instante percibió un movimiento hacia él. Asombrado alzó la vista para encontrar que dos cadáveres bajaban por las escaleras que conducían al siguiente nivel. No había tiempo para esquivarlos. Su peso combinado lo golpeó con fuerza aturdidora y lo arrojó al piso. Antes de poder quitárselos de encima, los cadáveres restantes estaban sobre él, apilándose uno sobre otro y enterrando a Glaeken bajo media tonelada de carne muerta.

Permaneció calmado aunque apenas podía respirar bajo el peso. El poco aire

que le llegaba olía a una mezcla de carne quemada, sangre seca y excremento de aquellos cadáveres con heridas en los intestinos. Arqueándose y gruñendo, reunió todas sus fuerzas y obligó a su cuerpo a levantarse a través de la sofocante pila.

Cuando estuvo sobre manos y rodillas, sintió que los bloques de piedra del suelo bajo él comenzaban a vibrar. No supo qué significaba o qué lo provocaba, sólo sabía que tenía que alejarse de allí. Con un último empujón convulso, arrojó lejos los cuerpos que quedaban y saltó hacia los escalones.

Detrás de él se produjo un fuerte crujido y un raspar de piedra contra

piedra. Desde la seguridad de los escalones se volvió y vio desaparecer la sección del piso en donde acababa de estar. Se estremeció y cayó, llevándose en la caída a muchos de los cadáveres. Hubo un choque ahogado cuando las piedras volcadas y la carne golpearon el suelo del primer piso, aterrizando directamente abajo.

Estremeciéndose, se apoyó contra la pared para recuperar el aliento y limpiar de sus fosas nasales el hedor de los cadáveres. Había un motivo detrás de esos intentos por obstaculizar su progreso; Rasalom nunca actuaba sin un propósito, pero ¿cuál era? Mientras Glaeken se volvía para subir al tercer

nivel, otro movimiento atrajo su mirada. En la orilla del agujero, el brazo cortado de uno de los cadáveres comenzó a arrastrarse hacia él, avanzando por el piso, agarrándose con los dedos. Moviendo la cabeza, contrariado, Glaeken continuó subiendo escalones, sus pensamientos recorriendo lo que sabía de Rasalom, tratando de adivinar lo que estaba ocurriendo en su mente retorcida. A medio camino sintió que una lluvia de polvo rozaba su cara. Sin levantar la vista, se pegó a la pared justo a tiempo para evitar el bloque de piedra que caía. Aterrizó con un golpe estremecedor en el lugar que él ocupara un momento antes.

Una mirada hacia arriba le mostró que la piedra se había desgajado de la orilla interna del cubo de la escalera. Rasalom intentaba hacerlo de nuevo. ¿Todavía abrigaría esperanzas de lisiarlo o incapacitarlo? Debería saber que sólo estaba retardando la confrontación final.

Pero el resultado de esa confrontación… eso era todo menos inevitable. En los poderes asignados a cada uno de ellos, Rasalom siempre tuvo la ventaja. Sus principales poderes eran mandar sobre la luz y la oscuridad y hacer que los animales y las cosas inanimadas obedecieran su voluntad. Sobre todo, Rasalom era invulnerable a

los traumas de cualquier clase, de cualquier arma, excepto la espada rúnica de Glaeken.

Glaeken no estaba tan bien armado. Aunque no envejecía ni enfermaba nunca y había sido imbuido de una fiera vitalidad y fuerza suprema, podía sucumbir ante una herida catastrófica. Casi llegó a morir en la cañada. Nunca en todos sus milenios sintió el frío aliento de la muerte tan cerca de la nuca. Había logrado escapar de ella, con la ayuda de Magda.

Ahora la balanza se hallaba casi equilibrada. La empuñadura y la espada estaban reunidas, la espada se encontraba intacta en manos de Glaeken.

Rasalom tenía poderes superiores, pero estaba encerrado en las paredes de la fortaleza; no podía retroceder y planear encontrarse con Glaeken otro día. Tenía que ser ahora. ¡Ahora!

Cautelosamente, Glaeken llegó al tercer nivel. Estaba desierto, nada se movía, nada se escondía en la oscuridad. Mientras atravesaba el descansillo hasta el siguiente nivel, sintió que la torre temblaba. La tierra se estremeció, se partió y cayó casi bajo sus pies, dejándolo presionado contra la pared, con los talones descansando precariamente en el pequeño borde. Miró sobre las puntas de sus pies y vio que el bloque de piedra del suelo que se

desmoronó se estrellaba en el descanso de la escalera, más abajo, produciendo una nube de polvo.

Muy cerca, pensó, permitiéndose respirar de nuevo. *Y sin embargo, no lo suficiente*.

Examinó los restos. Sólo el descansillo había caído. Las habitaciones del tercer nivel todavía estaban intactas detrás de la pared ubicada a su espalda. Se volvió y por el borde recorrió centímetro a centímetro el camino hacia el siguiente grupo de escalones. Cuando pasó junto a la puerta que daba a las habitaciones, ésta se abrió súbitamente y Glaeken se encontró frente a las formas de dos cadáveres

alemanes. Se abalanzaron como uno solo, aflojándose tan pronto como hicieron contacto con él, pero golpeándolo con suficiente fuerza para arrojarlo hacia atrás. Sólo las puntas de sus dedos libres lo salvaron de caer, pues se aferró a la manija de la puerta mientras se columpiaba en un amplio arco sobre el abierto agujero situado más abajo.

La pareja de cadáveres, incapaz de aferrarse a nada, cayó limpia y silenciosamente a los escombros, atravesando la oscuridad.

Glaeken se impulsó al interior de la puerta y descansó. *Demasiado cerca*.

Pero ahora podía aventurar una

adivinanza de lo que su eterno enemigo tenía en mente: ¿esperaba Rasalom empujarlo hacia la abertura y luego hacer caer sobre él toda o parte de la estructura interna de la fortaleza? Si las toneladas de roca que se desplomarían no mataban a Glaeken de una vez por todas, por lo menos lo atraparían.

Podría funcionar, pensó Glaeken, buscando con los ojos más cadáveres que lo esperaran entre las sombras. Y si tenía éxito, Rasalom sería capaz de usar a los cadáveres alemanes a fin de remover suficiente cascajo para exponer la espada. Después de eso, sólo tendría que esperar que algún aldeano o viajero pasara por ahí, alguien a quien pudiera

inducir a llevarse la espada y transportarla a través del umbral. Podría funcionar, pero Glaeken sentía que Rasalom tenía en mente algo más.

Magda miró con miedo y desaliento cuando Glaeken desaparecía en la torre. Anhelaba correr tras él y hacerlo regresar, pero papá la necesitaba ahora más que nunca. Arrancó su corazón y su mente de Glaeken y se inclinó para atender las heridas de su padre.

Eran heridas terribles. A pesar de sus titánicos esfuerzos para detener el flujo, la sangre de papá pronto formó un charco a su alrededor, escurriéndose

entre los maderos de la calzada e iniciando la larga caída hasta el riachuelo que corría abajo.

Sus ojos se abrieron con un aleteo de los párpados y la miró desde una máscara que era horrible en su blancura.

—Magda —murmuró. Ella apenas podía oírlo.

—No hables, papá —le aconsejó—. Guarda tus fuerzas.

—No hay nada que guardar… lo siento…

—¡Shhh! —susurró ella, mordiéndose el labio inferior. *No va a morir, ¡no lo permitiré!*

—Tengo que decirlo ahora. No tendré otra oportunidad.

—Eso no es…

—Sólo quería hacer de nuevo las cosas bien. Eso era todo. No quise dañarte. Quiero que sepas…

Su voz fue sofocada por un profundo estrépito en el interior de la fortaleza. La calzada vibró con la fuerza del estruendo. Magda vio que unas nubes de polvo salían de las ventanas del segundo y tercer niveles de la torre. *¿Glaeken…?*

—He sido un tonto. —Estaba diciendo papá, con la voz aún más débil que antes—. Renegué de nuestra fe y de todo lo demás en lo que creía, incluso de mi propia hija, por sus mentiras. Hasta hice que mataran al hombre que amabas.

—Está bien —lo tranquilizó ella—. ¡El hombre que amo vive aún! Está ahora en la fortaleza. Va a ponerle fin a este horror de una vez por todas.

—Puedo ver en tus ojos lo que sientes por él —murmuró papá tratando de sonreír—… si tienen hijos…

Hubo otro estruendo, mucho más fuerte que el primero. Magda vio que esta vez el polvo surgía de todos los niveles de la torre. Alguien se encontraba en la orilla del techo de la torre. Cuando se volvió hacia papá, sus ojos estaban vidriosos y el pecho quieto.

—¿Papá? —gritó. Lo sacudió. Le golpeó el pecho y los hombros, negándose a creer lo que todos sus

sentidos e instintos le decían—. Papá, ¡despierta! ¡*Despierta*!

Ahora recordaba cómo lo había odiado anoche, cómo había deseado que muriera. Y ahora… ahora quería retractarse de todo, hacer que la escuchara durante un minuto solamente, que la oyera decir que lo perdonaba, que lo amaba y lo veneraba y que nada había cambiado realmente. ¡Papá no podía irse sin dejar que ella le dijera eso!

¡Glaeken! ¡Glaeken sabría qué hacer! Miró hacia la torre y ahora vio dos figuras que se miraban una a otra en el parapeto.

Glaeken subió velozmente los dos pisos siguientes hasta el quinto nivel, evitando las piedras que caían y rodeando agujeros que aparecían súbitamente en los pisos. Desde allí fue una rápida ascensión vertical para salir de la oscuridad y llegar al techo de la torre.

Vio que Rasalom estaba de pie sobre el parapeto en el extremo más alejado del techo, con la capa colgando suelta en el expectante silencio previo al amanecer. Más abajo y detrás de Rasalom yacía el paso Dinu obstruido por la bruma; y detrás de eso, la alta pared oriental del paso, con las crestas

grabadas en fuego por el sol que despertaba, pero que aún no se podía ver.

Glaeken se movió sobre el borde en sentido contrario a las manecillas del reloj, esperando que Rasalom retrocediera.

No lo hizo. En lugar de eso habló en la Lengua Olvidada:

—Así que nuevamente se reduce a nosotros dos, ¿no es así, bárbaro?

Glaeken no respondió. Estaba alimentando su odio, atizando los fuegos de la furia, pensando en lo que Magda había sufrido a manos de Rasalom. Glaeken necesitaba esa furia para asestar el golpe final. No podía

permitirse pensar, escuchar, razonar o titubear. Tenía que golpear. Se había ablandado cinco siglos antes, cuando apresó a Rasalom en vez de matarlo. No sucedería ahora. Este conflicto tenía que hallar su fin.

—Vamos, Glaeken —siguió Rasalom con un tono suave y conciliatorio—, ¿no es tiempo de que le demos fin a esta guerra entre nosotros?

—¡Sí! —aceptó Glaeken hablando a través de apretados dientes. Miró por la calzada y vislumbró la pequeña figura de Magda inclinada sobre su herido padre.

La antigua furia de guerrero lo envolvió, haciéndolo correr los últimos

cuatro pasos con la espada preparada para un golpe decapitante a dos manos.

—¡*Tregua*! —gritó Rasalom agachándose y perdiendo finalmente la serenidad.

—¡No habrá tregua!

—¡La mitad del mundo! ¡Te ofrezco la mitad del mundo, Glaeken! ¡Lo dividiremos en partes iguales y podrás conservar la que quieras! La otra mitad será mía.

—¡No! —Rechazó Glaeken después de detenerse un momento. Levantó la espada de nuevo—. ¡No habrá medias partes esta vez!

—¡Mátame y sellarás tu destino! —amenazó Rasalom, sacando a luz el más

grande temor de Glaeken y arrojándoselo.

—¿Dónde está escrito eso? —inquirió Glaeken, pero a pesar de toda su decisión no pudo evitar un titubeo.

—¡No necesita estar escrito! ¡Es obvio! Tu existencia continúa sólo para que te opongas a mí. Elimíname y eliminas tu razón de ser. Mátame y te matarás a ti mismo.

Era obvio. Glaeken temió este momento desde aquella noche en Tavira, cuando percibió la liberación de Rasalom de su celda. Sin embargo, todo el tiempo, en un rincón de su mente, hubo una pequeña esperanza de que matar a Rasalom no sería un acto

suicida.

Pero era una esperanza vana. Tenía que admitirlo. La elección era clara: golpear ahora y terminar con todo o considerar una tregua.

¿Por qué no una tregua? Medio mundo era mejor que la muerte. Al menos estaría vivo… y podría tener a Magda a su lado.

Rasalom debió adivinar lo que pensaba.

—Parece que te gusta la muchacha —comentó mirando por la calzada—. Podrías conservarla contigo. No tendrías que perderla. Es un valiente pequeño insecto, ¿no?

—¿Eso es todo lo que somos para

ti? ¿Insectos?

—¿Somos? ¿Eres un romántico tal, que aún te cuentas entre ellos? Estamos más allá, por encima de cualquier cosa que ellos podrían jamás esperar ser… ¡Jamás verán nada tan cercano a dioses! Deberíamos unirnos y representar el papel en lugar de guerrear así.

—Nunca me he puesto aparte de ellos. Todo el tiempo he tratado de vivir como un hombre normal.

—¡Pero no eres un hombre normal y no puedes vivir como si lo fueras! ¡Ellos mueren y tú sigues viviendo! *No puedes* ser uno de ellos. ¡No lo intentes! Yo sé lo que eres… ¡su superior! Únete a mí y juntos los dominaremos. ¡Mátame y

ambos moriremos!

Glaeken vaciló. Si sólo pudiera tener un poco más de tiempo para decidir… Quería liberarse de Rasalom de una vez por todas. Pero no quería morir. Especialmente ahora, después de que acababa de encontrar a Magda. No podía soportar la idea de dejarla atrás. Necesitaba más tiempo con ella.

Magda… Glaeken no se atrevió a mirar, pero pudo sentir sus ojos sobre él en ese mismo instante. Un gran peso se posó sobre su pecho. Apenas unos momentos antes, ella lo arriesgó todo para mantener a Rasalom en la fortaleza y darle tiempo. ¿Podría él hacer menos y aún merecerla? Recordó el brillo en los

ojos de Magda cuando le dio la empuñadura: «*Sabía que vendrías*».

Mientras luchaba consigo mismo, había bajado la espada. Viéndolo, Rasalom sonrió. Y esa sonrisa fue el ímpetu final.

¡*Por Magda*!, pensó Glaeken y levantó la punta. En ese momento el sol superó el risco oriental y su luz le llegó a los ojos. Entre el resplandor, vio a Rasalom lanzándose contra él.

De inmediato, Glaeken se dio cuenta por qué Rasalom estuvo tan dispuesto a hablar, por qué intentó tantas tácticas de demora aparentemente infructuosas, y por qué permitió que se le aproxímala hasta quedar al alcance de la espada:

estuvo esperando que el sol coronara las crestas tras él y cegara momentáneamente a Glaeken. Y ahora, Rasalom hacia su jugada, un último y desesperado intento por sacar a Glaeken y la empuñadura de la fortaleza, arrojándolos por el borde de la torre.

Se acercó por debajo de la punta de la espada de Glaeken, con los brazos extendidos. No había lugar para que Glaeken maniobrara, no podía hacerse a un lado ni retroceder con seguridad. Sólo pudo afirmarse en el suelo y elevar la espada, más alto, peligrosamente alto, hasta que sus brazos estuvieron casi rectos sobre su cabeza. Glaeken sabía que esto elevaba su centro de gravedad

hasta un nivel precario, pero no estaba menos desesperado que Rasalom. Tenía que terminar aquí y ahora.

Cuando llegó el golpe, las manes de Rasalom se estrellaron con fuerza aturdidora contra sus costillas inferiores. Glaeken se sintió forzado a retroceder. Se concentró en la espada, hincando la punta en la desprotegida espalda de Rasalom, atravesándolo. Con un grito de furia y agonía trató de enderezarse, pero Glaeken se aferró a la espada mientras seguía cayendo hacia atrás.

Juntos rodaron por el borde y se precipitaron hacia abajo.

Glaeken descubrió que estaba

extrañamente calmado mientras parecía que flotaban por el aire hacia la cañada, trenzados en lucha hasta el final. Había ganado.

Y había perdido.

El grito de Rasalom titubeó y se detuvo. Sus ojos, negros e incrédulos, miraban desorbitados a Glaeken, rehusándose incluso ahora a creer que estaba muriendo. Y entonces empezó a marchitarse; la espada rúnica devoraba su cuerpo y su esencia mientras caían. La piel de Rasalom empezó a secarse, a desgajarse, a agrietarse, a separarse en escamas y a volar alejándose. Ante los ojos de Glaeken, su eterno enemigo se desmoronó, convirtiéndose en polvo.

Al acercarse al nivel de la niebla, Glaeken apartó la vista. Alcanzó a ver un instante la horrorizada expresión de Magda mirándolo desde la calzada. Empezó a levantar la mano para decirle adiós, pero la bruma lo envolvió demasiado pronto.

Todo lo que faltaba ahora era el brutal impacto contra las rocas, invisible allá al fondo.

Magda miró las dos figuras en el parapeto de la parte superior de la torre. Estaban cerca, casi tocándose. Vio que el rojo del cabello de Glaeken se convertía en fuego al recibir la luz del

sol naciente, vislumbró un destello de metal y luego ambas figuras abrazadas, que giraron y se tambalearon en el borde. Después cayeron como si fueran una sola.

Su propio grito se elevó para acompañar el aullido de uno de los que caían luchando, mientras sus entrelazadas formas se desplomaban hacia la niebla agonizante y se perdían de vista.

Durante un largo momento congelado, el tiempo permaneció estático para Magda. No se movió, no respiró. Glaeken y Rasalom caían juntos y eran tragados por la bruma de la cañada. ¡*Glaeken había caído*! Ella

miró impotente cómo se precipitaba a una muerte segura.

Aturdida, se dirigió hacia la orilla de la calzada y miró hacia abajo, al lugar donde desapareció ese hombre que había llegado a serlo todo para ella. Su cuerpo y su mente estaban totalmente entumecidos. La oscuridad se entremetía en los límites de su campo visual, amenazando con envolverla. Con una sacudida alejó el terrible letargo, el creciente deseo de inclinarse más y más por la orilla, hasta que ella también se precipitara hacia adelante para acompañar a Glaeken abajo. Se volvió y empezó a correr por la calzada.

¡No puede ser!, pensó mientras sus

pies golpeaban los maderos. ¡No los dos! Primero papá y luego Glaeken… ¡no los dos al mismo tiempo!

Saliendo de la calzada, corrió hacia la derecha dirigiéndose al extremo cerrado de la cañada. Glaeken había sobrevivido a una caída a la cañada… podía sobrevivir a dos. ¡*Sí, por favor*! ¡Pero esta caída había sido desde una altura mucho mayor! Avanzó tropezándose por la cuña de escombros pedregosos, sin importarle los raspones y golpes que recibía en su carrera. El sol, aunque no estaba lo suficientemente alto para brillar de manera directa sobre la cañada, empezaba a calentar el aire en el paso e iba esparciendo la niebla.

Marchó ágilmente por el piso de la cañada, tropezándose, cayendo, incorporándose y forzándose a seguir tan rápidamente como lo permitía el disparejo y surcado terreno. Al pasar bajo la calzada, borró de su mente la imagen del cuerpo de papá tirado allá arriba, solo, sin atención ninguna, abandonado. Chapoteando cruzó ligeramente el riachuelo y se dirigió a la base de la torre.

Jadeante, se detuvo y giró en un lento círculo, sus ojos frenéticos buscando entre las rocas y piedras alguna señal de vida. No vio a nadie… nada.

—¡Glaeken! —llamó con voz débil y

ronca. Insistió—: ¡Glaeken!

No hubo respuesta.

¡Tiene que estar aquí!

Algo brilló no muy lejos de donde estaba Magda. Corrió para ver. Era la espada… lo que quedaba de ella. La hoja se había roto en incontables fragmentos; y entre éstos se encontraba la empuñadura, despojada de sus brillantes tonos dorados y plateados. Un inconmensurable sentimiento de pérdida se posó sobre Magda al levantar la empuñadura y correr las manos sobre su ahora gris y opaca superficie. Una alquimia inversa había ocurrido: se convirtió en plomo. Luchó contra la conclusión, pero en lo más hondo de su

interior supo que la empuñadura había cumplido el propósito para el que fuera diseñada.

Rasalom estaba muerto; por tanto, la espada ya no era necesaria. Ni tampoco el hombre que la había empuñado.

No habría milagro esta vez.

Magda gritó con angustia; un sonido deforme que escapó involuntariamente de sus labios y siguió tan fuerte y tan largo como pudieron sostenerlo sus pulmones y su voz. Un sonido lleno de pérdida y desaliento, que reverberó por las paredes de la fortaleza y de la cañada, alejándose y multiplicando ecos por el paso.

Y cuando el último vestigio del grito

se desvaneció, ella quedó con la cabeza baja y los hombros encorvados, deseando llorar, pero con el llanto agotado; deseando atacar a la persona o cosa responsable de esto, pero sabiendo que todos, todos excepto ella, estaban muertos; deseando gritar y desatar su furia contra la ciega injusticia de todo, pero demasiado muerta interiormente para no hacer más que dejar paso a sollozos profundos, secos y arruinados, que surgían del centro mismo de su ser.

Permaneció allí durante lo que pareció ser un largo tiempo, y trató de hallar una razón para seguir viviendo. No quedaba nada. Todas y cada una de las cosas que pudo apreciar en la vida le

habían sido arrancadas. No pudo pensar en una sola razón para seguir adelante…

Y, sin embargo, debía haberla. Glaeken había vivido tanto tiempo y no se le agotaron las razones para seguir viviendo. Él la había admirado por su valor.

¿Sería un acto valeroso abandonarlo todo ahora?

No. Glaeken hubiera querido que ella viviera. Todo lo que él era, todo lo que hizo, fue por la vida. Incluso su muerte fue por la vida.

Apretó la empuñadura contra sí hasta que los sollozos terminaron, y luego se volvió y empezó a alejarse, sin saber a dónde iría o qué haría, pero

consciente de que de alguna manera encontraría un modo y una razón para seguir adelante.

Y conservaría la empuñadura. Era todo lo que le quedaba.

Epílogo

¡Estoy vivo!

Quedó sentado en la oscuridad, tocando su cuerpo para convencerse de que aún existía. Rasalom había desaparecido, quedó reducido a un puñado de polvo arrojado al aire. Por fin, después de eras, Rasalom ya no existía.

Sin embargo, sigo viviendo. ¿Por qué?

Se precipitó por la niebla, golpeando las rocas con fuerza

suficiente para romperse todos los huesos del cuerpo. La hoja se había roto y la empuñadura había cambiado.

Sin embargo, seguía viviendo.

En el momento del impacto sintió que algo lo abandonaba y quedó allí, esperando morir.

Sin embargo, no murió.

Su pierna derecha le dolía terriblemente. Pero podía ver, podía sentir, respirar, moverse. Y podía oír. Al percibir el sonido de Magda acercándose por el piso de la cañada, se arrastró a la losa engoznada en la base de la torre, la abrió y entró penosamente. Esperó en silencio mientras ella lo llamaba, cubriéndose

los oídos para desterrar el dolor y el azoro en su voz, deseando responderle pero incapaz de hacerlo. Aún no. No hasta que estuviera seguro.

Y ahora la oyó chapoteando por el riachuelo, alejándose. Abrió completamente la losa y trató de ponerse en pie. Su pierna derecha no lo sostenía. ¿Estaba rota? Él nunca antes tuvo un hueso roto. Incapaz de caminar, se arrastró hacia el agua. Tenía que ver. Tenía que saber antes de hacer ninguna otra cosa.

A la orilla del riachuelo, titubeó. Podía ver el cada vez más brillante azul del cielo en la ondulante superficie del agua. ¿Vería algo más cuando se

inclinara sobre ella?

Por favor, suplicó mentalmente al Poder al que servía, el Poder que quizá ya no escuchaba. Por favor, deja que esto sea el fin. Déjame vivir el resto de mis años asignados, como un hombre normal. Déjame tener a esta mujer, para envejecer con ella en vez de verla marchitarse mientras yo permanezco joven. Deja que éste sea el final. He cumplido mi misión. ¡Déjame libre!

Endureciendo la quijada puso la cabeza sobre el agua. Un cansado hombre de cabello rojo y complexión olivácea lo miró. ¡Su imagen estaba allí! ¡Podía verse! ¡Su reflejo le había sido devuelto!

La alegría y el alivio inundaron a Glaeken. ¡*Ha terminado! ¡Finalmente ha terminado*!

Levantó la cabeza y vio a través de la cañada hacia la figura de la mujer que amaba, como a ninguna otra en su larga vida, alejándose lentamente.

—¡Magda! —La llamó. Trató de ponerse en pie, pero la maldita pierna aún se negaba a sostenerlo. Iba a tener que dejarla sanar como cualquier otra persona—. ¡Magda!

Ella se volvió y permaneció inmóvil durante una eternidad. Él agitó ambos brazos sobre su cabeza. Hubiera sollozado en voz alta si recordara cómo hacerlo. Entre otras cosas, tendría que

aprender a llorar de nuevo.

—¡Magda!

Algo cayó de las manos de Magda, algo que parecía la empuñadura de su espada. Luego, empezó a correr hacia él; corría tan rápido como sus largas piernas le permitían, con una expresión que era mezcla de regocijo y duda, como si quisiera, más que ninguna otra cosa en la vida, que él estuviese allí, pero sin permitirse creerlo hasta haberlo tocado.

Glaeken estaba allí, esperando ser tocado.

Y en las alturas, sobre ellos, un ave de alas azules, con el pico lleno de paja, se detuvo aleteando y posándose en una de las ventanas de la fortaleza, buscando

un lugar en dónde construir su nido.

Reconocimientos

El autor quisiera agradecer a Rado L. Lencek, profesor de lenguas eslavas en la Universidad de Columbia, su pronta y entusiasta respuesta a una extraña petición de un desconocido.

El autor desea también reconocer una deuda obvia a Howard Phillips Lovecraft, Robin Ervin Howard y Clark Ashton Smith.



F. PAUL WILSON (nacido el 17 de mayo de 1946 en Jersey City) es un escritor estadounidense de ciencia ficción y terror. Su primera novela fue *Healer* (*El curandero*) (1976). Aparte de escribir libros, Wilson también es un médico de cabecera. Hizo sus primeras publicaciones en la década de 1970 en

la revista Analog Science Fiction and Fact mientras todavía estudiaba medicina (se licenció en 1973), y continuó escribiendo relatos de ciencia ficción durante toda la década.

En 1981 se inició en el género de terror con *The Keep* (*El torreón* o *La fortaleza*), que se convirtió en un éxito de ventas internacional y siguió escribiendo relatos de terror durante los años siguientes.

A comienzos de la década de 1990 pasó de la ciencia ficción y el terror a los relatos de suspense médico, simultaneando su carrera literaria con trabajos para Disney interactive y otras

compañías multimedia. Junto a Matthew J. Costello creó y guionizó FTL Newsfeed un programa diario para el Sci-FI Channel entre 1992 y 1996.